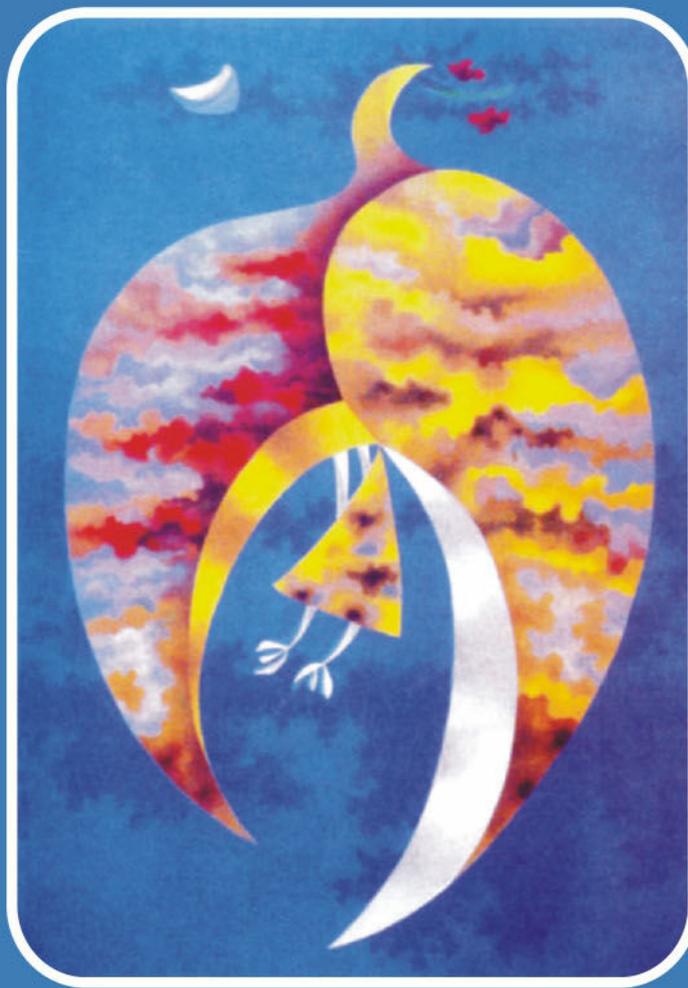


Núm. 2
Noviembre 2016

Acahualinca

Revista Nicaragüense de Cultura



Academia de Geografía e Historia de Nicaragua

Acahualinca

Revista Nicaragüense de Cultura

Núm. 2

Noviembre, 2016



Academia de Geografía
e Historia de Nicaragua

Acahualinca, Núm. 2
Noviembre, 2016

Academia de Geografía e Historia de Nicaragua
Palacio Nacional de la Cultura
Telefax: (505) 2228-1173
Correo electrónico: aghnhist@gmail.com
Página web: www.aghn.edu.ni
Apartado Postal: 2094, Managua, Nicaragua

Director: Jaime Íncer Barquero
Editor: Jorge Eduardo Arellano
Subdirectora: Ligia Madrigal Mendieta

Asesores:
Aldo Díaz Lacayo
Germán Romero Vargas

Patrocinador externo:
GRUPO PELLAS

Ilustración de cubierta:
Orlando Sobalvarro: «El sueño de la paz»

Ilustración de la contracubierta:
Foto de los miembros de la AGHN,
16 de diciembre, 2014

Diagramación: Fernando Solís Borge

Contenido

<i>Jaime Íncer Barquero</i> : Presentación	7
--	---

I. RECONOCIMIENTOS

<i>Sergio Ramírez</i> : Un sabio de nuestro tiempo	11
<i>Jorge Eduardo Arellano</i> : El más reciente libro de JIB	14
<i>Flory Luz Martínez Rivas</i> : Incursión en la vasta obra patriante de JEA	17

II. MARK TWAIN EN NICARAGUA: A 150 AÑOS DE SU VISITA

<i>Jaime Incer Barquero</i> : El «divertido resbalón» de Mark Twain entre nosotros	25
<i>Jorge Eduardo Arellano</i> : Mark Twain y su travesía por la ruta de Nicaragua	28
<i>Rubén Darío</i> : Mark Twain: obra del alma yankee [Fragmento de semblanza]	34

III. NICARAGUA Y EL PATRIMONIO MUNDIAL

<i>Jorge Eduardo Arellano</i> : León Viejo: pionera urbe hispana en la América Central	37
<i>Jorge Eduardo Arellano</i> : <i>El Güegüense</i> : farsa indohispana del Pacífico de Nicaragua en el siglo XVIII	45
<i>Jorge Eduardo Arellano</i> : Catedral de León: magna herencia arquitectónica de la época colonial	56
<i>Jorge Eduardo Arellano</i> : Los garífunas y el wallagallo en el Caribe nicaragüense	63

IV. FOLCLORE

- Autores varios*: Mitos y espantos: trece leyendas nicas 71
- Jorge Eduardo Arellano*: Nuevo elogio de
nuestra gastronomía 78

V. ARTE

- Jorge Eduardo Arellano*: Diez pintores nicaragüenses 93

VI. POESÍA

- Isolda Rodríguez Rosales*: Seis poemas 101

VII. NARRATIVA

- Jorge Eduardo Arellano*: Teresina y los jazmines 109
- Mario Urtecho*: Seis microrrelatos 113

VIII. HISTORIA

- Jorge Eduardo Arellano*: Abril de 1523: inicio de la
resistencia indígena 117
- Ligia Madrigal Mendieta*: Breve historia de la parroquia
en Nicaragua 123
- Francisco Aguirre Sacasa*: Nuestra partida de nacimiento
nacional 137

IX. CRÍTICA Y ENSAYO

- Jorge J. Jenkins*: *Cinco estrellas*: la cuarta novela de
Francisco J. Mayorga 143
- Jorge Eduardo Arellano*: El testimonio literario en
Nicaragua 150
- Mario Urtecho*: *¿Y si no regresara?*: el poemario de
Edwin Castro Rodríguez 158

Erick Aguirre Aragón: Cuatro rostros del universo,
de Jorge Eliécer Rothsuh 161

Roberto Carlos Pérez: Sobre la guerra, la literatura
y el destierro 166

X. DOCUMENTACIÓN RUBENDARIANA

Pablo Kraudy Medina: Darío: conciencia poética,
dimensión humana y significación identitaria 177

Jorge Eduardo Arellano: Darío: antólogo de sí mismo 198

Carmen Ruiz Barrionuevo: La excelente e imprescindible
edición de *Los raros* de Günther Schmigalle 204

Héctor Vargas: Manuscritos originales de Rubén Darío 213

Jorge Eduardo Arellano: Jornadas rubendarianas en
Lima, Japón y Madrid 220

XI. ESPAÑOL DE NICARAGUA

Róger Matus Lazo: El habla nica: cambio, renovación
y polisemia 229

XII. RESEÑAS Y NOTAS

Onofre Guevara López: Sandino y sus contradicciones
ideológicas en México (Comentarios al libro de
Alejandro Bendaña) 237

JEA: La *Autobiografía* de Roberto Íncir Barquero
(1933-2014) 242

JEA: Cuatro nuevas publicaciones 247

JEA: Pedro Xavier Solís y el ensayo 250

JEA: Una tesis doctoral sobre las vanguardias
nicaragüenses 253

JEA: La *Democracia pendiente* de Alfredo César Aguirre 256

<i>JEA: El Güegüense en Masaya y su restauración</i>	258
<i>Héctor Vargas: Bibliografía nicaragüense: 100 títulos de 2016</i>	261
<i>JEA: El clamor integral de un líder costeño</i>	271
<i>Erick Aguirre Aragón: Las Indagaciones rubendarianas de JEA</i>	274

PRESENTACIÓN

HE AQUÍ la segunda entrega de la revista *Acahualinca*, órgano de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, cuyas páginas contienen —en su mayoría— aportaciones del estudioso de nuestra cultura e historia, además de nuestro secretario, doctor Jorge Eduardo Arellano (Granada, 4 de julio, 1946), en homenaje a sus 70 años y en reconocimiento de su ímproba labor intelectual.

Se trata de recientes textos antológicos suyos sobre diversos aspectos culturales de Nicaragua, seleccionados y distribuidos por él mismo en las respectivas secciones de este volumen.

A Jorge Eduardo no le ha sido ajeno desde 1966 —cuando publicó su primer libro— la historia literaria, el arte, la historiografía, el folclor y la bibliografía del país, aparte de su personal creación: poesía, narrativa, crítica y ensayo.

Estoy seguro que las páginas de este número de *Acahualinca* beneficiará en mucho a sus lectores, dada la reconocida calidad académica de su prolífico editor, quien igualmente ha seleccionado otros textos valiosos de colegas y amigos para sumar 40, siendo sus autores 16, todos conscientes y orgullosos de la creatividad de los nicaragüenses a lo largo de su existencia histórica.

Jaime Íncer Barquero
Presidente / AGHN



Miembros de la AGHN. Primera fila: Emilio Álvarez Montalván, Ligia Madrigal Mendieta, Jaime Íncer Barquero y Aldo Díaz Lacayo; segunda fila: Jorge Eduardo Arellano, Edgar Espinoza, Rafael Casanova Fuertes, Roberto Sánchez Ramírez y Nicolás López Maltez.

I.

Reconocimientos



Sergio Ramírez Mercado

UN SABIO DE NUESTRO TIEMPO

Sergio Ramírez

EL DOCTOR Jaime Íncer es un personaje singular de nuestra Nicaragua contemporánea. Y digo esto porque no hay otro que como él haya sido movido a través de su vida por una insaciable curiosidad que lo lleva a reconstruir en su memoria, y en la memoria de los demás, una imagen múltiple del país que lo vio nacer, desde las más diversas perspectivas que son mayormente científicas, pero al cabo humanísticas.

Un sabio de nuestros días. Todos los campos del conocimiento caben en sus estudios y en sus reflexiones, como un verdadero renacentista del siglo XV, o como un ilustrado del siglo XVIII, el siglo de las luces. Con la misma disposición amorosa, y la misma paciencia de quien está dispuesto a explicar lo que sabe cuantas veces sea necesario, nos habla de las constelaciones de los cielos nicaragüenses y la tribu de nuestros volcanes «ruda de antigüedad, grave de mito»; de nuestra geografía, a la vez apacible e impetuosa, y de nuestra ecología amenazada, de la fauna que habita las selvas y bosques que aún nos quedan, de la multitud de pájaros que son parte de nuestra vida, de la flora y de los árboles seculares. Del milagro diario que nos rodea.

Y para darnos noticia de lo que somos, porque somos el fruto del medio prodigioso en que vivimos, se divide él mismo, y se multiplica, como naturalista, geógrafo, astrónomo, biólogo, geólogo, vulcanólogo, ictiólogo, ornitólogo; etnólogo, antropólogo, lingüista, y también académico, docente universitario, historiador, traductor, divulgador y cronista.

Pero el sabio doctor Íncer es, además, el explorador más connotado de su propia tierra, un caminante incansable que escribe sobre lo que ha visto con sus propios ojos, andando a través de llanos y cordilleras, ascendiendo a la cumbre de los volcanes y navegado nuestros ríos y lagos, penetrando nuestras selvas, y al-

canzando así en su incesante peregrinaje los territorios más remotos y desconocidos.

De ese andar incansable es fruto su *Geografía de Nicaragua*, la más completa con que contamos. Y es también un viajero que vuelve a poner el pie sobre los huellas de otros viajeros que recorrieron los mismos caminos muchos años atrás, y que igual que ellos se propone descubrir Nicaragua, como en la ocasión en que, encargado de la traducción del libro del científico británico Thomas Belt, *El naturalista en Nicaragua*, vuelve a repetir el mismo itinerario a través del territorio de Chontales, acompañado del memorable fotógrafo Franco Peñalba.

Insisto en su título bien ganado de sabio, como lo fue don Miguel de Larreynaga, prócer de la independencia e intelectual enciclopedista que llegó a teorizar sobre los volcanes; o como el célebre doctor Gregorio Juárez, «el sabio Juárez», cuyos vastos conocimientos dieron paso a la frase «sépaló Juárez...» que nos habla del prestigio de su autoridad en el conocimiento de diversas disciplinas.

Hoy, en el siglo XXI, tenemos a nuestro sabio Íncer, y no sentimos tentados a exclamar cuando ignoramos algo, el nombre de una constelación que brilla con luz distante en nuestros cielos veraniegos, por ejemplo, o la materia de que está compuestas las rocas del contrafuerte de alguna de nuestras cordilleras: «sepa el doctor Íncer...».

León Tolstoi dice en su diario que ningún conocimiento es útil si no sirve a un fin superior, que es el fin del amor. En este sentido, el sabio doctor Íncer da un fin equívoco a su sabiduría, que es el amor a Nicaragua. Sus descripciones del territorio vienen a reflejar ese sentimiento constante de apego a la naturaleza, y de exaltación del paisaje y de la dignidad de quienes lo habitan, su cultura y sus tradiciones.

Y ese amor a Nicaragua que hace patente en sus escritos, no es ni inocente ni intrascendente. Nadie como él ha defendido la integridad de nuestra ecología cada vez más amenazada por la depredación fruto del egoísmo, la ambición por el dinero fácil y la corrupción, y su voz sigue clamando en defensa de nuestras selvas

de Bosawás, como él mismo bautizó a esta formidable reserva natural, reserva *de* la biosfera y patrimonio de la humanidad, constantemente agredidas y empujadas a la extinción; o cuando se alza en contra del proyecto del canal interoceánico que amenaza con destruir nuestra biodiversidad y convertir en pantano el Gran Lago de Nicaragua.

Sus libros son muchos, y ahora disfrutamos de este, *Nicaragua, un anecdotario de memorias y vivencias*, que reúne artículos de prensa suyos, muy amenos y variados, en los que los recuerdos de su infancia en el Boaco natal, entonces un paraíso natural, se abren hacia un inventario minucioso y afectivo de nuestro país.

Le he dicho al doctor Íncer, amigo entrañable y admirado, que este ejercicio suyo debe dar paso a un libro de sus memorias, que no dudo serán un compendio rico de vivencias y experiencias, tan aleccionador y placentero como lo son las memorias de su abuela doña Ángela Robleto de Barquero, *Serán cenizas...*, y cuyo título sugerente copia una frase del célebre soneto de Quevedo *Amor constante más allá de la muerte*.

La sabiduría del doctor Íncer no viene nada más de sus vastos y variados conocimientos, adquiridos a través de toda una vida dedicada a la investigación y el estudio, desde que muy joven entró en las aulas de la Facultad de Farmacia de la Universidad Nacional en León, y siguió luego a través de postgrados y especializaciones en universidades de Estados Unidos, y en centros de investigación y bibliotecas en el extranjero. Esa sabiduría viene también de la manera en que ha sabido aplicar sus conocimientos, dándoles un fin de permanente enseñanza frente a sus conciudadanos, buscando aleccionar a todos sobre las formas de conocer nuestro país, y defender su integridad. No podemos querer lo que ignoramos, ni tampoco resguardarlo.

Una actitud y un sentimiento que todos deberíamos compartir y hacer propio la única manera de que sigamos teniendo país.

EL MÁS RECIENTE LIBRO DE JIB

Jorge Eduardo Arellano

CON PRESENTACIÓN de Raúl Amador Torres y prólogo de Sergio Ramírez Mercado, fue editado por Invercasa el más reciente libro de Jaime Íncer Barquero, nuestro más relevante científico. Titulada *Nicaragua / Un anecdotario de memorias y vivencias*, contiene 120 textos iniciados con el artículo sobre la incidencia en la cultura popular del Almanaque Pintoresco de Bristol para cerrar con broche de oro: una extensa crónica, plena de elementos poemáticos, del viaje figurado que Rubén Darío recién nacido hizo con sus familiares desde Metapa a León.

Diversas ciencias se entrelazan en estas páginas amenas, generalmente descriptivas: la geografía y la historia, la etnología, la astronomía y, sobre todo, la ecología. Presenta también —anota Amador Torres— «una riqueza de ilustraciones, desde grabados inéditos de viajeros de siglos pasados, hasta imágenes más recientes capturadas en diferentes viajes por el país, todo lo cual suma interés y mayor disfrute de su lectura».

Por su parte, Ramírez Mercado admira en el autor «a un sabio de nuestros días. Todos los campos del conocimiento caben en sus estudios y en sus reflexiones, como un verdadero renacentista del siglo XV, o como un ilustrado del XVIII, el siglo de las luces». Así Jaime Íncer Barquero despliega sus observaciones naturalistas y costumbristas, derivadas de sus variadas aficiones y saberes aprendidos durante su formación científica y al recorrer Nicaragua en toda su extensión.

Estamos, pues, ante un explorador nato e incansable que ama tanto a su país porque lo conoce a fondo; ante un profundo admirador y legítimo heredero del gran cronista de la Nicaragua del siglo XVI, Gonzalo Fernández de Oviedo; y de los notables geógrafos, científicos y viajeros del XIX, como el francés Pablo Levy, los ingleses Bedford Pim y Thomas Belt, y los norteamericanos

John L. Stephens, Ephraim George Squier y Robert E. Peary, quien alcanzó el Polo Norte el 6 de abril de 1909, y en 1887 y 1888 había delimitado la proyectada ruta del canal al sur de Nicaragua. Igualmente, Jaime demuestra ser discípulo del zoólogo inglés Marvin Palmer y del etnógrafo luxemburgués Edouard Conze-mius, autor del más completo estudio sobre los indios sumos y miskitos de Nicaragua y Honduras.

En breves artículos condensados, escritos y difundidos en 1995 y 1996, Íncer Barquero aborda variados temas interesantes para todo aquel que aspire a indagar en la naturaleza del país desde su prehistoria hasta nuestros días. En esa dirección, cabe referir su preocupación por los terremotos y las erupciones volcánicas, como la magna del Cosigüina en 1835, las del Momotombo de perfecto cono, las del Cerro Negro y la del cráter Santiago del volcán Masaya; pero se deja seducir por el apagado Mombacho y su jardín entre las nubes.

Los hechos y fenómenos históricos, al mismo tiempo, están presentes en su obra, entre ellos el recorrido de Colón por la Costa Caribe en 1502, la incidencia de Andrés de Garavito en las tierras de Boaco y como custodio de fray Francisco de Bobadilla en la inicial cristianización de Nicaragua, la piratería del siglo XVII, la vida y trágico fin del cacique Yarrince en el XVIII, etcétera. Además, puntualiza sobre las toponimias indígenas, los errores frecuentes en nuestros mapas, el origen de los nombres de los municipios, las primeras descripciones de Managua, evolución y despreciado entorno, por citar algunos temas.

Otros son de índole astronómica, como el paso del cometa Halley y la falsa «aurora boreal» admirada en Masaya el 6 de noviembre de 1833; o conservacionista, como el de las tortugas paslamas de Chacocente y las verdes del Caribe. No faltan precisas descripciones de árboles como la ceiba, aves como el guardabarranco y flores como el sacuanjoche; de ríos como el San Juan, el Grande de Matagalpa, y el Coco, al igual que de las islas del Gran Lago; reconocimientos a colegas nacionales como Jaime Villa, extranjeros arraigados en el país como los jesuitas españoles Bernardo Ponsol e Ignacio Astorqui, o enamorados del mismo como

Archie Carr y Bernard Nietschmann, el *uplika* (amigo) de los miskitos.

Tampoco faltan temas actuales en los que denuncia la depreciación del bosque en la reserva natural de Bosawás, y consigna la «chontaleñización» pecuaria de la Costa Caribe. En fin, resulta imposible enumerar todos los temas contenidos en esta obra enriquecedora de conocimientos y gestora de amor patrio que la juventud, sobre todo, debería leer con fervor. Felicitamos a Invercasa por esta iniciativa.



Jaime Íncer Barquero

INCURSIÓN EN LA VASTA OBRA PATRIANTE DE JEA

Flory Luz Martínez Rivas

MÁXIMO INVESTIGADOR de la cultura e historia del país, Jorge Eduardo Arellano (Granada, Nicaragua, 4 de julio, 1946) ha desarrollado también una labor creadora sin precedentes en Centroamérica. En palabras de Pablo Antonio Cuadra, «es el tipo de hombre que en tiempos renacentistas se llamó *humanista*: un polígrafo de incansable estudio y abierta comprensión de lo humano, de todo cuanto el hombre (y en su caso el nicaragüense) ha hecho, creado, inventado, amado y padecido en su cultura».

Aquí me limito a sintetizar su producción de libros y folletos, sin tomar en cuenta las más que múltiples colaboraciones dispersas en publicaciones periódicas de Nicaragua desde 1963.

Poesía

Variada en temas y registros, su poesía fue la primera de su generación que alcanzó reconocimiento internacional: la mención honorífica en el concurso celebrado en México (octubre, 1968) con motivo de las olimpiadas mundiales. Traducida parcialmente a ocho idiomas (inglés, francés, italiano, búlgaro, ruso, alemán, esperanto y bangla), comprende catorce *plaquettes* o poemarios: desde *La estrella perdida* (1968), pasando por *Canto a Nicaragua libre* (México, 1981) y tres ediciones de *La entrega de los dones* (1978, 1983 y 2001), la antología *Inventario contra la muerte* (Valencia, España, 2001) y *La camisa férrea de mil puntas cruentas* (2003), hasta *Extrabases y otras sorpresas / Memorial de nuestras glorias beisboleras* (2013).

Sus poemas figuran en 41 antologías. Una se editó en Alemania, otra en Costa Rica, otras en Bulgaria, Bangladesh, Cuba, Argentina y Chile; dos en España, otras dos en los Estados Unidos y también dos en Francia e Italia, las restantes se han publicado en Nicaragua.

Narrativa

La narrativa de Jorge Eduardo Arellano (JEA) incluye, entre otros títulos, *Historias nicaragüenses* (1974) y *Retratos de hombres libres* (1982), incorporados al nutrido volumen *Silva de breve ficción* (2008). Cuatro antologías nacionales recogen sus relatos y una mexicana, *Narrativa hispanoamericana: 1896-1981*, de Ángel Flores, su pieza «Kid Tamariz», traducida al inglés en la revista canadiense *Impulse* (1984). Ha publicado, además, dos novelas cortas: *Timbucos y calandracas* con cuatro ediciones (1982, 1996, 2004, 2013) y *El libro del buen amorcito* con dos (1984 y 2008), más el primer tomo de su autobiografía *Memorial de los 60* (2015).

Crítica e historia literarias

De hecho, JEA es el fundador más fecundo de la historiografía literaria de Nicaragua con las seis ediciones de su *Panorama de la literatura nicaragüense* (1966, 1968, 1977, 1982, 1986, 1997); las tres investigaciones sobre el movimiento nicaragüense de vanguardia (1969, 1971, 1992), el *Inventario teatral de Nicaragua* (1989), las *Voces indígenas y letras coloniales de Nicaragua y Centroamérica* (2002), *La novela nicaragüense: 1876-1959* (2012) y *La poesía nica en 166 antologías* (2013).

Al mismo tiempo, ha elaborado monografías sobre [y ediciones de] *El Güegüense*, Fernando Espino (el primer autor de un libro nacido en la época colonial), Pedro Francisco de la Rocha (nuestro historiador pionero), Luis Alberto Cabrales, José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Alejandro Cuadra, Ernesto Mejía Sánchez, Ernesto Cardenal, Salvador Murillo, Grupo U de Boaco, entre otros autores significativos.

Como antólogo, JEA ha contribuido al conocimiento y valoración de las letras nicaragüenses y a fijar su canon. Seleccionó, anotó y prologó la antología de su generación: *Poesía joven nicaragüense: 1960-1970* (1971); rescató *Veinticinco poemas indígenas de Nicaragua* (1976); compiló los textos de *Nicaragua en los cronistas de Indias* (dos tomos, 1975); y facturó la *Antología general de la*

poesía nicaragüense (1984 y 1994), sumando la segunda edición 499 páginas e incluyendo 500 poemas de 127 poetas. El volumen de sus *Cuentistas de Nicaragua* ha sido editado tres veces (1984, 1995 y 2006). Igualmente, antologó una *Literatura para niños en Nicaragua* con dos ediciones (1995 y 2005), más otra de *Minificciones de Nicaragua* (2004), reunió y transcribió los «Sermones, oraciones y discursos de la época colonial de Nicaragua» (2006) y seleccionó la más completa *Antología del ensayo nicaragüense: 1909-1979* (2014).

Historia

A partir de 1972, la historia de la Universidad de León fue el primer tema historiográfico desarrollado por JEA, siendo su aportación última *La bicentenario Universidad de León* (2012). Otros aportes relevantes suyos fueron los dos tomos de su *Historia básica de Nicaragua* (1993 y 1997), las cuatro ediciones de su *Breve historia de la Iglesia* (1980, 1981, 1985 y 1986), la *Brevísima historia de la educación en Nicaragua* (1997), *La pax americana en Nicaragua: 1910-1932* (2004) y las biografías del padre-indio Tomás Ruíz (prócer de Centroamérica), Máximo Jerez, Elena y David Arellano, Luis H. Debayle, Emilio Benard Doudé, Fernando Chamorro Alfaro, Juan Iribarren (poeta de la guerra nacional) y Vicente Quadra (presidente ejemplar), sin olvidar sus *Héroes sin fusil / 140 nicaragüenses sobresalientes* (1998).

Otros dos volúmenes singulares de JEA han sido *La moneda en Nicaragua: rescate histórico* (2001) y *El beisbol en Nicaragua: rescate histórico y cultural: 1889-1948* (2007, 2008). Deben agregarse sus *Aproximaciones nicaragüenses a Sarmiento* (1998), *León Viejo, Pompeya de América* (1993), *Neruda en la garganta pastoril de América* (1998), *Giuseppe Garibaldi, héroe de dos mundos, en Nicaragua* (1999), *El libertador [Simón Bolívar] entre nosotros* (2001), *Managua en el tiempo* (2007) y *La Costa Caribe nicaragüense: desde sus orígenes hasta el siglo XIX* (2009). Pero sus obras historiográficas más importantes corresponden a la magna *Guerrillero de nuestra América / Augusto C. Sandino* (2006, 2008) y a la novedosa *Tacho Somoza y su poder* (2016).

Historia del Arte

El arte precolombino de Nicaragua ha sido abordado por JEA en una introducción enjundiosa (UCA, 1978), donde registra los petroglifos, la estatuaria pétreo y la cerámica; sin embargo, su más valioso aporte es *La colección Squier-Zapatera* (BCN, 1980). Un resumen de esta investigación fue incluida en la plaquete de autores diversos *La isla santuario de Zapatera y sus estatuas con alter ego / The Zapatera Island Sanctuary and its statues with alter ego* (2010). Como sucede en otros quehaceres suyos, el conocimiento sistematizado de las artes plásticas antiguas y modernas del país fue inaugurado por JEA con su *Pintura y escultura en Nicaragua* (BCN, 1977, 1978), «obra realmente admirable por pretenciosa, recopiladora y sabia», según Julio Valle-Castillo. Buena parte de su contenido lo aprovechó su autor en *Historia de la pintura nicaragüense* (1990, 1994) y en la bilingüe (español e inglés) *Pinacoteca en el Banco Central de Nicaragua* (2011). Finalmente, cabe mencionar otra monografía de JEA: *Puerto Cabezas en la plumilla de Montenegro* (1988).

Lingüística

También ha rescatado, valorado y enriquecido el quehacer lingüístico del país desde finales del siglo XIX. Transcribió y analizó la obra del alemán C. H. Berendt: *Palabras y modismos de la lengua castellana, según se habla en Nicaragua* (1874) y editó cuatro volúmenes colectivos sobre el español nicaragüense (1992, 1995, 2001, 2004). Uno de los cuatro colaboradores del *Diccionario de uso del español nicaragüense* (2001), aportó su introducción metodológica y bibliografía clasificada, anotada y actualizada. Además, mantuvo una página idiomática en el diario *La Prensa* (2004-2006). Una muestra selectiva de ella y sus principales glosas e indagaciones (entre ellas «Léxico sexual y anglicismos en Nicaragua») reunió en el volumen *Del idioma español en Nicaragua* (2005): veinticinco trabajos que concilian la seriedad científica y el humor del hombre de la calle.

Obras de referencia

JEA, asimismo, ha elaborado y/o dirigido once obras de referencia sobre el patrimonio y los valores culturales del país: *Biblio-*

grafía general de Nicaragua [1674-1900] (1981); *Diccionario de las letras nicaragüenses*. Primera entrega: *Escritores de la época colonial y el siglo XIX* (1982), *Nicaraguan National Bibliography* (Redlands, C.A., 1986), en colaboración con otros autores, 3 volúmenes; *Bibliografía nacional de Nicaragua [1979-1989]* (1991); *Catálogo de periódicos y revistas de Nicaragua [1830-1930, 1931-1978]* (1992), 2 volúmenes; *30 años de arqueología nicaragüense* (1993); *León: bienes inmuebles patrimoniales / Catálogo de su centro histórico* (1994); *Diccionario de autores nicaragüenses* (1994), 2 volúmenes y 600 autores; *Granada: bienes inmuebles patrimoniales / Catálogo de su centro histórico* (1996); *Diccionario de escritores centroamericanos* (1977); y *Literatura Centroamericana / Fuentes para su estudio / Diccionario de escritores* (2002).

Labor rubendariana

Desde su ensayo «Rubén Darío y los jesuitas» (*La Prensa Literaria*, 6 de febrero, 1966), escrito a sus 20 años, JEA se ha entregado a una constante tarea de crítica, investigación y difusión de la obra de Rubén Darío. Consignar todos sus textos sería demasiado tedioso. La mayor parte de ellos se localizan en mi trabajo «JEA: y su laborioso fervor rubendariano» (*El Nuevo Diario*, 5 de julio, 2014). Pero, al menos, diré que su entrega al nicaragüense máximo abarca obras de crítica e investigación (dos de ellas laureadas: sobre *Azul...* y *Los Raros*), folletos con textos desconocidos, antologías y compilaciones de prosas (como los *Escritos políticos* y las *Cartas desconocidas*, anotadas), más una docena de números monográficos de revistas, cuatro entregas del *Repertorio dariano*, más de una decena de colaboraciones en órganos especializados de España y América Latina, aparte de innumerables artículos en publicaciones periódicas del país.

JEA: archivo viviente

Para concluir, citaré la opinión de Aldo Díaz Lacayo, quien afirmó: «Jorge Eduardo ha trascendido a nivel nacional y en muchos otros países como el más grande conocedor de los temas que trata. Esto le ha ganado el nada despreciable título de *archivo viviente de Nicaragua*. Él es la memoria nacional casi en todos los ámbitos».



JEA con su familia (Verónica, Héctor, Consuelo, Emperatriz y Consuelo hija).

II.

Mark Twain en
Nicaragua:

a 150 años de su visita



San Juan del Sur en la época de la Ruta del Tránsito

EL «DIVERTIDO RESBALÓN» DE MARK TWAIN ENTRE NOSOTROS

Jaime Incer Barquero

A FINALES de 1866 el vapor *América* arribó a San Juan del Sur procedente de San Francisco. Entre los pasajeros se encontraba Samuel L. Clemens, mejor conocido como Mark Twain, celebrado escritor y humorista, autor entre otras de las dos novelas *Las Aventuras de Tom Sawyer* y de *Huckleberry Finn*, obras por las que fue considerado como «el padre de la literatura norteamericana».

Cinco años antes había viajado al lejano oeste de los Estados Unidos, un viaje largo y peligroso, optando regresar por la ruta segura de Nicaragua, rumbo a New York. Su labor de escritor tuvo acogida en el periódico *Alta California* de San Francisco. Una vez de regreso continuó enviando una serie de cartas donde describía su viaje a través de Nicaragua, cruzando el istmo de Rivas, navegando por el Gran Lago y continuando por el río San Juan hasta el puerto de Greytown.

Las cartas fueron recopiladas en un libro poco conocido publicado en 1940, treinta años después de su muerte, con el título *Mark Twain's travels with Mr. Brown*. Este era un personaje ficticio, filósofo y humorista, supuesto compañero de viaje con quien Twain solía conversar. En cierta ocasión lo libró del acecho de un fastidioso latoso que lo perseguía continuamente con preguntas impertinentes, como aquella de si los lagartos del río San Juan trepaban a los árboles.

Una epidemia de cólera morbus reinaba en el puerto y obligó a los viajeros abordar de inmediato las diligencias, único medio de superar las doce millas del istmo para alcanzar el Lago de Nicaragua. Esta urgencia sin embargo no impidió al escritor admirar la belleza y exuberancia del bosque tropical que atravesaban.

Contrastaba con esta visión el desaliño, enfado y lenguaje de los cocheros maltratando a los famélicos caballos mal aperados. En

los ranchos a lo largo de la ruta morenas campesinas, algunas de figura bien dotada, ofrecían a los extranjeros toda clase de frutas y viandas de la tierra, con café y chocolate, incluyendo aguardiente en jícaras y monitos de venta, escenas y escenarios totalmente novedosos para los viajeros de otras latitudes.

Una vez en aguas del Cocibolca Twain no dejó de admirar la isla de Ometepe con sus dos pirámides volcánicas que sobresalían en medio de *un verde fresco y suavísimo... donde su delicioso clima es el más saludable del istmo.*

Llegados al puerto de San Carlos, los viajeros abordaron un *casarón de vaporcito de dos cubiertas sin camarotes ni tabiques* que obstruyeran la vista esplendente del río San Juan y la exuberante selva en sus riberas. Junto al río se levantaban elevados árboles enjorjados de vistosas flores, emplumados helechos y arbustos enmarañados por intrincados bejucales, según dicta la versión en español del consagrado y elegante traductor Luciano Cuadra Vega, sobre este viaje descrito por Mark Twain como un «Divertido Resbalón a través de Nicaragua».

Al pasar por El Castillo, Twain rememora el asalto de la vieja fortaleza que llevó a cabo Horace Nelson con 250 hombres, adelantando el siguiente comentario *En nuestros días Walker se apoderó de él con 25 filibusteros y sin disparar un solo tiro, pero fue gracias a la traición de su comandante, segur decires.*

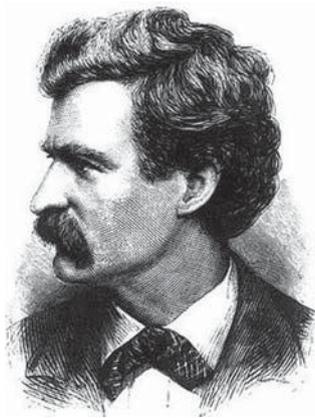
La población consistía de unas ocho casuchas construidas frente al peligroso raudal, dedicadas a la venta de frutas, comestibles, puros de baja calidad, todo a precio de un real, incluyendo una suculenta comida para dos o tres pasajeros por medio dólar: *Lleve usted menudo cuando vaya por aquellos lados* —aconseja el viajero escritor— y añade *el dólar es pedestal y cimiento de cuanto tiene valor, y se le acepta con más confianza que cualquier otra moneda.*

Continuando río abajo los curiosos pasajeros se deleitaban observando los monitos que saltaban entre el bosque y escuchando el canto de las aves de coloridos plumajes, entre las que revoloteaban bulliciosas loras, las primeras que Twain contemplaba fuera de las jaulas, y un garzón de alargado pico y encorvado cuello

listo para alzar vuelo. Los lagartos del río sirvieron para afinar la puntería de algunos rifleros.

Arribaron al puerto de Greytown (San Juan de Norte), de doscientas casas de madera, entre posadas y comercios. Después de todo, el hospedaje era el mejor, considerando la incomodidad del viaje, 15 días de navegación de los cuales tres se requirieron para cruzar el istmo. La población contaba de 1,800 habitantes, entre nicaragüenses, norteamericanos, ingleses, alemanes y negros jamaquinos. Algunos negritos andaban completamente desnudos y las vacas se paseaban tranquilas sobre la verde carpeta de la calle.

Surto en la bahía los esperaba el vapor que los conduciría a New York.



Mark Twain de 31 años, cuando atravesó Nicaragua

MARK TWAIN Y SU TRAVESÍA POR LA RUTA DE NICARAGUA

Jorge Eduardo Arellano

AL LIBRO *Travels with Mr. Brown* (*Viajes con Mr. Brown*) pertenecen las páginas que escribió sobre Nicaragua Mark Twain (1835-1910), posterior y fragmentariamente traducidas por Luciano Cuadra. El libro se conoció hasta en 1940, año en que fue editado por los investigadores Franklin Walker y G. Ezra Dane. Se trata de una larga serie de cartas viajeras que el célebre humorista estadounidense publicó en el periódico *Alta California*, de San Francisco.

Entre ellas figuran las dos cartas o reportajes viajeros en las que Twain describe, con lujo de detalles, su travesía desde San Francisco hasta Nueva York, a través de Nicaragua, o mejor dicho, de nuestra histórica Ruta del Tránsito.

Dicha ruta, ya en su ocaso cuando pasó Twain, se remontaba al inicio del *Gold Rush* —o fiebre del oro— del Oeste de los Estados Unidos, que el 27 de agosto de 1849 había producido un contrato para abrir una ruta interoceánica a través de Nicaragua. David L. White —representante de una compañía privada— y el gobierno nicaragüense, encabezado por el Director Supremo Norberto Ramírez, lo firmaron. White era Coronel, y su compañía *American Atlantic and Pacific Steamship Canal Company*, la integraban Cornelius Vanderbilt —su principal socio y el segundo hombre más rico de los Estados Unidos— su hermano Joseph y otros.

De acuerdo con el contrato, la compañía tenía el derecho exclusivo de construir un canal y explotar la ruta de pasajeros hacia California, en vista del empuje hacia el Oeste de los Estados Unidos y la obtención de nuevos territorios en la costa del Pacífico.

La Compañía Accesorio del Tránsito

El trabajo de conducir pasajeros fue asignado a la Compañía Accesorio del Tránsito (o *Accesory Transit Company*), la cual se

derivaba de la primera, pero independiente. Por ella, Vanderbilt tendría el monopolio de la navegación por barcos de vapor por el Río San Juan y el Gran Lago de Nicaragua, a cambio de entregar al gobierno de Nicaragua diez mil dólares anuales, más el 10% de las utilidades.

El astuto y emprendedor financiero, entonces de 55 años, ofrecía una ruta más corta, barata, segura, cómoda y saludable que la de Panamá, controlada por la *Pacific Mail Steamship Company*, cuyos vapores entrelazaban las dos costas del istmo panameño, cobrando 600 dólares; en cambio, Vanderbilt cobraba 300 por pasaje de primera y 180 por el de segunda en la Compañía Accesoría del Tránsito.

En los vapores de su línea naviera, los pasajeros iban de Nueva York y Nueva Orleans, hasta San Juan del Norte, puerto de Nicaragua en el Atlántico; allí tomaban vaporcitos fluviales en los que remontaban las 120 millas del Río San Juan hasta llegar al puertecito de San Carlos, en la ribera oriental del Lago de Nicaragua. Luego, en vapores medianos, cruzaban las 55 millas que hay desde allí hasta la Bahía de La Virgen, en la ribera occidental del Cocibolca.

La etapa final —de La Virgen a San Juan del Sur— se hacía en mula, a pie o en diligencias tiradas por mulas o bueyes. Mark Twain realizó este viaje de 12 millas durante tres horas y media en una diligencia sucia y despintada, pero en el sentido inverso, es decir, de San Juan del Sur a La Virgen, y describe el viaje como «un divertido resbalón a través del istmo».

Arriba el primer vapor al Lago

El primer barco a vapor que superó los raudales del Río San Juan, llegando a las costas del Gran Lago, fue *El Director*. El primero de enero de 1851 arribó al puerto de Granada, trayendo a bordo al Coronel White.

Con capacidad para 250 personas, *El Director* provocó un generalizado optimismo. Poco después de su arribo —informó el Prefecto Fermín Ferrer— «*la población entera de Granada se agolpó a las márgenes del Lago y con un vértigo de alegría conoció, por primera vez, este mecanismo ingenioso desarrollado enes presente siglo*». Alu-

día, naturalmente, al barco de vapor o de ruedas. Antes de 1849, la navegación en el Lago de Nicaragua se hacía exclusivamente por medio de embarcaciones de vela.

Veinticinco días más tarde, Cornelius Vanderbilt se dirigía desde Granada al Director Supremo Norberto Ramírez, para informarle el motivo de su presencia: la comprobación de que el istmo nicaragüense constituía *la vía mejor y más susceptible del canal* y del tránsito. Así lo ratificó el periódico *Correo del Istmo* al detallar que por la misma ruta, sólo en la tercera semana de enero de 1851, pasaron unos 500 pasajeros. Vanderbilt, quien se hallaba en Rivas, había llegado a San Juan del Norte en el vapor de su propiedad *Prometheus*. Su *Accesory Transit Company*, en consecuencia, fue inaugurada con un viaje que, partiendo de Nueva York, concluyó en San Francisco de California, el 130 de agosto de 1851.

En total, de 1851 a 1857, transitaron por la Ruta de Nicaragua del Atlántico al Pacífico, 56,812 pasajeros; y del Pacífico al Atlántico, 50,803.

El oro en California favoreció, temporalmente, la economía del país. La población minera de aquella región, no pudiendo encontrar lo necesario para alimentarse, hizo que vinieran a nuestras costas barcos en busca de víveres. Solo en 1850 por el puerto de El Realejo se exportaron 16,000 quintales de maíz y 14,000 de arroz; 11,992 galones de miel de abejas, 80,000 varas de tablas de cedro y 110,000 puros, entre otros artículos. Pero la presencia de la *Accesory Transit Company* sería fatal. *Se mete en todo el tránsito sin respetar la ley*, denunció un ciudadano de Rivas que sería presidente: Evaristo Carazo. En última instancia, lo demostraron los hechos, estimuló el filibusterismo.

Infraestructura de la intrusión filibustera de Walker

En junio de 1852 la Compañía Accesoria del Tránsito repartió dividendos a sus socios sin deducir el 10% que correspondía a Nicaragua; en realidad, nunca lo pagó, pese a los intentos de arreglo del Presidente Fruto Chamorro. Y en 1854, la misma compañía de Vanderbilt reconoció al gobierno revolucionario de León —durante la guerra civil que estalló ese año— y en 1855 sirvió de

infraestructura a la usurpación filibustera de William Walker.

Según David I. Folkman, la intrusión walkerista impidió que la Ruta de Nicaragua superara a la de Panamá, fortalecida en 1855 con la inauguración del primer ferrocarril interoceánico del continente. «*Una administración exitosa —asegura— hubiera dado mucho dinero al fisco nicaragüense y el contrato no hubiera sido anulado [...] Siete años de disputas transcurrieron hasta que la ruta —en 1864— pudo volver a ponerse en pie. Pero era demasiado tarde para que recobrara el vigor original*».

La llegada de Mark Twain

Es en ese momento, el 29 de diciembre de 1866, cuando arriba al puerto de San Juan del Sur, en el Pacífico de Nicaragua, el joven de 31 años que entonces era Samuel L. Clemens, conocido posteriormente como Mark Twain, a quien lo sorprende el año nuevo de 1867 navegando por el Lago de Nicaragua de La Virgen a San Carlos.

Twain había sido piloto desde los doce años en el Río Misisipí y cuando vino a Nicaragua no había publicado ningún libro. Apenas escribiría en 1867 «The Celebrated Jumping Frog» («La rana saltarina del Condado de Calaveras»). En versión de Luciano Cuadra, Twain dejó escrito: «*Teníamos derecho a escoger la diligencia en que haríamos el viaje de doce millas que hay de San Juan del Sur a La Virgen (...) nos metimos en una de las más grandes diligencias de un rojo desteñido, tirada por cuatro caballos cholencos. El cochero comenzó de inmediato a sacudirlos y apalearlos, y también a maldecirlos como loco furioso en un inmundo español (...)*».

El primer anuncio gringo en Nicaragua

Y continúa: «*La primera cosa que los hombres vieron fue, pero sin saber qué cosa era: un mojón tal vez, una cruz, o quizá la modesta lápida de algún desventurado aventurero americano. Pero no, no era nada de eso; al acercarnos vimos clavado en un árbol un letrero que decía: 'Compre una camisa Ward!' era, pues, simplemente uno de esos abusos en que se refocilan los mercachifles de mi tierra dueños de la camisería de esa marca. Y pensar que gente como esa invade los lugares*

más sagrados con sus anuncios canallas para desnaturalizar los paisajes en que uno podría extasiarse».

Doncellas achocolatadas

Casi doscientas yardas pasábamos ranchitos con ventas atendidas por muchachas de pelo negrísimo y relampagueantes ojos, que de pies antes las bateas nos miraban pasar en actitudes como de agraciada indolencia, chavalas estas de color de baqueta y vestidas siempre lo mismo: una sola bata suelta de zaraza con estampados chillones, recogida arriba de los pechos y de volante fruncido. Tienen dientes blancos y caras bonitas de sonrisa ganadora (...) estas doncellas achocolatadas venden café, té y chocolate, bananos, naranjas, piñas, huevos cocidos, guaro aborrecible, mangos, jícaras labradas y hasta monos, y los precios son tan módicos que, a pesar de órdenes y reconvencciones en contrario, los pasajeros que en el vapor venían en tercera se atiborraron de toda clase de bebidas y comidas. El camino era suave, plano y sin lodo ni polvo, y el paisaje ameno, aún cuando no llegaba a maravillar. Los cuatrocientos viajeros que éramos unos a caballo, otros en mulas, y otros más en diligencias tiradas por cuatro mulitas, formábamos la más bizarra, astrosa y extraña comparsa que yo jamás hubiera visto.

El viajero, de cuyo estilo vivo, directo y oral procede la narrativa norteamericana moderna, cruzó en diligencia la carretera del Tránsito —o sea, la estrecha faja del Istmo de Rivas— para llegar al pequeño embarcadero de La Virgen.

Allí tomó el vapor *San Francisco* de la *Compañía Accesoría del Tránsito*, en el cual surcó el Gran Lago de Nicaragua el primero de enero de 1867, desembarcando en San Carlos catorce horas después, el 2 de enero. Luego bajó por el río San Juan, recorriendo sus 120 millas hasta llegar a otro puerto y bahía en el Atlántico: San Juan del Norte. De allí Twain transbordó a otro vapor más grande que lo condujo a Nueva York.

Los volcanes gemelos

Twain describe las peripecias e impresiones de su viaje por esta ruta, en buena parte paradisíaca, cuando el cólera azotaba nuestro

país. Pero ni esa amenaza, ni el rudimentario menú de los vapores (sándwiches), pudieron opacar su humor y sensibilidad ante la belleza del paisaje nicaragüense. Al Concepción y al Maderas los reconoció como «*volcanes gemelos, maravillosas pirámides arropadas en un verde fresco y suavísimo, veteadas sus faldas de luces y de sombras; sus cimas perforan las errabundas nubes, parecen los volcanes apartados del vértigo del mundo, tan tranquilos así como están inmersos en sueños y en reposo*».

Durante su travesía por el río, para él un paraíso despoblado, se fue desplegando ante él «*la encantadora belleza de sus contornos. Todos cautivados miramos largo rato y en suspenso la maravillosa que se abría en frente y a los lados. Pero el fin cesó el embrujo y se oyó un rebullido de animadas pláticas y comentarios salpicados de exclamaciones exaltadas*».

En San Juan del Norte

Al arribar a San Juan del Norte constató sus doscientas casas viejas de madera y algunos hermosos predios vacíos y con sus mil ochocientos habitantes: «*un mosaico de nicaragüenses, estadounidenses, españoles, alemanes, ingleses y negros jamaicanos. Casi todos estos tienen venta de puros y guaro, frutas y hamacas de cabuya. Todo muy barato, y hasta vinos y otros artículos importados, pues los derechos de aduanas son bajos (...) engalanan el pueblos unos cuantos cocoteros, lo bordean chaparrales, y por donde quiera sonríen entre la grama los botones rosados de las mimosas*».

Por lo demás, el personaje Mr. Brown, a que continuamente alude Twain en sus dos cartas, es ficticio: creación del autor. Y los datos históricos que aporta son numerosos y valiosos. Entre ellos, cabe citar el consumo ya desarrollado del café, y la fluida circulación de la moneda norteamericana —especialmente el *dime* o diez centavos—, ambos fenómenos impulsados por la Ruta del Tránsito.

MARK TWAIN: OBRA DEL ALMA YANKEE

[Fragmento de semblanza]

Rubén Darío

ESTA CURIOSA personalidad de las letras contemporáneas es poco conocida en lengua castellana. En Nueva York [mayo de 1893] era la primera vez que veía yo *Christy's Minstrels* en un teatro de segundo orden. El vapor debía partir a Francia. Para leer en el camino, llevé un libro yankee: la última obra de Mark Twain, *Un yankee en la Corte del rey Arturo*. Leí otras obras después. Y he aquí a tu escritor, ¡oh gran pueblo de los Estados Unidos!

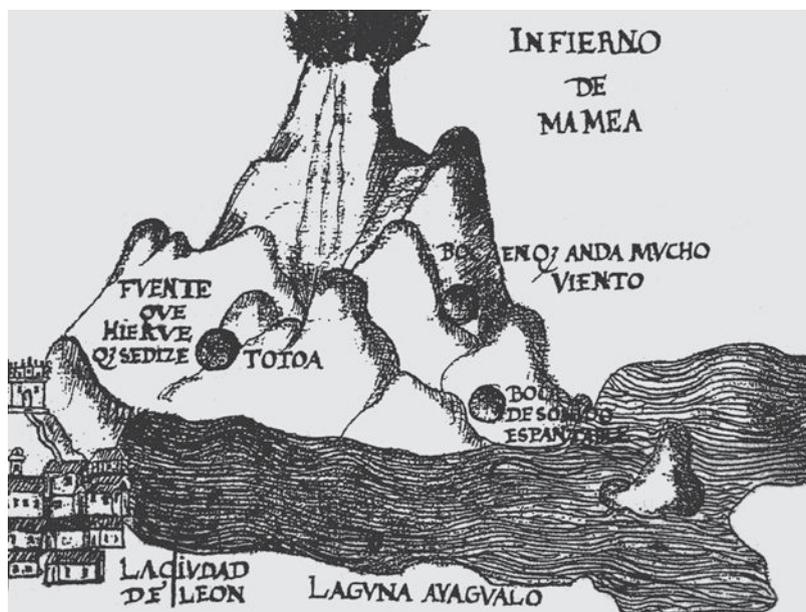
Es, en verdad, un producto esencialmente yankee ese humorista que tiene colocación entre las cosas *greatest in the world* de que nos habla Paul Groussac en sus cartas sobre los Estados Unidos. Su forma es universal; su seudónimo y su obra se han popularizado. En Inglaterra tiene tantos o más lectores que en la gran república, y, lo que es más, Francia misma le batió palmas y oyó sus conferencias [...].

Mark Twain en su tierra, y en su categoría de humorista, es consonante con el viejo, con el primitivo, bíblico y salvaje Walt Whitman. Ambos son obra del alma yankee que canta en las *Hojas de yerba* y ríe con el clownesco autor de tanto burdo chiste [...]. Whitman confina con Homero; míster Mark Twain, que confina con aquellos *Christy's Minstrels* que en un teatro de Nueva York me mostraron por vez primera un curioso lado del alma anglosajona, con los caricaturistas del chino, del irlandés y del negro, que pululan en los diarios joviales de la tierra feliz del *Uncle Sam*.

[*La Nación*, Buenos Aires, 18 de marzo de 1896; tomado de Rubén Darío: *Escritos inéditos* / Recogidos de periódicos de Buenos Aires anotados por E. K. Mapes Nueva York, Instituto de las Españas de los Estados Unidos, 1939 pp. 94-96.]

III.

Nicaragua
y el patrimonio
mundial



León Viejo y volcán Momotombo (1528), dibujo del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.

LEÓN VIEJO: PIONERA URBE HISPANA EN LA AMÉRICA CENTRAL

Jorge Eduardo Arellano

LEÓN VIEJO es un vestigio histórico único en América Central. No sólo por su admirable estado de preservación, sino por tratarse de una pionera urbe hispana establecida en el Nuevo Mundo a principios del siglo XVI. Al ser abandonada tras 86 años de dramática existencia, sus ruinas quedarían soterradas. Por eso, a partir de su hallazgo arqueológico en abril de 1967, ha constituido una especie de cápsula del tiempo representativa del proceso de sometimiento de las tierras conquistadas por los españoles.

El capitán Francisco Hernández de Córdoba, lugarteniente de Pedrarias Dávila —gobernador de Castilla del Oro (hoy Panamá)— la fundó a orillas del lago Xolotlán y a poco más de una legua del volcán Momotombo, en las inmediaciones del poblado indígena de Imabite. El acontecimiento tuvo lugar en noviembre de 1524. Su primer alcalde fue Sebastián de Benalcázar, posteriormente fundador de Quito, Calí y Popayán. Entre los primeros vecinos de León figuraba también al capitán Hernando de Soto, años más tarde descubridor de la Florida y del río Missisipí.

Hechos notables

La ciudad fue designada residencia del gobernador, así como sede episcopal y de la Caja Real. Sus primeros 33 vecinos españoles, incluyendo al clérigo Diego de Agüero, llegaron con Hernández de Córdoba; y su primer Concejo, de tres regidores, data de 1527. Para entonces ya había ocurrido el proceso y la ejecución de Hernández de Córdoba, tras su rebelión contra Pedrarias. El fundador del asentamiento fue degollado en la plaza mayor en julio de 1526. Al año siguiente, Pedrarias se hizo cargo de la provincia; pero la abandonó pronto para ser residenciado por el nuevo gobernador de Castilla del Oro, dejando en su lugar a otro

de sus lugartenientes: Martín de Estete. Pero en 1527 Diego López de Salcedo, gobernador de Honduras, se apropió de la provincia de Nicaragua, siendo recibido por el cabildo de León el 7 de mayo del mismo año. Ocho días más tarde el mismo cabildo recibía a otro personaje que fue fundamental en la gestación de la ciudad: el contador y alcalde mayor licenciado Francisco de Castañeda.

Del 11 de abril de 1528 al 6 de mayo de 1531 gobernó la provincia Pedrarias Dávila. Aparte de impulsar las primeras construcciones de iglesias, conventos y viviendas, Pedrarias edificó la Casa Real de Fundición, donde se acumulaba el oro de rescate y, una vez fundido, se extraía el *quinto real*. Su gobierno se caracterizó por la crueldad con sus rivales políticos y, particularmente, hacia los indígenas. A dieciocho de ellos, victimarios de algunos españoles, ordenó descuartizar en la plaza mayor con perros amaestrados el 16 de junio de 1528.

Desde 1527 se había desatado una pandemia entre la población indígena, causando una gran mortandad precedida por dolores de costado y estomacales. Al reducirse la capacidad de trabajo de la población, devino una hambruna en 1528. Este mismo año los españoles iniciaron la exportación de indios esclavos —herrados en la cara y sin herrar— a Panamá y al Perú. El 26 de febrero de 1531 la iglesia mayor fue elevada a categoría de catedral y al año siguiente el concejo de la ciudad consideró necesaria la construcción de una fortaleza ante el peligro de alzamiento de los indios. Otra nueva pandemia brotó entre los indígenas, esta vez de sarampión, resultando tan letal como la anterior. Tras la muerte de Pedrarias, se permitió a los colonos de Nicaragua la construcción de barcos para comercializar esclavos indígenas. En 1533 había de 15 a 20 carabelas en el puerto del Realejo dedicadas exclusivamente a ese tráfico.

En noviembre de 1535 llegó con su esposa e hijos el nuevo gobernador, Rodrigo de Contreras. Además de introducir la carreta, Contreras excitaría a los vecinos a construir casas de tapia y tejas. Mientras tanto, en 1542 se consolidaba el poder real en el istmo centroamericano al establecerse la Audiencia de los Confines en la ciudad de Gracias a Dios. En consecuencia, las leyes

nuevas —emitidas el 20 de noviembre del mismo año de 1542— prohibieron la esclavitud de los indios y crearon las reducciones de los mismos en pueblos, como acción clave para su control e indoctrinamiento. Los mercenarios y franciscanos se encargaron de las zonas del Pacífico de Nicaragua y Costa Rica, y de los territorios indígenas de matagalpas y chontales en la zona Norte y Centro de la provincia.

En 1543 se dejaron sentir los cambios en León. Hubo un incendio en la Casa Real de Fundición, por lo que fue trasladada primero a la casa de Pedro de los Ríos —yerno de Contreras— y después a la del fundidor Antonio Rodríguez. El gobernador Contreras, yerno de Pedrarias Dávila, allanó el convento de La Merced e intentó incendiarlo. En 1544, la Audiencia de los Confines lo despojó de la gobernación y de los indios que tenía encomendados. De nada le sirvió su viaje a España para buscar apoyo, pues la Corona respaldó a la Audiencia. En 1545 fray Antonio de Valdivieso fue consagrado obispo y al llegar denunció hechos de corrupción en el gobierno de Contreras. Halló en León la fortaleza destruida y la catedral sin construir.

En 1546 el capitán Palomino, procedente del Perú, intentó apoderarse de la provincia; pero Contreras y sus hijos —con vecinos de la ciudad— acudieron a defender el puerto del Realejo. Contreras mantuvo una fuerza de 30 a 40 hombres en su casa durante cinco meses. También sustentó a otros 20 vecinos. En 1547 la catedral estaba a punto de concluirse, financiada por el obispo Valdivieso con la mitad de los diezmos. En 1548, en la jurisdicción de León, había 109 pueblos y parcialidades repartidos en 55 encomiendas, con una población tributaria de 5,714 indios. Los indios de las primeras encomiendas, en Nicoya y Nicaragua, pagaban en tributo y fuerza de trabajo.

Magnicidio del obispo Antonio de Valdivieso

En 1550 se alzó Hernando de Contreras, hijo del exgobernador Rodrigo de Contreras, asesinando el 26 de febrero de 1550 al obispo Valdivieso y robando la Caja Real. Hernando con su hermano Pedro y sus seguidores se embarcaron hacia Panamá, con ánimo de trasladarse al Perú en donde Hernando pretendía coro-

narse *Príncipe del Nuevo Mundo*. Saquearon Panamá, pero fueron derrotados en Nombre de Dios. Pedro desapareció y Hernando fue hallado muerto.

En 1551 las guerras civiles en el Perú alentaron la rebelión de Juan Gaitán y sus seguidores de Guatemala y Honduras. En León residía como Fiscal de la Audiencia desde 1550 Juan de Caballón, nombrado Alcalde Mayor con funciones de Gobernador. Al recibir noticias de la cercanía de Gaitán, alejó a los buques del Realejo para que no cayeran en sus manos y preparó la plaza de León para ofrecer resistencia. El ataque fracasó y Gaitán fue apresado en el convento de La Merced, donde se había refugiado después de ser vencido.

En 1554 el vecino volcán Momotombo produjo una erupción que lanzó grandes cantidades de ceniza sobre los techos y las calles. De entonces data esta copleta: *Dios en su justicia / así nos ha visto / por haber matao / al señor obispo*. De 1570 a 1573 se repitieron fiebres y pestes desde Soconusco hasta Costa Rica. En 1576 y 1577 se dio la peste más grave ocurrida en Centroamérica. Causó gran mortandad en pueblos de indios, incluyendo los de Nicaragua.

En 1580 los *oficiales reales*, o funcionarios, no podían sustentarse de sus salarios y ni siquiera poseían casas decorosas para guardar la caja real. Además, se sufría una inflación: fuera de Nicaragua no valía siete reales el peso —equivalente a ocho— ni querían *recibir tal moneda fuera de dicha provincia*. Con todo, en 1584 los vecinos españoles aumentaron a 123, según unos, y hasta 150, según otros; ello implicaría que, contando a las familias y al personal de servicio, la población total de León Viejo habría llegado a unos 1,300 y 1,500 habitantes. La población indígena tributaria disminuyó, provocando desaliento entre los vecinos que veían reducirse sus encomiendas. Solo dos años después, en 1586, el desaliento de la población es muy claro, pues se informa que ya no se reconstruyen las casas que se caen y que los vecinos se van muriendo o se trasladan a Granada.

En 1594 continuaron los informes de casas derruidas que no se reparaban porque los vecinos no disponían de medios necesarios. Sin embargo, 120 vecinos poblaban León y poseían enco-

miendas de indios. La pesca en el lago, que era buena, contribuía a su alimentación. Pero el mismo año de 1594 un terremoto aterrizó a la población provocando su éxodo, lo cual redujo las opciones económicas de la ciudad. En 1605 la diócesis no podía mantener más de un clérigo por la escasez de diezmos, derechos y limosnas. León se hallaba en sus últimos días.

Edificios y etapas constructivas

El primer convento, fundado en 1528, era *una pequeña choza de paja* levantada por el mercedario Francisco de Bobadilla. El mismo año inició su periodo el gobernador Pedrarias Dávila, quien vivía en una posada, al igual que lo hiciera López de Salcedo, gobernador de Honduras. En cambio, Martín de Estete era dueño de una casa con cerca de tapias junto a la fortaleza recién construida. Ese mismo año, como se dijo, se inició la construcción de la Casa Real de Fundición para fundir el oro, plata y otros metales de la provincia. Las construcciones iniciales utilizaron materiales indígenas: horcones de madera, paredes de caña y barro, pisos de tierra. Destacaban la iglesia, las casas del gobernador y de otros calificados personajes.

En 1529 la iglesia era considerada la mejor *de estas partes*, aunque pobre en campanas y ornamentos. Asimismo, según Francisco de Castañeda, tenían algún tiempo de instalados varios artesanos: sastres, espaderos, cerrajeros, carpinteros (*que todos usan sus oficios es muy buena obra*), zapateros (*los cuales no gastan otra corambre que uno de la tierra que buena de cueros de venados*), silleros, curtidores y zurradores. Y concluía Castañeda, en relación a los productos adquiridos entonces por los españoles, como ropa de algodón, aceite de semillas de mamey, vinos de maíz y frutas: *no falta cosa aquí para sostener los hombres*.

También había ya dos conventos: el de Santo domingo y el de Nuestra Señora de La Merced. En 1530 Pedrarias habitaba una casa con dos puertas y un portón a la calle, varios cuartos en el interior, un rancho espacioso —ocupado por su guardia personal— y corral para caballos. Seguramente, fue cercada de tapias para defenderla del fuego que ya había hecho estragos. Las casas tenían cercas de tapia por la misma razón. Se estaba construyendo

la iglesia y el convento de La Merced, con paredes de tapia y argamasa de talpuja. En 1533 la fortaleza estaba en muy mal estado y en 1535 completamente derruida. En 1539 el convento de La Merced se estaba reedificando con piedra, ladrillo y teja; y en 1542 ya tenía tres naves, arcos, rafas (pilastras) y esquinas, todo de ladrillos. Su techo era de tejas y las paredes de tapia. Se destacó Juan Meco—futuro alarife de Lima— como maestro constructor y Álvaro Zamora como carpintero.

Tres etapas constructivas se sucedieron claramente: 1524-1530: etapa primitiva (materiales indígenas); 1530-1534: etapa fundamental (tapia: tipo de material *al uso de España*: tierra y mortero compactado); y 1535-1550: etapa definitiva (casas de ladrillos y tejas).

Hacia 1545 la ciudad había logrado su más alto desarrollo, con casas bastante uniformes, pozos adobados y carnicerías bien abastecidas. El arqueólogo español Antonio Bonet Correa asegura que el plano lo conformaban 111 cuadras (el plano original de Lima fue de 117 cuadras) y 9x10 calles de 10 a 11 varas de ancho. La Plaza Mayor estaba ubicada hacia el centro, entre cuatro manzanas al Norte, 6 al Sur, 4 al Oeste y 5 al Este (hacia el lago). Con base a las limpiezas y excavaciones de 1967 y 1968, fue elaborado un plano de la ciudad que indica un núcleo urbano de unos 1,000x500 metros en el que se observa un centro rectangular, ocupado por una plaza mayor de modestas proporciones y hacia el Este de ella, dando las espaldas al lago, se erigía la catedral, bautizada con el nombre de Santa María de Gracia. Al norte de la misma plaza, se levantaron las casas de gobierno.

Población

En 1545 León era considerado por sus habitantes el tercer centro urbano en importancia después de Guatemala y San Salvador, pero también *un pueblo pequeño donde todo se sabe fácilmente*. Su población la componían funcionarios reales (de la gobernación y del cabildo), religiosos, guardias y criados, artesanos, plateros, cirujanos, encargados de las minas y encomenderos. En 1548 había 59 encomenderos residentes que recibían tributos de 90 pueblos de indios.

Luis de la Rocha—regidor en 1527—poseía 5 pueblos con 310 indios (promedio de 62 indios por pueblo); Benito Díaz —otro regidor— en 1530, 7 pueblos con 300 indios (promedio de 43 indios por pueblo); Iseo de Santiago, viuda de Mateo Lezcano —alcalde en 1529— 235 indios; y Hernán Nieto, 3 pueblos con 290 indios (promedio de 97 indios por pueblo).

Otros datos del mismo año de 1548 indican que en toda la jurisdicción de León existían 109 pueblos y parcialidades repartidos en 55 encomiendas, con una población tributaria de 5,714 indios. Un tercer dato de 1548 confirma que había efectivamente 59 encomenderos en León y que las encomiendas *en cabeza de Su Majestad eran* 19.

En 1578 se registraban 62 vecinos españoles, de los cuales 27 eran encomenderos. En 1584 indica un total de 150 vecinos con 97 pueblos y 5,150 tributarios. En el año del terremoto de 1594 aún se encontraban 120 vecinos en la ciudad. Pero en 1603 solo quedaban diez casas en la ciudad, de manera que su abandono era inminente.

Traslado al asentamiento actual en 1610

El 11 de enero de 1610 se dio la más violenta erupción del Momotombo. Entonces el obispo Pedro de Villarreal alentó a la población para trasladarse —portando el Santísimo Sacramento, insignias reales y campanas— a otro sitio con más disponibilidad de recursos: agua, tierras aptas para la agricultura, proximidad al mar y suficiente mano de obra indígena. El 16 de enero se clava el estandarte violeta de las armas de Castilla, cerca de un frondoso árbol de guásimo, en el nuevo asentamiento, próximo al pueblo indígena de Sutiava. El 17 fue celebrada la primera misa y el 19 se trazó el plano por orden del capitán y alférez mayor Pedro Munguía de Mendiola, quien también es el alcalde ordinario de la ciudad destruida. La Gobernación de Guatemala autorizó la decisión del traslado el mismo año y el 9 de abril de 1619 lo haría el rey de España.

Al inicio de la segunda mitad del siglo XX, en abril de 1967, la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua redescubrió las

ruinas, constituyendo el acontecimiento cultural de la época. Hasta ahora, se han descubierto los restos óseos de Pedrarias Dávila y Hernández de Córdoba en la iglesia de La Merced y de los tres primeros obispos —Diego Álvarez Osorio, Francisco de Menda-
via y Antonio de Valdivieso— en la iglesia mayor o catedral. Y en 2011, además de delimitarse la plaza mayor, fueron encontrados osamentas en el atrio de catedral.

Bibliografía

- ARELLANO, Jorge Eduardo, ed. (1993): *León Viejo: Pompeya de América*. Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura, Comisión Nacional de la UNESCO, junio.
- ARGÜELLO ARGÜELLO, Alfonso (1994): *Historia de León Viejo*. [2ª ed.], León, Editorial Hospicio.
- AUTORES VARIOS (2008): *Simposio León Viejo en la memoria*. Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura.
- _____ (2014): *León de Nagrando / Origen y actualidad*.
Compilación y notas: Alba Obando, Janeth Navas, Edwin Taylor Rigby. Managua, Fondo Editorial El Güegüense, Instituto Nicaragüense de Cultura.



Fray Antonio de Valdivieso, tercer obispo de Nicaragua.

EL GÜEGÜENSE: FARSA INDOHISPANA DEL PACÍFICO DE NICARAGUA EN EL SIGLO XVIII

Jorge Eduardo Arellano

DE LAS 43 formas tradicionales de expresión, declaradas por la Unesco el 25 noviembre de 2005 patrimonio intangible de la humanidad, dos correspondieron a espectáculos ubicados en Mesoamérica: el *Rabinal Achí*, de Guatemala, y *El Güegüense*, de Nicaragua, conocido popularmente como «Macho Ratón».

Como es sabido, el drama en quiché y la comedia callejera en *españolhuat* fueron descubiertos por la cultura occidental, en sus ámbitos originarios, durante la segunda mitad del siglo XIX. Si el primero ordenó fijarlo por escrito en 1856 —traduciéndolo luego a su idioma materno— el francés Charles Etienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874), el segundo lo transcribió en 1874 y en Masaya —fusionando dos versiones manuscritas— el alemán Carl Hermann Berendt (1817-1878). Gracias a estos americanistas europeos fue posible rescatar de la tradición oral ambas piezas, hoy reconocidas universalmente al lado del Kabuki en Japón, y de otras expresiones o espacios culturales: 11 en Asia, otras 11 en Europa, 9 en África, 5 en Latinoamérica y el Caribe, 4 en países árabes y otras 4 de carácter multinacional.

Carnavalización paródica

Mucho se han estudiado el *Rabinal Achí* y *El Güegüense* como factores de identidad y resistencia sociocultural. Si uno representa al pueblo indígena de origen maya-quiché —es decir, a la mayoría de la población guatemalteca—, el otro no se explica sin la carnavalización que protagonizaron, al menos desde el siglo XVIII, los indígenas de la Nicaragua del Pacífico, o propiamente de la antigua Manquesa, región que coincide en la actualidad con la llamada *Meseta de Los Pueblos*. En la ciudad de Granada, establecida por los conquistadores en 1524, este proceso de carnavalización ya se

había producido a finales del XVI. La celebración del Santísimo Sacramento el 5 de junio de 1586 lo revela. En esa fecha, el franciscano Alonso Ponce encabezó una procesión acompañado por jóvenes españoles enmascarados. Participaron también un mulato que hizo el papel de cómico y algunos indios. Todos, bien ataviados, bailaron en las calles durante varias horas.

No debe olvidarse, por tanto, que *El Güegüense* se proyectaba dentro de espacios sacralizantes, como los impuestos por el ritual cristiano católico en las fiestas patronales y que, en el caso de nuestra pieza, remite a dicho proceso de carnavalización, por el cual adquiere un sentido profano. Es en esa dimensión de lo carnavalesco que funciona como parodia e ironía, procedimientos normales para expresar la comedia de las pretensiones humanas. Técnica fundamental del satírico —según Matthew Hogart— es la reducción, es decir, «la degradación o desvalorización de la víctima mediante el rebajamiento de su estatura y dinigidad». Y esta técnica articula la dinámica de nuestra pieza.

De hecho, en su origen estructural, *El Güegüense* se remonta al teatro en náhuatl impulsado por los misioneros a partir de la segunda mitad del siglo XVI; concretamente a las farsas y danzas dialogadas que el investigador mexicano Fernando Horcasitas llamó *pueblerinas*. Concebidas y desarrolladas en un ambiente colonial, esas danzas con diálogos o parlamentos prescinden del tema religioso y contienen elementos precolombinos.

Raigambre indígena y española

De ahí que *El Güegüense* —tal como llegó a nuestros días— posea una raigambre tanto indígena como española. Por eso se ha considerado la obra maestra del arte dramático, popular y mestizo del área mesoamericana; la primera obra del teatro autóctono hispanoamericano de asunto colonial y el texto fundacional de la literatura nicaragüense. Al respecto, observa Günther Schmigalle: «La mayoría de las literaturas europeas comienzan su desarrollo histórico con alguna obra monumental, generalmente un poema épico-heroico: La Ilíada en Grecia, el Cantar del Mío Cid en España, Os Lusíadas en Portugal, etc. En Latinoamérica, en cambio, apenas Chile, con La Araucana, tiene una especie de poema épico, y todavía se

podría discutir si la obra de Alonso de Ercilla forma parte de la literatura chilena o de la española. Parece significativo, entonces, que el primer monumento de la literatura nicaragüense, El Güegüense, sea una comedia-bailete, con un argumento igualmente alejado de lo épico como de lo heroico». Mejor dicho: de naturaleza satírica-burlesca.

Al margen del discurso colonialista

Resulta significativo también que nuestra pieza teatral haya surgido al margen del discurso colonialista que expresaba el orden dominante a través de sus manifestaciones oficiales: *la literatura de sometimiento, la eclesiástica, la de afirmación criolla y la panegírica del poder. El Güegüense* es otra cosa: independiente del proceso escritural y de la circulación impresa. Su naturaleza es la oralidad; una oralidad nueva que debió surgir, o insurgir, cuando ya se había consolidado el dominio hispánico sobre las poblaciones indígenas de filiación mesoamericana, culminando a principios del siglo XVIII.

Es decir, con un argumento desarrollado en una pequeña y marginal provincia del imperio español en crisis, que requería de impuestos para subsistir. Tal es el escenario y la impronta dieciochesca o barroca, reflejada en el vestuario y en los refinados sonos de violín, de su espectáculo escenográfico y mímico, musical y danzario; todo ello unido por el hilo conductor de un diálogo vivaz y picaresco, centrado en el protagonista. En consecuencia, este se impone y da nombre a nuestra pieza, calificada por Salomón de la Selva de *preciosa y singular*.

El españáhuat

Singular porque no surgió otra, en el ámbito mesoamericano, de características similares. Ejemplo excepcional de sincretismo —el protagonista procede tanto del farsante chocarrero precolumbino como del pícaro ingenioso del Siglo de Oro español—, fue escrita en una mezcla de legítimo castellano y náhuatl dialectal (sin tl), o nahuatl; especie de *lingua franca*, extendida por Centroamérica y el Sur de México, tras una rápida y temprana nahuatlización de las otras lenguas prehispanas, para convertirse «en una lengua corriente de los mestizos». Pero en ese «mish-dialect»,

que Mario Cajina Vega bautizó *españáhuat*, predomina el español, en su morfosintaxis, al igual que en su léxico culto y popular; un español que contiene el voseo, característico de Nicaragua. En efecto, se aprecia en el parlamento 228, cuando el protagonista pregunta a su hijo putativo Ambrosio de qué manera embarazó a una dama. *De dormir con vos, Güegüense* —le contesta.

De hecho, el adstrato dominante (español) se impone sobre el sustrato en decadencia (nahuatl regional). Tal lo demostró el lingüista norteamericano Marshall Eliot en 1884 al estudiar el *spanish-náhuatl*: «*La construcción española —concluyó— ha sido tan escrupulosamente mantenida, las expresiones del español tan estrictamente usadas en forma natural y fluyente, que uno casi podría llegar a creer que es la lengua de un español en sí*». O sea de alguien originario de la península.

El español del *españáhuat* —señala Pedro Henríquez Ureña— posee pocos cambios semánticos: *consolar* se usa unas veces en sentido recto, otras (muchas) en sentido de *divertir* o *agradar*; *celar*, en sentido de *interesar* e *importar* (*acaso no me cele*); *¡ya!* (*¡hola!*), *chocalá*, refrigerio o comida. *Hemo* (hemos) se usa por *tenemos*; *tin* equivale al verbo *tener*; *rugeros* en vez de *rugidos*; *tindería* en vez de *tienda*; *guajiqueño*: oajaqueño. *Asetato* (es asentado): *siéntese*; *sino* equivale a *sin*; *sino* a *menos* que; *corcobios* son *pasos de danza*.

Más aún: resulta muy apreciable que *El Güegüense* y *Don Quijote* compartan un léxico de pura cepa española. Sesenta vocablos he identificado en ambas obras, por ejemplo *azotes*, *bueyes*, *carrera* (camino principal), *cortesía*, *criado*, *embustero*, *hermosura*, *licencia*, *macho*, *prieta* (prontitud, rapidez), *queso* y *uñas* (tener en la uña: conocer con gran detalle). Incluso nuestra pieza contiene vocablos presentes en el *Cantar del Mío Cid*: los adverbios *adelante*, *adentro*, *aquí*, *arriba*; los verbos *alzar*, *andar*, *aparejar*, *arrear*; y los sustantivos *alguacil*, *alcalde*, *amigo*, *arena*, solo para citar doce vocablos con / a / inicial. O se reconocen arcaísmos como *aventastes*, *aviados* y *endenantes*.

Sin duda, la farsa indohispana del siglo XVIII reflejaba otro proceso: el del aprendizaje del castellano, de manera que en 1791 Antonio de Pineda —refiriéndose a la zona del Pacífico de la

provincia— informara: «no hablan otro idioma que el español». Lo mismo pudo haber afirmado de las otras regiones que comprendían la *pax hispánica*, donde las lenguas indígenas estaban ya muertas o relativamente agonizantes. No era, en particular, el caso del *españáhuat* de *El Güegüense*; pero se le aproximaba. De ahí el célebre y celebrado parlamento 123, o joya verbal que no desmerece compararse a cualquier clásico del Siglo de Oro e incorpora el galicismo *cabriolé* («coche pequeño que cabriolea, es decir, que corre a saltos»), el cual, —según Corominas—, comenzó a utilizarlo el dramaturgo español Ramón de la Cruz (1731-1794):

Gobernador: Pues aquí es menester licencia, Güegüense.

Güegüense: ¡Válgame Dios, Señor Gobernador Tastuanes, viniendo yo por una calle derecha me columbró una niña que estaba sentada en una ventana de oro, y me dice: ¡Qué galán el Güegüense, qué bizarro el Güegüense; aquí tienes bodega, Güegüense; entra, Güegüense; aquí hay limón... Y como soy un hombre tan gracejo, salté a la calle con un cabriolé, que con sus adornos no se distinguía de lo que era, lleno de plata y oro hasta el suelo, y así una niña me dio licencia, Señor Gobernador Tastuanes.

El *españáhuat* de *El Güegüense*, reitero, es más castellano que nahuatl. Al respecto, he registrado casi medio centenar de palabras españolas y solamente 77 en nahuatl, de las cuales —cito a la nahuatlista alemana María Luisa Hermann-Roenen— 45 son más o menos comprensibles, 28 difícilmente comprensibles y 4, apenas, incomprensibles. Entre las primeras, naturalmente, figuran nahuatlismos del español hablado en Nicaragua y ya en desuso (*apupujado*, *hipato*, *pachaca*, *tecomajoche*, *totolatera*, *suche*), o todavía vigentes (*güüpil*, *petaca*, *petate*) y americanismos ampliamente conocidos (*iguana*, *garrobo*, *papayo*, *guayaba*). En cuanto al léxico castellano, incluye no pocos vocablos rurales, propios de arrieros (*arados*, *desmonte*, *yugo*, *yuntas*, *capones*); algunos tienen doble sentido sexual (*estaca*: miembro viril; *potrero*: putero, burdel). Otros designan parte de la anatomía humana (*cola*, *piernas*, *narices*, *oídos*) o animales (*ternero*, *potro*, *pescado*, *sapo*). Son vulgarismos, pero se integran a otras series de vocablos que reflejan no solo al español como lengua dominante, sustentada en un ostensible

prestigio que arrincona la del sustrato marcando su evolución refinada o barroca.

De ahí también que el vocabulario de *El Güegüense* contenga términos relacionados con las danzas (*sones, corridos, mudanzas, velancicos, zapatetas*) o las monedas españolas de la época (*doblo-nes, cuartillos, maravedís, medios, pesos duros*), comprenda términos de carácter administrativo (*cabildo, insignia, depositarios, gobernador, licencia, mesas, notarios, papel blanco, pluma, provincia real, tintero, salvadera* o *secante*), formalista: exclamaciones (recordemos el *¡válgame Dios!* del Siglo de Oro) y saludos impuestos por el predominio social de la burocracia española; y comercial. Aludo a objetos y atuendos que vendían o contrabandeaban los *quebrantahuesos* —apodo, emitido a principios del siglo XVII, del sector socioeconómico al que pertenecía el Güegüense con sus hijos—: *cajonería, fardo, medias de seda, tienda, sombrero de castor, estriberas, zapatos de oro*.

Revisando el vocabulario español (sustantivos, algunos verbos y adjetivos), Víctor Pérez ubica cronológicamente cada palabra, es decir, el momento en que comenzaron a vivir en el lenguaje escrito, para concluir que la «hechura» de la obra —o fijación escritural— data de bien adelantado el siglo XVIII. He aquí seis de ellas: *A la gorra* (principios del siglo XVII, lo establece Corominas); *gorrón*: parásito: el que vive a costa ajena; *adornos* (circo 1600); *bordado* (principios del siglo XVII); *brindar* (idem: ofrecer algo voluntariamente); *carpeta* (1601); palabra tomada para encontrar *galante*, adjetivo localizado en una nota manuscrita al margen de la melodía novena —«El Güegüense consternado y orondo»— de la música adjunta al manuscrito del siglo XVIII, descubierto por el doctor Emilio Álvarez Lejarza (1884-1969). A las anteriores voces, hay que sumar seis más: *gamuza* (1067), *gracejo* (1640), *jilguero* (principios del siglo XVII), *jeringuita* (idem), *parabienes* (siglo XVII, en singular; se supone que la formación en plural es posterior) y *perico ligero* (1670).

Se trata del *oso perezoso* (*Choloepus hoffanii*): mamífero de la familia de los destentados; vive colgado de las ramas en sus patas que terminan en garras (uñas) arqueadas como garfios. A las del

Capitán Alguacil Mayor alude el Güegüense en el parlamento 92:
Y qué buenas uñas ¡Si parecen de perico ligero!

Poética del humor como resistencia

A través de esa lengua se proyecta —desde la perspectiva del dominado o del subalterno— una crítica del discurso dominante. ¿Cómo? En primer lugar, con un humor espontáneo: ingenioso a veces, otras procaz y corrosivo. No se reduce, simplemente, a producir risa o a provocarla como catarsis; más bien, concibe el humor como resistencia: un humor defensivo que se produce cuando se da la relación entre oprimidos y opresores. Bárbara Harlow, en su *Resistance literature*, la formula teóricamente, agregando que dicho humor es propio de las clases dominadas, entre las cuales surge un personaje que se presenta como «gran jode-dor» (el adjetivo, valga la aclaración, es de Harlow), capaz de sobrevivir con y entre los suyos, a pesar de las dificultades.

En segundo lugar, nuestra obra recurre a la parodia de la retórica cortesana y burocrática que tratan de imponer las autoridades provinciales. O sea: el Gobernador Tastuanes (imperativo delegado del poder real); el Alguacil (servil encargado del orden público); el Escribano (emisor de legalidad) y el Regidor, miembro del Cabildo Real Indígena, denunciado en su corrupción y ridiculizado. Solo el Arriero —conductor de las cargas del protagonista— es ajeno a dicha retórica, pues interviene, aunque solo en tres ocasiones, en verso octosílabo, de acuerdo con el manuscrito de Walter Lehmann (1878-1939), descubierto y transcrito en Masaya del 13 al 18 de diciembre de 1908.

Esta retórica es cuestionada por un viejo mercachifle trashumante, ladino, pobre e independiente que, en un afán de movilidad social, pretende insertarse en el sistema. Aludo al Güegüense, apoyado por su hijo legítimo «don Forsico» (forzudo) y contradicho por su hijastro «don Ambrosio» (hambriento). Ellos logran su objetivo a través de un «trato y contrato», sellado con el matrimonio de don Forsico con la joven «doña Suche Malinche» (hija del «Gobernador» o alcalde pueblerino), final coherente con la naturaleza farsesca de la pieza que culmina con una fiesta o mojiganga.

Contradiscurso del dominado, igualdad humana y arte total

En esta línea, *El Güegüense* se enfrenta a la dinámica del poder y a la del discurso de los valores del sistema que cuestiona con el contradiscurso del dominado, cuya función es señalar las fallas y límites de aquél. Su meta es una representación alternativa de la realidad social. Sin embargo, de acuerdo con Richard Terdiman, paradójicamente el contradiscurso del dominado reafirma la posición del dominante, terminando por reflejar los elementos ideológicos de los cuales quiere liberarse.

A pesar de ello, nuestra obra otorga voz a los marginados y, con el recurso desmedido de la imaginación, sublima un anhelo colectivo: la igualdad humana. Esto hace posible la capacidad de expresar un mundo y una cultura, de configurar un arte total. Así, *El Güegüense* no puede comprenderse correcta ni completamente si se estudia de manera parcial o fragmentaria, limitándolo a uno de sus aspectos, sin integrarlo en su totalidad. Por tanto, no debe aislarse ni reducirse a texto literario, ni a fenómeno escénico, ni a hecho danzario, ni a documento lingüístico, ni a piezas musicales, ni —mucho menos— a vestigio folclórico.

Sobrevivencia folclórica y rescate letrado

Conservados sus parlamentos fragmentaria y oralmente en Masaya, Masatepe, San Marcos, Diriamba, Catarina y Nandaimé, *El Güegüense* fue rescatado del folclor en 1883 por el nahuatlista norteamericano Daniel G. Brinton (1837-1899), cuando tradujo al inglés y editó el manuscrito de Berendt. Reseñando este volumen, en 1884, José Martí valoró la pieza como *obra maestra*; en 1892 por Rubén Darío escribió: «*El Güegüense es aquel personaje de la farsa ingenua que el indio moderno tejió con palabras españolas y frases del dialecto maternal, en la cual puede verse como un vago reflejo lírico*»; y en 1931 por Salomón de la Selva: «*Obra teatral de valor indiscutible, supera a cuanto conocemos de la comedia griega anterior a Aristófanes. Tiene pasajes del lenguaje tan amplios que el propio Aristófanes no le sobrepasa*».

A partir de 1942, Pablo Antonio Cuadra lo valoró como «el

primer abrazo del patio arcaico de los mitotes, naachú y areitos con el tinglado de Lope de Rueda y Juan de la Encina». En 1946 Francisco Pérez Estrada observó que «*la cultura literaria del autor se admira en la forma experta y graciosa con que se usa el castellano; forma que no tiene nada que envidiar a los mejores autores castellanos en algunos párrafos*». Y en 1952 Alberto Ordóñez Argüello lo definió como *farsa cómica bailable*, añadiendo: «*Es el documento más señalado del mestizaje de América por ser el único autóctono y con relieve literario*». Posteriormente, los aportes de quienes nos ocupamos de la obra — Carlos Mántica, Alejandro Dávila Bolaños y yo, principalmente — contribuimos a que el protagonista fuese asumido como símbolo de la identidad hegemónica del país.

Triunfo de la Cultura sobre el Poder

El Güegüense es todo lo anterior y más: un triunfo sobre el Poder desde la pobreza o la marginación; triunfo alcanzado por la burla a la autoridad y la malicia en los dobles sentidos de sus parlamentos, por el desprecio de la sofisticación y la mordacidad ante la injusticia, por la denuncia del servilismo con palabras contestatarias, ironía fantástica e imaginación desmedida. En resumen, un triunfo desde la Cultura. Sostenía el maestro Pablo Antonio Cuadra: «*El Güegüense bailará sus sones mientras la pobreza y la doblez política tengan un centímetro de dominio en el territorio patrio. Pero el Güegüense ya es una victoria de la Cultura sobre el Poder*».

«*Es corto el día y la noche para contar las riquezas de mi padre*», confirma don Forsico, hiperbólicamente, secundando al Güegüense que es denunciado en su pobreza por su hijo putativo, don Ambrosio, a quien le descarga estos calificativos: *ganso, jipato, soplado, apupujado, mala casta, saca fiesta sin vigilia, ojos de sapo muerto*. En efecto, don Ambrosio había sido franco y directo:

¡Válgame Dios, Señor Gobernador Tastuanes! Vergüenza me da contar las cosas de ese Güegüense embustero, pues solo está esperando que cierre la noche para salir de casa en casa a hurtar lo que hay en las cocinas para pasar él, y su hijo don Forsico. Dice que tiene cajonería de oro, y es una petaca vieja totolatera; que tiene catre de seda y es un petate viejo

revocado; dice que tiene medias de seda y son unas botas viejas sin forro; que tiene zapatos de oro y son unas chancletas viejas sin suelas; que tiene un fusil de oro y es solo el palo, porque el cañón se lo quitaron.

«El Güegüense habla por el pueblo»

Obra pionera del arte dramático de Mesoamérica y fundadora de la tradición literaria de Nicaragua, *El Güegüense* concreta una crítica del colonialismo, una poética del humor, un contradiscurso del dominado, una proclamación de la igualdad humana, un arte total, un triunfo de la Cultura. Por algo, desde 1896, Rubén Darío había llegado a esta conclusión: «El Güegüense habla por el pueblo».

Bibliografía

- ANÓNIMO (1984-85): *El Güegüense o Macho Ratón*. Bailete dialogado de la época colonial. Texto en hispano-náhuatl recogido por Walter Lehmann. Estudio preliminar y edición de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Ediciones Americanas, 2 vols.
- ARELLANO, Jorge Eduardo (1994): «La literatura en el antiguo Reino de Guatemala». *Anales de Literatura Hispanoamericana* [Madrid], núm. 23, pp. 133-151.
- COROMINAS, J. (1954): *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Editorial Gredos. 3 vols.
- ELIOT, Marshall A. (1884): «The Nahuatl-Spanish Dialect of Nicaragua». *American Journal of Philology*, tomo 4, pp. 54-57.
- GARCÍA ESCOBAR, Carlos René (1992): «Tres aspectos del teatro popular latinoamericano: El *Rabinal Achí*, *Ollantay* y *El Güegüense*», en *Coloquio Nacional sobre El Güegüense*. 29-31 de enero. Edición de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Comisión Nacional del Quinto Centenario, Instituto Nicaragüense de Cultura, pp. 57-62.
- HARLOW, Barbara (1987): *Resistance literatura*. New York, Methuen.
- HENRIQUEZ UREÑA, Pedro (1938): «El hispano-náhuatl del

Güegüense», en *El Español en México, los Estados Unidos y América Central*. Buenos Aires, Biblioteca de Didectología Hispanoamericana, pp. 325-327.

HODGART, Mattew (1969): *La sátira*. Madrid, Guadarrama.

HORCASITAS, Fernando (1974): *El teatro náhuatl*. Primera parte: Época novohispana y moderna. México, D.F., Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de México.

PÉREZ, Víctor (1978): «Creación y hechura del Güegüense». *La Prensa Literaria* [Managua], 18 de febrero.

SCHMIGALLE, Günther (1994 / 95): «Coloquio Nacional sobre *El Güegüense...*» (reseña), en *Iberoamericana*. Lateinamerika-Spanien, Portugal, 18, jahrgang, Nr. ¾ (55/56), pp. 120-122; traducida al español por su autor y publicada en *La Prensa Literaria*, 4 de noviembre, 1995.

TERDIMAN, Richard (1985): *Discourse / Counterdiscourse: The Theory and Practice of Symbolic Resistance in Nineteenth Century France*. Ithaca and London, Cornell University Press.



Dibujos de Pablo Antonio Cuadra

CATEDRAL DE LEÓN: MAGNA HERENCIA ARQUITECTÓNICA DE LA ÉPOCA COLONIAL

Jorge Eduardo Arellano

LA COLECCIÓN de estatuaria prehispánica de la isla Zapatera (800-1200 d.C), las ruinas de León Viejo —modelo de concentración urbana en el siglo XVI—, el castillo de la Inmaculada Concepción en la ribera derecha del río San Juan —inaugurado en 1675—, la iglesia San Juan Bautista de Sutiava —la más antigua del país— edificada de 1698 a 1705, y el sitio conventual de San Francisco, en Granada, constituyen cinco de los seis más representativos bienes culturales inmuebles de Nicaragua.

El sexto, y más importante, es la catedral de León, incorporada por la Unesco a la lista del patrimonio mundial. Logro que no debe atribuirse a ningún gobierno en particular, sino a muchas personas, entidades y gestiones, iniciadas con la congregación de cardenales en Roma el 4 de marzo de 1531. En esa fecha el papa Clemente VII ennobleció a León, Nicaragua con el título de ciudad *«para que se llamase en adelante ciudad de León y en ella se erigió e instituyó, para siempre, una catedral bajo la advocación de la gloriosa madre de Dios»* —se lee en la bula *Equum Reputamos*, confirmatoria de la diócesis, el 3 de noviembre de 1534, emitida por Pablo III.

Con esta partida de nacimiento de su naturaleza catedralicia, León como ciudad española no solo se incorporaba a la cultura occidental a través de la tradición judeo-cristiana, sino que se convertía en la protagonista de la institucionalización del catolicismo en el Nuevo Mundo. Efectivamente, la bula especifica que la catedral era *«para un obispo, que se intitulase: de León o Leogionensi, que la presidiese y procurase hacer o hiciese construir sus edificios y estructuras»*. Estas fueron seis.

Las cinco catedrales antecesoras

Así, el primer obispo de León, Nicaragua, Diego Álvarez Osorio

(1531-36), levantó la primera catedral con paredes de tapias, obras de madera —como el púlpito fabricado por el carpintero Alfonso de Zamora y la Puerta del Perdón— cubriéndola de paja, aunque con cielo raso; de modo que en 1544, cuando ya tenía campana, su estado era ruinoso. Al siguiente año, el tercer obispo, Antonio de Valdivieso (1543-1550), comenzó a construir la catedral de ladrillos y tejas, siendo de tres naves y de tapias. En 1553, cuando estaba a punto de concluirse, recibió de la corona la cantidad de 500 pesos oro.

A estas dos catedrales de León-Viejo, siguieron tres en el nuevo asentamiento, contiguo al pueblo indígena de Sutiaba, antes de iniciarse la sexta y definitiva en 1747. A saber: la tercera erigida en los primeros meses de 1610 de forma improvisada durante el obispado de Pedro Villarreal (1604-1619); la cuarta, que se levantó cuando regía la diócesis Benito Rodríguez de Baltodano (1621-1629) y fue saqueada e incendiada por los piratas europeos, al mando de William Dampier, en 1685; y la quinta construida a finales del siglo XVII —y atribuida su ejecución a un pirata— por el obispo Nicolás Delgado, resultando muy oscura, por lo que fue destruida para dar lugar a la sexta, cuyo cimiento comenzó en el año referido, 1747, con el obispo Isidro Marín y Figueroa (1744-48).

Testimonio del obispo Morel de Santa Cruz

Pocos años después, el obispo Pedro Antonio Morel de Santa Cruz describía la catedral de León diciendo que constaba de tres naves, con paredes de cal y piedra, y arquería de ladrillo, techo de madera y teja; poseía trece altares y cinco capillas, destacándose la del Rosario y la del Sagrario, con puerta a la plaza, *«primorosa por su fábrica y amplitud, que la catedral más sería no se desdeñaría de tenerla a su lado. En efecto, la torre y el frontis respiraba gravedad y hermosura»*.

Añadía el prelado: *«Súbese a ella por tres gradas de ladrillos y estos continúan cubriendo el suelo hasta la misma pared. La elevación y latitud de la torre es mediana, adórnanla cinco campanas, grandes y pequeñas, de buen sonido, con un reloj de horas y medias que se oye en toda la ciudad...»*. Pero este inmueble no se conservaría, ni siquiera

la capilla del Sagrario, dinamitada a principios del siglo XIX y reconstruida al fondo del atrio lateral derecho. En fin, Morel de Santa Cruz resultó objetivo: las escaseces de la catedral eran tales que necesitaba de todo para remediarse.

Aportes de Vílchez y Cabrera, Tristán, Villegas y Huerta y Caso

Conforme a los planos del arquitecto guatemalteco, el mulato Diego José de Porres y Esquivel, el primero deán y luego obispo —nacido en la provincia— Juan Carlos de Vílchez y Cabrera (1763-1774) se empeñó en proseguir la construcción de la catedral. Lo mismo realizó su sucesor, Esteban de Lorenzo Tristán (1775-1783), quien techó las naves y erigió la hermosa cúpula y las linternillas sobre las naves laterales e incluso construyó dos tramos, inauguró dos salas —la capitular y la de Almonedas— e hizo trabajos complementarios.

El obispo —también nacido en Nicaragua— José Antonio de Huerta y Caso (1798-1803) no solo erigió la nueva y actual capilla del Sagrario, sino que redactó una reseña de los trabajos precedentes y del suyo, enorgulleciéndose del Sagrario *con sus piezas de Sacristía y Pila Bautismal*. Igualmente colocó sobre el arco de la puerta una custodia labrada con la siguiente leyenda: «*Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar*», aparte de la imagen del Buen Pastor y del monograma de la Virgen María.

Nicolás García Jerez y la fachada

Pero al obispo Nicolás García Jerez (1810-1825) le correspondió concluir la fachada —o cuerpo central— y las torres que, a principios del siglo XX, el obispo Simeón Pereira y Castellón (1896-1921) modificaría sustancialmente, como veremos. De momento cabe citar el testimonio de Squier en 1849: «*Vista desde una altura, el conjunto de la construcción es muy imponente, pero desde la plaza parece baja en proporción a su anchura*». Y es que su exterior frontal —de robustez antisísmica— resulta pesado, aunque se afina con los remates de las dos torres, anchas y chatas, que miden una treintena de metros. Si una sirve de campanario, la otra ostenta de reloj.

Por su lado, Julio Valle-Castillo anota sobre el cuerpo central: «*Las columnas, pilastras, bases y capitales por muy clásicos y jónicos que parezcan, responden al barroco, especialmente por las volutas, las guirnaldas, las motivaciones vegetales, el frontón curvo y los triángulos de las ventanas. Sobre su puerta principal, donde hoy se localizan las armas papales, antes estuvieron las de España, lo que ratifica el juego emblemático*».

Pereira y Castellón y sus modificaciones ejecutadas por Navas Cordonero

Pues bien, como lo informa en sus memorias, el escultor granadino Jorge Navas Cordonero (1874-1968), cumpliendo las órdenes de Pereira y Castellón, ejecutó ese cambio e incorporó otros «*en la parte exterior de la entrada principal*». Además, desde 1906 unió las torres con el cuerpo central a través de entablamentos, esculpió los cuatros atlantes —imitando los del Ermitage de San Petersburgo— que simuladamente sostienen dichos entablamentos y erigió la Inmaculada Concepción, colocándola sobre el cuerpo central «*sin perjudicar la contemplación del magno templo*», según Rubén Cuadra. En realidad, como se constata en grabados, la Inmaculada sustituía una cruz metálica que figura, por ejemplo, en el dibujo de James McDonough (1849).

En su interior, el mismo Pereira y Castellón ordenó a Navas Cordonero realizar otras modificaciones. En primer lugar, las doce esculturas de los doce apóstoles distribuidos a los dos lados de la nave central que la jerarquizan. Ellos se hallan en nichos adosados a las pilastras y no son sino «*un trasunto* —como afirma el arquitecto mexicano Manuel González Galván— *del viejo símbolo medieval que quería ver en los apóstoles las columnas de la Iglesia*». Otros adornos internos llevados a cabo por Navas Cordonero fueron cinco altares, el altorrelieve *Jesús entre los doctores* al final de la nave de Guadalupe y otros tres, toda la ornamentación de la capilla del Sagrario y —nada menos— los conjuntos escultóricos funerarios de Rubén Darío en 1916 y del propio Pereira y Castellón en 1921. El interior de la catedral, en consecuencia, dejó de estar sin adornos, como lo observara Squier en 1849.

El grandioso viacrucis de Sarria

Otro impresionante adorno lo conforma el viacrucis, ordenado también por Pereira y Castellón al pintor de Masaya Antonio Sarria (1884-1951). Se trata de un legado perdurable: las catorce escenas monumentales y expresivas —con un seguro dominio del dramatismo y del claro oscuro— que miden 5x4 metros. Ejecutadas en la segunda década del siglo XX a partir de litografías remitidas por el arzobispo de Colombia, integran una grandiosa colección de retablos coherentemente proporcional a la magnitud del más notable templo católico de Centroamérica y uno de los más grandes del continente, o más precisamente: «*el monumento más grande construido bajo el sol del trópico de América*», por citar al español Ernesto La Orden Miracle.

Interior enorme y luminoso

De ahí que su interior sea magnífico por su enormidad, constituida por cinco naves entre cuyos apoyos se escurre y estanca el dilatado espacio, que va iluminado en sus límites por ventanas en los muros perimetrales, consiguiendo iluminación profusa y ventilación natural. Armoniosa, la catedral —que ocupa una manzana entera de forma rectangular y se divisa desde los cuatro puntos cardinales— conjuga el barroco y el neoclásico con características peculiares.

A sus cinco naves la sostienen 24 pilastras, siendo más elevadas las de en medio. Sus paredes, de solidez insuperable, son de calicanto y en la base se encuentran galerías subterráneas con techos en forma de bóvedas del mismo material del resto del templo, las cuales han servido durante varios siglos de cementerio. Efectivamente, contienen los restos mortales de clérigos y laicos, entre otros del obispo Nicolás García Jerez (1756- 1825), de los poetas Salomón de la Selva (1893-1959) y Alfonso Cortés (1893-1969), y del académico e intelectual orgánico de León Eduardo Buitrago Buitrago (1924-2009).

Estilo de la cubierta o azotea con su hermosa vista

Waldo Soza y Porfirio García han descrito la cubierta de ca-

tedral: *«bóvedas vaídas coronadas con linternas que se conjugan con la terminación de los contrafuertes en perillas emblemazas, enseñando un juego ordenado, casi interminable, de exuberantes formas en la cubierta, haciendo de este templo uno de los infaltables ejemplos del barroco iberoamericano del siglo XVIII»*. Treinta y cuatro suman dichas linternas, llamadas también cúpulas o capulines, de unos seis metros de diámetro. Asimismo, se les conocen por *comalitos*, en referencia a la alfarería indígena y a su apariencia de comales invertidos.

Por lo demás, desde la cubierta o azotea *«se embelesa la mirada —decía Squier— en una de las más hermosas vistas del mundo. Fue desde allí que vi por vez primera las aguas del Océano Pacífico, una cinta estañada rayando el horizonte occidental. Por el este prorrumpen los nueve volcanes de la cordillera de los Maribios, recortando claramente sus perfiles contra el cielo...»*.

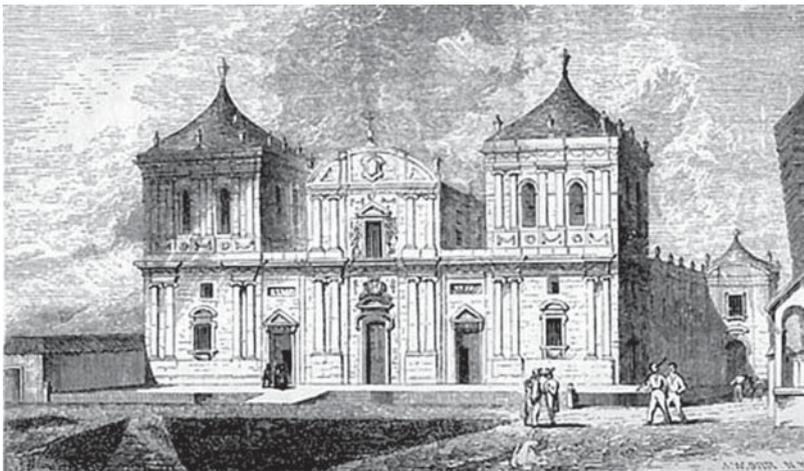
La pinacoteca episcopal de la Sala Capitular

Pintados casi en su totalidad por el leonés Toribio Jerez (1815-1880), unos cincuenta retratos se admiran en la Sala Capitular. Me refiero a los obispos que han regido la diócesis de Nicaragua y Costa Rica (hasta 1850), y luego sola de León, los cuales recibieron el oportuno elogio de Squier, quien constató la variedad de los modelos en sus fisonomías y complexiones: *«En su mayoría revelan expresiones austeras, como de rigurosos ascetas, al paso que otros tienen un semblante afable, y unos pocos, estoy seguro, deben haber sido retozones no ajenos a la uva y no del todo indiferentes a los hechizos de Eva»*.

Más, mucho podría hablarse de la catedral de León: punto de referencia de la ciudad y el edificio inconfundible, inolvidable e insustituible de Nicaragua. Ya otros han dedicado su atención a esos aspectos o tesoros (talles en madera, piezas de orfebrería y herrería, muebles como el «Coro cordobés», etc.), aquí ausentes por el limitado espacio. Pero las anteriores puntualizaciones bastan para comprender la trascendencia de nuestro inmueble de mayor riqueza iconológica, declarado patrimonio cultural de la humanidad.

Bibliografía

- ARELLANO, Jorge Eduardo (2001): «La catedral de León, patrimonio de la humanidad y su escultor Jorge Navas Cordonero». *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, núm. 71, octubre, pp. 129-139.
- GARCÍA ROMANO, Porfirio y Waldo Soza (2008): «Catedral de León: edificio del milenio en Nicaragua». *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, tomo LXVI (66), abril, pp. 105-122.
- GONZÁLEZ GALVÁN, Manuel (1968): *De Guatemala a Nicaragua*. Diario de un estudiante de arte. México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- VALLE-CASTILLO, Julio (2001): *La Catedral de León de Nicaragua*. Fotografías de Rodrigo Castillo Salavery. Managua, Fundación Ortiz Gurdíán.



Catedral de León, s. XIX. Dibujo de James Mc. Donough

LOS GARÍFUNAS Y EL WALLAGALLO EN EL CARIBE NICARAGÜENSE

Jorge Eduardo Arellano

*Estamos celebrando alrededor con los tambores
otra vez celebrando alrededor con los tambores
llevando al enfermo con el gallo.*

Canto de Hamalijá

CADA 19 de noviembre —a partir de 2008— la etnia garífuna, asentada en la cuenca de Laguna de Perlas —especialmente en Orinoco— de la Región Autónoma Atlántico Sur (RAAS, Nicaragua) celebra su lengua y cultura, declaradas por la Unesco bien inmaterial de la humanidad, junto a la de sus hermanas de Belice, Guatemala y Honduras. Por ello es muy importante reseñar la historia de nuestros garífunas y describir su lengua, hablada actualmente por muy pocas personas.

Su filiación lingüística corresponde al tronco Macro-Arawaco, procedente del macizo de las Guayanas que se dispersó por las Antillas Menores y Mayores. Según Eduard Conzemius, tuvo su origen en San Vicente, una isla de las Antillas Menores, de Barlovento —con una extensión de 388 kilómetros cuadrados— y fue adquirida por los esclavos africanos establecidos allí, a finales del siglo XVII, al mezclarse con las mujeres caribes, adoptar su lengua y establecer sus propias familias.

Los Caribes rojos de San Vicente en las Antillas Menores

Denominada también *Garífuno* (en Honduras, Guatemala y Belice), y alguna vez *Garíf* en Nicaragua, consiste en la única lengua amerindia hablada por un grupo afrocaribeño, específicamente llamados Caribes-Negros para diferenciarlos de los Caribes-Rojos. Este otro pueblo había surgido del cruce de indígenas ca-

ribes, o habitantes originarios, con los arawak o arahuacos, trasladados desde la América del Sur en sucesivas migraciones remontados a los años 160, 410 y 1000 d.C. Los Caribes-Rojos vivían en San Vicente cuando los africanos, arribados en dos barcos negros, entre 1664 y 1670, intentaron esclavizarlos; pero los Caribes-Negros se resistieron, logrando huir a las serranías nororientales de San Vicente. Allí fundaron comunidades cimarronas.

Los Caribes-Negros permanecieron enfrentados a los Caribes-Rojos. Esto condujo a que cada grupo se aliara con una de las dos potencias coloniales que se disputarían San Vicente durante el siglo XVIII. Los primeros se unieron a las tropas francesas; los segundos, a los ingleses. En febrero de 1763 se firmó el Tratado de París entre Inglaterra y Francia, por el cual oficialmente los franceses entregaron a la isla de San Vicente a los ingleses, privando a los Caribes-Negros de los derechos sobre ella y convirtiéndolos en insurrectos. En 1779 los franceses arrebataron San Vicente a los ingleses que vencieron a sus enemigos europeos y a los Caribes-Negros diecisiete años después; así decretaron la deportación de estos a una de sus posesiones frente a Honduras: la isla de Roatán, adonde arribaron en abril de 1797.

Emigración a Nicaragua en 1832

Tras residir allí algún tiempo, fueron invitados por algunos comerciantes y colonos españoles, *quizás por verlos tan industriosos*, a poblar Trujillo, puerto de la tierra firme, en cuyos alrededores formaron las comunidades de Girica, Naraguri y Bayaire, nombres que poseían en San Vicente. Y a partir de 1832, tras sufrir penurias y trabajos, algunos decidieron emigrar a Nicaragua, llegando a la zona de Laguna de Perlas. José Sambola fundó su primer pueblo, al que llamaron San Vicente, ubicado en la desembocadura del río Wawashán y del que hoy día sólo quedan tres casas. Entonces sumaban 1,500 distribuidos en tres comunidades al Noroeste de Laguna de Perlas: San Vicente (de nuevo), Orinoco y La Fe. Entre ellos se llamaban *Trujillanos* y usaban nombres y apellidos españoles.

En su investigación musicológica sobre el Walagallo (práctica cultural de los Caribes-Negros), el cubano Idalberto Suco Campos lo comprobó al identificar, entre sus 21 informantes de más de

sesenta años, diecisiete de ellos con los apellidos Estrada, Fernández, García, Llanes, Martínez, Núñez, Pérez y Velásquez. Por su parte, el antropólogo nicaragüense José Idiáquez informa que los garífunas de Nicaragua suman 2,500 y viven en tres principales poblados: La Fe, Orinoco y Marshall Point. Además, sostiene que en el Wallagallo ellos fusionan el culto a sus ancestros con el cristianismo en su versión católica, sincretismo que data del intento de conversión emprendido por misioneros franceses en San Vicente a mediados del siglo XVIII.

Invocación a la Luna: ritual y reiterativa

El mismo Idiáquez informa que en 1860 existía población garífuna cerca del poblado y puerto de Greytown (San Juan del Norte). En 1871 el francés Pablo Levy, quien los había localizado en la cuenca de Laguna de Perlas, rescató un corto vocabulario de su lengua (71 palabras más los primeros diez numerales) y tradujo al español un canto —ritual y reiterativo— que terminaba con una invocación a la luna:

*El que ha dicho que el sol era alegre no ha mentado,
porque sin el sol, es la noche,
y la noche es triste,
puesto que a favor de su sombra,
todos los seres malignos se deslizan hacia sus víctimas...*

Características somáticas

Un nativo de la Costa Caribe en Nicaragua ha descrito las características somáticas del Garífuna, eminentemente africano: «labios abultados, tez negra con una apariencia seca y dura, pelo en sortijado, ojos negros penetrantes y facciones toscas. Mantienen conciencia de grupo y espíritu de comunidad». Pero ha sido Atanasio Herranz quien ha descrito el sistema fonético-fonológico de esta lengua en Honduras, país donde los Garífunas han contribuido a la formación de la llamada «Cultura nacional» y es la etnia más numerosa del área centroamericana (77,000 habitantes), siguiéndole Belice (11,000) y Guatemala (4,000).

El trabajo más completo sobre los asentamientos garífunas en la plataforma continental de Centroamérica y en las islas de la

Bahía lo realizó el geógrafo estadounidense William Davidson, quien abarca y estudia cincuenta y tres: siete en Belice, una en Guatemala, cuarenta y tres en Honduras y dos en Nicaragua. Salvador Suazo, autor de una *Gramática garífuna* (1989), observa que esta lengua fue penetrada por varias europeas, sobre todo por el francés. Una muestra clara es el sistema de enumeración y, desde luego, el léxico. Los galicismos (como *budún* derivado de *bouton* en francés, *botón* en español) superan a los hispanismos (el español es la segunda lengua que más ha influido en el *garífuno* de Honduras) y a los anglicismos como *haiwata* de *high water* (marea alta) y *yomani* de *young man* (hombre joven).

Abecedario

El abecedario *garífuno* consta de 23 letras o grafías y de 23 fonemas o sonidos. Tiene seis vocales: /a/, /e/ y /o/ (fuertes), /i/, /u/ (débiles), y /ü/ (vocal gutura-dental). Carecen de las consonantes /c/, /j/, /v/, /x/, y /z/. El fonema velar oclusivo [k] no tiene restricciones ni en sílaba inicial ni en sílaba medial, pero aparece en muy pocas palabras en sílaba final, la mayoría préstamos, p. ej., «kaliki»: polvo. El *garífono* de Nicaragua ya está casi extinto. Durante los años noventa sus hablantes no eran sino de una docena, habiendo perdido su lengua a favor del inglés criollo (otros muchos, además, hablan español). Esto se debió, esencialmente, a la persistente labor de los misioneros moravos que implantaron su religión, costumbres y lengua (el inglés criollo).

El Walagallo y sus cantos

Los cantos con que se acompaña el Wallagallo —la celebración representativa de los garífunas— son interpretados simultáneamente por tres o cuatro cantantes: mujeres que participan con un gran pañuelo blanco amarrado en la cabeza. Los bailarines y tocadores hacen de coros que presentan dichos cantos. El grupo de cantantes no se rige en su ejecución por ningún tipo de reglas encaminadas a establecer relaciones armónicas entre las voces, sino por una idea melódica básica sobre la que se desarrolla un texto relativamente libre.

Cinco o seis son los cantos que se interpretan en la celebración

del rito. El llamado «Canto de recibimiento» se utiliza para recibir al suquia. Dos más se interpretan cuando se baila con las gallinas, en el momento en que se supone que se está desarrollando con más intensidad el proceso de curación. Y los restantes no son considerados especiales, pudiéndose interpretar en cualquier momento y las veces que fuera deseado ya que poseen un carácter específicamente festivo.

El objetivo del Walagallo es ayudar al muerto en su viaje al mundo espiritual. Uno de los miembros de la familia garífuna padecerá enfermedad incurable causada por el muerto o antepasado. El favor de este podrá propiciarse mediante la celebración de un Walagallo que servirá al enfermo y contrarrestará las posibles negativas influencias del antepasado.

Si el enfermo fallece durante este ritual curativo de dos días, no puede ser consumida la comida ni dar inicio la música y el baile, que se prolonga hasta la medianoche del segundo día. La traducción literal de la palabra *Walagallo* es la grito del gallo y la única explicación conocida al respecto data de cuando los garífunas no habían sido expulsados de San Vicente: «*las casas estaban llenas de gallos... hoy día la gente no puede permitirse el lujo de sacrificar muchos gallos; por lo tanto, cuando se mata uno en las festividades del presente, el hecho amerita una gran pompa*».

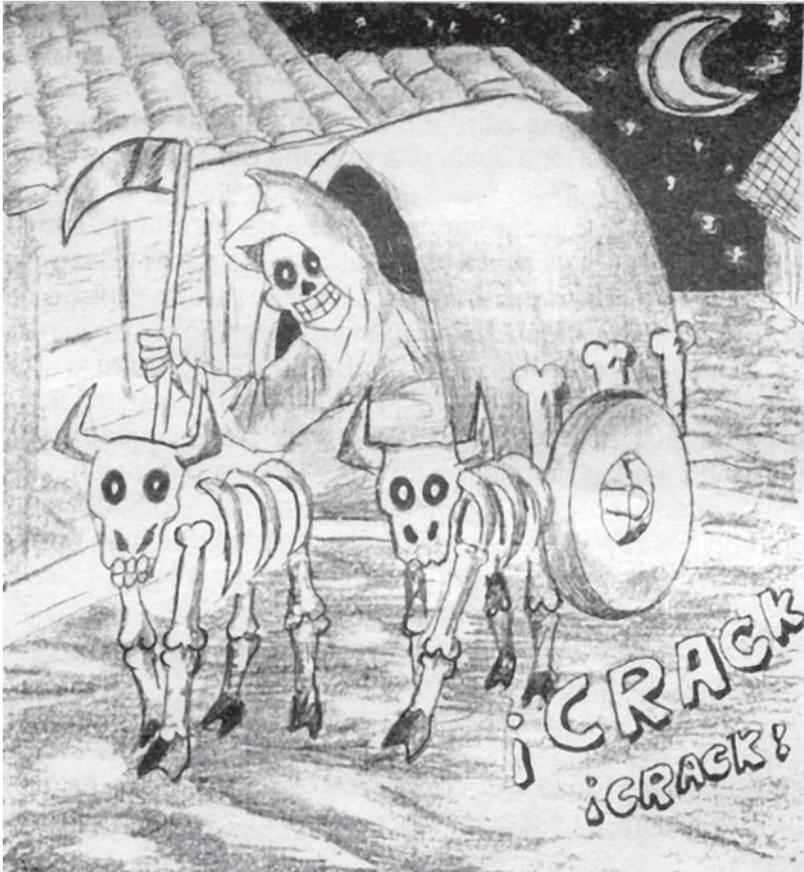
Bibliografía

- ALEMÁN OCAMPO, Carlos (1981): «Negros Caribes en Nicaragua». *Ventana*, 5 de abril.
- ARELLANO, Jorge Eduardo (2013): «Los garífunas y el Wallagallo en el Caribe Nicaragüense». *El Nuevo Diario*, 7 de abril.
- LEVY, Pablo (1873): «Usos y costumbres de los Caribes», en *Notas geográficas y económicas sobre la República de Nicaragua*. París, Librería Española de E. Senné Schmitz, pp. 295-308.
- SUAZO, Salvador (1889): *Gramática garífuna*. Tegucigalpa.
- SUCO CAMPOS, Adalberto (1987): *La música en el complejo cultural del Wallagallo en Nicaragua*. La Habana, Casa de las Américas.



Walagallo

IV. Folclore



NO HAY localidad de Nicaragua exenta de consejas fantásticas, transmitidas de generación en generación. Aquí se reconstruyen, sintetizadas, trece de las más conocidas, procedentes de casi todas las regiones del país y escritas por Ana Rosa Fagoth, Celia Guillén de Herrera, Pablo Antonio Cuadra, Enrique Peña Hernández, Milagros Palma y Otto Schmith, entre otros. JEA

MITOS Y ESPANTOS: TRECE LEYENDAS NICAS

Autores varios

Nikiniki, los pinos y el Wangki

UN DÍA se le perdió a Nikiniki, dios que al andar hacía temblar la tierra, su único hijo. Salió entonces a buscarlo por los alrededores, llevando semillas de pino para atraerlo con su olor. Al caminar en zigzag, iba hundiendo un camino curvado, llenándolo de lágrimas.

El dios, buscando siempre a su hijo, prosiguió el viaje hacia el Este. Como no lo hallara, al llegar donde hoy es Awabila comenzó a regar las semillas de pino hasta las orillas del mar. No pudiendo encontrar al hijo, Nikiniki regresó por el camino que hizo en su andar. Esta vez regó las semillas más al Sur, hasta Leymus, donde se le terminaron las semillas.

Nikiniki nunca encontró a su hijo y en Leymus murió de tristeza. De las semillas que había regado nacieron los verdes pinos desde Awabila por el Este hasta el mar y por el Suroeste hasta Leymus. Y de las lágrimas derramadas surgió el imponente Río Wangki, nombre en miskito del Coco.

La Carretanagua

EN LAS noches tenebrosas, como a la una de la madrugada, sale la Carretanagua haciendo una gran ruidaje. Parece que recibe golpes y sacudidas, como si las ruedas tuviesen chateaduras. Quienes, valerosos, se han atrevido desde alguna ventana a verla pasar, han dicho que es una carreta desvencijada, cubierta por una sábana blanca a manera de toldo y conducida por una Muerte Quirina. Esta porta su guadaña sobre el hombro izquierdo.

La carreta va tirada por dos bueyes flacos, con las costillas casi de fuera; uno de ellos es de color negro y el otro overo. No da vueltas en las esquinas. Si llega a una, desaparece; luego se la oye

transitando en la otra calle. Se ignora el motivo de sus andanzas. Algunos creen que pasa anunciando la muerte de alguien, pues se ha visto que al día siguiente de haber pasado, alguna persona enferma de pronto, se pone «mala» y fallece. De esa dice la gente: *Se la llevó la Carretanagua.*

La Serpiente iracunda de Catedral

UNA IRACUNDA Serpiente yace en las aguas debajo de Catedral. Es tan larga y enorme que su cola termina en la iglesia de Sutiaba. Pero la sujeta, para evitar su furia, un pelo milagroso de la Virgen de la Merced. La Serpiente se estira, se encoge y se sacude, sin romper nunca el pelo de la patrocita de León. Cuando se rompa, la ciudad se destruirá por los movimientos de la Serpiente, que hará temblar la tierra como gran un terremoto; y se inundará por las aguas que saldrán a la superficie.

El Punche de Oro de los Sutiabas

EN SUTIABA existe un tesoro enterrado y el espectro de ese tesoro sale por las noches dos veces al año: antesitos de la Semana Santa y en agosto, en la mera mitad del invierno. Es un inmenso cangrejo que brilla como el oro. Emergiendo del furibundo oleaje del Océano Pacífico, enciende las playas de Poneloya y todo su largo itinerario, arrastrándose entre montarascales, hasta llegar a la comunidad indígena de Sutiava y detenerse ante la puerta mayor de la iglesia. Pasa luego a reverenciar el Sol suspendido en la bóveda vetusto templo.

Todos los que han tratado de agarrar al Punche de Oro se quedan sin habla durante varios días. Cuando lo agarren, van a desencantar al Cacique Anahuac, a quien los españoles ahorcaron en un palo de tamarindo que todavía se admira en Sutiaba. Dicen que el palencón vive permanentemente cargado, dando tamarindos gigantes que no se pueden comer. El Punche también sale para que un sutiabeño lo agarre, encuentre el tesoro y se haga rico.

El Coronel Arrechavala de León

JOAQUÍN ARRECHAVALA continúa siendo la figura legendaria más pintoresca de León. Todavía hay personas que lo han visto, sobre todo las mujeres, siempre montado en brioso caballo negro, con charreteras, hebilla y espuelas doradas. Arrechavala se aparece a medianoche en el barrio El Laborío, cuyos vecinos creen que se trata de un espíritu errante por haber enterrados sus macacos de oro en los patios de sus casas y en su hacienda Los Arcos.

Otros leoneses refieren que es caritativo, pues de vez en cuando revela a muchachas pobres la ubicación de sus tesoros o botijas. Las muchachas mueren pronto, pero la familia queda rica.

Se ha presentado también al que fuera coronel y terrateniente español como cruel gamonal y protagonista de anécdotas amorosas; mas no es sino un compañero de otros seres fantásticos, ya desaparecidos, de las noches oscuras y silenciosas, entre ellos la Juana Catina —mujer muy pecadora y loca de cuerpo que fue conducida a los infiernos—, la Mano peluda que perseguía como una araña y el Fraile sin cabeza.

Los Cadejos de Monimbó

CUANDO REGRESAN a sus posadas, después de visitar queridas, los hombres son custodiados por un perro blanco y fuerte: el Cadejo bueno. Pero existe otro perrote de color negro que deambula en Monimbó. Es el cadejo malo. Al encontrarse con un trasnochador, el malo se le abalanza, derriba, golpea y deja maltrecho, sin morderlo. Así el tunante queda insulso, dundo, tartamudo. Y se muere pronto. *Lo jugó el Cadejo*, exclama la gente. Si el Cadejo blanco, acompañando a un hombre, se topa con el negro, se traba entre ellos una encarnizada lucha, hasta que cae vencido el negro. Los ojos de ambos canes brillan muchísimo. *Parecen candelas*, según el decir de los monimboseños.

La Mocuana de Sébaco

A LOS dominios del Cacique de Sébaco, en los primeros días de la época colonial, llegaron muchos españoles que fueron bien

recibidos por el indio, quien les entregó tamarindos de oro para que los remitiesen al rey de España. Una condición le impuso: no regresar. Los españoles, en cambio, planearon sojuzgarlo. Enterado, el cacique escondió su oro. Únicamente su hija conocía el secreto del escondite. Los españoles quedaron vencidos.

Transcurrió el tiempo, y habiendo llegado a Sébaco uno de los hijos de los viejos españoles derrotados, se enamoró perdidamente de la hija del Cacique, que era muy bella. Esta correspondió el amor, y como sabía que su padre se opondría rotundamente al matrimonio, huyó con el español. Generosa, obsequió las riquezas que poseía a su amante; pero este, satisfecho e ingrato, la encerró dentro de la cueva de un cerro, tapándole la salida. Mas ella, conocedora del lugar, logró escapar por otro boquete, ya con el juicio perdido. La india se convirtió en La Mocuana. Desde entonces, se aparece en los caminos, invitando a los transeúntes a seguirla hasta la cueva. Nadie le ha podido ver el rostro. Solo su alargada figura y cabellera esplendorosa.

La Teodora Coyota de El Viejo

EN EL Viejo, cuando era villa vivió la Teodora Valdivieso: una mujer que abandonaba el lecho, dejando dormido a su esposo, para transformarse en Coyota detrás de su rancho y al pronunciar este conjuro: *Abajo carne, abajo carne*. La Coyota iba a reunirse con una manada de coyotes que merodeaba a orillas de la población, a caza de cerdos, gallinas y chompipes. El altanero jefe de la manada y la Teodora se amaban entrañablemente. A su regreso, la Coyota volvía a ser humana diciendo: *Arriba carne, arriba carne*.

Un día el marido, que la espiaba, le echó un puño de sal y a la Teodora no se le subió la carne, quedándose Coyota para siempre. Algunos romerantes de la Virgen del Hato aseguran que, emitiendo tétricos lamentos, ella tuvo que retornar a la manada y procreó una prole con el jefe de la misma. Ellos la vieron cruzar la yerma llanura y el tupido bosque seguida de numerosos cachorros.

El Espanto del Roldán en Cosigüina

CERRO ZACATALOSO en parte, y en otras de vegetación es-

pesa, es el Roldán, ubicado en la región comarcana de Cosigüina. Hasta su pequeña cumbre fue un campista de la hacienda San Cayetano a levantar una punta de ganado. Y no volvió. Era un Jueves Santo, cuando el Nazareno permanece en el suelo y no está permitido, por piadosa costumbre, cabalgar ni transportarse en otra forma. Por ello se oye un grito macabro, espeluznante, cuyo eco invade la vastedad del llano: uyyyyyhooooo. Los hombres reflejan el pánico en sus rostros y las mujeres, llenas de pavor, estrechan a sus hijos tiernos contra el pecho, a la vez que musitan el Trisagio (*santo Dios, santo fuerte, santo inmortal...*) para ahuyentar el Espanto.

El Barco Negro del Gran Lago

HACE TIEMPALES cruzaba una lancha de Granada a San Carlos. Cuando se aproximaba a la Isla Redonda, le hicieron señas con una sábana. Los marineros, ya en tierra, vieron que los moradores, desde los viejos hasta las criaturas, se estaban muriendo envenenados. Habían comido una res muerta picada de tobova.

—*¡Llévenos a Granada!* —les rogaron.

El capitán les contestó:

—*Traslado unos chanchos a Los Chiles y si me entretengo se me mueren sofocados.*

—*Pero nosotros somos gente* —dijeron los moribundos.

—*También nosotros* —respondieron los lancheros—; *con esto nos ganamos la vida.*

—*¡Por diosito!* —gritó el más viejo de la isla—; *¡no ven que si nos dejan nos dan la muerte?*

Tenemos compromiso —dijo el capitán, antes de abandonarlos sin pesar alguno. Pero la abuela, levantándose del tapesco, les echó la maldición:

—*¡A como se les cerró el corazón, se les cierre el lago!*

Buscando San Carlos, ya no arriban a tierra. No divisan cerros ni estrellas. Tienen años de estar perdidos. Ya el barco está negro, con las velas podridas y las jarcias rotas. Mucha gente del lago los

ha visto. Los marineros les gritan: *¿Dónde queda San Jorge? ¿Dónde Granada?*

El Sisimico de Las Segovias

CORPULENTO, PELUDO, feroz y de grito penetrante, el Sisimico habitaba en lo más recóndito de las selvas segovianas. Cuadrumano como el gorila y el orangután, su obsesión era robar mujeres, gozarlas y abandonarlas, según las versiones más populares. Otra lo presenta anciano, sin fuerzas para raptar sus hembras, semejando una sola sombra larga.

Pero en los pueblos vecinos de las cordilleras de Dipilto y Jalapa se escuchaba la historia del Sisimico, un corpulento simio robador de mujeres que las gozaba y abandonaba. Pero una vez vivió feliz con su presa: la cocinera de una vivienda cerca de Murra que había capturado cuando ella se aprovisionaba de agua en una fuente. El Sisimico, saliendo de la espesura, la levantó en vilo y se la echó a la espalda. Después de mucho vagar, llegó a una cueva, metió dentro de ella a la mujer y cerró la entrada con una roca. A la media noche regresó trayéndole frutas y carne cruda.

Pasado algún tiempo, a la cocinera le nació un niño. El Sisimico cogía a la criatura entre sus brazos y con su lengua le fricciónaba los pies y la cabeza, instando con sus ademanes a que ella hiciera lo mismo. La mujer enseñó al niño a hablar y a mostrarle las cosas del mundo. El animal que más llamó la atención al niño fue el gallo anunciador del alba ostentado hermoso ropaje y una cresta como rosa roja. Luego a la mujer le nació un Sisimiquito que no sufría frío porque lo protegía su finísimo y tupido pelaje. A la muerte del Sisimico, perpetrada por cazadores desalmados, la mujer se dedicó al cuidado de su niño y de su Sisimiquito.

Chico Largo en Ometepe

EN TORNO a Charco Verde, ensenada de tranquilas aguas verdosas bajo el abrigo de frondosos árboles, mora Chico Largo dentro de unas cuevas cercanas. Cuando algunos se atreven a bañarse en sus aguas el Jueves y el Viernes Santo, corren el peligro de ser arrastrados por Chico Largo hacia sus cuevas y no puedan salir

nunca, excepto transformados en reses. Luego son vendidos en los mataderos públicos de Moyogalpa o Altagracia por individuos que tienen «pacto» con Chico Largo. El pactante recibe «7 negritos» que le auxilian en sus momentos difíciles y le sacan de cualquier apuro. Al cumplir los siete años de poseerlos, debe traspasarlos a otra persona, so pena de ser llevado al encanto de Charco Verde en cuerpo y alma.

La Cegua

SUCABELLERA le llega hasta la cintura y sus dientes los recubre con cáscaras de plátano verde, de manera que cuando habla se le oye la voz cavernosa y hueca. Es la Cegua: una vieja noctámbula de horrible aspecto que espanta a los hombres enamoradizos. Pretende ser un remedio de la lujuria, mostrándose ella lujuriosa a través de silbidos escalofriantes.

Solo granos de mostaza, regados oportunamente por el sorprendido tunante, le impiden su trabajo que acostumbra realizar en compañía de otras ceguas. Juntas golpean, aruñan, pellizcan a la víctima; le mesan los cabellos, le frotan la cara, los brazos y lo dejan exánime a la intemperie. Allí lo dejan y se retiran carcajeándose.

El *jugado de Cegua* permanece en el suelo hasta el amanecer, sin sentido, transformado en mentecato y sin ganas de nuevos amoríos.

Otra versión presenta la figura del espantajo mesoamericano como una hermosa muchacha que, al acercársele el hombre, se torna en vieja horrenda. En Honduras la Cegua es conocida como la Ciguanaba, corruptela de «cihuanahualli»: mujer hechicera; o, sencillamente, la Sucia.

NUEVO ELOGIO DE NUESTRA GASTRONOMÍA

Jorge Eduardo Arellano

*En memoria de José Coronel Urtecho (1906-1994),
autor del primer «Elogio de la cocina nicaragüense».*

Y QUÉ capítulo por escribir será el de la cocina nicaragüense —acotó Rubén Darío—, que viene de seguro de aquellos platos profusos y maravillosos que se hacían servir el emperador mexicano Moctezuma y de los que hablan Cortés, Gómara, Díaz del Castillo. Y tenía razón: la base primigenia de la gastronomía de su país natal pertenece al ámbito de la cultura indígena, o más bien, mesoamericana. El maíz, los frijoles, la calabaza o ayote (*Cucurbita pepo*) eran tres de sus productos que llegaron a integrarse a los aportados por el legado culinario español, especialmente las carnes de cerdo y de ganado vacuno.

El nacatamal, el bajo, el vigorón y el indio viejo

Así, en la época colonial, surgieron bocados sustanciales como el suculento nacatamal, el *bajo*, el vigorón y el *indio viejo*. La masa de maíz y otros elementos americanos —achiote (*Bixa orellana*), papa, tomate— se acompañan de los europeos —carne porcina, cebolla, pasa, alcaparra, aceituna— para constituir el nacatamal, cuyo consumo es regla los fines de semana. La *carne en vaho* consiste en cecina de res y yuca, plátano verde, plátano maduro medio encerrado en su cáscara y ensalada de repollo y tomate que, cocidos en su hoja de plátano al vapor, adquieren un color y sabor particulares.

El vigorón contiene también yuca hervida, chicharrón crepitante, vinagre y ensalada con mimbro y chile congo; entre más suave la yuca y carnoso el chicharrón, será mejor este plato típico del país y emblemático de Granada, cuyo nombre se tomó —a principios del siglo pasado— de un famoso reconstituyente. El vigorón es un alimento completo. La grasa la suministra el chicha-

rrón, los hidratos de carbono la yuca y los minerales la sal. El sabor se lo otorga el vinagre y las vitaminas —A, B, C y D— van en la ensalada.

Para los granadinos, el chicharrón debe ser tostado, sin llegar a grasoso. En cuanto al vinagre, ha de ser de guineo cuadrado maduro, nada de esencias extranjeras, ni métodos exóticos de echarle tabasco o salsa inglesa. Tampoco hay que desnaturalizar el vigorón colocándolo en platillos o ensartándole palillos a la yuca. «Se ha de comer con los dedos y en hojas de chagüite, como lo venden en los quioscos del parque Colón de Granada».

Por su lado, el *indio viejo* combina carne cocida y guiso de maíz, achiote y yerba buena. En Chontales se llama *macho cansado* y en Carazo *masa de cazuela*. Una variante es el *picadillo* diriambino que se obsequia en las fiestas de San Sebastián y cuyos ingredientes, para diez raciones, comprenden dos libras de masa de tortillas, media de queso seco, una naranja agria, dos tomates, diez semillas de achiote, una libra de filete de res, un cuarto de litro de aceite vegetal, una cebolla, tres chiles redondos y sal.

El gallopinto y su carácter urbano

Otro plato habitual del nicaragüense es el *gallopinto*: arroz —introducido por los españoles— mezclado con el frijol rojo nativo (*Phaseolus vulgaris*). Una vez fritos por separado el arroz y los frijoles, se refrién en manteca o aceite. Según Jaime Wheelock Román, el origen es urbano, enseñoreándose como plato de todos los días y aporta elementos básicos de la dieta: los carbohidratos proporcionados por el arroz, la proteína por los frijoles y las grasas por el aceite o la manteca. Por su lado, el arroz y frijoles proveen una aceptable dosis de vitaminas y minerales.

Solución alimenticia práctica, el gallopinto se ha exportado a otros países de Centroamérica, donde lo preparan muy húmedo, perdiendo su aspecto y buen sabor. El gallopinto suele acompañarse de otros elementos procedentes de España: huevo, crema, queso, cuajada o chorizo y se come también con tortilla caliente.

La tortilla —compañera aborigen del pueblo— y los derivados del maíz

De origen precolombino, la tortilla de maíz —además de bastimento, sirve de plato y cuchara— reina en las comiderías populares. De hecho, se derivan del maíz interminables comidas y bebidas. Entre las primeras figuran los tamales —el tamal pisque (simple y verdoso moreno, acompañado de queso o cuajada), el tamal paco (dulce pero no relleno), el tamal tigre, el yoltamal, el relleno—, las enchiladas —tortillas dobladas y rellenas de arroz con carne en hilachas y especias ruborizantes—, las güirilas, yoltascas, viejitas u hojuelas, el perrerreque, las rosquillas; y, entre las segundas el atol, el atol agrio, el atolillo, el *chilate*, el motas atol —con frutas, por ejemplo de los piñuelares de Sutiaba—, el posol, el tibio, el chingue y diversas, múltiples clases de chicha, como la de color rosado de Granada, la chicha monimboseña o *ciliano*, la chicha bruja, la *calavera de gato*, la cususa —especialmente la *morir soñando* de Juigalpa— y la chicha de maíz negrito, repartida a los devotos de San Benito de Palermo el Lunes Santo en León.

La sopa borracha y otros postres de muerte

El marquesote —una suerte de trigo molido con huevo, especias y tratado al horno— es consumido en navidad y año nuevo como *sopa borracha*, es decir, mezclada con mieles y aguardiente. A este postre se suma otro no menos delicioso: el *dulce de tres leches* —nacido en el exilio de Miami durante los años 80— que consta de tres variedades de leche: entera, evaporada y condensada. Pero si este postre se ha proyectado internacionalmente, el famoso *curbasá* —de rigor en la Semana Santa— continúa restringido al país; se trata de toda una fiesta de frutas tropicales —mango, jocote, papaya, marañón, mamey, grosea— y de una orgía de sabores.

En la rica dulcería nicaragüense sobresalen las cajetas de leche y de leche rellena, las de coco —negra, blanca y rosada—, de cacao y cidra, de naranja agria, coyolito, mango, frijol o ante, batata, de rosa y zapoyol; los piñonates de coco y de papaya, el dulce de guayaba, la toronja, los icacos, los nancites encurtidos, los jocotes cocidos, los tomates, coyoles, jocotes, mangos, mamo-

nes y los limones en miel; la chiricaya, la cusnaca —o jocotes machacados—, los caramelos de coco, maní y nancite: el cartuchito, la melcocha, el alfeñique, las crispetas, los churros, las hojuelas, el manjar, las roscas bañadas, los maduros pasados y el maduro en gloria, ¡oh glorioso maduro!

También se destacan los pasteles de queso dulce, la lecheguerra, el arroz con leche, la torta de pan, la torta de yuca, las pupusas de harina, el garapiñado, los turroneos de trigo o pelotas, los bollos de ajonjolí, los buñuelos de yuca, y los de yuca y arroz, los buñuelos de ayote, el ayote en miel —con dulce de rapadura— que se distribuye en la celebración de la Purísima; los alfajores o gofios, las tortas de elote, las espumillas, los suspiros, los enmantecados, los polvorones, los huevos chimbos, el atol duro, el atol de yuca y el Pío V. Habría que agregar los besos de Matagalpa y el bienmesabe de León, la mazorca de cacao de Rivas, los dulcitos de Masatepe (en forma de chivitos, palomitas, conejitos y calabazas, hechas de arroz, azúcar, agua y vainilla); el almíbar de mamey de Masaya, la cajeta negra repartida en la fiesta de San Sebastián en Diriamba, el enchilado, el níspero, el pan de rosa y el requesón.

Dentro de esta lista no podían faltar los *buñuelos de viento* leoneses, elaborados con harina y arroz y endulzados con miel de azúcar quemada y canela. Los venden el día de los difuntos en el panteón de Guadalupe en medio del ajeteo de quienes limpian de monte las tumbas, del grave rumor de los responsos y del olor a lirios, corozos y demás flores. Su sabor es un poco salado y se ven exageradamente grandes, pero el primer mordisco da fe de lo bien puesto de su nombre: se desintegran en la boca.

El tiste —monarca local— y las bebidas

En cuanto a las bebidas más frecuentes, es inevitable referir el pinol —maíz tostado y agua— y el pinolillo —mezcla de cacao, maíz, canela y clavo de olor—, además de puntualizar que el tiste —masa de pinol y cacao batida en agua y azúcar— superó a ambos desde la introducción del hielo. Batido en jícara —vaso de origen precolombino— produce espuma y un *chingaste*, o residuo, grato al paladar. En Nagarote y La Paz Centro el tiste —bebida nacional de Nicaragua desde el siglo XIX, según Levy— contrae maridaje

con el quesillo enrollado en suave tortilla de maíz crujiente, con cebollas cocidas en vinagre y rociados de fresca y espesa crema.

Durante mucho tiempo, el tiste más sabroso y peculiar era el leonés; *el de ahora* —escribió Alejandro Cuadra en 1946—, *además de ser bien batido, debe tener mucho hielo para poderlo menear con la mano derecha, mientras con la izquierda se sostiene la cosa de horno que viene a ser el complemento obligado de una buena jícara de tiste*. El mismo Cuadra no olvidaría nunca un tiste sin azúcar, con rosquillas y curbasá, que le obsequiaron una Semana Santa en casa de una muchacha leonesa. *¡Cómo sabía a gloria!*

Otras bebidas habituales, llamadas *frescos*, son la semilla de jícara con leche, el cacao con leche, la cebada, la chía con limón o tamarindo, las chichas de coyolito y garrafón; cremor, jengibre fresco, pelado y martillado; pimienta de Chiapas, clavos de olor, azúcar y agua—, los refrescos de granadilla, calala (o maracuyá), pitahaya, tamarindo, mandarina, jamaica, linaza con limón, mamón, melón, marañón, zanahoria, piña licuada y ensalada de frutas.

En León se beben la chicha de cohombro —roja y refrescante— y la de piña (la cáscara de la piña se observa en el recipiente donde se sirve la chicha) con jengibre y dulce de rapadura; es una chicha de fermentación rápida, llegadora; ¡parece cerveza! Otra de mucho respeto es la chicha de coyol, abundante en Chontales. El referido Alejandro Cuadra describió su elaboración: «Se bota un palo de coyol. Se le abre en el tronco del tallo una canoa pequeña y se tapa. A los tres días aquella canoa ha recogido la savia del palo, llenándola; entonces, con un carrizo de papaya —que tiene en una de las puntas un colador de crin de caballo— uno pone la rodilla en tierra y se sorbe aquella canoíta entera. El primer día es un refresco; a los cinco, un licor y después..., después una dinamita!» En una de las coplas del Atabal granadino, esta bebida ha quedado perennizada: *Trago de aguardiente, / chicha de coyol / trago de aguardiente / chicha de coyol...*

Nuestras frutas comestibles

Como se ve, nuestra tierra es pródiga en frutas comestibles. No sólo ha producido cuarenta variedades de guineo, sino catorce de

jocotes —como el dulce, el rojo, el tronador, el guaturco— y a las exquisitas numeradas anteriormente, que no son pocas, habría que añadir veinte más, tomadas del clásico libro del francés Gérard Barbeau: *Frutas tropicales de Nicaragua* (1990): aguacate, almendra, anona, caimito, carao, guanábana, lima, limoncillo, melocotón, membrillo, mimbro, naranjilla, níspero, olosapo, papaturro, pijibaye, sandía, zonzapote, tigüilote y zapote.

El mondongo y otras sopas célebres y celebradas

Entre las sopas vale la pena destacar la de mondongo, consumida tras unos tragos de ron o de guaro lija en ambientes fiesteros. De mucho color, lleva pata y suficientes trozos de librillo —los cuales, muy bien cocinados, se mezclan con una buena tortilla y chile— y cantidad de verduras y tubérculos: yuca, chilote, elote, algunos pedazos de plátano, achiote, mucho chile y muy caliente. *¡Tanto que saque lágrimas de tan caliente y mocos de enchilada!* Es la sopa por excelencia de los ebrios. Las de Masatepe han alcanzado el mayor prestigio.

En Granada, Masaya y Managua hicieron época algunas mondonguerías. En la de Las Dormes, de la capital, era cliente fijo míster Cranshaw, de quien se hizo famosa la anécdota cuando su mujer le sirvió mondongo en su casa y después de saborearlo, exclamó: —*No es lo mismo, Chabelita.*

Otras sopas célebres y celebradas, herederas del *puchero* español, corresponden a las de res, de albóndigas —con carne de pollo o gallina— y de queso. Ingerida durante los viernes de Cuaresma, esta se prepara con tortas de queso chontaleño y maíz, fritas aparte, vertidas sobre la sopa y su recado —molido en metate— de achiote, ajo, chile, chiltoma, tomate, cebolla y una porción de crema. Sin duda, cumple con las exigencias de los días de ayuno. En Granada se le conoce como *sopa de rosquilla*.

Sopas honradas y verdaderas, realmente populares pero sin nada que envidiar a las mejores de cualquier parte —anota José Coronel Urtecho—, eran y siguen siéndolo las de Nicaragua, principalmente la sopa de frijoles [rojos] y la de gallina, la de pescado y la de cangrejo. Cada una de ellas con un toque especial

que no permite confundirlas con las de otros países aunque lleven los mismos o parecidos elementos. Pero este autor olvida cuatro menos comunes: la sopa de sardinas de San Marcos, la sopa rivense de cachetes de garrobo isleño —tan buena para los parturientas—; la de urraca, que dicen suelta la lengua de los tartamudos; y la de frijoles blancos con costillas de cerdo. Su receta consiste en una taza de queso rallado —parmesano o amarillo—, una cucharada de azúcar, seis ajos, una cebolla, un tomate, una chiltoma, un repollo mediano —de corte fino—, media libra de papas grandes, una cucharada de mostaza, otra de salsa inglesa, sal, pimienta y chile, sumados a una libra de queso de espinazo o de aguja, a otra libra de frijoles blancos y a dos de costillitas de cerdo sin mucha gordura.

El chancho con yuca de León

Y es que el cerdo ibérico se adaptó muy pronto al trópico. En 1528 el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez registraba la crianza de cerdos que había iniciado Diego de Mora, en sociedad con un Avilés, cerca de Granada; su producción era tal que abastecía a la ciudad. Los cerdos, cuidados por perros negros tigreros, *comían infinito pescado y parábanse muy gordos*. En 1873 Pablo Levy aseguraba: *Los chicharrones y otras partes grasosas, cuyo uso debe ser muy moderado en los países calientes, son a veces, en Nicaragua, el único alimento animal de una familia durante semanas enteras*. Al respecto, la carne de chancho está presente en numerosos platos, entre ellos la lengua fingida, el lomo de cerdo, el pebre —la cabeza y las pezuñas en caldillo del animal doméstico—, la chanfaina —revoltijo masoso con la misma cabeza y las entrañas o menudo—, el arroz con chancho —tema de una canción anónima en su honor— y el chancho con yuca de León.

Pariente del vigorón granadino, el último es servido también en hojas de chagüite y adobado con achiote, engalanando los pedazos de la reventada y blanca yuca. Su ensalada —con menos adornos que el vigorón— se limita a repollo, tomate y cebolla; y no lleva incorporado el chile, servido aparte al gusto del cliente.

El churrasco nicaragüense

Introducido por Pedrarias Dávila, el ganado vacuno proliferó durante la época colonial. No en vano el país ofrecía condiciones óptimas para la cría y el engorde. Nicaragua produjo más reses que todas las restantes provincias juntas del Reino de Guatemala, a las cuales proveía; de manera que entre sus exportaciones ocupaba los primeros lugares con el cacao y el añil. Los productos derivados de la res —sebo, cueros, carne salada y quesos— se exportaban menos, siendo más bien de consumo interno.

Lo anterior explica nuestra tradición pecuaria de la que podemos ufanarnos, en primer lugar, con la carne asada —presente en los almuerzos durante el siglo XIX, como lo refiere el mismo Levy— y que, junto al gallopinto, la cebolla picada y la tortilla, conforma una de las más populares y sustanciales comidas típicas. Al mismo tiempo, explica la presencia de la carne vacuna en muchos platos ya referidos y en otros como el ya olvidado *ajiacó* o carne de res —cecina seca salada— con hojas de quelite, masa de maíz, costillas de cerdo, plátanos, jocotes, piña, dulce de rapadura y otros aderezos. La misma carne de res al horno constituye una deliciosa comida, al igual que el lomo asado, el lomo de costilla, la carne deshilachada, las tortitas de carne, el salpicón, el bistec de hígado, el corazón a la plancha, los sesos y riñones. ¿Y la ubre? ¿Y las criadillas o huevos de toro, toda una *delicatesse*? ¿Y la excelsa lengua en salsa?

Para concluir este aspecto de la cocina nica aportado por el ganado criollo, muy apreciable en restaurantes nicaragüenses del extranjero —sobre todo en los de Miami—, es necesario enaltecer nuestro churrasco que nada tiene que envidiar al argentino. De carne blanda y gustosa, se acompaña de arroz blanco, papas fritas, pan con ajo y chimichurri.

Pescados y mariscos

Al contrario de la Costa Caribe, la región del Pacífico no ha explotado la riqueza de sus peces y mariscos, como en otros países. En 1873 Levy apuntaba: *El pescado no es tan común como pudiera creerse al considerar las disposiciones hidrográficas del territorio.* Con

todo, León —por su cercanía con PoneLOYA— conserva platos muy apetecibles.

El primero es el pargo, ofrecido tanto en restaurantes de PoneLOYA y Las Peñitas, como en el barrio de Sutiaba. Allí pargos de regular tamaño y boca colorada se acompañan de arroz blanco bien volteado y tortillas recién sacadas del comal. Otro plato leonés es el de las conchas negras llamadas *vírgenes*, las cuales se consumen rociadas de limón —que obligan retorcerse al molusco— junto a cervezas bien frías.

Pero el plato de mayor personalidad es el punche relleno, elogiado por Rubén Darío. De acuerdo con una receta de Pinita Gurdíán de Vijil, para cuatro raciones se requiere una docena de punches. La carne que resulte de sus patas y tenazas dará la medida para el arroz del relleno. Si salen, fuera el caso, dos tazas de carne, se pone una taza de arroz ya cocinado.

¿Y los camarones empanizados de Bilwi? ¿Y los apiñados? ¿Y los calamares de Corinto, los más deliciosos que Fidel Castro probó en su vida? ¿Y los todavía aceptables pescados sin espina de Tipitapa, procedentes de Tisma y Malacatoya, bocones, copetudos y carnosos de lomos? ¿Y los guapotes —o guaposaurios— entomados de Granada?

Platos de nuestra Costa Caribe

En la Costa Caribe se impone el guabul (*wabul*): plato cotidiano obtenido cociendo el plátano o el pijibay en un caldero hasta que se ablandan. Luego se bate para convertirlo en puré, se le añade agua o leche de coco rallado y se pone a hervir. El resultado es un sabor que no se repite en ninguna otra comida que lleve coco, por ejemplo el rondón (*rum-down*). Este se logra con una cantidad equivalente a dos litros de leche de coco: una vez hervido, se vierte en ella quequisque, yuca y banano verde. Los pescados se fríen aparte y, ya dorados, se depositan sobre las verduras, para que el pescado les impregne sabor. Se agrega mantequilla, chiltomas, cebollas y tomates, quedando listo para servirlo después de un nuevo hervor.

Donovan Brautigam-Beer especifica que hay variedades de

rondones, de tortuga, etc., pero el rondón por antonomasia es el de pescado. También ofrece las recetas de otras comidas costeñas: pescado escabechado y coctel de ostras (ostiones); del condimento fruta de pan (*breadfruit*), comible hervida, asada y frita; del postre pudín de coco y de la bebida de jengibre (*ginger beer*). A ellos habría que agregar *rice and beans* —frijoles rojos, arroz lavado, leche de coco, cebolla, chiltoma, aceite y una pizca de sal—, los chacalines o camarones diminutos que, una vez secados al sol, se preparan para acompañar tragos de ron; dos *cosas de horno* —el pastel de banano y la torta de quequiste—, más el patí (*patee*). O sea: una pequeña empanada de harina que envuelve una masa de carne con chile cabro.

La tortuga y las carnes de monte

Si en el Pacífico la carne de tortuga constituye otro bocado capital —me refiero a las del Gran Lago—, siendo famosos los guisos de Ometepe y Granada, además de los huevos de paslama durante la Cuaresma y Semana Santa, en el Caribe tiene un permanente consumo. Diversas son las formas de preparación, dependiendo de las partes extraídas de la misma. Lonjas de carne se cocinan al estilo bistec. Trozos grasosos se desmenuzan y de las patas traseras de la tortuga se deriva la llamada *sopa de aletas*.

Pasando a las carnes de animales silvestres, o de monte, no se han extinguido del todo. Al menos figuran en los recetarios el *ayiaco* y el pinol de venado de Jinotepe y Diriamba, el salpicón de cusuco de San Jorge y el caldo de armadillo en albóndigas de Sébaco. ¿Y la deliciosa iguana en pinol o pinol de iguana? ¿Y el garrobo en caldillo? ¿Y el garrobo en semilla de ayote de Mozonte y Totogalpa?

El Caballobayo

Finalmente, en las zonas Pacífico y Central se ha consolidado, durante las últimas décadas, el Caballobayo: una variedad de cazuelas —sostenidas por quemadores— conteniendo carne desmenuzada, trocitos de moronga —la morcilla nicaragüense—, chorizo criollo, frijoles molidos, guacamol, chicharrón también molido, maduro, cerdo y queso fritos, crema y queso rallado. Concebi-

da para buffet y distribuida al gusto en tortilla caliente, se sirve en plato de barro sobre una hoja de chagiüite.

Nuestra cocina: estimulante, contundente, imaginativa

A Gloria Rodríguez de Reparaz, una de las colaboradoras del libro *Cocina nicaragüense: un descubrimiento gastronómico* (Madrid, 2002), se le debe esta valoración: «Nuestra cocina es parecida, pero diferente del resto de las cocinas centroamericanas; es condimentada pero no picante como la mexicana. A lo dulce siempre se le agrega un puntito de sal; para resaltar el sabor, a lo salado se le añade una chispa de agrio para matar ‘el chicuís’ o tufillo del pescado o de las carnes de monte. Es estimulante como un buen vaso o trago de un ron añejo, contundente como un nacatamal o una sopa de mondongo; tiene el ardor de la canela en los buñuelos de yuca, el picorcillo del clavo de olor de sus rompopes y ponches. Es imaginativa como lo demuestra el indio viejo, la carne en vaho o el ajiaco donde lo dulce, lo salado y las especias se mezclan magistralmente. Pero también puede ser tierna, como un yoltamal de crema, un dulce de guayaba o una espumilla que se funde en la boca».

Bibliografía

- AA.VV: *Cocina nicaragüense: un descubrimiento gastronómico*. Madrid, Asociación de Amistad Hispano-Nicaragüense, 2002. [Coordinación: Gloria Elena Rodríguez de Reparaz; colaboradores: Angélica Vivas de Ubagón, Elisa Salvador Zuloaga, Nelly Habed López, Violeta Chamorro, Thesalia Baltodano Gutiérrez, Mary Carmen Santander de Sotomayor y Ricardo Callejas Batres].
- BRAUTIGAM-BEER, Donovan: «Comidas costeñas», en *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, núm. 26, noviembre-diciembre, 1978, pp. 71-72.
- CORONEL URTECHO, José: «Elogio de la cocina nicaragüense», en *Reflexiones sobre la historia de Nicaragua. (De Gaínza a Somoza)*. I. Alrededor de la independencia. León, Editorial Hospicio, 1962, pp. 128-143.

CUADRA, Alejandro: «Lugares, Tipos, Usos y Costumbres. / El Tiste y la Chicha» / «El Mondongo», en *Los Lunes de la Nueva Prensa*, 25 de noviembre, 1946 y 24 de febrero, 1947.

LEVY, Pablo: *Notas geográficas y económicas sobre la república de Nicaragua*. París, Librería Española de E. Denné Schmitz, 1873, pp. 267-272 («Alimentación»).

LÓPEZ GUZMÁN, María Esther: *Cocinando con María Esther / Cocina nicaragüense y algo más...* 7a. ed. Managua, Ediciones Mundo S. A. (s.a.)

SILVA, Fernando: *Bocados capitales*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2011.

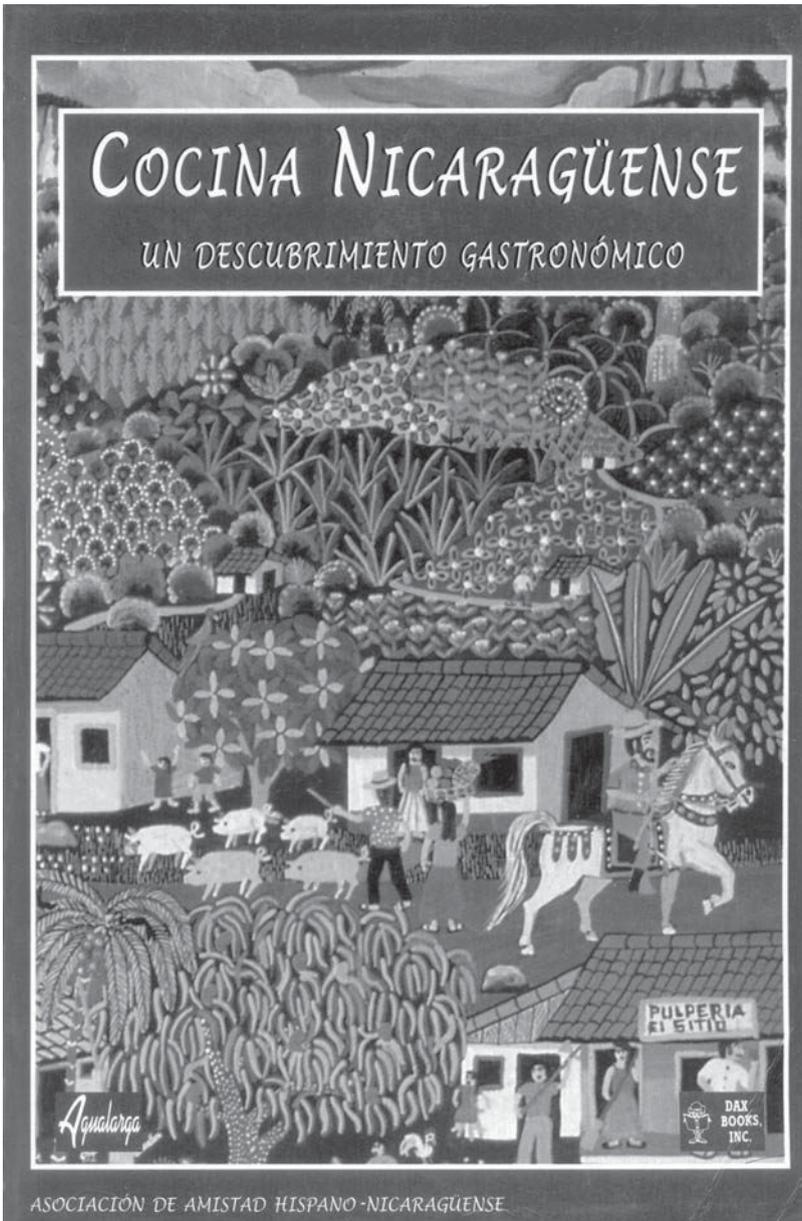
VIVAS, Angélica: *Cocina nicaragüense*. Managua, Editorial Vanguardia, 1991.

WHEELLOCK ROMÁN, Jaime: *La comida nicaragüense*. Managua, Hispamer, 1998.

ZAMBRANA, Armando: «La cocina nicaragüense», en *Nuestras comidas*. San José, C. R., Coordinadora Educativa y Cultural Centroamericana, 2011, pp. 199-221.



Indígena preparando fuego con dos maderos. A la derecha un árbol de cacao con su «madre de cacao», que lo protege del sol y el viento excesivos, y atrás, mazorcas secándose al sol.



V.
Arte



Alejandro Aróstegui: «Ángel» (1995)

DIEZ PINTORES NICARAGÜENSES

Jorge Eduardo Arellano

Para el obituario de Aróstegui

ALEJANDRO tornó resplandeciente la carroña capitalista, se apropió de nuestro diario paisaje lacustre y volcánico, revitalizó naturalezas muertas e implantó, como un artesano infatigable, mágicos objetos y monocromas texturas. Todo lo urdió, lo configuró para combatir la soledad del hombre y revelarnos, con sus trazos obsesivos y exhaustivos, la pasión por el Arte y su permanencia.

La paleta de Vanegas

LA paleta de Leonel Vanegas, ebrio de furia y rebeldía rojinegra, era sobria. No ofrecía artificios ni recargamientos, sino consistentes sensaciones directas y desnudas, casi siempre violentas y protestatarias. Leonel no concedía tregua al folclor ni a la academia. Se encarceló dentro de su abstraccionismo dramático, conservando su humanidad desgarrada y secreto dolor oculto. Inconmensurable.

Amistad con Sobalvarro

MESURA y pureza signaron a Orlando Sobalvarro: desde su minero Chontales, pasando por nuestra Managua viva hasta su mortal Tipitapa. Todos sus vuelos fueron telúricos, o ancestrales; y lo poseyó la transparencia, controlado por el rigor laborioso, bajo la sabia mirada de su noctámbulo compañero: el Búho. Su tótem. Yo fui amigo de Sobalvarro: disciplinado e íntegro. Y lo sigo siendo a través de sus cuadros casi imperecederos.

Dibujando a Castellón

SILENCIOSO, radiante, fluido y sutil, el dibujo de Rolando es algo más que un signo ancestral, que un ritmo esencial y una forma

más allá de la vida. Funerales, sus imágenes capturan la luz y agreden la visión sin herirla, enriqueciéndola; torrenciales, sin freno ni final, rozan la tragedia y el dolor, dotados de líneas y arcos abracadabrantes, graduando proyecciones tonales, duplicadas e intrincadas, ramificadas y geometrizadas, cayendo en un fondo oscuro y siniestro. Sus rostros y máscaras, fetiches sagrados y misteriosos artefactos son esculturales, monumentales, piramidales. De su conciencia emerge siempre una fuente de vigor y energía. Y su mano derecha pacta con la amistad y un mundo muerto y vivo, ritual y profano, mudo y parlante, antiguo y futurista; un mundo que lleva dentro —muy adentro— de sí.

[Madrid, 21 de octubre, 84]

Las mujeres pétreas de Cerrato

NO subí a la ciudad de los dioses terrígenos, pero lo hizo por mí, por nosotros y los otros quemados por la llama y el abrazo de la gracia, Leonel Cerrato. Nuestro grabador de rostros y paisajes, de mujeres campesinas y lacustres —fugándose de la marginación y el olvido— llegó a la cumbre borrascosa, a la penumbra celestial, a la altura divina de los Andes para contar, cantar y encantar la piedra, transformarla, retomarle y retocarla, grabarla, soplarle y retratarla. Leonel subió y tocó con su vara mágica el templo viviente que es toda mujer, todo vientre portador de vida futura y presente. Leonel, el segoviano, respiró el aire sagrado y dibujó la esencia, la existencia del primer día de la creación en Machu Picchu. Leonel Cerrato, uno de los nuestros, visitó a los padres de la piedra, de las piedras que construyeron la raza y el espíritu de América, allá en el sur. Y vivió en sus habitaciones, codeándose con ellos, raptándose a sus mujeres en este lienzo que refresca mis ojos y consuela mis enojos, que es parte mía y del mundo solo, sordo, mudo y desnudo, pétreo y tétrico; del mundo que corre de nuestras venas.

[Diciembre, 27 del 86]

En torno de una puerta de B. Gámez

FUÑANDO uñaradas ferales, B. Gámez, el hecatónquiro albano,

albino, galvaniza el mundo moderno y de siempre, nuestro como suyo, con refracciones de signos y cabellos de crines estiradas, arrodilladas, atornilladas sobre la tierra, en Tlapalcalli y Tagüe, Acahualinca y Tegucigalpa, con el grupo Gradadas en los muros de la iglesia de Santa Faz y el grupo Nueva América, americanizando los sueños, las pesadillas, el pesar y el pasar humanos. Desde la casa de Agenor Hidalgo, este esteliano estiliza los restos del naufragio que portamos dentro, la suma de nuestros gritos, los fósiles navegantes que conocemos, como pajarracos familiares, entre la reinante, interrumpida putrefacción pétreo de los restos aparecidos.

Hasta su arca francesa, precedido por donaltamira, Bayardo remira, redibuja, desdibuja la conversación y la mutilación, el cementerio y los desfiles carnavalescos, los maniqués difuntos y el valle de la calma, sin que su soplo apague la luz del alma, animando, animalizando, a toda velocidad, flotando en el cielo, de cacería, de argonauta, de Hamlet en domingo de Ramos. En b. Gámez hay un acto, un cachorro recién llegado de la montaña sagrada, un nicho santificado, varias puertas de Circe y un barco ebrio en el que viaja, divaga, disgrega el mito y su momentánea belleza, la espesura de pestañas rojas y rebeldes que es su pintura nuestra de cada día.

[1980, glosa del libro de Gámez:
Puertas giratorias, noviembre, 79

Tres retratos de Izquierdo

LA fecunda espátula de César Izquierdo modelaba figuras de leves rosas, verdes intensos, casi ultravioletos y azules claros, asediando, acechando la feminidad y los celos, la sed humana y la espera. Desde los 50, su mundo textural remitía al conflicto donde la ilusión era una rosa y el recuerdo triste; donde el lamento no alcanzaba su culminación y se vivía el amor desesperado. Pero era un mundo abierto a la esperanza, reposo vigilante y pasión. Era el César resistiéndose a ser aplastado por el dolor y la desolación total.

En sus mujeres desfiguradas yacía otro: el Izquierdo del deseo asfixiante y la indiferencia, circundado de presencias óseas y gra-

tuitas, devotas metáforas innumerables. El Izquierdo rebelándose contra el infinito, transformando un rostro poderoso de gratos paisajes apacibles y escenarios. Porque el teatro estaba allí: en todas las líneas de sus manos reñidas con la inconstancia.

Pero lo más suyo, lo anonadante y terrible, era su galería de monstruos con charreteras, de cofomocos uniformados, deformados; de gorilas armados hasta los colmillos de tiburón, tiburones ellos mismos. Lo feroz y desesperante era su museo de orangutanes egresados de Fort Gülick, graduados en masacres innominables. Lo impactante y tenebroso eran su serie de tigres devoradores de niños, de insaciables bestias apocalípticas consagradas al mito del despellejo, del despojo, del desalojo inútil del milagro que es la sobrevida.

[Junio, 18, 83]

Leoncio Sáenz y su «Muerte sobre Tiscapa»

LEONCIO Sáenz de Palsila fatigó las calles y avenidas del D.C. washingtoniano, hundió su mirada de matagalpa irreparable en las grises aguas del Potomac, entró en la Smithsonian para identificar lo que ya era parte de su biografía milenaria. Y volvió a nosotros, como si nunca se hubiera ido, a la vieja Managua de taquezal, a su buhardilla existencialista frente al Xolotlán, para seguir siendo el mismo de ayer y de hoy: engorrado, melenudo, gatuno.

Este misto lisupo diseñaba entonces con pinceles y plumas de chompipe el paisaje y los frutos de su tierra, transgrediendo la sangre cotidiana y sus terrores adjuntos en líneas gesticuladoras, constructivas, reconstructivas del pasado vivo en colores nuevos, de fiesta patronal y vitrales de parroquia, junto con su pueblo olvidado, con tafistes de pesca, bulucas ponedoras y kusmas o zopilotes.

Y dejaba de ser el dayalbo silaco o chavalito flacucho, pupulucito, para asistir al cine Tropical y a la Escuela de Bellas Artes de Peñalba, denunciar la opresión en la Somozagua de los 50 y primeros 60, recorrer el rebelde sendero de los héroes en Ventana y Praxis, cuando poetillas y pintorastros reñían con las manos alco-

holizadas y aún no sospechábamos esta rojinegra mujer armada, esta lucha volcánica, estas lágrimas, semillas o bombas sobre Tiscapa.

[1980]

Marina de Solentiname

ADONDE quiera que vaya, Marina de Solentiname será siempre de sus islas, porque no puede detener el ritmo de la sangre; inocente que le llega a sus pequeñas manos dulces e impregna de vida cada uno de sus mágicos paisajes. Será de su archipiélago, de Mancarrón y Mancarroncito, de sus profundas aguas intensas de verdes y azules, de los volcanes de su afectuoso, inmenso lago. Por eso potencia la Eva Primigenia que preside su trópico, con gavio-
tas volando en lontananza y garzas inmóviles, con negros zopilotes purificados, pato'e chanchos y monos, palmeras gigantescas, muchachas o niños solitarios de sombreros, lentas canoas, ranchitas, troncos y chagüites esplendentes. Por eso pinta como madre y como niña. Pinta como lo que es: una flor de barro lacustre. Y ama las madrugadas. Y descrea de las ciudades y los hombres.

[México, D.F., julio, 16, 1980]

June Beer de Bluefields

COMO don José en el puertecito de San Carlos, Quico en su casona y Omar en su estudio del barrio San Sebastián y muchísimos otros poetas y pintores, yo amé a June, a la June Beer. Y no solo su cuerpo de negra serpentina y fogosa, sino su alma magnífica, magnética, llena de ternura atlántica.

Amé las mejores caricias de sus manos: los óleos ingenuos y coloridos de sus madonas criollas pilando arroz y de sus niñas caribeñas de ojos quiebraplata. Amé su «Batalla de Laguna de Perlas» y los ocres, semipenumbrados detalles de su bahía de ensueño.

Amé sus verdes vivos, verditensos; sus loras sobre fálicos palos secos y gallos decorativos. Amé sus chozas paleolíticas y piraguas del río Escondido, sus hembras buscando los funerales del machismo, la fortaleza africana del color equilibrando en medio de tanta

selva y tanta lluvia.

Y en el Pacífico, a todas horas, en las reuniones de *La India* (café-poetería de mi generación) y en las exposiciones capitalinas de los sesenta, en el Mercado de Granada y en el balneario de Pochomil, donde una noche abrileña reclinó once veces su maternal cabeza en el brazo vencedor, supo ser ella. Hablar de su Shakespeare y de su Diego Rivera. Referir anécdotas de Carlitos Martínez (su amante californiano). Convocar lo humano y lo divino.

Ella era treintañera y yo andaba en los veinticinco. Ella aun no había perdido la estrella hindú de su frente ni el fuego de su sangre victoriana. Yo pronunciaba las eses como efes; ella, una mezcla de inglés acriollado y exótico español. Yo fui feliz a su lado, tanto en la tierra como en el mar.

[1980]



Leoncio Sáenz

VI.
Poesía



Isolda Rodríguez Rosales

SEIS POEMAS

Isolda Rodríguez Rosales

MALINA TENÉPATL

ERA de chocolate su piel reluciente,
hija de señores y caciques de Painala y
Oluta. A Tabscoob, mexica de Xilango,
como objeto la dieron en tributo,
perdida la guerra entre mayas y mexicas.
Era niña todavía, no conocía maldad.
Bella lenguaraz dotada de habilidosos oídos
y diestra lengua parlanchina, se deslizaban
voces náhuatl con igual versatilidad que el maya.
Conoció otra lengua hablada en Castilla,
no hubo misterio al aprender palabras nuevas
dotada por los dioses para hablar en ella,
Malintzín, nuestra abuela primigenia,
madre del mestizaje, yació con Cortés
y engendró a Martín y María,
combinación inicial, que cundió en América
y es la estirpe que todos llevamos
como herencia y orgullo innegable.

UNA VEZ FUI

UNA vez fui piedra y amé al musgo
que me rodeaba amoroso y suave.
Después crecí en colonias coralinas,
blancas y rojas, duras al tacto, suaves
por dentro. Una concha marina
llorando perlada en el centro.
Delfín afelpado y brillante
con cantos nocturnos al sol
y amé al sol, el mar, las olas.

con amor, no hay bombas ni espanto,
con amor todos nos veremos a los ojos
y gritaremos un sí a la vida, a la paz.
Aún no es demasiado tarde.

CAMINANTES

MIGRANTES del planeta
salen del horror, guerra, hambre, llanto,
¿quién les tenderá la mano?
Niños famélicos,
mujeres llagadas de larga marcha,
caminantes variopintos,
de turbante o chilaba, no importa,
sólo desean llegar, llegar,
terminar este tortuoso éxodo,
pero no hay tierra prometida
ni maná que caiga del cielo,
la tierra prometida es Europa,
pero los gobernantes temen implicarse,
dar la mano al hermano,
que tenga techo digno, pan,
la discriminación es más fuerte,
la indiferencia puede más.
Abro mi corazón, lo ensancho
pasen desamparados del mundo,
habiten en amorosos brazos,
que el desánimo no los rinda,
está cerca ya el día de la justicia.

MUJER

*A mi amigo de siempre,
Jorge Eduardo Arellano.*

NACÍ mujer, Lilith o Eva, no importa.
He sido bailarina de vientre desnudo,
esclava caminante en arenosos mundos,
venerada diosa en las tierras de Elam,

vestal en antiguos templos romanos,
 hechicera y bruja con sortilegios de amor,
 santa siguiendo a Teresa por

Castilla La Mancha,

campesina cortando la mies
 y haciendo el pan,
 gitana trashumante
 con alegres revuelos de seda.
 (a veces nací hombre, para experimentar)
 He sido dama en la corte imperial,
 sierva de la gleba, comiendo miseria,
 madre de reyes y esclavos,
 de soldados y guerreros,
 mujer de Atila, calentando el brasero,
 monja de clausura orando,
 sumida en martirios,
 adúltera lapidada en Irán,
 vendedora en mercados de frutas y soles,
 virgen al sol consagrada en incaicos
 imperios,
 tejedora de las frías regiones en Flandes,
 artista pintando a la Madre María,
 escritora y poeta soñando estrellas,
 lavandera en ríos, lagos y lagunas,
 madre de mil hijos esparcidos por el
 mundo.
 Todo eso y más he vivido.
 Hoy, diosa estelar, remontando luceros.
 He disfrutado tanto siendo mujer.

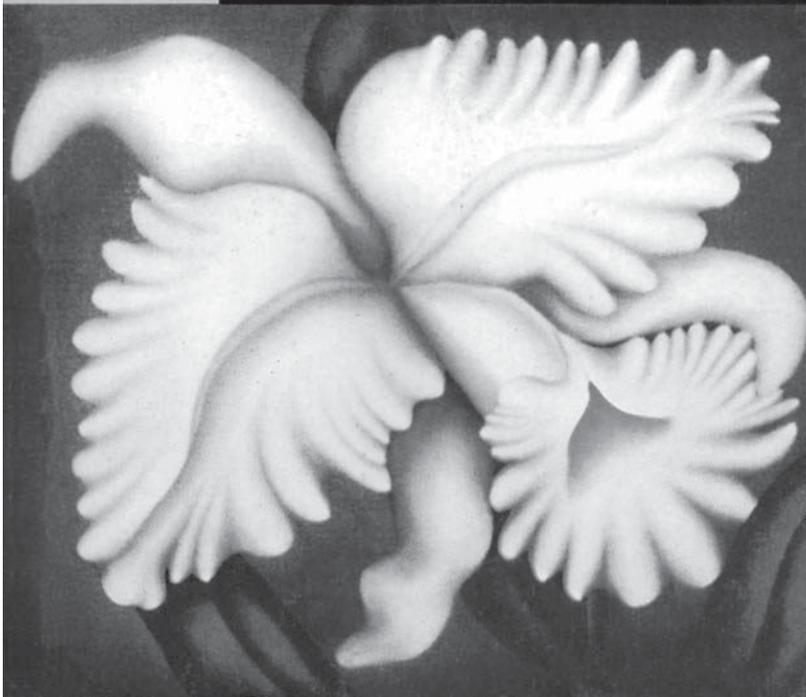
ÉXODO

Y he aquí que Jehová mandó a Moisés
 a llevar a su pueblo a la Tierra Prometida,
 y vagaron cuarenta días con igual número
 de noches, comiendo el maná que caía del cielo.
 Y he aquí que pasados los cuarenta días
 el éxodo no terminó, porque la esclavitud
 la explotación, la guerra no concluye.

El imperio romano forzó al mundo europeo
a otro éxodo huyendo de la tiranía.
»Los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia». La tierra prometida se volvió prohibida,
el fascismo con su afán de loco dominio
y exterminio causó la huida de gitanos, hebreos, artistas,
y los pueblos eternizaban su éxodo,
los Atilas arrasando pueblos, Siria hoy,
Afganistán mañana...
Pero Yawe no mandó el despojo de África,
las minas del rey Salomón, los diamantes,
ahora el éxodo sigue y sigue.
África saqueada, asolada,
senegaleses, etíopes, somalíes,
reclaman sus riquezas. ¿Dónde están?
Oh, Jehová, tené piedad de tu pueblo planetario,
dale a cada quien su maná, su pan,
devuelve al pobre su camino, su terruño.
Detiene este éxodo sin fin,
antes que los niños del mundo sucumban
en desiertos de agua o de arena,
y la humanidad entera
se ahogue en la iniquidad.

Isolda Rodríguez Rosales

Me queda la palabra...



VII.

Narrativa



TERESINA Y LOS JAZMINES

Jorge Eduardo Arellano

A JOHN Kerr Jr. le seducía el sensitivo olor de los jazmines tropicales. Así me lo hizo saber cuando coincidimos en el Parque Central de Nueva York. Él había formado parte de la Falange del General Walker que tomó Granada al amanecer del 13 de octubre de 1855. Los detalles de este acontecimiento son suficientemente conocidos y no requieren más comentarios. Baste decir que el general ordenó poner a la ciudad bajo ley marcial, y la compañía a la que John pertenecía fue acuartelada en el convento de San Francisco.

El bien perfilado volcán Mombacho se levantaba, como centinela gigantesco, guardando la ciudad. Las pequeñas olas del Lago de Nicaragua lavaban las bases del derruido *Fuertecito*. A la derecha del convento, árboles de naranja, limón, granada y caimito inclinaban sus ramas al peso de una abundante cosecha, mientras un poco más lejos, a la entrada de una casona, florecía un jardín de jazmines.

John me refirió que el olor de esas flores había sido la causa de haber abandonado voluntariamente el teatro de la guerra de Nicaragua, asociada a un hecho en que se involucró sin culpa alguna. La siguiente fue su confesión:

Esa casona me atraía. Un compañero me informó que en ella habitaba una preciosa niña. Nadie me dio la bienvenida. Yo estaba aparentemente tan solo como si me hallase en medio de un desierto. La noche era hermosa, con un cielo lleno de estrellas, matizado por los brillantes rayos lunares. Los jazmines impregnaban el aire con su perfume. Soplaban una fresca brisa lacustre. Animado por esta sensación, fui atraído por la suave música procedente de una ventana enrejada. Me dirigí hacia el encanto creado por esa mandolina invisible, y logrando posarme detrás de una cortina de hojas, pude contemplar a la bella niña soñadora. Mi alma se colmó de apasionada adoración.

John siguió diciéndome: *Acallada su música deleitable, ella colocó la mandolina junto a una columna. Su bronceada frente la apoyó en su mano derecha. Sus ojos se dirigieron al cielo pareciendo rogar la realización de un sueño inspirado por el canto: Marinero de mi alma, / Lánzate al océano / Que tu dicha depende / De tu arrojó. Yo me le acerqué. Sus abiertos labios exponían una hilera de dientes como perlas. Su cabellera era de un café oscuro, sedoso y abundante; su piel, aunque ligeramente oscura, era delicada y su figura tierna y sensual a la vez. Toda ella aparecía saturada de penetrante gracia. Excusándome por mi intrusión, le pregunté su nombre:*

—Teresina —me dijo— *¡y soy una castellana!* —añadió con no disimulado orgullo.

Nuestro encuentro fue breve. Tuve que retornar a mi vigilancia desde la altura del convento, que era toda una fortaleza, con la esperanza de que hubiese causado una favorable impresión en la excepcional criatura. Desde entonces, estuvo presente en mis sueños, dormido o despierto. Cuando no estaba de guardia dirigía mis pasos a la iglesia parroquial con el propósito de avistarla. La esperaba para obtener una mirada de sus ojos electrizantes. Ella se acostumbró a ese contacto. Mi uniforme de soldado americano se imponía. Su sonrisa nunca se hizo esperar. Nuestra intimidad fue creciendo hasta que fui literalmente aturdido una tarde por la orden de que nuestra compañía había sido transferida a la guarnición de Matagalpa. Debía abandonar Granada y la ilusión que me había atado a Teresina.

Por la noche me introduje de nuevo en la casona vecina, donde por vez primera me había extasiado con su voz y su música de mandolina. Mi visita no era para sobresaltarla. Le comuniqué mi inevitable partida. La emoción que demostró en sus modales se tradujo en un éxtasis de felicidad para mi corazón. Dijo que sus oraciones me acompañarían, que depositaba toda su simpatía en mí y que mi nombre permanecería en su recuerdo. Yo, con la voz temblorosa, le dije:

—Perdone mi atrevimiento, señorita.

—Yo lo escucho, amigo mío —murmuró.

—Verla a usted ha sido para mí como estar en el paraíso.

—Johnny, esas son palabras...

—Y las últimas, señorita —le contesté, tomándole una mano—. Debo marcharme ¡Adiós, Teresina!

Sus brillantes ojos se llenaron de lágrimas. El redoble del tambor me llamó a mi responsabilidad de soldado. Íbamos a partir una hora después de la media noche para evitar el intenso calor del día. A la hora señalada ya estábamos en línea de marcha para Matagalpa. No fue sino hasta mi llegada al villorrio indígena de Sébaco que lamentó no preguntar a Teresina su apellido. Me consolé con la idea de que no estaría ausente de Granada por mucho tiempo, y que recibiría la información de sus propios labios dulces.

Transcurrieron los días en Matagalpa. Mi oficial superior, el capitán de nuestra compañía, fue muerto durante un ataque de indios flecheros, y fui ascendido para sustituirlo. Cómo suspiraba por la hora que me devolviera a Teresina. Cómo recordaba el olor de los jazmines blancos, brillantes y olorosos de su jardín. Al fin llegó la hora de nuestro regreso a Granada. Un militar nativo había sido convicto de una conspiración contra el General Walker. Tan evidentes eran las pruebas contra él que el primer día del juicio, el prisionero admitió su culpa y se le dictó sentencia de muerte. Al rifar que compañía debía ejecutar la sentencia, cayó la suerte en la nuestra. Y esa había la razón de nuestro inmediato regreso a Granada.

Entramos a la ciudad al amanecer del 8 de noviembre. A la hora señalada comenzaron a doblar las campanas de la iglesia parroquial, seguido del fuerte redoblar de los tambores. Yo había formado a mis rifleros y sólo esperaba al prisionero. Nunca había presenciado una tarde más hermosa ni sentido un clima menos caluroso. Los naranjos, limones, granadas y caimitos sorbían la ambarina luz para alimentar sus tonos de variados colores. La gente, arremolinada en la plaza, se veía extasiada. El militar nativo era querido por todas las clases sociales.

Con un sacerdote a cada lado, el sentenciado avanzó desde la iglesia parroquial, acompañado de su desconsolada familia. Un pañuelo blanco fue agitado como señal desde el balcón del general Walker. Yo ordené prepararse a mis hombres. El movimiento de sus rifles llamó la atención de los espectadores. De inmediato el aire fue rasgado por alaridos y lamentos. A mi señal, los ahogó el redoblar de los tambores

destemplados. El cabo me informó que el condenado estaba listo para morir.

Sentado en una pequeña silla con los ojos vendados, el condenado sostenía un crucifijo. Los sacerdotes musitaban la letanía de los difuntos. Las gentes murmuraron oraciones por el alma pronta a partir. Mientras avanzaba para dar las órdenes, una voz femenina exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Es él iel mismo!

Excitado por mi penosa obligación grité:

—¡Preparen! ¡Fuego!

Cuando el estruendo mortal de las descargas se extinguió, oí la misma voz angustiada:

—¡Johnny! ¡Johnny!

Era Teresina.

Reclinada sobre el brazo de una altiva dama, reconocí su rostro, ahora pálido. Entonces me dirigí hacia ella, pero la dama me abrumó por una andanada de reproches; seguí abriéndome paso hacia Teresina, y la hubiera levantado en mis brazos si la dama, blanca y alta, no se hubiera interpuesto entre nosotros, haciéndome señas para que me alejara.

—¡Váyase! —me dijo—. Los hijos de la víctima asesinada lo maldicen a usted y a su infame jefe.

Era la viuda del conspirador.

—¡No, no, Johnny! —gritó Teresina.— Yo no te maldigo. Vos no sabías, Johnny. No sabías que yo era su hija.

John Kerr Jr., impresionado por haber sido un instrumento fatal del destino, solicitó permiso al general Walker para retornar a su patria. Antes intentó excusarse con la familia de Teresina y pedir verla. No se lo permitieron. Solo recibió, a través de la sirvienta negra, su último mensaje de amor y de perdón, más unos cuantos pétalos de mustios jazmines.

A la semana de la partida de John Kerr Jr., Teresina Corral optó por acompañar a su padre.

SEIS MICRORRELATOS

Mario Urtecho

Desvaríos

EL DESQUICIADO lo exhumó la noche que lo sepultaron. Lo llevó a su cuchitril, sentó en destartalada silla y brindó café y rosquillas a su necrófila compañía. El sacrilegio indignó a la gente. Pocos entendieron que el demente solo quería compartir con la Muerte su aturdida soledad. Ocurrió en un pueblo de la montaña en la interminable guerra de los '80.

[Las Segovias, 1983]

Ishtar

DESPUÉS DE mil vidas la hallé frente al mar, en el prodigioso oasis de los náufragos. Se acercó sonriendo, orlada con zarcillos de coral, carlancas de perlas, brazaletes de nácar, la cabellera de salitre agitada por la brisa, que también calcaba sus relieves en la vaporosa túnica de organdí. Lo testimonian tenues improntas de pies descalzos en la humedad de la arena.

Fragancias

SILUETAS FURTIVAS juntan hojas de *followme*, extraen su ambrosía y la embijan en sus pudores. En la cercanía de una banca de iglesia, o en el inocuo roce al pasar, sus olores cautivarán a la persona deseada. El pastor vedó esa práctica ancestral, pero ignora que el aroma proscrito también emana de la negra y gloriosa anatomía de su mujer.

Ritual

DESNUDA EN la penumbra del amanecer, la Maga conjura aire, fuego, éter y tierra, y purificada con letanías rituales y pluriversos se desborda en caricias, mieles, lluvias, mariposas, orquídeas y

aromas. Sosegados sus magmas, oleajes y estremecimientos, trasmuta en versos sus primigenias sensualidades.

Espectros

INDIO, MULATA y anciana le contaban de aparecidos, y de la loca de su cuerpo, que una noche, entre algazaras y hedor de azufre, los vecinos vieron gritar aterrada cuando los demonios la levantaron de la calle, y en cuerpo y alma se la llevaron en el aire. Todo eso estremeció la fantasía del niño y de hombre provocó pavorosas pesadillas a Rubén Darío.

Sinestesia

SUMERGIDO EN espacios sin tiempo vi sabores, olí colores, oí aromas, palpé asombros, degusté sonrisas y entre destellos multicolores conocí al poeta con lucidez de loco, al que un viento de espíritus, estando aquí, de allá lo llaman.

[*Ahuacali*, 2016]

VIII. Historia



Diálogo entre el cacique Nicaragua y el capitán Gil González Dávila. Dibujo de Pablo Antonio Cuadra.

ABRIL DE 1523: INICIO DE LA RESISTENCIA INDÍGENA

Jorge Eduardo Arellano

DOS FUERON nuestros caciques representativos. Macuil Miquiztli (Cinco Muerte) era el nombre originario del primero, identificado con el topónimo náhuatl Nicaragua —para designar sus dominios en el Istmo de Rivas—, por el conquistador Gil González Dávila. Y Diriangén, teyte (o jefe de los Chorotegas) entre Nandaime y Diriamba, el nombre del segundo. Pues bien, aliados, encabezaron en Nicaragua la resistencia indígena contra la invasión española. Exactamente el 5, 17 y 20 de abril de 1523. Por eso cabe proponer abril como el mes de la más ancestral resistencia de nuestro pueblo.

Muchas páginas se han escrito sobre ambos caciques. En un estudio reinterprelativo de 2004, Aldo Díaz Lacayo desarrolló la tesis de que Nicaragua y Diriangén, frente a los seres extraños, «actuaron concertadamente en defensa de sus respectivos estados tribales». La misma tesis he planteado desde 1973 y se ha impuesto sobre las dos interpretaciones maniqueas tradicionales: 1. Nicaragua = traidor; Diriangén = patriota; y 2. Nicaragua = pacifista y Diriangén = guerrerrista.

El requerimiento

Mas la documentación histórica presenta otra cosa: una alianza entre enemigos tribales para enfrentar a los representantes armados de un lejano poder que les exigía un sometimiento político (ser vasallos de un rey desconocido) e ideológico (convertirse al cristianismo); de lo contrario, los reducirían a la fuerza. Tal era el contenido del *requerimiento*, o justificación legal que desde 1514 se aplicaba a las acciones conquistadoras del nuevo mundo. Aquí no se leyó, como se acostumbraba, sino que fue comunicado verbalmente por cuatro intérpretes de Nicoya, capturados por los

lugartenientes de Pedrarias Dávila en 1520, en el Golfo del mismo nombre y conducidos a Panamá, donde habían aprendido castellano. Ellos integraban la avanzadilla de la expedición descubridora de Gil González Dávila.

Las preguntas de Macuil Miquiztli

Previamente, al tomar una decisión, Macuil Miquiztli, Nicaragua o Nicarao, decidió informarse a qué se comprometía. Su actitud era racional, no instintivamente guerrera; pero confronta a la fuerza extraña prudentemente. Acepta escuchar sus argumentos para cuestionarlos (y luego, a los pocos días, entraparlos con sus fuerzas y las de Diriangén). Once, al menos, fueron los interrogantes cosmogónicos y antropológicos del sabio cacique y, al mismo tiempo, sacerdote, según el cronista Pedro Mártir de Anglería: 1) *qué sabía de un cataclismo pasado que había anegado la tierra con todos los hombres y animales [...] y si vendrá otro [el diluvio];* 2) *si alguna vez la tierra se voltearía boca arriba;* 3) *del fin general del linaje humano, y de los paraderos destinados a las almas cuando salen de la cárcel del cuerpo, del estado del fuego que un día ha de enviar, cuándo cesarán de alumbrar el sol, la luna y los demás astros; del movimiento, cantidad, distancia y efectos de los astros y de otras muchas cosas;* 4) *sobre el soplar de los vientos, la causa del calor y del frío, y la variedad de los días y las noches;* 6) *si se puede sin culpa comer, beber, engendrar, cantar, ejercitarse en las armas...*

7) *Qué deberían de hacer ellos para agradar a aquel Dios que él [González Dávila] predicaba cual autor de todas las cosas;* 7) debido al desacuerdo manifestado ante la inminente privación del ejercicio de la guerra, Macuil Miquiztli preguntó: *adónde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares, razonando: ¿Daremos todo esto a las mujeres para que ellas lo manejen? ¿Nos pondremos nosotros a hilar con los husos de ellas, y cultivaremos nosotros la tierra rústicamente?*

Finalmente, Nicaragua preguntó: 8) *sobre el misterio de la cruz y [la] utilidad de adorarla;* y 9) *acerca de la distribución de los días (de las actividades según la doctrina cristiana).* El mismo Mártir de Anglería revela dos preguntas más dirigidas por el cacique al in-

térprete: 10) *Si esta gente tan sabia [los españoles] venían del cielo; y 11) si habían bajado en línea recta, o dando vueltas o formando arcos.*

Cabe considerar un dato curioso y oportuno que advierte el citado cronista: aunque el cacique interrogó sobre cómo deberían comportarse bajo el nuevo señorío, y si podrían conservar algunas de sus prácticas culturales, en particular sus fiestas y el ejercicio de la guerra (preguntas 5, 6 y 7), se abstuvo de explicar aquella referida a *las ceremonias y sanguinaria inmolación de víctimas humanas*. Siguiendo al cronista, esta actitud fue interpretada como un mecanismo de ocultación, del que se percató el capitán español, y sin haber sido requerido, habló al respecto, condenando tales sacrificios paganos.

Pero González Dávila, excontador de la Isla Española, no pudo resolver todos los referidos interrogantes. Afirma Mártir de Anglería, cronista del Papa: *Aunque Gil era hombre de ingenio y aficionado a leer libros traducidos del latín, no tenía la erudición necesaria para dar acerca de ellos otra respuesta sino que la Providencia se reservaba en su pecho el conocimiento de tales arcanos*. Y, a continuación, reitera: *Sobre otras muchas cosas respondió Gil, explicando la mayor parte según sus alcances y dejando lo demás al divino saber*. En otras palabras, fue vencido en ese duelo de ideas con que se inició el encuentro de nuestras dos culturas madres el 5, 6 y 7 de abril de 1523. Si se añaden las cuatro preguntas que consigna otro cronista, Francisco López de Gómara, fueron quince las que formuló Nicaragua: *Preguntó asimismo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de los cristianos (12); y cómo Jesús, siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo (13); y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal (14); y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban (15)*.

Bautizo aparente

Al margen de su cuestionador repertorio, el cacique amerindio, aparentó aceptar el bautizo con su familia y 9,017 de los suyos; e intercambió regalos con el jefe invasor: oro equivalente a 18,550 pesos castellanos recibiendo a cambio un traje de seda, una camisa de lino y una gorra de color rojo. Convino, asimismo, en erigir una

cruz sobre un montículo escalonado, en el *orchilobo* (o altar de sacrificios), lo cual llevó a cabo seguido por su séquito en procesión solemne, acto que conmovió a los españoles. Correspondió al fraile mercedario Diego de Agüero, único religioso de la expedición, hacer llover agua bendita sobre las miles de cabezas de los conversos, aceptando obedientes el extraño rito al que supuestamente se había sometido su señor, a quien no habían satisfecho su inquietud de conocimientos ni colmado su curiosidad científica por hallar respuestas a los graves problemas de su tiempo en relación con el universo y la naturaleza.

Diriangén y su comitiva deslumbrante

Trasladado seis leguas al norte del poblado de Nicaragua —la provincia de Nochari, formado por dos pueblos nahuas y cuatro chorotegas—, el capitán peninsular prosiguió su marcha, procurando más bautizos impuestos y recaudando más oro (en total el equivalente a 33,000 pesos castellanos) como tributo. Y estando en Coatega, llegó a visitarle el joven y poderoso cacique Diriangén, acompañado de una comitiva deslumbrante: 500 hombres con uno o dos pavos (chompipes) cada uno, diez pendones, diecisiete mujeres —cubiertas de patenas de oro y con hachas también de oro— y cinco trompeteros. Estos tocaron antes que su cacique pasase a conocer al extranjero para hablar con él. Diriangén no aceptó el bautismo de inmediato, sino que prometió volver a los tres días, lo que hizo el sábado 17 de abril de 1523, a medio día, presentando batalla. En realidad, actuaba conforme la tradición guerrera chorotega: otorgar una tregua al adversario. Por la superioridad de las armas de sus contrincantes —arcabuces, ballistas, caballos—, Diriangén fue vencido, pero González Dávila tuvo que retirarse.

El encuentro bélico de Quauhcapolca

Anota Eduardo Pérez-Valle: «Quedaba demostrado que no era sincera la sumisión de los indios». O sea que ofrecieron una clara resistencia militar. Al pasar por Quauhcapolca, nombre indígena del pueblo del cacique Nicarao, los indios de este le esperaban ocultos y armados. Así lo sospechó el conquistador al formar

un escuadrón con sus sesenta hombres sanos dentro del mismo, además de los prisioneros indios portando el oro y la provisiones, y en las esquinas colocó a sus cuatro hombres de a caballo y a cuatro espingarderos. Los del pueblo llegaron inermes ante el escuadrón a gritar a los indios dentro que soltasen las cargas o huyesen con ellas. En respuesta, González Dávila ordenó a sus ballesteros realizar algunos disparos, hiriendo a varios indios. Ipso facto empezaron a salir del pueblo innumerables guerreros que se lanzaron contra los españoles en medio de alaridos, arrojando lanzas y flechas. El escuadrón tuvo que adelantarse precipitadamente, comandado por el tesorero Cereceda, tratando de poner a salvo las cargas con el oro. González Dávila se situó en la retaguardia para repeler a los indios con sus montados, los cuatro espingarderos (con sus armas de fuego) y nueve peones ballesteros y rodeleros (portadores de escudos redondos). Cesaron los ataques y los conquistadores, aprovechando una luna menguante, pudieron abandonar el territorio.

Teba, teba, xuja, toya, toya

La intensa refriega —bajo banderas tendidas— duró desde las once de la mañana hasta caer la tarde. Entonces los indios solicitaron la paz y González Dávila se la concedió. Tres de los principales del pueblo del Cacique Nicaragua, o Micuil Miquiztli, se disculparon, afirmando que ni el cacique, ni los suyos habían sido responsables de aquello, sino la gente de otro cacique que se hallaba en el pueblo. Pero González Dávila les contradijo diciéndoles que en la pelea había reconocido a varios de los que antes lo habían recibido pacíficamente. *A lo cual* —escribió a Carlos V— *ellos no tuvieron que responderme*. Sin embargo, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez —basado en una carta que le envió González Dávila— indica que algunos le replicaron antes de su partida: «TEBA, TEBA, XUJA»: «Está bien, ándate, vete en buena hora» y «TOYA, TOYA», muchas veces, que quiere decir: «Anda, corre». «Toya» funciona como imperativo del verbo *toyana*, que expresa la idea de rapidez. Le instaban, en resumen, a largarse. Evidentemente, ambos caciques combatieron, nada más que en forma distinta.

De estas dos actitudes —no contradictorias sino complementarias— proceden los primigenios modelos de lucha que en abril deberíamos conmemorar los nicaragüenses. No en vano el cronista Herrera llamó a Diriangén «cacique guerrero y valiente» y Gómarra definió a Micuil Miquiztli «agudo y sabio en sus ritos y antigüedades». Por algo los dos conforman el más antiguo sustrato de la nacionalidad nicaragüense y de la esencia de nuestro pueblo que, de acuerdo con Rubén Darío, «cuando no va montado en Rocinante hacia el heroísmo, va en Clavileño hacia el ensueño». Y por algo este pueblo nos dio dos excelencias paradigmáticas: el mismo Darío y Sandino.



BREVE HISTORIA DE LA PARROQUIA EN NICARAGUA

Ligia Madrigal Mendieta

Presentación

ESCRIBIR EN Nicaragua acerca de la historia eclesiástica es aún una tarea un poco menos que imposible en vista que buena parte de los archivos existentes válidos para labor, son de difícil acceso. Sin embargo, la historia de la iglesia en el país no deja de ser un tema atrayente.

Este artículo centra la atención en la parroquia, unidad administrativa territorial y componente de la organización eclesiástica, de la cual no se ha advertido su devenir como objeto de investigación en la historia de Nicaragua. Especialmente como unidad corporativa y representativa a través de la cual se manifestó la población en circunstancias de distinta índole.

En toda la historia de Nicaragua, desde los años de la colonia, la parroquia se expresó como aquella comunidad de creyentes de la iglesia inicial en temas que le fueron importantes como las fiestas religiosas, la visita periódica de alguna autoridad eclesiástica, o más recientemente en actitudes políticas en las que los creyentes debieron congregarse para defender sus creencias que creyeron atacadas por la acción de caudillos o algún suceso político. Igualmente fue el mecanismo primitivo de concurrencia en procesos electivos decimonónicos.

La parroquia fue una expresión de la visión comunitaria y territorial inicial que la Iglesia Católica quiso sostener sobre la población de creyentes. Esta noción se vincula con la evolución del concepto de ciudadanía que se sostuvo en las sociedades antiguas, cuando los extranjeros experimentaban un tratamiento diferente en sociedad ajena. En el caso de Nicaragua, aún está pendiente una investigación referida a explicar la relación de la

actitud creyente vinculada a las características de una nacionalidad por credo religioso que fue notoria durante los años de la colonia.

Desde el inicio se concibió la parroquia como una iglesia local que debía prestar atención pastoral a sociedades rurales cercanas que conformaban la comunidad. Veamos cómo evolucionó esta entidad territorial eclesiástica en la naciente provincia de Nicaragua.

La parroquia provincial

La unidad parroquial en la provincia de Nicaragua encontró diferentes factores que obstaculizaron su erección inmediata en los años de la conquista. Las querellas entre los conquistadores y los religiosos que acontecieron en los albores de la provincia fue uno de esos, pues los españoles conquistadores urgidos por extraer lo más pronto posible la renta de sus inversiones, gozaron del permiso concedido por las autoridades locales para que capturaran los indios y los vendieran como esclavos.

Otro fue el choque entre los procedimientos del plan de conquista que aplicaban los conquistadores y los que proponían los religiosos como fue el caso entre Bartolomé de las Casas y el gobernador Rodrigo de Contreras cuando se organizaba la expedición sobre el Río San Juan en 1529. Estas y otras acciones provocaron una dispersión de la población indígena que los llevó a rebelarse muy temprano.

Así, el ideal de la comunidad eclesiástica que lleva a la parroquia no fue posible montarlo en la provincia en los primeros años, aunque algunos documentos coloniales hablan de la presencia de algunas parroquias, que posiblemente, se reducían a las primeras catedrales o iglesias que se construyeron en las ciudades españolas fundadas. Así el documento de la Bula Pontificia que erigía la Diócesis en León refiere... «...*el distrito, o territorio, o las partes de la dicha Provincia, con sus limites, que se havian de señalar o estaba señaladas por el mismo Carlos Emperador y Rey, desigmo para Diocesi: y a sus Moradores y habitantes para Clero y Pueblo...*»¹.

¹ Bula Pontificia, confirmando la erección del Episcopado de Nicaragua y Catedral de León, expedida por Su Santidad, en Roma, el 3

En todos los territorios coloniales la erección de la catedral local fue una pauta sustancial para empezar a construir el sistema urbano y parroquial, como puede verse en la cita, en la cual, aunque no se menciona en el documento la parroquia como denominación territorial, sugiere la existencia de un clero y un pueblo definidos en el territorio.

Esta situación de organización de la iglesia llevó algunos años hasta probablemente finales del siglo XVI y conllevó en todos los territorios americanos distintos esfuerzos. Examinando esta situación en Nueva España Fernando Gil señala ese proceso organizativo donde se encontraban... «*Los religiosos frente a la acometida del proyecto episcopal, de querer organizar la evangelización en la Nueva España de acuerdo a un esquema basado en la división territorial por parroquias y clero secular...*»².

Específicamente en Nicaragua la conformación aldeana que presentaban las poblaciones indígenas en los primeros años de la conquista fue un problema para llevar a la práctica la intencionalidad misionera que implicó la conquista del territorio nicaragüense. Las descripciones que inicialmente hicieron algunos cronistas españoles mencionan a las aldeas indígenas como «pueblos regados», es decir, dispersos en la geografía.

Era primordial la tarea de reunir o congregar a las aldeas indígenas en vista que no solo convertía a los indios al cristianismo, sino que también les asignaba obligaciones tributarias y la obligación de lealtad al rey español como primer paso de comunidad. Entonces, una población indígena convertida al cristianismo se interpretaba como una población más al servicio del rey que reconocía en los pueblos indígenas una extensión de la soberanía real. Sin embargo, no podía llevarse a cabo la instalación parroquial en una población con aguda inestabilidad pues entre 1524 y 1550 los indígenas eran sacados de sus aldeas por los españoles en calidad

de noviembre de 1534 en Andrés Vega Bolaños. *Documentos para la Historia de Nicaragua*. T. 3. Madrid. 1954. Pág. 333.

² Fernando Gil. Las Juntas Eclesiásticas durante el episcopado de Fray Juan de Zumárraga en Dialnet. s/f. Pág. 21.

de esclavos o en cualquier otra actividad que no les dejaba tiempo para la evangelización.

Se volvía necesario congregarse aquellas aldeas dispersas en pueblos indígenas que siguieran el mismo ordenamiento reticular que los españoles llevaban en las ciudades españolas, esto es; agrupados en cuadras en torno a una plaza central donde se ubicaban los principales elementos urbanos: la iglesia, el lugar para las autoridades locales, el fuerte, entre otros.

Para lograr esto las autoridades españolas habrían emitido una ordenanza en la cual mandaba congregarse a las poblaciones indígenas en pueblos de indios. En el año de 1537 el texto de Cédulas Reales emitidas por la corona española indica que los reyes mandaban... «...en la dicha provincia ay al presente muy pocas yglesias, y que conuerna para la ynstrucion de los naturales en ella que se hiziesen algunas en los pueblos de los cristianos y en las comarcas de los pueblos de los indios...»³.

La voluntad real en este tema se venía insinuando desde 1535 y que la Corona reiteró constantemente en otras ordenanzas para las colonias americanas y que despertó un proceso largo de unos 40 años durante los cuales fueron desapareciendo las antiguas aldeas indígenas dispersas y apareciendo los pueblos indígenas.

Respondiendo al requerimiento mencionado anteriormente el gobernador Rodrigo de Contreras habría decretado... «...en cada vnaplaça o cacique haga hazervnayglesia con su altar y tenga en ella vnaymajen de Nuestro Señor o de Nuestra Señora o de otro santa o santo cuya advocacion quisieren donde los yndios vengan a ser doctrinados y enseñados...»⁴.

³ Real Cédula expedida en Valladolid, a 24 de noviembre de 1537, dirigida al Obispo electo de Nicaragua en *Monumenta Centroamericana Historica*. (recop. Carlos Molina Argüello). Banco Central de Nicaragua. Managua. 2001. Pág. 721.

⁴ Ordenanzas para que los indios desyerbaran dos veces sus sementeras; y para que en cada plaza o cacique se construya una iglesia. León, septiembre 3 de 1536 en Vega Bolaños, Andrés. *Documentos de la Historia de Nicaragua*. T. 3. Madrid. 1954. Pág. 455.

Así fue que entre los años de 1524 y 1570 la iglesia provincial en Nicaragua pasó por un proceso de organización que conllevaba la erección de templos en los pueblos indígenas, su establecimiento como parte del escenario urbano para facilitar esa evangelización que se quería sobrellevar y esto conllevaba el establecimiento inicial de las parroquias como unidades territoriales.

Sin embargo, fue difícil en los primeros años percibir la eficiencia de ese sistema eclesiástico y dejar ver la existencia y delimitación territorial de la parroquia, pues los sucesos vinculados a la muerte del Obispo Valdivieso y la falta de nombramiento de su sucesor durante algunos años, afectó a las parroquias.

La construcción de la iglesia en este caso involucraba un reordenamiento urbano diferente a la aldea que habían construido los indígenas, pues el templo debía de ubicarse en el centro del nuevo poblado como un punto de concurrencia de la futura parroquia que habría de conformarse. Esas parroquias fueron el establecimiento primitivo del principio localista que tuvo fuertes demostraciones en los años posteriores a la Independencia, pues la iglesia de cada pueblo era el centro de una concurrencia local de sus creyentes.

Sin embargo, el proceso de instalación de pueblos indígenas a la manera de la retícula española llevó algunos años y requirió de reiteradas ordenanzas de parte de la corona española para que se hicieran realidad. Todavía en 1549 la corona española aún insistía en aquel tema cuando emitiera otra cédula real que decía... *«...conviernia que se juntasen las comarcas que ellos eligiesen porque estando como agora están cada casa por sy e avn cada barrio no puede ser doctrinados... (...). Ni promulgarles leyes que se hacen en su beneficio ni gozar de los sacramentos de la eucaristía y otras cosas que se aprovecharían y valdrían estando en pueblos juntos e no derramados...»*⁵.

⁵ Real Cédula, expedida en Valladolid el 9 de octubre de 1549, por la que se mandó al Presidente y Oidores de la Real Audiencia de los Confines procurasen la formación de pueblos de indios en Andrés Vega Bolaños. *Documentos de la Historia de Nicaragua*. T. XV. Madrid. 1956. Pág. 107.

Fue un largo proceso de instalación de poblados indígenas que llevó prácticamente todo el resto del siglo XVI y que, indudablemente, retardó la estabilidad de las parroquias como comunidad territorial. Antonio de Ciudad Real en la visita que realizara en 1586 no menciona en su crónica la existencia de parroquias aunque menciona la existencia de un tendido eclesial bastante nutrido reducido a los pueblos indígenas y ciudades españolas del Pacífico. Se sobreentiende que las únicas dos parroquias que existían en aquel año eran en la iglesia de Granada y León.

De cualquier manera, el concepto era utilizado en aquel año corrientemente en España donde la división político-administrativa que había alcanzado la iglesia era más efectiva. Un momento importante para la iglesia americana fueron las resoluciones del Concilio de Trento que se proyectó hacia América en las resoluciones del III Concilio Eclesiástico Provincial (1585), realizado en Nueva España⁶.

Un instrumento importante que coadyuvó a la instalación definitiva de las parroquias en los pueblos fue el corregimiento indígena, figura administrativa que vino a instalarse en la provincia, hacía la mitad del siglo XVI. Según Carlos Molina Argüello, el corregimiento había cumplido dos etapas, la segunda empezaría en 1570 en la cual el corregimiento... «...pudo ya extenderse, no solo a un mayor número de pueblos, sino también a los que se mantenían en encomiendas de particulares»⁷.

El corregimiento aportó a la definición de la jurisdicción territorial de cada pueblo indígena, delineando su comarca; es decir,

⁶ A propósito de las resoluciones del Concilio de Trento, Felipe II habría solicitado al Papa... «...que no se introdujera modificación alguna en el régimen de los indios... (...) ...se extendió la Bula *Exponinobis*... (...) ...por el nuevo decreto los religiosos conservaron, como antes, sus privilegios de párrocos y la facultad de predicar y administrar los sacramentos sin autorización expresa del ordinario...». Virge Piho. *La organización eclesial de la Nueva España durante los siglos XVI y XVII*. UNAM-México. s/f. Pág. 20.

⁷ Citado en Antonio Vásquez de Espinosa. *Nicaragua en los cronistas de Indias*. Banco de América. Managua. 1975. Pág. 179.

los pueblos que conformarían comunidad en torno a la iglesia más próxima. Así fue que en 1685 el pesquisidor Antonio Navia Bolaño encontró una extensión eclesial más nutrida en la cual ya menciona la existencia de parroquias, como unidades administrativas, las cuales estarían reforzadas por el corregimiento en algunas localidades.

Parroquia	Descripción de la comunidad
Metapa	Comunidad de 62 vecinos españoles y mestizos, 74 mulatos negros y zambos, 17 indios laboríos.
Sutiaba	510 indios casados, 30 viudas, 20 viudos, 25 solteros.
Quisaluaque	160 indios casados, 10 viudos, 6 viudas, 8 solteras.
Telica	100 indios casados, 8 viudas, 10 solteras, 8 solteros.
No identificado, a seis leguas de León.	260 indios casados, 17 viudos.
No identificado	20 indios laboríos casados, 7 viudas, 4 viudos, 5 solteras, 3 solteros.
¿Nagarote? Diez leguas de León.	27 indios casados, 2 solteros, 2 solteras.
No identificado. Catorce leguas de León.	55 indios casados, 3 viudos, 3 solteras,
El Realejo *	77 vecinos españoles, 87 mulatos, 16 negros, 19 mestizos
Nueva Segovia	187 españoles, 214 mulatos y negros.
Granada	200 españoles y mestizos, 160 mulatos.
Masaya-Monimbó	194 tributarios (indios), 341 viudos, solteras, casadas y 128 solteros en otros pueblos, 29 reservados, 2 laboríos.
Managua	176 tributarios enteros (indios), 191 casa-

	dos en otros pueblos, 71 viudos y viudas, 75 solteras y solteros, 142 indias casadas con indios de otros pueblos, 106 indios reservados, 34 laboríos.
Masatepe	24 indios tributarios enteros, 49 casados con indias de otros pueblos, 3 con laboríos, 6 viudos, 1 soltero, 10 indias viudas y solteras y casadas, 7 reservados y 6 laboríos.
Niquinohomo	40 indios tributarios enteros, 54 casados, 9 viudas, 5 solteros, 41 indias casadas, 11 viudas, 4 solteras, 49 reservados, 1 laborío.

Fuente: Antonio Navia Bolaño. «Pesquisa sobre Nicaragua (1685)», en *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, núm. 66. Banco Central de Nicaragua, marzo-abril, 1991.

* El Realejo incluía las comunidades de Chinandega y Chichigalpa.

Una revisión detenida del informe de Navia Bolaño lleva a establecer la existencia de parroquias en algunos pueblos y ciudades, especialmente ubicados en la zona del Pacífico y en pueblos indígenas que habían subsistido hasta aquel año, cuando éstos ya se habían ordenado de acuerdo al ordenamiento urbano que había demandado en su momento la corona española y funcionaban en ellos el corregimiento indígena.

Así fue que la presencia de la iglesia se consolidaría hasta en los años iniciales del siglo XVII cuando la reorganización debida alcanzó a establecer jurisdicción territorial, tal y como se aprecia en el cuadro que se presenta. En las que se muestran se puede indicar que se construía una comunidad estable de creyentes en torno a la iglesia que se había edificado. Algunas parroquias instaladas atendían a iglesias de pueblos cercanos como sucedía en la parroquia de Managua que atendía a la iglesia de Mateare o la parroquia de Granada que atendía a las poblaciones de creyentes del Valle de Nicaragua (Rivas).

Como se aprecia en el documento hubo pueblos indígenas en

los cuales no se había establecido la parroquia, antes bien dependían de una parroquia vecina; la circunstancia se debía a que su población tributaria no era significativa en el universo demográfico como sucede en el pueblo de Catarina que presenta unos cuantos indios tributarios. Otros pueblos indígenas del interior eran parte de pueblos recientes que habían sido fundados al calor del programa de reducciones indígenas en el interior.

Los pueblos que surgieron producto de la campaña de reducciones indígenas iniciaron, generalmente, con una población indígena menor, bastante inestable porque había que esperar a que aquel pueblo subsistiera en el punto donde se había localizado. En la fundación de aquellos pueblos también privó el criterio jurídico que la iglesia debía ser construida primero para darle soporte legal al pueblo y así lo deja ver fray Fernando Espino en el programa de reducción indígena que se aplicó a partir del siglo XVII... «...los saqué siete leguas á fuera á un valle ameno; allí hize vna iglesia, púsele por nombre San Buenaventura; allí los cathequizé y baptisé, instruyéndolos en la Fé Cathólica...»⁸.

Durante la colonia, en Nicaragua, la construcción de la iglesia daría valor jurídico a un poblado, pues sería la expresión de la existencia de una comunidad de creyentes que se reunían en torno al templo. Así fue como las cuestiones del derecho indiano establecieron que para que un pueblo fuera reconocido como tal se iniciara por la construcción de una iglesia.

Esta condición es fácilmente reconocible en la construcción de estos pueblos de reducciones en donde el religioso construía primero la iglesia para disponer en su entorno a la comunidad territorial que le daría forma con sus rituales, autoridades locales, producción de tributos respectivos y de participación.

Esto sería la base primordial de la parroquia, así fue que al momento de reunirse en poblados aquellas aldeas indígenas iniciales se construyó la iglesia. Esta sería centro de concurrencia y

⁸ Fray Fernando Espino. *Relación verdadera de los indios infieles de la Provincia de la Tagüisgalpa, llamados Xicaques*. Banco de América. Managua. 1977, p. 20.

de comunidad para el pueblo, de hecho es posible afirmar que la iglesia que funcionaría como parroquia sería el mecanismo alterno de la estructura administrativa⁹. Precisamente, la ordenanza que se ha citado del año de 1549 disponía los elementos esenciales para el establecimiento de una parroquia.

Hasta finales del siglo XVI la parroquia había cumplido un proceso evolutivo largo en el cual había sobrepasado los momentos iniciales de crisis compuestos por la presencia de los conquistadores corruptos que no permitieron mayor acción a la iglesia en su tarea y luego la formación del sistema urbano indígena que llevó algunos años antes que se pudiera indicar que los indígenas que habían reunido en pueblos construidos en torno a la iglesia, creando comunidad.

Para el siglo XVIII se conoce de dos sitios en los cuales el mecanismo parroquial no se había asentado debidamente. Estos eran el Valle de Nicaragua, donde a pesar de existir una comunidad que había sido organizada y orientada por los conventos que se fundaron en los años de la conquista, en los años del siglo referido, no contaban con una iglesia cuando ya los conventos no funcionaban o habían sido inhabilitados desde hacía años.

El otro era Tipitapa, cuya comunidad estaba representada por la parroquia de Granada y hasta donde debían remitirse los creyentes para la administración de sacramentos y el apoyo del sistema de representación y participación.

Las comunidades de creyentes existentes en los dos lugares debían ser atendidos desde la ciudad española de Granada, lo que representaba serios problemas en el traslado de las personas de un lugar a otro. En ambos casos, cuando estas localidades empezaron a gestionar su elevación a villa, se puso como condición inicial que para ser reconocidas como comunidad de personas se construyera la iglesia.

⁹ Lo argumentado puede percibirse en la evolución de los acontecimientos de 1811 en León cuando se decidió que la autoridad alterna fuera el Obispo Nicolás García Jerez, al desconocer a las autoridades puestas por Guatemala.

Eventualmente, se construyeron las iglesias y se les concedió a aquellas localidades el grado de villa con una parroquia que concentraba la comunidad de creyentes de los alrededores. Estos casos citados son evidentes de la presencia de aquella comunidad de creyentes que actuaron orgánicamente para lograr sus fines en aquellos en que el tema trascendente para el creyente era el destino de su alma después de su muerte.

Años más tarde, las Cortes de Cádiz establecidas en 1809 dispusieron una Instrucción Electoral de Diputados a las Cortes el 1 de enero de 1810 en el cual se proponía la votación en tres niveles, uno de ellos era la parroquia, aunque también se establecía el partido y la provincia. En la Provincia de Nicaragua habría sido la parroquia el universo más funcional para la elección de un diputado, pues era el mecanismo más directo e inmediato con que se contaba.

Más allá de esto debe decirse que las Cortes de Cádiz habrían dado legitimidad al protagonismo político de la parroquia en los sucesos posteriores a la Independencia cuando su acción empezó a expresarse como localismo geográfico. Así fue que la persistencia de la figura parroquial en el territorio provincial fue el embrión de expresiones localistas que estallaron al momento de la Independencia en 1821, primero en León donde las autoridades alternas, con el Obispo a la cabeza pidieron tiempo... «...*para obrar con arreglo á lo que exigen sus empeños religiosos*».

La respuesta de Granada estuvo complicada en vista que los miembros de la comunidad, siendo creyentes; se pronunciaron contrarias a las posiciones de León. En el documento escrito por el religioso Pedro José Chamorro, que se instituyó en líder de aquella localidad-comunidad; es posible percibir posiciones anti independentistas que se apoyaban en argumentos religiosos alimentados, precisamente en la parroquia.

En ese sentido es posible afirmar que las expresiones localistas entre León y Granada tenían un acento confesional, pues tanto en las posiciones anti independentistas como en las que se mostraban a favor de la Independencia, se podía notar el esfuerzo por conservar la influencia de la iglesia y por ende sus bases funciona-

les en la parroquia.

Igual se puede apreciar en los sucesos promovidos por distintas ciudades en los años de 1829 en contra de la figura del gobierno federal que era Dionisio Herrera. José Dolores Gámez refiere la actitud subversiva de Managua, Masaya, Metapa, Chocoyos, Nandaimé, Rivas y San Jorge; el autor escribe... «*El odio lugareño, el sentimiento religioso astutamente despertado, las ambiciones personales y otras, servían de combustible á la llama revolucionaria...*»¹⁰.

Más allá de la apreciación del historiador citado es importante destacar que en ese momento la figura parroquial conducida por cada sacerdote de la localidad expresaron su negativa a reconocer al gobierno de Herrera, pues para aquellos implicaba potenciales amenazas a la institución y las parroquias asentadas en las ciudades y pueblos. El mismo historiador explica... «*Managua era el foco principal de la insurrección, acaudillada por el clérigo don José María Estrada...*», igual como sucedía en las otras localidades donde cada párroco condujo las acciones.

Es decir, la confrontación en cada ciudad y pueblo era expresada por los miembros vecinos de cada comunidad religiosa que conformaron ejércitos. Aquellos disturbios aún se mostraron como expresiones localistas que dejaron ver que la base de operaciones armadas y justificativas de cada movimiento era la comunidad de creyentes cuyo líder y conductor venía a ser el párroco de cada localidad sublevada.

Este fue el último suceso en el que las parroquias fueron protagonistas en los sucesos políticos del país, en los sucesos posteriores que fueron conducidos por caudillos improvisados, la cuestión religiosa y el actuar de las parroquias pasaría a un plano secundario y las expresiones localistas asumieron otra dimensión. Pero es de observar que los últimos acontecimientos políticos acontecidos en el siglo XIX la participación de la parroquia y la comunidad integrante de creyentes que conformó las expresiones localistas de aquel momento.

¹⁰ José D. Gámez. *Historia de Nicaragua*. Banco Nicaragüense. Managua. 1993. Pág. 293.

Esta circunstancia es la que figuró en el protagonismo de la Iglesia Católica en contra del nuevo sistema republicano y sus manifestaciones que los liberales decimonónicos promovían. Por esto es que los historiadores de hoy caracterizan a aquel movimiento liberal como anticlerical.

Bibliografía

ESPINO, Fernando: *Relación verdadera de los indios infieles de la Provincia de la Tagüisgalpa. Llamados Xicaques*. Banco de América. Managua. 1977.

GÁMEZ, José D.: *Historia de Nicaragua*. Banco Nicaragüense. Managua 1993.

GIL, Fernando. Las Juntas Eclesiásticas durante el episcopado de Fray Juan de Zumárraga en Dialnet. s/f.

MOLINA ARGÜELLO, Carlos (recop.): Real Cédula expedida en Valladolid, a 24 de noviembre de 1537, dirigida al Obispo electo de Nicaragua en *Monumenta Centroamericæ Historica*. Banco Central de Nicaragua. Managua. 2001.

NAVIA BOLAÑO, Antonio: «Pesquisa sobre Nicaragua (1685)», *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, núm. 66, Banco Central de Nicaragua, marzo-abril. 1991.

PIGHO, Virge. *La organización eclesiástica de la Nueva España durante los siglos durante los siglos XVI y XVII*. UNAM-México. s/f.

VEGA BOLAÑOS, Andrés, comp.: «Ordenanzas para que los indios desyerbaran dos veces sus sementeras; y para que en cada plaza o cacique se construya una iglesia». León, septiembre 3 de 1536 en *Documentos de la Historia de Nicaragua*. T. 3. Madrid. 1954.

. Real Cédula, expedida en Valladolid el 9 de octubre de 1549, por la que se mandó al Presidente y Oidores de la Real Audiencia de los Confines procurasen la formación de pueblos de indios en *Documentos de la Historia de Nicaragua*. T. XV. Madrid. 1956.

. Bula Pontificia, confirmando la erec-

ción del Episcopado de Nicaragua y Catedral de León, expedida por Su Santidad, en Roma, el 3 de noviembre de 1534 en *Documentos para la Historia de Nicaragua*. T. 3. Madrid. 1954.



Ligia Madrigal Mendieta

NUESTRA PARTIDA DE NACIMIENTO NACIONAL

Francisco Aguirre Sacasa

LAS CINCO repúblicas centroamericanas celebran el aniversario de su independencia de España el 15 de septiembre de 1821. En este ensayo examinaré qué pasó ese 15 de septiembre y trataré de separar los hechos verdaderos de la mitología que los pueblos suelen crear alrededor de importantes fechas de su historia.

A comienzos del siglo XIX Hispanoamérica, incluyendo el Reino de Guatemala, o América Central, tenía 300 años de estar bajo el dominio de la corona española. España no sólo ejercía control político sobre sus colonias americanas, sino que había ayudado moldear su cultura. Le heredó a sus colonias su idioma y la religión católica. También fijaba sus leyes, controlaba sus contactos con el resto del mundo—incluyendo los comerciales— y les imponía impuestos. A cambio de esto, al menos en la América Central, aseguraba una cierta estabilidad y orden.

Todo esto comenzó a cambiar con la invasión de España por Napoleón en 1808 y la destitución del rey Fernando VII, el monarca Borbón. Este evento desencadenó el proceso independentista de Hispanoamérica de España que concluyó en su vasto imperio en tierra firme americana hasta el año 1824.

En el caso del Reino de Guatemala, que incluía lo que ahora conocemos como Centro América y el estado mexicano de Chiapas, se habían dado brotes independentistas en El Salvador, Nicaragua y Chiapas. Pero, según nuestra mitología, el ímpetu revolucionario no maduró sino hasta el 15 de septiembre de 1821 cuando los grandes o notables seculares y religiosos del reino, principalmente de Guatemala, se reunieron en el Palacio Nacional de la capital para discutir y aprobar el documento que veneramos como nuestra Acta de Independencia.

Lejos de ser una declaración elocuente con un poderoso sustento filosófico para justificar la separación de Centro América de

la madre patria, como lo fue la declaración de independencia estadounidense del 4 de julio de 1776, este documento fue cauteloso, tentativo y altamente conservador. Su redactor principal fue el hondureño conservador José Cecilio del Valle. Pero el acta también fue influenciada por el marqués Mariano de Aycinena y Piñol, un poderoso comerciante conservador guatemalteco.

El acta señaló que era necesario proclamar la independencia de Guatemala para evitar las «temibles consecuencias» que se pudiesen dar si el pueblo en las calles, que deseaba la independencia, se adelantara a proclamarla sin la participación de las autoridades seculares y religiosas de la capital.

El acta también reconoció el imperativo de convocar en Guatemala a un congreso con representación de las seis provincias de la Capitanía General el 1ro de marzo de 1822. Este congreso debería «decidir el punto de independencia general y absoluta y fijar, en caso de acordarla, la forma de gobierno y ley fundamental que deba regir» en Centroamérica. En otras palabras, aunque la «Diputación Provincial de Guatemala» parece haber acordado su independencia de España, este documento explícitamente reconoció que el congreso de marzo tendría la palabra final en cuanto a la independencia de toda la América Central. Es más, este congreso establecería su tipo de gobierno y constitución. Hasta entonces, seguirían las autoridades establecidas ejerciendo sus funciones de acuerdo con la Constitución, decretos y leyes existentes. En este sentido, el Brigadier español Gabino Gaínza, que era el Capitán General del Reino de Guatemala, quedó a cargo del gobierno con el título de «jefe político».

Dos de los 18 artículos del acta se consagran al papel que desempeñaría la Iglesia Católica en el nuevo estado. Explícitamente, estos artículos preservan su supremacía espiritual y protegen a sus «ministros eclesiásticos... en sus personas y propiedades.» Además, encomiendan a los sacerdotes el ayudar a asegurar «la paz y sosiego, que es la primera necesidad de los pueblos cuando pasan de un gobierno a otro». Cabe señalar que el arzobispo de Guatemala fue uno de los notables que se reunió para discutir y aprobar esta acta.

¿Qué pasó en el congreso del 1ro de marzo de 1822? Nada. No se dio. Más bien, las provincias centroamericanas fueron incorporadas al Imperio Mexicano presidido por Agustín de Iturbide un mes y medio después del 15 de septiembre y un ejército mexicano se trasladó a Guatemala bajo el mando del Brigadier Vicente Filísola para realizar esta fusión efectiva. Filísola asumió el cargo de Gaínza y lo ocupó hasta que colapso el imperio de Iturbide en marzo de 1823.

El proceso de la formalización de la independencia del Reino de Guatemala se retomó en 1823 cuando finalmente se reunió el congreso a que se refirió el acta de 1821. Y el 1ro. de julio de 1823, los delegados a esta Asamblea Nacional Constituyente aprobaron una «Declaración de Independencia Absoluta de Centroamérica». Este documento estableció como nación soberana e independiente de «la antigua España y Mejico y toda otras potencias» a las Provincias Unidas del Centro de América.

Cabe señalar que los representantes de Nicaragua, Costa Rica y Honduras no llegaron a Guatemala sino hasta septiembre. Por consiguiente, se dio por ratificada esta declaración de independencia hasta el 2 de octubre de 1823. Y una de las provincias del Centroamérica, Chiapas, nunca la ratificó. Optó por unirse a México y hoy sigue siendo un estado de ese país.

La nación centroamericana nunca cuajó, y sus cinco provincias se separaron en 1838. Nicaragua formalmente se declaró un país independiente el 30 de abril de 1838. Y España reconoció nuestra independencia hasta el 25 de julio de 1850.

En base a lo anterior, está claro que la fecha que los nicaragüenses celebramos como el día de nuestra independencia —el 15 de septiembre de 1821— es sólo una de varias candidatas para este honor. Y quizás es la que menos amerita esta distinción. Pero, por otro lado, es la fecha que todas las repúblicas centroamericanas reconocen. Es nuestra «partida de nacimiento nacional» compartida, y es la que avala nuestra mitología colectiva.



Francisco Aguirre Sacasa

IX.

Crítica y ensayo



CINCO ESTRELLAS: LA CUARTA NOVELA DE FRANCISCO J. MAYORGA

Jorge J. Jenkins

Digitus dei est hic. El dedo de Dios está aquí. Adoremos la mano bienhechora... Dios ha creído necesario aplicar castigo, como lo ha hecho, a la ciudad más culpable de la República... la ciudad de Managua ha desaparecido, las casas que no han caído están por caer. El incendio lleva tres días, ha sido imposible sofocarlo y va acabando de destruir la ciudad... allí descargó su justicia el Señor con mano fuerte. Allí se fabricaron baños sobre las azoteas donde se bebía y se bañaban los sexos desvergonzadamente... allí se asistía a bacanales... allí los periódicos vomitaron blasfemias contra la Iglesia y sus Ministros, proclamaron las inmoralidades más asquerosas, se propusieron proyectos contra la libertad de la Iglesia en materia del matrimonio queriendo anular la unión eclesíastica; allí se han apoyado a los cines más inmorales que la maldad pueda inventar... Allí se preparaban para ir el Miércoles Santo a los baños de Casares para profanar los días santos de Jueves y Viernes, con infames bacanales que da vergüenza mencionar...

Fragmentos de la Carta Pastoral sobre el Terremoto de Managua. 5 de abril de 1931. Mons. Doctor Canuto Reyes y Balladares, Obispo de Granada.

ESTE EVENTO catastrófico acontecido hace 85 años —el terremoto que destruyó Managua— es el origen de esta cuarta novela de Francisco Mayorga. Un episodio casi olvidado, quizás por la

mayor cercanía de otro sismo similar que nuevamente destruyó la capital del país en diciembre de 1972. Aunque ambos fenómenos guardan diferencias, los dos fueron motivados por fallas geológicas locales, con epicentros muy superficiales (en el Estadio el primero y en el Lago el segundo).

Hoy sabemos que las muertes y los daños sanitarios, al igual que la destrucción física de las casas y edificaciones de estos sismos, fueron debidos en gran parte a la vulnerabilidad de sus estructuras. Poco se habla, sin embargo, de la vulnerabilidad social, y menos aún de la vulnerabilidad política. Quizás por esto último es que Mayorga investigó a fondo la estructura del poder en Nicaragua después de la Guerra Constitucionalista y del Pacto del Espino Negro de 1927, en un país que entonces estaba intervenido militarmente por la marinería de los Estados Unidos de Norteamérica para combatir al rebelde general Augusto C. Sandino.

Fue esta investigación de las circunstancias del sismo la que inspiró al autor para acometer otra novela histórica, circunscrita temporalmente a unos pocos días alrededor de la fecha del terremoto.

La Managua de entonces tenía solamente 2 kilómetros de largo de este a oeste y unas 10 cuadras de norte a sur, y contaba con menos de 45,000 habitantes. Como se sabe, el temblor, acaecido a las 10:23 de la mañana, destruyó la capital y todas las instalaciones de los servicios públicos, matando cerca de 1500 personas y dejando en la calle a centenares de familias sin agua ni alimentos.

En medio de este acontecimiento catastrófico y ante la ausencia temporal del presidente Moncada, emerge la figura de Anastasio Somoza García, conectado con los representantes de la intervención militar y con las instancias políticas y diplomáticas del país. Por si fuera poco, el personaje era casado con una dama de influyente familia aristocrática leonesa, a la que había conocido cuando ambos estudiaban en los Estados Unidos, lo que le abría muchas puertas. Además de lo anterior, Somoza demostró una notable capacidad organizativa, exhibiendo muchas de las características que lo llevarían a ser el fundador de una dinastía de 45 años. La novela, muy bien hilvanada, recrea los posibles vericue-

tos y tramas que lo posicionarían en la antesala del poder.

Desde el epicentro de una tragedia nacional —el terremoto del 31 de abril de 1931— emergen tal como pudieran haber sido, los personajes de esta novela. Recreados en un crisol de imaginación e historia, en proporción variable de acuerdo a las circunstancias, salen a escena gente del pueblo, empleados públicos, militares, políticos, diplomáticos extranjeros y el presidente de turno de la convulsa Nicaragua; todos conforman el eje de esta obra que nos guía por los caminos de la oportunidad del acceso al poder de una de las dinastías más largas y represivas de América Latina, la de la familia Somoza.

La novela propone que de las circunstancias que rodearon al terremoto del martes santo de 1931 emerge el germen de la tragedia política del pueblo nicaragüense, consolidado cuando Somoza logra ser nombrado Jefe Director de la GN y después de la retirada de las fuerzas interventoras, ejecuta el designio imperial de asesinar al general Augusto César Sandino (21 de febrero de 1934).

Pero las circunstancias dichas son hilvanadas en forma cuidadosa por Mayorga a partir de un esbozo sobre la personalidad de los actores más destacados de la época. Somoza García, el protagonista, movido por su creciente ambición por el poder y capaz de cualquier acción para concretar sus propósitos; el general José María Moncada —el Canelo—, que era el presidente de la república, y de quien se releva su obsecuencia con la política intervencionista, y su afición por la cususa; Henry Lewis Stimson, poderoso secretario de estado de los Estados Unidos y artífice del Pacto del Espino Negro, tocado por traumas juveniles y protector de Somoza; el embajador de Estados Unidos Matthew Elting Hanna y su esposa, la baronesa Gustava Van Der Tarn, el teniente Santillana, Eligio el carpintero, la Licha y la Matancera, para citar a los principales. A tal punto esta tipificación que podría añadirse que esta obra, además de ser una novela histórica, es también un ensayo sobre la personalidad del poder, una aproximación psicosocial a la trama de cómo se ejercen, despliegan, fortalecen y consolidan las relaciones de dominación, y cómo en Nicaragua las relaciones de parentesco y la asimilación a los patrones conductuales de los Estados Unidos despejan el camino al éxito político.

Hay que mencionar que en el concierto de los personajes destaca la ambiciosa personalidad de Anastasio Somoza García, su inteligencia, habilidad de maniobra, disciplina y dotes de cautivador de damas extraviadas y no tan extraviadas, siempre con cálculo de los beneficios políticos derivados, o en su defecto, al menos para adular su vanidad de conquistador.

Y aunque mucho se ha especulado sobre la íntima relación entre Somoza y la esposa del embajador Matthew Hanna, la walquiria Gustava Van Der Tarn, la obra se aleja de explotar esta vertiente tan difundida, y deja solamente insinuado el posible rol secundario de ella en el ascenso del entonces subsecretario de relaciones exteriores del presidente Moncada.

En la obra, el autor bosqueja con delicadeza una sorpresa de carácter intimista que por respeto a los futuros lectores de la obra, no revelaré. Si fue así o no, queda en la órbita de la ficción de la novela, que todo lo puede. Lo más importante, a mi juicio, es que Mayorga logra sembrar la duda y deja flotando la posibilidad de que los débiles escrúpulos del protagonista, lo pudieron haber llevado a extremos insospechados con tal de asegurar sus fines.

Pero la conducta de Somoza no es la única que se explora en la novela. Se urden también las vicisitudes lúbricas de otras gentes de poder, entre ellas las del Canelo y las de Stimson, lo mismo que los lances eróticos de gentes del pueblo como el carpintero, el teniente Santillana, y las de la María Luisa y la matarife del relato.

A lo largo de la obra el autor nos incita con episodios de encuentros *amorosos*, para decirlo de alguna forma, cuando no de actos crudos y lascivos, tan criticados en público, pero que tanto gustan en privado. Hay en la novela escenas de amor de pueblo y de gobernantes; amor de mano, de boca y de lanza plena; amor de pensión y de comedor; amorío de urgencia en la playa; amor sosegado de alcoba; amor de cine al ritmo del *El Águila* y *el Nopal* (film mexicano de la época); pasión de galope en el despacho presidencial, y más aún. Toda esa vertiente lujuriosa proporciona a la obra un atractivo adicional, pues se despoja de la hipocresía de la doble moral para exponer hechos que tienen la verisimilitud de haber sucedido. El protagonista además de ser extorsionador,

hace uso concupiscente del espionaje sexual para sus propios beneficios.

Sin embargo, a pesar de que estos episodios tan comunes como encendidos humedecen la novela, no me parece que la obra pudiera clasificarse como novela erótica. Lo erótico aquí es un ingrediente más en la maraña de los esfuerzos de Somoza para hacerse con el poder. Por ello la temática central de la novela no es ni el terremoto, ni lo anecdótico, ni la historia real, sino simple y llanamente la toma del poder.

La tramoya política alrededor de los sucesos del terremoto de 1931 subrayan algunas de las características adicionales de la personalidad de Somoza, a saber, su sentido pragmático para aprovechar los acontecimientos —trágicos o no— a su favor, su serenidad y astucia para lograr posiciones clave en la estructura de poder, su comprensión de la mentalidad norteamericana y su reiterada fidelidad al servicio de sus intereses. Se fraguan estos rasgos en la vida real a través de un funcionario necesario, perrunamente fiel y confiable a los norteamericanos, con los que se comunicaba en su propio idioma, y que estaba destinado a dominar la política nicaragüense —en forma directa o por intermediarios— por varias décadas. Pero su cualidad sobresaliente es, a mi entender, su falta de escrúpulos, capaz de utilizar cualquier recurso, cualquier expediente para alcanzar sus objetivos.

Como muestra de su habilidad negociadora es pertinente citar aquí el diálogo de Somoza con el arzobispo Monseñor José Antonio Lezcano y Ortega, figura destacada en el auxilio de los pobladores en los momentos más tristes de la tragedia. Dejo que el lector juzgue por sí mismo.

A lo largo de la obra se percibe la lucha interna del escritor por privilegiar bien sea la fidelidad histórica de los hechos, o la ficción en la trama novelesca. A pesar de que el relato parte de una calamidad, hay toda una trama de ficción alrededor de la hipótesis de que Tacho se aprovecha de la catástrofe para acercarse más a la fuerza interventora norteamericana y conseguir su espaldarazo para ser nombrado Jefe Director de la Guardia Nacional. En el relato, que se lee con avidez de principio a fin, hay mucha credi-

bilidad, o para ponerlo en las palabras de Vargas Llosa, un alto poder de persuasión, la característica principal de una novela, quizá porque está entreverada con hechos de la realidad. Como una prueba de la lucha entre el estilo del académico fiel a los hechos y el del literato, baste decir que Mayorga no puede prescindir de citas sobre hechos y documentos históricos no apócrifos, o afirmaciones oficiales de terceras personas que refuerzan el sentido de autenticidad de la trama de la obra. El propio autor confiesa en el prólogo que: «Al concluir, ya no pude distinguir entre lo real y lo ficticio, entre la historia y la fábula».

Cinco Estrellas, despojada de la ficción, pudo ser un análisis de la estructura del poder alrededor de la Semana Santa de 1931, pero intuyo que no hubiera tenido el poder de seducción de la obra actual. De todas formas, este lamparazo sobre este drama desleído por el tiempo, puede inspirar a otros literatos o investigadores sociales a volver su mirada sobre este episodio de nuestra historia. Pareciera que en él está la génesis del asalto al poder de los Somoza.

A lo largo de los 22 capítulos de la obra y sus 295 páginas, aparecen referencias misteriosas a varios animales, entre ellos sapos, ranas, tortugas, perros y un zopilote recurrente asimilado a Chipiya Coc, el ángel exterminador del *Popol Vuh*. Todos ellos tienen un significado en el imaginario popular nicaragüense, de manera especial referido a sus conductas en los terremotos, tanto de los pasados terremotos como a los que nos falta por enfrentar, de manera que conviene a los intereses de la obra examinarlos con algún detenimiento. La sombra de la muerte rondando los cadáveres y también a los protagonistas, es un ejemplo de la premonición zooantropológica a la que me refiero.

Finalmente, el título *Cinco Estrellas* es pertinente, pues nos recuerda los delirios de grandeza de Tacho Somoza, otro rasgo inherente de su personalidad. A guisa de comparación diremos que en la historia de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, las más poderosas del planeta, solamente se han tenido cinco generales de cinco estrellas: George C. Marshall, Douglas MacArthur, Dwight D. Eisenhower, Henry H. Arnold y Omar Bradley. Creo que a Somoza le hubiera gustado ser el sexto.

Pero esa megalomanía se reiteró en otros episodios como en la pomposa coronación de su hija Liliam como reina de la Guardia Nacional, su efigie en los billetes de un córdoba, la apresurada declaración de guerra de Nicaragua al Eje, inmediatamente después del bombardeo de Pearl Harbor, solo para mencionar algunos hechos.

Aún después de muerto, la Iglesia, de acuerdo con el derecho canónico (*Codex Iuris Canonici*), lo declaró Príncipe de la Iglesia. Un póstumo reconocimiento muy en línea con sus ansias de grandeza.

Por el contrario a Somoza, el general Sandino fue un general del pueblo, y, como tal, no tuvo ni una sola estrella; como él mismo dijo, ni siquiera un palmo de tierra para su sepultura.

A Sandino le bastaba el sol; el sol de su dignidad.

[Managua, 2 de agosto, 2016]



Jorge Jenkins Molieri

EL TESTIMONIO LITERARIO EN NICARAGUA

Jorge Eduardo Arellano

EN EL *Nuevo Amanecer Cultural* del 24 de mayo de 1891, el veterano narrador Juan Aburto (1918-1988) aseguró que la narrativa nicaragüense de los años 80 «se originará al pie de los testimonios: patéticos, relatos de cárcel, etc.»; y que esta vigorosa forma de expresión enriquecería nuestra literatura. Así se esperaba entonces, tras el derrocamiento del régimen somociano, el radical cambio político subsiguiente y la euforia colectiva de una revolución en marcha, es decir: de un proyecto histórico trascendente.

Si bien es cierto que el testimonio fortaleció la tradición literaria nacional, las escasas novelas surgidas durante la década no estuvieron ligadas al subgénero, oficializado en Cuba dentro del premio Casa de las Américas a partir de 1970; pero no era nuevo en Nicaragua. «Género de guerrreadores» lo denominó otro notable narrador, más experimentado y moderno: Lizandro Chávez Alfaro (1929-2006).

Cástulo Córdoba: narrador excepcional

Pues bien, Chávez Alfaro señaló como excepcional precursor del testimonio de guerra a Cástulo Córdoba (nacido en 1821), zapatero chinandegano que las agitaciones políticas condujeron a optar por la milicia como oficio, habiendo tomado parte en la guerra civil de 1854, e incluso en la guerra nacional antifilibustera, de las cuales dejara a sus 88 años unos «Recuerdos dolorosos». Publicados por el historiador José Dolores Gámez (1851-1918) en el diario *El Comercio*, de Managua —durante los meses de julio y agosto de 1909—, se rescataron durante los años 60.

Terribles escenas del sitio a Granada por el ejército democrático, que duró casi nueve meses, son descritas por Córdoba, con una gran carga humana. Afirma que los legitimistas se exhibieron «como antropófagos, sedientos de sangre y hambrientos de vícti-

mas». Mas también evoca los ahorcamientos —perpetrados por los democráticos— de vivanderas indígenas de los pueblos vecinos que iban a vender sus productos a la plaza de Granada. Numerosas, en fin, son las imágenes que Córdoba guardaba en su memoria: avances a través de boquetes que los leoneses abrían en las casas, asaltos con puñales afilados para el degüello, borracheras de traidores, capturas de prisioneros, armas y bestias, fuego vivo y nutrido desde claraboyas; trincheras tomadas y refriegas sangrientas, la epidemia del vómito negro, cadáveres infectados, lastimosos quejidos y lamentos [...].

Otros ejemplos antecesores

Otros ejemplos antecesores del subgénero fueron *Sangre en el trópico* (1930), primera novela de autor nicaragüense con sustentación testimonial, de Hernán Robleto (1892-1969); *Itinerario de Little Corn Island* (1937) de Manolo Cuadra (1907-1957) e *Impresiones y recuerdos de la revolución de 1909 a 1910* (1941) de Macario Álvarez Lejarza (1866-1977). Si el de Cuadra es el documento humano de un confinado político, el de Álvarez Lejarza la narración novelada de una experiencia bélica.

Otro testimonio más de Hernán Robleto, también novelado, debe tomarse en cuenta: *Cárcel criolla* (1955), primera denuncia pormenorizada de la codicia y los crímenes del régimen de Anastasio Somoza García. A este siguieron otros cuatro de tendencia antidictatorial o antisomocista. Me refiero a los de Luis G. Cardenal: *Mi rebelión / La dictadura de los Somoza* (1961), Pedro Joaquín Chamorro Cardenal (1924-1978): *Diario de un preso* (1963), Clemente Guido (1930-2004): *Noche de torturas* (1963) y Fernando Gordillo (1941-1967): *La tarde del 23* (1965).

Y las casas quedaron llenas de humo

En la misma línea se inscribía el de Carlos J. Guadamuz (1945-2001): *Y las casas quedaron llenas de humo* (1971), primera crónica de un movimiento de liberación nacional en Centroamérica; prologada por Daniel Ortega Saavedra en la cárcel Modelo de Tipitapa, abarca los años que van desde la fundación del FSLN (1967) hasta el 15 de julio de 1969, fecha de la caída heroica de

Julio Buitrago, padre de la resistencia urbana sandinista, a quien se mitifica.

Hombre del Caribe

Durante la misma década apareció el testimonio de la vida de Abelardo Cuadra: *Hombre del Caribe / Memorias presentadas y pasadas en limpio por Sergio Ramírez* (1977), que reseñó Ernesto Mejía Sánchez: «*La obra no es una requisitoria sobre el somozato, ni siquiera es un buen recuento de sus fechorías, sino un puñado de memorias de un soldado de fortuna, o de mala fortuna, ex oficial de la Guardia Nacional de Nicaragua...*».

Cuadra se alistó muy joven en las filas del Partido Conservador durante la guerra civil de 1926, ingresó a la Guardia Nacional, combatió a Sandino en las Segovias, participó en su magnicidio, relatándolo descaradamente más tarde. Encabezó rebelión dentro del ejército contra Somoza García, purgando cárcel por ese delito; fue condenado a muerte y salvado de esa pena por el presidente Juan Bautista Sacasa; huyó a Costa Rica e intervino en expediciones contra los gobiernos panameños y dominicanos, y en la guerra civil de Costa Rica en 1948.

Yo deserté de la Guardia Nacional de Nicaragua

En octubre de 1977 José Antonio Siles, teniente de infantería de la referida Guardia Nacional, se asiló en la embajada de Costa Rica en repulsa ante los crímenes gubernamentales cometidos en las montañas del país. De ahí nació su crudo y directo testimonio: *Yo deserté de la Guardia Nacional de Nicaragua* (1979), el cual revela —con la precisión de una memoria asombrosa— detalles, escenas y responsabilidades sobre el desarrollo guerrillero del FSLN y de la represión somociana. Su edición, revisada por Lizandro Chávez Alfaro, constó de cinco mil ejemplares, pero no se pudo apreciar el valor narrativo de sus páginas.

Somos millones [...] y Maldito país

De 1977 data también el testimonio elaborado por la periodista estadounidense Margaret Randall (1936): *Somos millones: la vida de Doris María Tijerino, combatiente sandinista*. Randall tuvo

el mérito de iniciar la factura profesional del subgénero. Más tarde, a raíz del triunfo de la insurrección popular sandinista, formuló que esta coyuntura propiciaría la posibilidad de hacer historia, «por primera vez en la historia», desde las clases dominadas. Y no carecía de razón, aunque las últimas no se hallarían muy presentes en dicho subgénero.

Acaso una excepción fue el muy tardío *Maldito país* (1979) de José Román (1906-1983), en cuyas páginas vibra, se escucha la voz de Augusto César Sandino. Se trata de un viaje a las Segovias, del 23 de febrero al 28 de marzo de 1933, tras la paz firmada entre Sandino y el presidente Juan Bautista Sacasa, aprovechado por Román para transcribir el testimonio vivo del guerrillero sobre su resistencia nacionalista y base social. Sorprende el don profético de Sandino al confesarle a Román que no saldría de Nicaragua, como querían muchos de sus amigos, especificando: *Sé que por estas ideas me matarán. No los Marinos, sino los nicaragüenses. Lo sé, pero poco me importa, porque ese es mi destino, el mismo que me trajo aquí. Por lo menos dejaré la semilla sembrada y algún día fructificará.*

***La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982)**

A un estudiante universitario de clase media, incorporado a la guerrilla del FSLN, le correspondió emitir el primer testimonio surgido en el contexto revolucionario: Omar Cabezas (1950). Con su espontánea oralidad, Cabezas grabó numerosas cintas que fueron sometidas a correcciones literarias por varios amigos, llegando a conformarse un documento vivo de sus experiencias políticas y personales: *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982). Paradigma del libro hablado, contiene la voz de un combatiente que habla desde la promesa consumada y bajo el resplandor del triunfo; por eso impactó a miles de lectores extranjeros, mereció unánimemente el Premio Casa de las Américas en Cuba y se tradujo al alemán, búlgaro e inglés. Igualmente, se publicó en Ecuador, México y Venezuela, además de obtener buena recepción crítica.

«Este libro —lo presentó Eduardo Galeano— *nada tiene que ver con las vidas de los santos apóstoles al estilo realista socialista. Nada*

menos petrificado y solemne que estas páginas, donde continuamente asoma el rabo del diablo de la picardía popular». Por su lado, José Coronel Urtecho le dedicó varias anotaciones o exageraciones, entre ellas tres: 1) «Parecería que la naturaleza, la naturaleza nicaragüense, que es la naturaleza de la revolución, que es la naturaleza del propio Omar, hubiera escrito el libro»; 2) «Aquí se prende la función de las llamadas malas palabras, la utilidad que tienen en la lengua, su valor literario y poético»; y 3) «Es admirable, por lo certero, el manejo de los sentimientos en el libro de Omar Cabezas, a la vez embriagantes y sobrios, caudalosos y controlados».

También elogioso resultó el crítico cubano Trinidad Pérez al identificar la fidelidad de *La montaña...* a las ideas guevaristas, retomándolas y engrandeciéndolas. Este libro —anota— «confirma la existencia de un nuevo estilo que unifica en lo general, reúne lo revolucionario nicaragüense, se identifica estéticamente sandinista e incorpora lo mejor de la literatura nacional. Pertenece a la juventud combatiente latinoamericana y es un inmejorable canto a la memoria del Che».

Al final de los 80, cuando el testimonio había perdido no poco interés, Omar Cabezas dio a luz otro libro con el mismo método: *Canción de amor para los hombres* (1988), una glorificación de la chacota, actitud propia del carnaval universitario, entre otros aspectos.

A principios de 1889, el Instituto de Cultura y la Unión de Escritores convocaron a un certamen de narrativa, ramas de novela, cuento y testimonio. Once trabajos participaron y el jurado calificador otorgó el premio único a la novela *La noche de la basura grande*, de Blanca Rojas; pero también una mención de honor al testimonio autobiográfico firmado por Domingo Lazo López: «La ternura de un pueblo». Objetiva, curiosa e intimista, esta obra constituiría un resumen de la experiencia de un campesino integrado a las fuerzas revolucionarias en el Norte de Nicaragua. Sin embargo, nunca se publicó.

Algunas correrías y andanzas, La marca del zorro

Entre los testimonios de los 80 figuraron los de Carlos Núñez

Téllez: *Un pueblo en armas* (1980), Pablo Emilio Barreto: *El repliegue de Managua* (1980), Margaret Randall: *Todas estamos despiertas* (1980), William Agudelo: *El asalto a San Carlos* (1982) e Instituto de Estudio del Sandinismo: *Ahora sé que Sandino manda* (1986). Pero tres fueron los más importantes. En primer lugar, *El Danto / Algunas correrías y andanzas* (1988), escrito por el mítico guerrillero Germán Pomares (1937-1979); cuatro años antes de caer en combate, lo que le resta anchura e ímpetu. «El suyo debió haber sido un testimonio dicho con su boca y no con su mano entumida por un semidominio de la letra» —observó Chávez Alfaro. Luego, *La marca del zorro* (1988), sin duda el mejor de todos por la preservación de la oralidad de Francisco Rivera, otro guerrillero legendario, conservada por Sergio Ramírez, coautor; y *El caso 315*.

El caso 315

Consiste este en un monólogo grabado y reconstruido por el siquiatra español Joaquín Igea, «quien —afirma Lizandro— intentaba encontrarle algún escape curativo al muchacho que, tras caer en manos de una banda contrarrevolucionaria, fue obligado a cargar durante días y noches y semanas sin interrupción la mochila llena de restos de un compañero minuciosamente descuartizado por sus captores». Impactante, fue interpretado en el Teatro Nacional Rubén Darío por Salvador Espinoza.

Entre el fuego y las sombras y La paciente impaciencia

También hay que citar el testimonio, escrito por Charlotte Baltodano Egner, *Entre el fuego y las sombras* (1989): un sondeo exterior e interior, signado por la pasión y la entrega, sobre la «Etapa de acumulación de fuerzas en silencio» (1974-77) de la vanguardia entonces gobernante. Y por fin merece destacarse el testimonio más elaborado por estos autores, desde su título de procedencia bíblica: *La paciente impaciencia* (1989), de Tomás Borge (1930-2012), con el cual su autor obtuvo el Premio Casa de las Américas en 1989.

Esta obra es autobiografía y biografía, crónica y ensayo, memoria y antimemoria, panegírico y vituperio. Un libro singular y

abierto a muchas formas donde caben el prosema y el intertexto, el retrato y el obituario, todos fortalecidos y renovados. En fin, el producto de un testimoniante que se asume como escritor, construyéndose un lugar en la república de las letras.

Entre otros, reconocieron sus méritos —riqueza metafórica, fértil imaginación, andadura vigorosa—, el argentino Horacio Verbitsky, el uruguayo Mario Bendetti, el británico John Lyons, el italiano Pino Caccuci, el ecuatoriano Antonio Rodríguez Vicaus y el panameño José de Jesús Martínez.

Bibliografía

ARELLANO, Jorge Eduardo: «Una iniquidad intelectual [sobre *Maldito país* de José Román]. *El Nuevo Diario*, 13 de junio, 1980.

_____ : «Un libro singular: *Entre el fuego y las sombras* [de Charlotte Baltodano Egner]. *Ventana*, 8 de abril, 1989.

CAMOZZI, Rolando: «La montaña es algo más que una inmensa estepa verde» [reseña de la edición salmantina], *El País* [Madrid], 23 de junio, 1984.

CHÁVEZ ALFARO, Lizandro: «Papeles de guerrreadores: el testimonio en Nicaragua». *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, tomo 69, abril, 2010, pp. 177-186.

CÓRDOBA, Castulo: «Dolorosos recuerdos / Revolución de 1854-Guerra Nacional». Suplemento en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 70, julio, 1966.

CORONEL URTECHO, José: «Anotaciones y exageraciones sobre *La montaña es algo más que...*», *Nicarahuac*, núm. 7, junio, 1982, pp. 39-42.

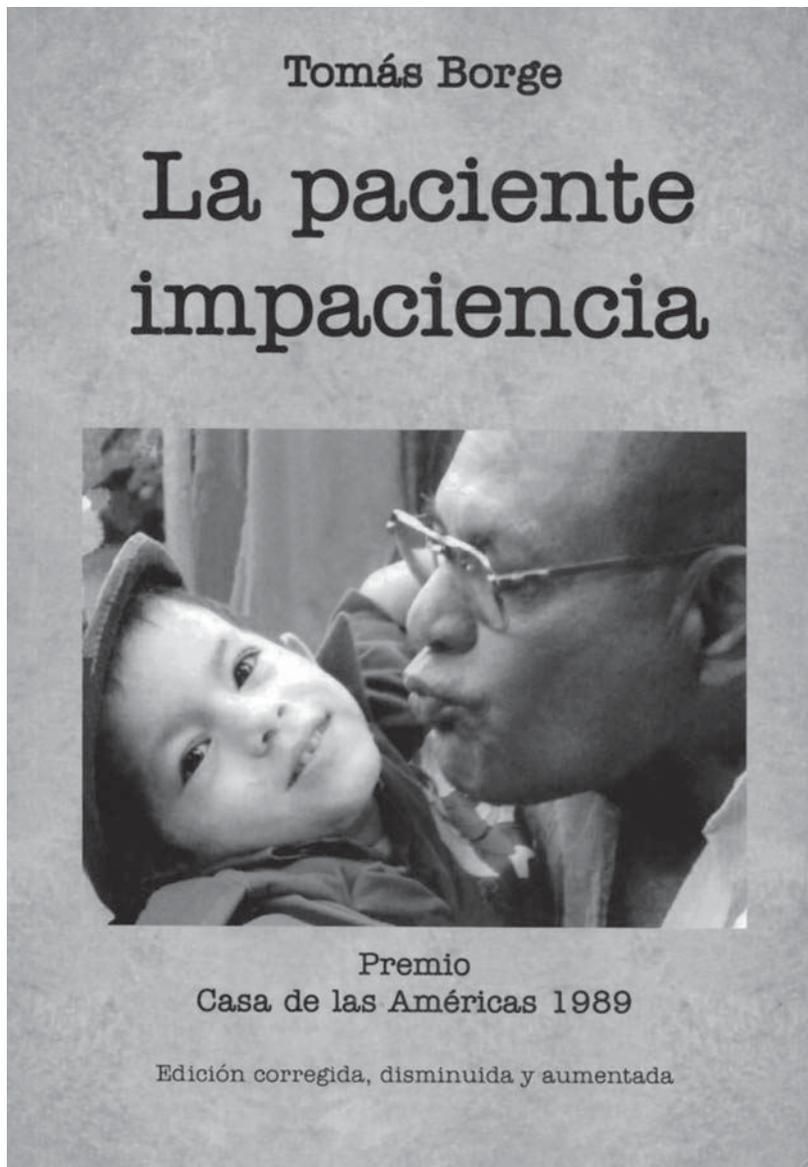
DELGADO ABURTO, Leonel: «Proceso cultural y fronteras del testimonio nicaragüense», en *Márgenes recorridos*. Apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del siglo XX. Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2002, pp. 95-119.

MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto: «Abelardo, hombre del Caribe». *Prens-*

Lit, 4 de marzo, 1978.

NAJLIS, Michèle: «Brújula para leer. Y las casas quedaron llenas de humo. *Nuevo Amanecer Cultural*, 31 de octubre, 1982.

PÉREZ, Trinidad: «Omar Cabezas en la nueva literatura nicaragüense». *Nicaráhuac*, núm. 9, abril, 1983, pp. 147-160.



¿Y SI NO REGRESARA?: EL POEMARIO DE EDWIN CASTRO RODRÍGUEZ

Mario Urtecho

LA MEDIANOCHE del 15 de mayo de 1960, la dictadura asesinó en la cárcel *La Aviación* en Managua a los reos políticos Edwin Castro Rodríguez, Ausberto Narvárez Parajón y Cornelio Silva Argüello, condenados en Consejo de Guerra a 10 años de prisión por haber participado en el complot del 21 de septiembre de 1956, cuando Rigoberto López Pérez balaceó en León a Anastasio Somoza García. Esa noche, que en la Casa del Obrero los liberales celebraban con un baile la postulación del autócrata a otro período presidencial, Castro cortaría el fluido eléctrico del local y estallarían bombas de mecate para atenuar los estampidos de los disparos. Esa parte del plan falló por imponderables relacionados con Somoza. Rigoberto fue masacrado por la fallida seguridad del muerto, y en multitudinaria y feroz cacería apresaron a los conjurados.

A pesar del infortunio padecido por casi cuatro años que permaneció prisionero, Castro cultivó su talento poético; desarrolló amistad con Tomás Borge, también encarcelado, y se carteo con Carlos Fonseca, Secretario de la Junta Directiva del Centro Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, quien un año después del triple asesinato, fundó el FSLN. En el prólogo del libro *¿Y si no regresara?* (Aldilá Editor, julio 2016), José Coronel Urtecho escribió: *En un país como Nicaragua, donde a pesar de todo, aún hay quizá más poetas que soldados, los poetas héroes y los poetas mártires, y hasta los poetas héroes y mártires, no son ya pocos en el martirologio de la lucha por la liberación.* En sus poemas, Castro expresó sus esperanzas y su actitud invencible ante la muerte, que en sus circunstancias siempre fue una amenaza real.

En las cartas a Carlos se puede conocer parte del pensamiento político de este patriota. Liberar Nicaragua de la dictadura fue el

principal anhelo de su vida. El 7 de agosto del 58 escribió: «*He dado con satisfacción y sin volver los ojos atrás, lo mejor de mi vida: la felicidad de mi hogar y la mía propia, que no podía ser de otro modo, cuando el primer altar de mi amor lo he erigido a la Patria...*». El 19 de octubre el poeta aseveró: «*El pueblo necesita de guías sanos y honestos, incapaces de comerciar con sus miserias, y esos guías sólo pueden surgir de la juventud*». El 6 de noviembre advirtió: «*Con respecto a los partidos políticos, me atrevo a señalarte el peligro que representa caer en manos de cualquiera de ellos... Cuando los objetivos de lucha coinciden puede caminar con ellos como compañeros de viaje, pero de ahí a identificarse plenamente debe haber una distancia insalvable*».

Es probable que Carlos le enviara el libro de Julius Fucick, porque Castro le comentó: «*Leí con verdadera devoción Reportaje al pie de la horca. Es un relato humano, conmovedor y heroico. Llega hasta el corazón de los que conocemos la angustia de las torturas, la humillación del insulto, y el tímido pero amigable gesto de un carcelero bondadoso... No es el verdugo que al filo de la medianoche me torturó quien triunfa... Los vencedores somos los torturados, los asesinados, los encarcelados. Nos llamamos Morales Palacios, Rivas Montes, Roberto López, Tomás Borge, Cornelio Silva, Rafael Praslín, Edwin Castro, etc., porque todos y cada uno, en la medida de nuestras fuerzas, hemos socavado los cimientos de la dictadura que se acerca a su final*».

En la última carta publicada en el libro y dirigida a Carlos (5 de enero de 1959), le presenta lo que él llama *su pequeña sinopsis política*. Destaca lo que cree del liberalismo, doctrina que a su criterio llenó su cometido y pertenece al pasado; se declara liberal independiente, porque en el ala izquierda de ese partido caben sus principios; repudia el individualismo como precepto político, filosófico y económico, creador de grandes injusticias sociales de los conglomerados capitalistas; y se define socialista que cree en la necesidad de una economía dirigida para lograr la abolición de clases.

Pese a su condición de prisionero, organizó su único poemario *¿Y si no regresara?*, y con la intención de publicarlo le pidió a Carlos Fonseca que lo apoyara, detallándole con inusual minuciosidad el tamaño del formato y motivo que ilustraría la carátula; las seccio-

nes que tendría; el tipo de material y número de páginas; y el precio a que debería ser vendido cada uno de los 1,500 ejemplares previstos. Para sufragar los gastos pensó en hacer una edición de lujo de 100 ejemplares, que vendería a mayor precio a igual número de suscriptores, en quienes había pensado con sus nombres y apellidos.

En el prólogo del poemario, Edwin Castro Rodríguez incluyó un escrito del ecuatoriano Juan Montalvo, dirigido contra los tiranos de cualquier país y de cualquier época, que en su primer párrafo se lee:

La vida de un tiranuelo ruin sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno de esos que engulle carne humana por instinto; sin razón y quizá, sin conocimiento; la vida de uno de esos seres maléficos que toman a pecho el destruir la parte moral de un pueblo, la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada; azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigo de Dios y de los hombres, se les puede matar como se mata a un tigre, una culebra...

Managua, Ahuacalí
Septiembre, 20, 2016

CUATRO ROSTROS DEL UNIVERSO, DE JORGE ELIÉCER ROTHSCHUH

Erick Aguirre Aragón

JORGE ELIÉCER Rothschuh Villanueva (Juigalpa, Nicaragua, 1950) pertenece a una estirpe de intelectuales nicaragüenses cuyo origen creo que se remonta, al menos hasta donde alcanza mi conocimiento, a su abuelo, Guillermo Rothschuh Cisneros (1899-1948), autor de poemas que hasta hoy sigo admirando; y se extiende luego a su padre, el poeta y maestro de generaciones Guillermo Rothschuh Tablada (1926), erudito explorador de lo vernáculo nicaragüense y del barroco latinoamericano; hasta prolongarse en sus hermanos Vladimir y Guillermo, también poetas.

Desde muy joven Jorge Eliécer se marchó y radicó en México, donde, en 1987, publicó su primer libro de poesía, *Otras después de Eva*, cuyos poemas revelaron una factura epigramática: escritos con lenguaje claro y directo, con párrafos cortos, frases escuetas, imágenes y alusiones de muchas lecturas; chistes negros, ironías librescas, sutiles o directas referencias de autores, personajes u obras de la literatura. En fin, argucia y talento combinados con un lirismo inteligente y culto.

Jorge Eliécer reconoce el nacimiento o la iniciación de su literatura en el seno de la casa paterna, y se enorgullece de haber crecido bajo ese paternalismo poético. En *Otras después de Eva* los sanos consejos del padre se evidencian en la calidad del diverso y enriquecedor influjo literario absorbido tempranamente por un lector precoz y aplicado.

«El trazo lorqueano, el quejido de Neruda, el amasiato de don Rubén con sus pretextos, el apretujado Siglo de Oro español, la llovizna sentimental japonesa, la negritud antillana, el lamento del cholo peruano, toda esa religiosidad eyaculatoria vanguardista; el exteriorismo norteamericano y las arrechuras criollas de las prójimas bienaventuradas me contaminaron a temprana edad»,

me confesó en un diálogo que sostuvimos no hace mucho, y que fue publicado en un periódico de Nicaragua.

Durante ese diálogo le dije que mi primera impresión de lectura fue que, aun con su lograda calidad, *Otras después de Eva* me parecía un ejercicio o una calistenia que nos preparaba para lo que vendría después. «¡Qué puede hacer un joven —exclamó Jorge ante mi indagatoria— con tanto peso del Universo! El artificio, bueno o malo, tiene sus cómplices. *Otras después de Eva* son pasajes, paisajes inevitables donde inscribo vivencias literarias y experiencias diurnas o nocturnas... Es lo que tú señalas: ejercicios de calentamiento que continúo para que el estilo no decaiga».

En efecto, la factura de sus libros posteriores se volcó hacia una apuesta poética tan compleja como audaz: la re-visión, escudriñamiento o reinterpretación del mundo prehispánico de Mesoamérica. Así vinieron luego, surgidos desde una distinta vertiente temática, *Hospedaje de la pirámide* (1992), *Cantar mexicana* (1995), *Residencia cautiva* (1995), *Vecindad entre ruinas* (1996) y *Somos habitantes de un mismo sueño* (1997). Más tarde publicaría un amplio volumen titulado *Chiapas: cielo sin correspondencia* (2000).

Ahora nos presenta *Cuatro rostros del Universo* (2014), una selección de textos provenientes de esos últimos volúmenes, y que bien podríamos catalogar como una antología personal. Son exploraciones, desde la poesía, en los mitos indígenas mesoamericanos; búsqueda y ánimo de retransmisión y recodificación del legado escritural del mundo aparentemente abolido de esas culturas: la desesperanza y el infortunio de los mexicas, la dispersión silenciosa de los mayas y otros pueblos nahuas (pipiles, lencas, chortegas, nagrandanos) en Centroamérica.

Rothschuh parece valerse de una estrategia textual que a mí, en un principio, me pareció en cierta forma emparentada con la del poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra (1912-2002), particularmente notable en su libro *El jaguar y la luna* (1963), cuya intención original fue tratar de representar el universo prehispánico mesoamericano a través de exploraciones o interpretaciones poéticas de sus códices.

Sin embargo, esta nueva poesía de Rothschuh también ha

derivado, sin duda, de una lectura profunda del *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas; pero también de su propia vivencia durante tantos años de residencia en el sur de México. Es además el producto literario de una aguda y reflexiva observación de las texturas e inscripciones precoloniales en Palenque y otros sitios de Mesoamérica, donde la peregrinación de estos grupos humanos dejó su indeleble registro: glifos e inscripciones cuya perdurabilidad evidencia un particular sentido del tiempo, en el que mito e historia coexisten armónicamente; tiempo lineal y al mismo tiempo cíclico; fusión de historia y mitología en un todo equilibrado y armónico.

Después de una primera lectura de los libros generadores de esta antología pensé que, precisamente en la particularidad de esa gnoseología mesoamericana, esta evolución en la poesía de Roths Schuh encontraba, como en el libro de Cuadra, ciertos límites. Pensé que la tendencia inaugurada por Cuadra en Nicaragua con *El jaguar y la luna* se hacía particularmente evidente en la intención ideogramática que nutre la mayoría de estos poemas de Roths Schuh. Creí percibirlo en su insistente exploración de rutas y enigmas; códigos, imágenes y símbolos de los antiguos trazos precolombinos tallados en piedras o cerámicas; poetizados desde una perspectiva contemporánea fascinada con sus raíces.

Sin embargo, me percaté ahora de que la perspectiva poética de Roths Schuh es distinta, más variada e integradora de lo que primero pensé a simple vista. En realidad, las recreaciones pictográficas prehispánicas de Cuadra procuran una ambientación y una temática propias, cuyo propósito se circunscribe y se decanta en un amplio fresco de la historia profunda de Nicaragua, a fin de cuentas solo una parte, aunque significativa y trascendente, de un mapa: la última frontera al sur de Mesoamérica; el dibujo de unos pasos que registran las huellas del fin de una peregrinación secular.

En efecto, mi primera impresión de semejanzas, o la apariencia de una influencia decisiva entre ambas poéticas, radicaba apenas en una coincidencia de origen. Lo que (por la vía de afectaciones o exploraciones distintas y de otro ánimo creativo) verdaderamente distingue y hace trascender esta poesía de Roths Schuh, es la

experiencia textual-vivencial adquirida durante su larga residencia en Chiapas; el conocimiento directo, casi vivo o palpitante, de las expresiones ideogramáticas mexicas. Haberlas tocado, visto y escuchado; haber compartido residencia con ellas durante tanto tiempo le ha permitido transformarlas en una materia poética distinta, singular; quizás nomás sencilla pero sí más vital.

Al comienzo también pensé que, como cierta poesía de Octavio Paz, la de Jorge Eliécer parecía deberle, sino mucho al menos básicamente, al método ideogramático de Ezra Pound, eventualmente también asumido, aunque desde distintas perspectivas y con diferentes intencionalidades estructurales y temáticas, por otros poetas nicaragüenses, como el ya mencionado Pablo Antonio Cuadra y el más célebre Ernesto Cardenal.

Aunque implícitamente Rothschuh ha descartado tal reminiscencia, el hecho es que su forma de asumir literariamente, desde el presente, la pictografía y los restos perceptibles del pasado prehispánico en el centro y sur de México, lo han llevado a la práctica quizás inaugural de una poética distinta. En muchos de estos poemas suyos las imágenes se auto-contienen y se separan del resto, de manera que sólo pueden ser comprendidas en relación con todas las demás líneas del poema, incluso las no escritas.

Cada línea, cada imagen irradia una especie de fuerza centrípeta que arrastra a las otras imágenes y significados hacia ella, en una implosión que conduce finalmente a la explosión total del poema. Son textos diseñados casi como los propios códices nahuas, en cuyas páginas o secciones plegadas se pintaban canciones e imágenes, más que escritura, y eran «leídos» como recursos mnemotécnicos, es decir, era el lector quien creaba el texto y éste a su vez se creaba a sí mismo.

Al nombrar o verbalizar la experiencia del mundo precolonial con el castellano, Rothschuh logra moldearla en función de determinados patrones impuestos por el orden semántico de la lengua del antiguo colonizador. La forma en que Rothschuh piensa, siente, vive y hace vivir al lector (en el sentido vicario de representación literaria) el mundo prehispánico, está inevitablemente afectada por el sistema de representación de un lenguaje que ha

articulado, durante cinco siglos, los procesos de subjetividad mesoamericanos por medio de otras formas culturales y otro tipo de relaciones sociales.

La poesía de Rothschuh, en tanto mediación entre el receptor contemporáneo y el mundo prehispánico mesoamericano, activa una serie de códigos y registros que nos remiten a la representación de experiencias subjetivas e intersubjetivas yuxtapuestas y confluyentes en tiempo y espacio; en un permanente ejercicio de memoria y reflexión que acepta implícitamente su carácter virtual y apela a una especie de reanimación mediada y subjetiva de la memoria histórica.

En la experiencia vicaria-literaria de Rothschuh y sus múltiples potencialidades simbólicas, está implícita una experiencia poética en la que, tanto el lector contemporáneo como el autor, al contemplarse en el otro de su pasado indígena, entra en contacto con una compleja variedad de emociones, sentimientos y pensamientos que lo incitan a identificarse y a fundirse con su pasado.

En *Cuatro rostros del Universo* Jorge Eliécer logra una representación eficaz e impresionante del mundo prehispánico mesoamericano, y con ello su visión pictográfico-textual, es decir, su amplia y rica concepción estético-filosófica del Universo. En este libro Rothschuh muestra el dominio de una práctica literaria que logra articularse como una novedosa forma contemporánea de expresión poética.

La cosmogonía mexicana, y su vivencia con ella, le han proporcionado un catalizador ideal para aportar, tanto a esa cosmogonía como a la noción contemporánea del mundo mesoamericano, una carga poética multiplicadora de sentido. Y esto no solo implica una redimensión escritural de las imágenes o de la fuerza visual que suscitan los glifos e ideografías de los antiguos mesoamericanos, sino también la ruptura de un poeta contemporáneo con las formas tradicionales de concebir el tiempo y la historia.

SOBRE LA GUERRA, LA LITERATURA Y EL DESTIERRO

Roberto Carlos Pérez

*¡Desdichada la raza que no hace un alto en la
encrucijada antes de proseguir su ruta. Que no
se hace un problema de su propia intimidad;
que no siente la heroica necesidad de justificar
su destino, de volcar claridades sobre su misión
en la historia!*

José Ortega y Gasset,
Meditaciones del Quijote

La guerra fría y el éxodo

«EL QUE se va no vuelve aunque regrese. Contra la separación del país y de su lengua solo quedan la defensa y la venganza de escribir». Con estas palabras José Emilio Pacheco hablaba de su gran amigo, el poeta Juan Gelman. Mucho le dolía que los hijos de aquellos que llegaron a la Argentina escapando de los pogroms y los campos de concentración Nazi, de pronto escucharan por las noches un toque de puerta en el mejor estilo de la Gestapo.

El golpe militar de Jorge Rafael Videla obligó a Juan Gelman, militante de izquierda y defensor de los derechos humanos, a exiliarse en Roma, Madrid, Managua, París, Nueva York y Ciudad de México. Sus hijos habían sido secuestrados y asesinados y su nieta, nacida en cautiverio, no pudo conocerlo sino hasta veinticuatro años después.

Exiliarse (de la palabra latina *exil-um*) quiere decir salir, desenterrarse de un país, principalmente por razones políticas. Nicaragua, la tierra que en los ochenta debía manar leche y miel, se convirtió en el retablo perfecto para que Rusia y Estados Unidos, las potencias que se disputaban el dominio del mundo, ensayaran con armas y misiles lo que por décadas no había pasado de blo-

queos y amenazas. La guerra fría encontró en Nicaragua el temido escenario en el que cincuenta mil jóvenes, la mayoría adolescentes, perdieron la vida y miles más iniciaron el éxodo más grande en la historia nicaragüense.

La Generación del desasosiego y sus heridas

Se suele culpar a los demás cuando no se es lo suficientemente valiente para aceptar los errores propios. Un repaso de la historia, incluso de la historia literaria, requiere de una alta dosis de valentía, y a la ya no tan adolescente *Generación del desasosiego* le ha llegado la hora de razonar por qué de su producción literaria están ausentes los dictadores y sus delirantes excesos, los ideales que sostuvieron a cuanto poeta o narrador surgió entre la vanguardia y 1990 y, finalmente, por qué en sus poemas, cuentos y novelas aparecen a puñetazo limpio el suicidio, el desencanto y la apatía.

Quizás la tarea más importante del intelectual sea la de poner todo en tela de juicio y buscar en el pasado las raíces de los temores y angustias del presente. Por eso, resulta imposible ignorar a los cincuenta mil jóvenes que fueron obligados a ofrecer su sangre en una guerra, ante todo —no hay que olvidarlo—, fratricida. El joven que en la ciudad brindaba un saludo al compañero de clases, es decir, aquel con el que debía compartir el pan, en las montañas le vaciaba el rifle sin saber exactamente por qué.

En sentido estricto, para ser considerado miembro de la Generación del Desasosiego se necesitan dos requisitos extremadamente dolorosos: haber nacido o crecido en la guerra y haber sido educado por *Los Carlitos*, los textos escolares integrados al plan de estudio por el régimen sandinista. A querer o no, estas son dos heridas abiertas que no terminan de cicatrizar, y son el hilo de Ariadna que ha de conducirnos al corazón del laberinto en el que fuimos encerrados.

El control del Estado en los años ochenta

Datos que arrojan un poco de luz: para 1980 Nicaragua contaba con una población que no excedía los tres millones y medio de habitantes, así que los cincuenta mil jóvenes muertos en las

trincheras eran los futuros maestros, médicos, arquitectos, veterinarios, abogados, contadores, ingenieros, músicos, escritores, y un infinito etcétera. De una pérdida de esa naturaleza no hay país que se reponga. Por otro lado, con *Los Carlitos* el Estado tomó el control de lo que se debía leer en las aulas, cuarteando la base más importante de la educación: la de elegir o preferir. Un dato espeluznante es que la aritmética no se enseñaba en esos años contando manzanas sino rifles y granadas.

Tampoco había muchas libertades en cuanto al arte: la versión del realismo social impuesta por el Estado nicaragüense, vigilaba de cerca desde la música hasta las caricaturas o programas infantiles. Con «Matatirutirulá» y «El chocoyito chimbarón», programas producidos por el Sistema Sandinista de Televisión, los niños nicaragüenses debían ingerir conceptos que ni las mentes más lúcidas de la historia han podido precisar, como «democracia», «imperialismo» y «revolución».

Como se temía caer en las contradicciones que Marx tanto denunciaba, el Estado trató de democratizar el arte con talleres de escritura, olvidando que el talento es caprichoso y su espíritu sopla por donde se le antoja. Basta recordar que uno de los mayores enigmas de las letras nicaragüenses reside en que quienes las metieron de lleno en la vanguardia fueron jóvenes provenientes de las familias más linajudas del país, pero la paradoja es que quien les allanó el camino fue un niño en desventaja, nacido en una auténtica choza y abandonado por sus padres. Se trata, claro está, de Rubén Darío.

La alienación y el Estado

La filosofía quizás alumbre estos conflictos. Resulta imposible no invocar la idea de «alienación», la cual implica estar privado de algo. Para Santo Tomás de Aquino el hombre alienado era aquel alejado de Dios por el demonio. Para Marx era el obrero que desconocía el producto final de su trabajo y su propia importancia en la línea de ensamble: quien ignora su poder en la sociedad está política y económicamente alienado.

Desde el punto de vista marxista, la alienación solo puede

superarse cuando los individuos que están en la parte baja de la cadena productiva adquieren consciencia de su papel en la economía. En el mundo de hoy, la alienación es inevitable. El sistema de propaganda comercial está dirigido a producir sujetos pasivos que carecen de criterio respecto a la calidad de lo que consumen. Es tan profunda la alienación que ya ni la filosofía se molesta en hablar de ella. Sin embargo, los filósofos saben que el problema de alienación está en el Estado, ya provenga de la derecha con la economía capitalista, o con la izquierda y la dictadura del proletariado. El Estado manipula al sujeto para crear una masa uniforme que marche en una sola dirección.

La encuesta de Cuadra Pasos

Remontémonos más allá. En la Nicaragua de los años treinta, Carlos Cuadra Pasos ofreció una encuesta a través de *El Diario Nicaragüense*. La tercera pregunta decía así: «*¿Está usted satisfecho de la enseñanza oficial de Nicaragua, intermedia y universitaria?*».

Entre las respuestas merece ser citada la de José Coronel Urtecho: «*El sistema y los programas de la enseñanza oficial de Nicaragua tienen como propósito deliberado la destrucción de la cultura y la vida tradicionales*». La de Luis Alberto Cabrales decía así: «*Nuestros programas oficiales tienden a una instrucción a tontas y a locas. Exclusivamente a producir profesionales, es decir, explotadores y comerciantes, y no ciudadanos*».

Obviamente ambos vanguardistas, educados dentro la más exquisita tradición del clasicismo, entendían que la Nicaragua de los años treinta, transformada por la intervención norteamericana, estaba viviendo un gran momento de alienación. Para ellos el ideal clásico de la educación era integral, y toda especialización creaba autómatas, técnicos, individuos formados para un fin y no para pensar.

El Estado somocista alienó al sujeto con la fuerza bruta. Milagrosamente escaparon de ella la gran mayoría de los intelectuales. En cambio, la revolución sandinista los integró al Estado y el desarrollo de sus ideales es conocido por todos. Tragedia de tragedias, en el presente ya no tenemos intelectuales con la educación

clásica que tuvieron los vanguardistas; tampoco tenemos escuelas de letras, pues fueron suprimidas de las aulas universitarias en los albores del nuevo milenio.

Pero sigamos con el cuestionario de Cuadra Pasos. La segunda pregunta era la siguiente: «*¿Hay algún nicaragüense a quien usted considere como maestro y guía intelectual?*». Los vanguardistas también fueron muy escépticos al responder la pregunta, pero siendo vanguardistas era lógico en ellos sentir que su generación estaba dándole a Nicaragua un nuevo pensamiento y una nueva estética. Con esta pregunta la intención de Cuadra quizás resultó banalizada en las respuestas de esos jóvenes poetas: no quería que le precisaran las novedades intelectuales que ellos importaban a Nicaragua sino saber si todavía existía un diálogo generacional.

Si la misma pregunta le fuera hecha al lector contemporáneo, ¿cómo respondería? La juventud dura un instante y a partir del romanticismo Occidente se llenó la boca con las incesantes nuevas generaciones y sus novedades. El problema de fondo sigue en pie. ¿Podemos mantener un diálogo con las generaciones anteriores? ¿Cuánto nos han enseñado? ¿Qué nos han dado?

Amputación del aparato racional

En Nicaragua la literatura se estudia como un aspecto de la lingüística. Quien entiende un poco de historia latinoamericana sabe que somos un continente de escasa o ninguna filosofía. Por tanto, el ejercicio del pensamiento se lleva a cabo en Latinoamérica a través de la literatura. Si suprimimos el entrenamiento hermenéutico, es decir, qué nos dice un texto y por qué, eliminamos el aprendizaje de la lengua como forma retórica, estética y filosófica. Y lo que es peor, dejamos de pensar.

A la luz del pensamiento literario, caemos en cuenta que las pérdidas humanísticas han avanzado en Nicaragua en progresión geométrica desde la vanguardia hasta el día de hoy. Y si los vanguardistas se lamentaban de una educación que especializaba a sus miembros para servirle al mercado norteamericano, ¿qué dirían de haber observado que los niños y jóvenes educados por *Los Carlitos* ni tuvieron el derecho a una educación libre ni a una educación

ética con respecto a la vida, la muerte y las matanzas fratricidas? La educación que estaba destinada a desalienar acabó por producir el efecto contrario, pues con ella se amputó —no sabemos si para siempre— el aparato racional.

*

Los adolescentes que salimos huyendo de la violencia también perdimos, y muchísimo. El destierro, esa conmoción telúrica que mueve el suelo y deja los pies en el aire, no sana ni regresando mil veces al país natal, pues implicó un alto costo lingüístico que ningún gobierno podrá nunca resarcir.

Al no tener sólidas bases lingüísticas, los niños que como yo salieron de Nicaragua cayeron en riesgo de olvidar la lengua materna o, cuando menos, hablarla de manera atrofiada. Para los que emigramos a los Estados Unidos —el presidente Reagan había ofrecido a los nicaragüenses el mismo trato que a los cubanos, de manera que el gran éxodo se dirigió hacia el norte— nos vimos forzados a aprender el inglés de la noche a la mañana sin hablar bien el español. Estábamos, de acuerdo a la sociolingüística, en la edad de riesgo, esa edad terrible en que no se es ni niño ni hombre y en la que se corre el peligro de no hablar ningún idioma correctamente.

Obligados a abordar los efectos de la guerra o, peor aún, de la posguerra, la parte más dolorosa porque implica hacer la cuenta de los muertos, la destrucción y los daños, y cómo se manifiestan en la literatura actual, cabe preguntarse: ¿se pueden realmente percibir estos estragos en lo que hasta ahora ha escrito la Generación del Desasosiego? Sí, pero como en la literatura no hay líneas rectas sino curvas y espirales, el tema se debe ver con mirada de búho.

Hasta el momento en que los hijos de la guerra irrumpieron en la escena literaria, es decir, a partir del nuevo milenio, toda la literatura nicaragüense, desde la vanguardia, había depositado sus esperanzas en un ideal político. Los ejemplos abundan —*Sangre santa*, de Adolfo Calero Orozco, *Almidón*, de Manolo Cuadra, *Los monos de San Telmo*, de Lizandro Chávez Alfaro, *¿Te dio miedo la sangre?*, de Sergio Ramírez, *La mujer habitada*, de Gioconda Belli,

y un largo etcétera que abarca el cuento, la poesía y la novela— y no hay texto en donde no se perfilen las ansiedades de construir un mejor país.

De pronto y a golpe de hacha todo se derrumba. La furia con que se puso la literatura al servicio de un proyecto nacional se ve silenciada y ni siquiera se oyen los murmullos. Como truco de mago, toda la vehemencia y la pasión con que se derribaban dictaduras y se humillaba a caudillos es ahogada, y el nuevo escenario se ve poblado por seres que no temen hablarle directamente a la muerte. El futuro nos había alcanzado y la tierra prometida no era la nueva Canaán, sino la profetizada por Joaquín Pasos y en la que de pronto reina la amargura y el desaliento:

*Somos la orquídea del acero,
florece en la trinchera como el moho
(sobre el filo de la espada,
somos una vegetación de sangre,
somos flores de carne que chorrean sangre,
somos la muerte recién podada
que florecerá muertes y más muertes hasta hacer
(un inmenso jardín de muertes.*

«Canto de guerra de las cosas»

Ante esto, Alejandra Sequeira se preguntará: «¿Por qué suicidarse?/ ¿Por qué no?... ya estamos muertos —piensa—/ solo nos lleva tiempo/ el darnos cuenta». Víctor Ruiz, convencido de que la muerte y la soledad son nuestro ineludible presente, dirá: «desayuná con las ausencias de los *álguienes*/ que partieron sin aviso... observá tu rostro ciegamente en el espejo/ así tu soledad/ se sentirá doblemente acompañada». Francisco Ruiz Udiel añadirá: «...regresa a casa,/ enciértrate en tu cuarto por treinta días/ bajo el ímpetu de soportarlo todo... En esos días ni la poesía será capaz/ de herirle la mano al viento». Todos brindan la receta o el conjuro para aceptar la muerte o el completo abandono que nos rodea.

*

En la guerra aprendimos a tener la muerte de cerca y a reconocerla en las instancias más cotidianas, por eso mucho de lo que

ahora escribimos se muestra como una apología, un acercamiento sin miedo a la Parca, la tejedora que en la mitología romana cortaba el hilo de la vida con una tijera. Entender a esta generación de escritores requiere algo más que la revisión de su producción literaria: se necesita un conocimiento psicológico que no escatime el poder de palabras como depresión, bipolarismo, tranquilizantes, antidepresivos y suicidios.

Pero un escritor ha de ser admirado no solo por lo que escribió sino por cómo lo escribió. La escritura no es un acto sino un largo proceso. Hace falta preparación y buenas condiciones para escribir. Mucho duele, por ejemplo, que Francisco Ruiz Udiel no haya tenido un libro sobre San Juan de la Cruz o una edición confiable de su obra en los treinta y tres años que estuvo entre nosotros. Su vida, llena de escasez, es el mejor ejemplo de lo que enfrenta diariamente el joven escritor en Nicaragua.

Vivimos en el desierto de los libros, acaso imaginando que el privilegio que tuvieron, digamos, Ernesto Cardenal o Carlos Martínez Rivas de tener acceso a los libros sin imposiciones del Estado, libertad que les permitió saquear a los clásicos de la antigua Roma para componer sus epigramas, le fue negada a la Generación del Desasosiego. En esos términos, ¿cómo no recordar a Federico García Lorca?:

No solo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber

y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros?

«Medio pan y un libro»

A quienes salimos nos ha tocado sufrir a la distancia el miserable estado que heredamos, quizás recordándonos frecuentemente la advertencia de Marco Aurelio: «*Destruye la queja de 'se me ha dañado' y destruido queda el daño*». Por eso, en contra de la separación del suelo natal, solo nos queda desafiar nuestro destino con la escritura.

La nuestra, sin embargo, no puede llamarse una escritura del exilio, ya que ninguno de nosotros se encuentra fuera de Nicaragua por razones políticas. El destierro por el que hemos optado no es más que la posibilidad de comprar una buena edición de la obra de San Juan de la Cruz. Y aunque a muchos nos quitaron la casa y la lengua, no nos quitaron el derecho de regresar a ella aunque diferentes de como éramos cuando salimos.



Roberto Carlos Pérez

X.

Documentación
rubendariana



A Archer M. Huntington,
Acahualinca, Cerrito, Amotat, Nueva York siempre.

New York - 1915.

Rubén Darío

DARÍO: CONCIENCIA POÉTICA, DIMENSIÓN HUMANA Y SIGNIFICACIÓN IDENTITARIA¹

Pablo Kraudy Medina

[...] *te equivocas cuando hablas de mi 'confiada ilusión de alma de poeta y de hombre bueno'. Es un general error, que conviene no contradecir mucho, el creer que yo ando por las nubes. Homo sum...*

Rubén Darío, Carta a Santiago Argüello, Madrid, 12 de enero de 1909.

EN 1900, Pedro Pablo Figueroa (1857-1906), escritor y académico chileno, publicó su *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*, obra «destinada a conservar el recuerdo honroso de los extranjeros meritorios» que contribuyeron a la cultura y engrandecimiento del país del sur, una de cuyas entradas, redactada probablemente en los últimos meses de 1899, corresponde a Rubén Darío.

Las palabras finales de dicho artículo expresan, por una parte, que el poeta ha conquistado el «verde laurel que decora la frente»² y que lo convierte en el líder indiscutible del renacimiento literario que, gestado en América, «se reflejó en el viejo solar»³, ganando con ello un lugar en la historia literaria de América Latina y el mundo en lengua española; fue, en la evocación posterior de

¹ Una versión preliminar fue presentada en ocasión del evento convocado por el Banco Central de Nicaragua, «Ceremonia Magna Homenaje al poeta Rubén Darío en el centenario de su muerte 1916-2016, realizado en el Auditorio de la Biblioteca del BCN, el 5 de febrero de 2016.

² Rubén Darío, «La hoja de oro» (1899). En: _____, *Poesías completas*. Madrid, Aguilar, 1967. Tomo I, p. 618.

³ Rubén Darío, *Historia de mis libros*. Managua, Nueva Nicaragua, 1988, p. 76.

Salomón de la Selva, el retorno de las carabelas colombinas guiadas por capitán americano renovando «... *las latinas glorias ecuménicas / como nunca la espada...*»⁴ Por otra parte, esas palabras finales encierran también una enigmática intuición del erudito chileno: «... *su nombre —dice— sobrevivirá en la historia literaria del continente más que sus libros*»⁵.

Pareciera que hubiese habido en la mente de Figueroa una disociación entre el hombre, en tanto que sujeto histórico, que es identificado mediante un nombre, y la obra, que, en última instancia, es el resultado de la acción creadora de aquel, y por la que logra trascender al gran tiempo. Mientras la memoria del sujeto-poeta Rubén Darío es conservada por la historia literaria, pues tendría ribetes prometeicos como revolucionario de la lengua, ¿podrían, acaso, sus libros irse olvidando, y quedar tan solo como datos del itinerario vital de su autor?

Esa pareciera ser la tendencia general que seguía a los autores, y que el mismo Rubén, no sin cierto optimismo, expuso en la situación de Alfonso Daudet, al término de la primera década del siglo XX, optimismo del que él no fuera acreedor en el señalamiento de Figueroa. El escritor francés había fallecido en 1897, y en pocos años su obra pasó a ser casi olvidada, pero Darío, acorde con la idea que sostiene que el hombre es efímero pero la obra que éste crea es duradera, estimaba que habría de revivir más tarde⁶, en un redescubrimiento de su valor.

Transcurridos cien años, el nombre de Rubén continúa vivo, pero algunos de sus libros son poco editados y casi desconocidos. ¿Será que Figueroa advertía ya entonces del peligro de que el conocimiento de los grandes autores vaya volviéndose, con el paso del tiempo, cada vez más superficial, y la juventud en un futuro, sepa del gran poeta, pero ya no lea sus libros, sino, en el mejor de los casos, solo algunas piezas representativas dispuestas

4 Salomón de la Selva, *Evocación de Píndaro*. México, 1957.

5 Pedro Pablo Figueroa, *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*. Santiago de Chile, Imprenta Moderna, 1900. p. 76.

6 Rubén Darío, *Todo al vuelo*. Madrid, Renacimiento, 1912, pp. 238 y 247.

en antologías o en libros escolares?

Rubén Darío es la máxima expresión de la creación intelectual de Nicaragua y el nicaragüense más universal. En él, «vida y obra son intercambiables»⁷, decía María Salgado. Se implican mutuamente para resultar una constitución única: sin su obra, Darío no sería tal; sin Darío, las obras habrían sido otras. Como un rompecabezas cuyas numerosas piezas —unas piezas-vida (de temores y fantasmas, de máscaras y proyectos, de ilusiones y desilusiones, de amigos y viajes), otras piezas-obra (cada poema, cada relato, cada ensayo y cada crónica), y las hay piezas híbridas—, deben ser integradas para poder obtener un retrato completo. La configuración y perdurabilidad del todo Rubén Darío es consecuencia no solo de biógrafos y críticos, sino por sobre todo de la labor difusora que da lugar siempre a nuevas lecturas y apropiaciones. El rompecabezas, además, no es un universo cerrado.

No nos ocuparemos en esta comunicación de ofrecer una biografía, cargada de datos, sino que rememoremos, sucintamente y valorativamente, acudiendo preferentemente a sus propios conceptos, tres aspectos de su personalidad: primero, su dimensión y conciencia literaria, que lo hace el Poeta-Maestro; segundo, su dimensión humana o condición de Poeta-Persona; y tercero, su significación identitaria, en cuanto contribuyó a la construcción del «nosotros» latinoamericano y nicaragüense.

Dimensión y conciencia literaria: el Poeta-Maestro

Rubén fue un creador activo, poseedor de una conciencia poética rigurosa, de una rica y variada cultura, seguro del liderazgo que le correspondió jugar en la renovación literaria finisecular decimonona y del valor de su obra, abriendo horizontes a la literatura en lengua española. De su talante creador, dijo alguna vez de sí mismo:

... delante de la autoridad magistral, delante de los espíritus superiores, soy modesto y respetuoso. Para el elogio y la cen-

⁷ María Salgado, «Literatura y sinceridad en las semblanzas de Rubén Darío». En: *Magazine Modernista*, Revista Digital para los Curiosos del Modernismo, 15/02/2010.

sura ineptos, mi modestia es indiferencia. Para la hostilidad innominable —ejemplo, la expansión inofensiva de un *mufle* gallego que pasta en Córdoba— mi modestia es más alta que Ossa sobre Pelión⁸.

A personalidades de suma valía intelectual, entre los que nuestro poeta distingue a Rafael Núñez en Colombia y Bartolomé Mitre en Argentina, puede llamárseles «maestro». A su juicio, en un país el «maestro» es quien «posee mayor suma de fuerza intelectual, cimentada con la experiencia y coronada por las blancas nieves de Cronos», y valga el símil con la milicia, «son los generales, a quienes los nuevos, los jóvenes de la presente generación, debemos saludar y presentarles las armas»⁹. Rubén era también poseedor de esa cualidad, y en tal medida que difumina fronteras geográficas y traspasa el tiempo que le tocó vivir: el Poeta-Maestro, de suyo, transatlántico y transgeneracional.

«... llevaba en su alma la irremediable y divina enfermedad de la poesía»¹⁰, dice refiriéndose a uno de sus raros, lo que era también su propio padecimiento. Dotado de genio poético, éste fue para él, a una vez, don tortuoso y don salvífico. «La poesía / es la camisa férrea de mil puntas cruentas / que llevo sobre el alma»,¹¹ juzgó. Una conciencia abierta y sensible a las cosas del mundo y el alma, se vierte en versos de esperanza y angustia que buscan la «perfección ideal»¹². Y, como don divino y salvífico, que le impregna de «pasión por el arte»¹³ y por el cual «hacía transformarse el dolor en armonía y le lanzaba en las ondas del viento de las montañas, a juntarse

⁸ E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*. New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1938. p. 120.

⁹ *Ibid.*, p. 65.

¹⁰ Rubén Darío, *Los raros*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Tranvía, 2015. p. 95.

¹¹ Rubén Darío, «Melancolía». En: _____, *Poesías completas*, ed. cit., tomo II, p. 675.

¹² Declaración de principios de la *Revista de América*. Reproducido en el prólogo a la primera edición de *Los raros*. Véase *Los Raros*, ed. cit., p. 49.

¹³ Rubén Darío, *Los Raros*, ed. cit., p. 51.

a los ecos de la voz universal»¹⁴. De ahí su interpretación de los poetas como ángeles caídos amados de Dios¹⁵, «*divinos locos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del arte, que por amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz*»¹⁶.

Se rebeló al «clarín prostituido de la fama fácil»¹⁷ y censuró a quienes —inexpertos a los que cautiva el laurel conquistado por unos pocos— «*pretenden por el peligroso camino de la imitación, llegar a la posesión del arte más elevado*», escamoteando el incesante y necesario estudio¹⁸: «... *para ser decadente como los verdaderos decadentes de Francia, hay que saber mucho, que estudiar mucho, que volar mucho*»¹⁹. «*No creas en la gloria prostituida de las famas ápteras, de las supremacías oficiales*», aconsejaba a su coetáneo el poeta argentino Leopoldo Díaz y recomendándole seguir en la «labor continua» apegado a «la verdadera honradez artística»²⁰.

El imperativo: «¡Poeta!, cultívate a ti mismo»²¹; «Sé tú mismo: esa es la regla»²². La acción creadora de Rubén estuvo, pues, por el contrario, dirigida a la consecución de la original y autenticidad, cuya impronta dejó en sus escritos. «Mi literatura es mía en mí», sentenció en «Palabras Liminares» a *Prosas Profanas* (1896), afirmando su singularidad, y, seguidamente, cuestionando toda actitud de inautenticidad de quienes, yendo tras su estela, pierden el «tesoro personal...»²³. Diez años después lo reafirma en la nota previa a *Opiniones* (1906): «*¡Libertad!, ¡libertad!, mis amigos. Y no*

14 Rubén Darío, *El oro de Mallorca*. Edición y notas de Pablo Kraudy. Managua, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, 2013, p. 69.

15 Rubén Darío, *Los Raros*, ed. cit., p. 106.

16 Ibid., p. 123.

17 Ibid., p. 73.

18 E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 65.

19 Ibid., p. 122.

20 Ibid., p. 82.

21 Ibid., p. 82.

22 Ibid., p. 123.

23 Rubén Darío, *Poesías completas*, ed. cit., tomo I, p. 545.

os dejéis poner librea de ninguna clase»²⁴.

Lo que Rubén rechazaba enfáticamente era la imitación servil y estéril —«*desdoro de la imitación... indigencia del calco*»²⁵—, que hace perder el sello propio. Andrés Bello había ya censurado severamente esa actitud pues exhibe una América «que no sacudido aún sus cadenas» y se arrastra sobre huellas ajenas con «ojos vendados», sin que de ello pueda surgir nada original y característico²⁶. La imitación, en la perspectiva de Rubén, solo es valiosa a condición de que se la convierta en método para alcanzar la expresión original y auténtica en el pensamiento y la cultura, y para ello se hace imprescindible la adopción de una actitud personal y la opción por el discernimiento crítico ante otras expresiones del pensamiento y la cultura, que si bien no deben ser ignoradas, tampoco deben ser ciegamente seguidas. Así, pues, refiriéndose a sí mismo, indicaba:

A cada cual le aprendía lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte, los elementos que constituirían después un medio de manifestación individual. Y el caso es que resulté original²⁷.

Se imita la actitud creadora, no así sus resultados, pues el verdadero artista, abierto a todas las maneras, «*halla la belleza bajo todas las formas*»²⁸.

La simbiosis artista-pensador, poeta-pensador, por la que el pensador y el artista son uno mismo, como, según su parecer, ocurrió en Maurice Maeterlinck y Rémy de Gourmont, también en él se produjo. En virtud de dicha simbiosis, la obra creada, la palabra escrita, no es solo una técnica que representa hechos, sino es una y la misma con emociones y pensamientos que los com-

24 Rubén Darío, *Opiniones*, Managua, Nueva Nicaragua, 1990, p. 43.

25 Rubén Darío, *Tierras solares*. Edición, introducción y notas de Noel Rivas Bravo. Sevilla, Editorial Don Quijote, 1991, p. 85.

26 Andrés Bello, *Antología de discursos y escritos*. Madrid, Editora Nacional, 1976, p. 201.

27 E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 121.

28 Rubén Darío, *Poesías completas*, ed. cit., tomo II, p. 700.

prenden. Y explica Rubén:

El verbo humano y el ritmo divino tienen tal virtud, que no le es posible al artífice más impasible labrar una copa que no esté siempre llena de algo. La copa vacía es imposible. Siempre habrá en el vino de poesía diluido un sentimiento, un pensamiento²⁹.

La sapiencia de creador le induce, además, a advertir a los jóvenes que «*nacen con el divino don de los poetas*», que en esta existencia hay «*muchas serias obligaciones que cumplir, muchas graves tareas que llenar*»:

Primero, es amar la Lira sobre todas las cosas, pues es el regalo de Dios; después, amar el amor y la fe y las rosas y el vino, como el griego Anacreonte y el argentino Guido; coronarse de flores y respetar la gramática; cantar a las hermosas mujeres y ser enemigo de los tontos; tener el arte en su valor supremo y no como asunto de pasatiempo o industria de Mousión; no adular los gustos de la general mediocridad, ni seguir las modas, que tienen la vida de un sombrero de mujer, sino el resplandor del verdadero astro, la religión de la belleza inmortal, la palabra de los escogidos, la barca de oro de los predestinados argonautas. No creas en la gloria que dan los periódicos, ni en las cartas de los maestros vanidosos, ni en los elogios de tus compañeros interesados, ni en las sonrisas que tengas que pagar con aplausos de reciprocidad. No seas *snob*; y con los innovadores o con los estacionarios, lo único que debes hacer es tener talento. No dejes apagar nunca el entusiasmo, virtud tan valiosa como necesaria; trabaja, aspira, tiende siempre hacia la altura. Y si llegas a viejo que tu alma esté siempre florida como en su primavera. «Y todo lo demás es literatura»³⁰.

Su genio trajo consigo, junto a la exquisitez de su obra, senderos que transitar, para lo que hubo una generación dispuesta. «*Sin*

²⁹ Rubén Darío, *Opiniones*, ed. cit., p. 305.

³⁰ *Prólogos de Rubén Darío*. Recopilación, introducción y notas de José Jirón Terán. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2003, pp. 46-47.

Rubén Darío, *ni yo ni muchos otros —aunque lo callemos, mezquinos— seríamos lo que somos...*»³¹, reconoció Rufino Blanco-Fombona en diciembre de 1925.

Dimensión humana: el Poeta-Persona

En verdad, vivo de poesía. Mi ilusión tiene una magnificencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el dinero, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte³².

Con estas palabras Rubén se autodefinía en 1896. Ese «un hombre de arte» no establece aún la ambivalencia —no separación— a que se referirá en «Dilucidaciones» de *El canto errante* (1907): su condición de hombre, inmerso en lo cotidiano, y de poeta, tendiente a la eternidad. Ambas son dimensiones de una y la misma persona; es desde la condición de hombre que se encumbra el poeta, el genio creador que ante la vida, «*la transforma, la sutiliza, la eleva, la multiplica; en una palabra, la diviniza, con su potencia y música interior*»³³.

«... un hombre de arte» es un hombre que, consagrado «*a labor de artífice en medio de la desoladora congelación intelectual que nos rodea*»³⁴, tiene que habérselas con las cosas cotidianas, que ganarse la vida y luchar contra los prejuicios y la indiferencia, que padecer la falta de pan «*ientras derrochan las ilusiones y las esperanzas!*»³⁵, estigmatizado como improductivo y que camina en las nubes. Coordenadas existenciales contrarias, de inminencia y trascendencia, moldean su personalidad.

Rubén, el «hombre de arte», dotado de *daimon*, tuvo que luchar «*contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la*

31 Rufino Blanco-Fombona, *Hombres y libros*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2004, p. 139.

32 E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 121.

33 Rubén Darío, *Todo al vuelo*, ed. cit., p. 63.

34 E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 80.

35 Rubén Darío, *Cuentos completos*. Managua, Nueva Nicaragua, 1990, p. 175.

carne»³⁶, los tres enemigos. Hubo de afrontar la asfixia del entorno, que impide alzar el vuelo con alas propias —»nadie es profeta en su tierra», reza la frase popular—, la dipsomanía, la urgencia de ganarse el pan de cada día; la fuerza arrolladora de la política, que le hizo ver y sentir en más de una vez, por la voluntad de «los fariseos de la cosa pública», la injusticia, la miseria social y moral, los horrores de la guerra. Hubo de afrontar «*la serpiente del Sexo*» que vuelve «eterno prisionero del deseo»³⁷, en cuyo infierno se contienen «*los indomables apetitos y las tormentosas consecuencias del placer*»³⁸. Hubo de afrontar «*la duda, hija del mal y de la muerte*», de respirar sus «nocivos y negros éteres»³⁹, acometidas del demonio al espíritu, que preso «*de vacilaciones o esclavo de la mentira o arrebatado del pecado luciferino, cae también en su infierno*»⁴⁰, del que se defendía buscando «abrevarse en la fuente de la sabiduría bíblica»⁴¹ y cobijarse en el escudo de la plegaria.

Junto con Rufino Blanco-Fombona, digamos, pues, que Rubén «*era de carne y hueso como todos nosotros. No vivía envuelto en una nube, sino mezclándose a la vida impura y a los hombres microscópicos. Hay que hablar de él como de un hombre*»⁴².

A pocos años para fallecer, revaloró su vida. «Viví cara a cara con la pobreza»⁴³, afirma entonces. Apenas adolescente, de escasos quince años, ya sentía la presión de los apuros económicos, «*¿Ha comenzado a golpearme el mundo? Pues bien, ¡adelante! Tengo fuerza para que me lleve el demonio o para que me lleve Dios*»⁴⁴. Pero

³⁶ Rubén Darío, *Historia de mis libros*, ed. cit., p. 85.

³⁷ Rubén Darío, *Los Raros*, ed. cit., pp. 351-352.

³⁸ *Ibid.*, p. 377.

³⁹ E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 65.

⁴⁰ Rubén Darío, *Los Raros*, ed. cit., p. 377.

⁴¹ E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 65.

⁴² Rufino Blanco-Fombona, *op. cit.*, p. 153.

⁴³ Rubén Darío, *Cuentos completos*, ed. cit., p. 377.

⁴⁴ Rubén Darío, Carta a Francisco Castro, 3 de julio de 1882. En: _____, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000, p. 43.

este «vigor de la primera edad», este sentirse con la fuerza necesaria y estar dispuesto a todo, cuando la vida arrecia se vulnera dando paso a la depresión y la soledad, la vacilación y la angustia, a «no tener espíritu tranquilo ni palabra a propósito»⁴⁵, de lo cual sobreviene «el inmenso hastío que ve hasta la misma muerte como un refugio. [...] He estado solo —afirma—, solo completamente, cuando menos debía estarlo. [...] He pensado en los sacerdotes, he pensado en morir —¡que sería lo mejor!»⁴⁶. Premuras económicas, enfermedad, amarguras íntimas y sentimentales, desazones, infortunio, envidia, intrigas, penas morales, envolvieron su vida: toda clase de «perrerías de la vida» y «torturas de ánimo». Si tuvo momentos de profunda depresión y abrumadora soledad, al extremo de la desolación, fueron también esos los momentos en que con mayor ahínco recurrió y sobreestimó la amistad verdadera, para él siempre alentadora. Pero fueron también esos los momentos que hicieron más dramática la sensación de vacío originada por la falta de una familia y la añoranza de la Patria.

Tuvo Rubén un alto concepto de la amistad, una amistad militante que no concebía sin su dosis de nobleza y discreción, de «bondad de hombre sin malos escondrijos»⁴⁷, y que se «demuestra con hechos prácticos y no con palabras húmedas»⁴⁸. «*Todo llamado, como todo bien que se hace noblemente*»⁴⁹. En el seno de la verdadera amistad —que también hubo en torno suyo quienes, con máscara de «amigo», despidieron falsía, envidia y ponzoña—, se lo ha descrito como «un hombre cordial, cordialísimo», en contraposición a la creencia de que su ser-poeta, su intensa sensibilidad

45 Rubén Darío, Carta a Pedro Nolasco Préndez, primera semana, noviembre de 1888. En: _____, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 90.

46 Rubén Darío, Carta a Luis Berisso, primeros meses de 1896. En: _____, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 152.

47 Rubén Darío, Carta a Luis Berisso, 7 de noviembre de 1898. En: _____, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 171.

48 Rubén Darío, Carta a Luis Berisso, primeros meses de 1899. En: _____, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 186.

49 Rubén Darío, Carta a Pedro Nolasco Préndez, 20 de noviembre de 1888. En: _____, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 94.

y los rigores del destino, lo hacían huraño y agrio⁵⁰. La profundidad con que pudo desarrollar este lazo afectivo, naturalmente le llevó a reclamar del infortunio. «*Para mí, el querido amigo no ha muerto... —dice ante el reciente fallecimiento de Pedro Balmaceda Toro— Yo no quiero imaginarme aquella cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario*»⁵¹.

El vacío de familia y la añoranza de patria le infundió sentimientos encontrados: la terrible necesidad que sentía de ellos, y las «tristezas morales» que le acarreaaba su recuerdo. La carencia de familia, de «esas inefables delicias bajo el techo paternal»⁵², de la compañía de alguien que colme sus ideales y reconforte en los momentos de desazón, fue, quizás, el único motivo que le suscitó verdadera envidia. El que haya sido parte sustantiva de su ser el espíritu viajero —»*mi alma de Simbad tiende a buscar siempre horizontes y paisajes nuevos, así fuese fuera del mundo*»⁵³, escribió en 1898, y el 22 de diciembre de 1907, en discurso pronunciado en León de Nicaragua, «yo he navegado y he vivido...»⁵⁴—, no soslayó la nostalgia de patria y el sentimiento de desarraigo concomitante, que le hizo proferir emotivas palabras de desahogo; «Jamás he visto días tan grises como estos días», confiesa, hallándose enfermo, a Luis Berisso, y agrega: «*Jamás he comprendido mejor lo que es la ausencia de la patria, por chica que ella sea. Jamás he creído ser más extranjero*»⁵⁵. Pero, junto a esta, hubo otra respuesta emocional, diametralmente opuesta: «*cada vez que me he acercado a la*

⁵⁰ Véase Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires, Losada, 1943. pp. 357-358.

⁵¹ Rubén Darío, Carta a José Manuel Balmaceda, con fecha 11 de diciembre de 1889. En: _____, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 106. También, Rubén Darío, *A de Gilbert*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1889. p. 190.

⁵² Rubén Darío, *A de Gilbert*, ed. cit., p. 66.

⁵³ E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 196.

⁵⁴ J. B. Prado, *Laurel solariego*. Tipografía Internacional, 1909. p. 290. Transcrito en: Rubén Darío, *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*. Managua, Nueva Nicaragua, 1987. p. 97.

⁵⁵ Rubén Darío, Carta a Luis Berisso, 19 de agosto de 1895. En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 145.

tierra en que nació, fue para padecer», es la confesión desgarrada que hace al poeta Román Mayorga Rivas⁵⁶, él, que conservó el deseo y el empeño de «contribuir en algo al bienestar del país»⁵⁷, y que sintió el retorno al suelo natal «tan sentimental, y tan mental y tan divino»⁵⁸. En fin, la familia y la patria arrancan al ser humano, más que al poeta, un emotivo y dramático corolario: «Todo el mundo tiene una patria, una familia, un pariente, algo que le toque de cerca y que le consuele. Yo nada»⁵⁹.

El ímpetu de joven escritor que muestra en «Las albóndigas del coronel» (1885), firme y seguro de sus aspiraciones, lo hacía decir: «Cuando y cuando que se me antoja he de escribir lo que me dé mi real gana; porque a mí nadie me manda, y es muy mía mi cabeza y muy mías mis manos»⁶⁰. Este frenesí chocará no solo con una realidad que impone obligaciones que no le satisfacen, sino que además con la incompreensión, la envidia y el desdén. En Chile y Argentina tuvo que escribir «prosa prosaica todos los días», «de la más prosaica e imbécil especie», aunque no fuese de su gusto, pero eran, como las llamaba, sus páginas «alimenticias», por las que «¡ganamos algo! ¡Uh! ¡Alguito!»⁶¹, y a veces, además de ser ultrajado con la mutilación de algún artículo, ni le pagaban, lo cual motivó su protesta en diversas ocasiones. «¡No soy sino un colaborador que vende su obra como un fabricante cualquiera!», dice a su amigo Julio Piquet,

⁵⁶ Rubén Darío, Carta a Ramón Mayorga Rivas, febrero de 1896. En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 150.

⁵⁷ Véanse sus cartas a Vicente Navas (2 de octubre de 1882), Juan J. Cañas (25 de marzo y 16 de julio de 1887), Roberto Sacasa (22 de marzo de 1893). En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., pp. 45, 68, 115.

⁵⁸ Rubén Darío, «Retorno». En: *El viaje a Nicaragua e Intermexzo tropical*, ed. cit., p. 175.

⁵⁹ Rubén Darío, Carta a Julio Piquet, 29 de noviembre de 1913. En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 374.

⁶⁰ Rubén Darío, «Las albóndigas del coronel». En: Rubén Darío, *Cuentos completos*, ed. cit., p. 85.

⁶¹ Rubén Darío, Cartas a Narciso Tondreau y a Luis Berisso, 7 de marzo de 1888 y 1 de diciembre de 1895, respectivamente. En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., pp. 86 y 148.

entonces Secretario de *La Nación*, pidiéndole intervenga para que se haga efectiva la remuneración de sus trabajos⁶².

Puede afirmarse, en general, que Rubén era —como poéticamente dijo de sí mismo Antonio Machado—, en el buen sentido de la palabra, un hombre bueno⁶³. Bueno y sincero. En su alma, siempre sedienta de tranquilidad y amor, no cabía egoísmo ni envidia, mezquindad ni maledicencia. «*No me burlo —decía— de los que no se burlan de mí; no ofendo a nadie sin motivo*»⁶⁴, palabras éstas en las que conjuntamente expresa su apego, en el orden moral, a la regla de oro. Pero esto no significa que no haya tenido arranques de ira cuando se sintió ultrajado: tal fue su sentimiento cuando, con Narciso Tondreau y Coraro, dos de sus amigos chilenos que como él afrontaban la situación de escritor en oficio de reportero, fueron llamados «en un periodiquillo de Santiago [...] aventureros y ganapanes de la prensa». En carta al primero, afirma: «*Nos ladra [...] Quisiera saber quién es ese discípulo de Figueroa, para decirle: ¡Bruto, bestia, animal, caballo, burro! Y no más*». Y agrega: «*ande usted con bastón, para que cuando sepa quién es el que nos ha insultado, torpemente, estúpidamente, asnalmente, le dé dos palos: uno por usted y otro por mí*»⁶⁵.

Vargas Vila, seguramente recordando los versos de Salvador Díaz Mirón, escribió refiriéndose a él: «*Nunca un alma más pura se albergó en un cuerpo más pecador, sin mancillarse; era como un rayo de estrella reflejado en el fondo de un pantano*»⁶⁶. El mismo Rubén lo sintió así, y en su exégesis a *Cantos de vida y esperanza* lo comenta

⁶² Rubén Darío, Carta a Julio Piquet, 20 de mayo de 1898. En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 169.

⁶³ Antonio Machado, «Retrato». En: *Antología comentada*. Selección, introducción y notas de Francisco Caudet. Madrid, Ediciones de la Torre, 1999. I. Poesía, p. 144.

⁶⁴ Rubén Darío, Carta a Fidelina Santiago, 5 de abril de 1884. En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 48.

⁶⁵ Rubén Darío, Carta a Narciso Tondreau, 7 de marzo de 1888. En: Rubén Darío, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, ed. cit., p. 86.

⁶⁶ José María Vargas Vila, *Rubén Darío*. Madrid, V. H. Sanz Calleja, 1917. p. 151.

evocando al poeta de «rudas estrofas»⁶⁷: «He cruzado por lodazales. Puedo decir, como el vigoroso mejicano: ‘Hay plumajes que cruzan el pantano / y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!’»⁶⁸.

Darío era, recuerdan estos, frágil, cuasi niño que demandaba protección, pero también, y por lo mismo, embaucable, lo que sufrió, entre otros, a manos de sus editores. Su genio, que le dio la reputación de «óptimo poeta», a quien el brasilero Elisio de Carvalho llama en 1906 «el príncipe de los poetas de la lengua castellana», lo expuso también al exhibicionismo y la falsía de una abigarrada y grotesca corte de aduladores.

Vargas Vila y Blanco Fombona, quienes tuvieron con Rubén vínculos de amistad, distanciamiento y rivalidades, y externaron palabras de reproche y censura que rayan en injusticia e intolerancia, al referirse a algunos matices de su carácter y conductas «políticas», también reconocieron sus virtudes de amigo y maestro lírico. Era fraternal, bueno, comprensivo y tolerante. Era de la opinión de que, «sin comprensión, todo es comedia o engaño»⁶⁹. Rufino Fombona dice de él: «Jamás he visto hombre menos pedante, ni menos envidioso»⁷⁰, y cuando llegaba a sentir antipatía por alguien, como sucedió con Enrique Gómez Carrillo, agrega, era «incapaz de un odio ceñudo, [Rubén] no se atreve a desear para su adversario todo el mal que pudiera»⁷¹.

Significación identitaria

En Rubén hubo la preocupación por la identidad del pensamiento y la cultura americana, que pasa, inevitablemente, por la cuestión relativa a la integración de los países de nuestra América

⁶⁷ Rubén Darío, «Salvador Díaz Mirón», 1890. Incluido en segunda edición de *Azul...* En: Rubén Darío, *Poesías completas*, ed. cit., Tomo I, p. 540.

⁶⁸ Rubén Darío, *Historia de mis libros*, ed. cit., p. 95.

⁶⁹ Rubén Darío, *Todo al vuelo*, ed. cit., p. 118. También: *Prólogos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 167.

⁷⁰ Rufino Blanco-Fombona, op. cit., p. 145.

⁷¹ *Ibid.*, p. 151.

y de su porvenir. En él, el espiritualismo deriva una posición cultural e identitaria.

Consecuentemente, la imitación en el pensamiento, en la política, e inclusive en los usos y costumbres, constituyó un punto de la crítica rubendariana. «Y América imita y sigue todo lo europeo...»⁷², adujo; «... *la civilización europea está con nosotros. Hemos copiado desde la Revolución Francesa hasta el café cantante*»⁷³. América ha seguido el cauce español, el cauce francés; las ideas alemanas no han encontrado buen terreno en el continente, con la excepción, en alguna medida, de Chile⁷⁴. Simultáneamente, con la imitación de todo lo europeo, «nos inoculamos la enfermedad de allá»⁷⁵.

Artes, modas, usos; también en lo que refiere a la ideología política y el orden social: ideologías que nutren a movimientos sociales, como el anarquismo, o ideas que propician un «acrecentamiento del militarismo» y hasta una «moral a uso de los tiranos se ha implantado» en ciertos gobiernos. Sin embargo, tuvo la convicción de que la tendencia es a que éstos caigan ante el «impulso del pensamiento nuevo, de la mayor cultura, de la dignidad humana»⁷⁶.

La visión rubendariana de América se conecta con el desenvolvimiento de la ideología de la latinidad. Dicha ideología ganó permanencia en nuestro suelo debido a la conmoción que produjo en la conciencia continental el expansionismo estadounidense. A través de ella se operó la revaloración de los valores propios que el positivismo consideró defectos: «*Nosotros somos latinos por las ideas, por la lengua, por el soplo ancestral que viene de muy lejos*»⁷⁷,

⁷² E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 77.

⁷³ *Ibid.*, p. 24.

⁷⁴ Rubén Darío, *La caravana pasa*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Travia, 2000-2005. Libro IV, pp. 127-133.

⁷⁵ E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 77.

⁷⁶ Rubén Darío, *La caravana pasa*, ed. cit., Libro IV, pp. 134-135.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 138.

afirmó en *La caravana pasa*, y en *Parisiense*, «nosotros, los que nos regodeamos de latinidad y de la Loba y de la herencia griega...»⁷⁸; y en «La fiesta en Francia», crónica publicada en *La Nación* el 14 de julio de 1898, dicha identificación se explicita, además, en las situaciones de derrota o decadencia de las naciones europeas que integran esa comunidad:

Yo soy de la raza en que se usa el yelmo del manchego y el penacho del Gascón. Yo soy del país en donde un grupo de ancianos se sientan cerca de las puertas Sceas, a celebrar la hermosura de Helena con una voz «lilial», como dice Homero; yo soy de los países pindáricos en donde hay vino viejo y cantos nuevos; yo soy de Grecia, de Italia, de Francia, de España. Y cuando España está abatida y veo apagado su esplendor antiguo, rotas sus armas, secas las mamas que alimentaron el mundo en que he nacido, vacilante la corona que ilustraron cien capitanes y celebraron cien poetas, estoy triste, muy triste; cuando Grecia cae, padezco; y cuando Italia sufre, sufro; y cuando Francia, la reina Francia, está de fiesta, canto con ella⁷⁹.

En este contexto, la relación entre la América sajona y la América latina pasa a ser un problema de primer orden, respecto del cual indicaremos tres de los aspectos que Rubén se ocupa. El primero destaca los caracteres de ambas, no solo como diferente⁸⁰, sino como opuestos. La preeminencia del utilitarismo en una, país de calibanes cuyo ideal está circunscrito «a la bolsa y a la fábrica», al culto del *dólar*, y que busca frente a la otra América, no solamente influencia, sino dominación: «¡Falsos predicadores de paz y de concordia!»⁸¹, «soberbios cultivadores de la fuerza» empeña-

⁷⁸ Rubén Darío, *Parisiense*. Madrid, Librería de Fernando Fe, [1907], p. 237.

⁷⁹ Rubén Darío, *Prosa dispersa*. Madrid, Mundo Latino, 1917, pp. 128-129.

⁸⁰ Rubén Darío, *La caravana pasa*, ed. cit., Libro IV, p. 150.

⁸¹ Rubén Darío, *Escritos políticos*. Selección, estudios y notas Jorge Eduardo Arellano y Pablo Kraudy Medina. Managua, Banco Central de Nicaragua, 2010, p. 288.

dos en «rehacer el mundo a su imagen y semejanza»⁸². En América Latina, en cambio, prevalece la idealidad y el espiritualismo — «*nuestro espíritu abierto y generoso*»⁸³, Ariel—, de lo que resulta una explícita declaración de autoconciencia cultural: no es tan solo en la abundancia de los bienes y las rentas que se indica la prosperidad de una nación, sino también en el ascenso en la escala de la cultura y la humanidad. De ahí que al «*slogan fanfarrón de Monroe*», oponga el ecuménico «*América para la humanidad*» de Roque Sáenz Peña y la exigencia de luchar y trabajar para que la Unión Latinoamericana no siga siendo una «fantamorgana del reino de Utopía»⁸⁴.

El segundo, pone de relieve el carácter antagónico que ha dominado las relaciones entre ambas secciones continentales, que le hace concluir en 1892: «las dos razas jamás confraternizarán»⁸⁵. Desde mediados del siglo XIX, la actitud de los intelectuales hispanoamericanos respecto de Estados Unidos, junto a la admiración y constante comparación que les inspiró su imagen de liberalismo y progreso, fue del alerta y desconfianza debido a la política expansionista del país del norte, el futuro invasor. «*Desconfiemos, hermanos de América, desconfiemos de esos hombres de ojos azules que no nos hablan sino cuando tienen la trampa puesta*»⁸⁶, dice Rubén, y agrega:

Quiere comprar a Cuba y descuartizar a Nicaragua.
 '¡Anexión!' dicen por allá; «¡Canal!» exclaman por aquí.
 Anexión nunca. Lo que se sueña es Cuba de Cuba: ni de España, ni del yankee, y si ha de ser de alguien, que sea de España. Canal, magnífico. Sin que se les deje tomar un dedo de la mano, porque si toman el dedo se llevarán todo el cuerpo. Son ruedas dentadas. Y en cuanto a las relaciones

82 Rubén Darío, *La caravana pasa*, ed. cit., Libro IV, p. 63. Darío cita al periodista británico William Thomas Stead, autor de *The Americanization of the world or The trend of the twentieth century* (1902).

83 Rubén Darío, *La caravana pasa*, ed. cit., Libro IV, p. 137.

84 E. K. Mapes, *Escritos inéditos de Rubén Darío*, ed. cit., p. 161.

85 Rubén Darío, *Escritos políticos*, ed. cit., p. 287.

86 *Ibid.*, p. 287.

diplomáticas con el monstruo, siempre gran tiento. [...] Y hay que recordar que en la historia de la diplomacia americana, no ha brillado nunca la buena fe ni la cultura moral. Y nada de tratados de reciprocidad, con quien al hacer el tratado nos pone la soga al cuello⁸⁷.

El tercer aspecto apunta a una crítica implícita del proyecto liberal decimonono, que aspiró a construir un ideal compensatorio de la América latina siguiendo miméticamente rasgos de la América sajona. Rubén, en cambio, anhela entre ambas partes continentales una época de acercamiento y entendimiento cordial, de relaciones y paz fecundas, forjadora de una «cultura nueva». Esta complementariedad la pone de manifiesto, en lectura inversa, al indicar que «el país de Calibán busca también las alas de Ariel»⁸⁸, pero se trata de una representación compensatoria que en todo caso «no podría ser durable», puesto que no es, si es que lo pareciera, una asimilación recíproca de valores compensatorios, lo que sería, al final, el verdadero ideal en trasfondo, el alcance de la proporción y la medida entre ambos platos de la «balanza americana». En 1889, en camino de su reafirmación del esfuerzo del espíritu de la latinidad ante el creciente temor engendrado por la expansión y poderío estadounidense, había indicado poéticamente:

*América contempla su espléndido destino.
Si el Norte es fuerte brazo, agregará el latino
a un brazo un corazón*⁸⁹,

anhelo de unidad y concordia continental al que vuelve más incisivamente en 1915, ante los horrores de la guerra europea:

*Y pues aquí está el foco de una cultura nueva
que sus principios lleva desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la Unión viva que el nuevo triunfo lleva;
The Star Spangled Banner, con blanco y azur...*⁹⁰

87 Ibid., p. 289.

88 Rubén Darío, *La caravana pasa*, ed. cit., Libro IV, p. 138.

89 Rubén Darío, «El salmo de la pluma». En: _____, *Poesías completas*, ed. cit., tomo II, p. 909.

90 Rubén Darío, «Pax». En: _____, *Poesías completas*, ed. cit., tomo II, p. 1126.

Pero esto, como puntualizó Leopoldo Zea, no pasa de ser un ideal, una «hermosa utopía», puesto que lo cruza el problema de los supuestos bajo los cuales se realice tal unión, de a quien corresponda el rol hegemónico⁹¹. Y la América sajona continúa en su expansión mientras la América nuestra persiste en su proyecto de libertad.

Concluamos con las palabras-reconocimiento de Justo Sierra en el prólogo a *Peregrinaciones*: «Los poetas deben servirse de su lira para civilizar...»⁹², y Rubén así lo hizo.

Transcurridos cien años de su fallecimiento, *honor a quien honor merece*.

Bibliografía

BELLO, Andrés (1976). *Antología de discursos y escritos*. Madrid, Editora Nacional.

BLANCO-FOMBONA, Rufino (2004). *Hombres y libros*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

DARÍO, Rubén (2000). *Cartas desconocidas de Rubén Darío*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.

_____ (1990). *Cuentos completos*. Managua, Nueva Nicaragua.

_____ (2013). *El oro de Mallorca*. Edición y notas de Pablo Kraudy. Managua, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua.

_____ (2010). *Escritos políticos*. Selección, estudios y notas Jorge Eduardo Arellano y Pablo Kraudy Medina. Managua, Banco Central de Nicaragua.

_____ (1987). *El viaje a Nicaragua e Intermexzo tropical*. Managua, Nueva Nicaragua.

⁹¹ Leopoldo Zea, «Las dos Américas». En: *Cuadernos Americanos*, marzo-abril, 1944, pp. 7-20.

⁹² Rubén Darío, *Peregrinaciones*. París, Librería de la V^{da} de Ch. Bouret, 1915, p. 19.

- _____ (1988). *Historia de mis libros*. Managua, Nueva Nicaragua.
- _____ (2000-2005). *La caravana pasa*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Tránvia. (4 tomos).
- _____ (2015). *Los Raros*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín, Tránvia.
- _____ (1950). *Obras completas*. Madrid, Afrodisio Aguado. (5 tomos).
- _____ (1990). *Opiniones*, Managua, Nueva Nicaragua.
- _____ [1907]. *Parisiana*. Madrid, Librería de Fernando Fé.
- _____ (1915). *Peregrinaciones*. París, Librería de la V^{da} de Ch. Bouret.
- _____ (1967). *Poesías completas*. Madrid, Aguilar. (2 tomos)
- _____ (1917). *Prosa dispersa*. Madrid, Mundo Latino.
- _____ (1912). *Todo al vuelo*. Madrid, Renacimiento.
- FIGUEROA, Pedro Pablo (1900). *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*. Santiago de Chile, Imprenta Moderna.
- KRAUDY, Pablo (1999 y 2002). «Visión dariana de América». En: *Lengua*, Boletín de la Academia Nicaragüense de la Lengua, núm. 19, julio, pp. 29-50. También en: *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, Revista de la Biblioteca «Roberto Íncer Barquero» del Banco Central de Nicaragua, núm. 114, enero-marzo, pp. 97-118.
- MAPES, E. K. (1938). *Escritos inéditos de Rubén Darío*. New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos.
- Prólogos de Rubén Darío* (2003). Recopilación, introducción y notas de José Jirón Terán. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.
- SALGADO, María (2010). «Literatura y sinceridad en las semblanzas de Rubén Darío». En: *Magazine Modernista*, Revista

Digital para los Curiosos del Modernismo, 15/02.

SELVA, Salomón de la (1957). *Evocación de Píndaro*. México.

VARGAS VILA, José María (1917). *Rubén Darío*. Madrid, V. H. Sanz Calleja.



Darío rodeado de amigos y discípulos (Madrid, abril de 1899)

DARÍO: ANTÓLOGO DE SÍ MISMO

(Introducción a Rubén Darío: *Antología poética*.
Managua, Banco Central de Nicaragua, 2016)

Jorge Eduardo Arellano

ENDOS oportunidades, ambas en España, Rubén Darío seleccionó su obra. La Librería de los Sucesores de Hernando, en Madrid, 1910, fue la editorial que acometió —sin calidad tipográfica— ese intento. *Obras escogidas* era su título y consistía en tres volúmenes. El primero no era de Darío, sino de Andrés González Blanco (1886-1924), crítico peninsular y desmesurado admirador del gran poeta: *Estudio preliminar*, de CDXLIV páginas, se titulaba. Un segundo volumen, de 317 páginas, ofrecía una muestra mínima de poemas (4 de *Azul...*, 14 de *Prosas profanas* y 35 de *Cantos de vida y esperanza*) y el tercero, de 397 páginas, contenía fragmentos de su prosa.

Al parecer, Darío no tuvo más intervención en ellos que la de «mal vender» la edición, junto con su piano, para «poder hacer frente a la situación». ¿Cuál? La precaria, económicamente hablando, de su cargo como ministro residente de Nicaragua ante el rey de España Alfonso XIII. Así lo comunicaría su autor desde Madrid en carta del 12 de enero de 1909 a Santiago de Argüello, en León.

La segunda oportunidad, completamente exitosa, data de 1914. A mediados de ese año, la Biblioteca Corona, de Madrid, editó *Canto a la Argentina y otros poemas*, el último poemario de Darío, quedando este muy satisfecho. Ya se había trasladado el poeta de París a Barcelona por motivos de salud y financieros. Pues bien, Ramón Pérez de Ayala y Enrique de Mesa —fundadores de la Biblioteca Corona— ofrecieron a Darío una selección de su obra poética, por la cual le pagaron dos mil francos. A pesar de su mala salud, Darío se dio a la tarea de escoger la mejor de su producción en verso.

De esta manera concibió su autoantología, bajo el título de *Obra poética*, en tres volúmenes: *Muy siglo XVIII*, *Muy antiguo y muy moderno* e *Y una sed de ilusiones infinita*, publicados respectivamente en 1914, 1915 y 1916. Sus títulos procedían de la tercera estrofa del primero de los *Cantos de vida y esperanza*: «Yo soy aquel que ayer no más decía»:

*y muy siglo dieciocho y muy antiguo
y muy moderno, audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo
y una sed de ilusiones infinita.*

Dicho poema aparece en el primer volumen con el título «Preludio». Se trata, como lo ha valorado la crítica, del más grande biopoema de la lengua. Sin disfraz alguno, en sus versos Darío se autoconfiesa y autorretrata, examina y proclama su estética, equiparando la pureza del arte a Cristo, actitud que calificaron de «sacrílega» críticos de manual. Además, reafirma su alma *sentimental, sensible, sensitiva*.

La edición fue lujosa, impresa por Blass & Compañía, en papel vergé: a dos tintas, con mayúsculas decoradas y ribetes de color en cada página, más un formato poco común: 20x25cm. El colorido de cada volumen es distinto: rojo en el primero, morado en el segundo y verde en el tercero. Además, los volúmenes contienen ilustraciones del artista español Ángel Vivanco, todos de gusto versallesco y motivos arcádicos. El chileno Julio Saavedra Molina, al describir y valorar esta *obra poética*, afirmó: «*Rica fuente de armonías y de hallazgos verbales son de suyo y siempre muchos versos de Darío que tienen la virtud de aparecer nuevos en cada nueva lectura, como Venus surgiendo de la onda. Y mayormente si los realza el arte editorial*».

Ciento cincuenta poemas integró Darío a la selección de sí mismo. Al respecto, Molina acotó: «No contienen poemas nuevos; no son más que una nueva agrupación, un tanto caprichosa, de los mejores poemas de cinco de sus libros anteriores». A saber: 44 de *Prosas profanas y otros poemas* (1896, 1901), 55 de *Cantos de vida y esperanza* (1905), 35 de *El canto errante* (1907), 9 del *Poema del otoño y otros poemas* (1910) y 7 del *Canto a la Argentina y otros*

poemas (1914). Como se ve, Darío prescindió de las tres ediciones de *Azul...* (1888, 1890 y 1905), resultando un poco rígido. ¿Acaso su «sed de ilusiones infinita» se manifestaría a partir de *Prosas profanas*? Igualmente, se olvidó de textos significativos como «A Colón» (una anti-oda y un cuestionamiento a la herencia española de las repúblicas latinoamericanas), «A Roosevelt» (un clamor continental), «Salutación al águila» (canto a la concordia entre las dos Américas) y «Allá lejos» (evocación de la tierra natal y sus paisajes tropicales).

No obstante, el capitán del modernismo hispánico desplegó a su gusto los valores de los cinco libros citados. En primer lugar, de *Prosas profanas* y *otros poemas*: el poemario en lengua española más señero del siglo XIX, en virtud de su prodigiosa renovación del instrumento expresivo, logros léxicos, rítmicos, versificatorios, plásticos y musicales; toda una concertación artística y armónica, poseída de gracia y vitalidad, «erotismo poderoso, melancolía viril, pasmo ante el latir del mundo y del propio corazón, y conciencia de la soledad humana ante la soledad de las cosas», como advirtió Octavio Paz en su momento.

En segundo lugar, de *Cantos de vida y esperanza*, el *opus rotundum* de su autor y uno de los libros forjadores del siglo XX: organizado y orgánico, unitario y heterogéneo, cimero e intimista, donde vibra la concepción del arte y la poesía como superior destino, la identidad latina, una acendrada hispanofilia y la protesta antimperial; además de sus básicas motivaciones poéticas: confesionalidad desgarrante, angustia existencial, erotismo trascendente y sincretismo religioso. En fin, un orbe humano que abarca el optimismo esperanzador y el pesimismo trágico, la fe cristiana y la duda, la alegría y el desamparo, la proclamación de la vida y el pavor de la muerte.

El tercero, los valores de *El canto errante*: una renovada reiteración de temas ya abordados: el ímpetu de viajar y los paisajes, la naturaleza americana, la actitud moral, civil, política; los juegos intelectuales y verbales, los medallones literarios, la exaltación del arte, el esteticismo, la introspección, el desahogo erótico, el sentimiento de la temporalidad, la filosofía de la vida, la incertidum-

bre angustiada, la inquietud esotérica, entre otros. Al mismo tiempo, en esta colección multiforme predomina la experiencia cosmopolita e itinerante que proclamaría y practicaría —años después— la vanguardia europea, la lírica coloquial que asumiría como norma directriz la postvanguardia hispanoamericana y la enumeración caótica.

Y en cuarto y quinto lugar, los del *Poemas del otoño y otros poemas*: un dechado más de heterogeneidad, en el que se impone la lírica desnuda como la que deseaba Juan Ramón Jiménez; y los del *Canto a la Argentina y otros poemas*: un logro de la apoteósica épica urbana a través del fervor a la república argentina, nación a la que Darío consideraba su *patria intelectual*.

El máximo valor de la autoantología de Darío radica en que refleja la conciencia literaria de su autor al elegir los títulos definitivos de cada volumen y, rigurosamente, los textos poemáticos, de acuerdo con su propio orden que él legaba a la posteridad. Muy poco poetas de la lengua han tenido esa suerte. Por lo demás, la antología se editó por primera vez en 1967, en el marco del centenario natal del bardo, por la Comisión Nacional establecida al respecto y con una antología complementaria de poemas darianos seleccionados por Pablo Antonio Cuadra y de Eduardo Zepeda-Henríquez.

Tres veces más, ya en el siglo XXI, la difundieron en Nicaragua la Fundación UNO (*Darío por Darío*) en 2001; en Barcelona la Editorial Lumen, preparada por Alberto Acereda, en 2011 (*Y una sed de ilusiones infinita*); y en México, D.F., por Joaquín Ortiz, a cargo de Ricardo Llopesa, en 2013 (*Antología personal*).

Esta antología toma en cuenta el criterio editorial de las precedentes en el sentido de modernizar la grafía del texto, sustituyendo por letras minúsculas las mayúsculas al inicio de verso en cada poema y corrigiendo erratas, por ejemplo «Clebia» por *Clelia*, «Anadiódema» por *Anadiómena*, «broma» por *brama* (en «Metempsícosis») y «Miguel Estrada» por *Miguel Escalada*. Asimismo corrige «campanas» por *campanadas* en el último verso de «La dulzura del ángelus», de acuerdo con su manuscrito, como lo ha demostrado Ernesto Mejía Sánchez; fijación textual que divulgó

en varias ocasiones, siendo una de ellas la aparecida en *Nuevo Amanecer Cultural* del 4 de noviembre de 1989.

Y una sed de ilusiones infinita aporta también la datación de una buena parte de los poemas —una datación lo más precisa posible— y una antología complementaria integrada por sesenta poemas. Figuran entre ellos, por ejemplo, algunos muy celebrados y recitados de su adolescencia, como «La cabeza del rawí»; los más emblemáticos de *Azul...*, otro igualmente conservado en la memoria de nuestros escolares —me refiero a «Del trópico»— y ese gran poema inspirado por la naturaleza americana, «Tutecotzimí», en el cual Darío postula el mito de la democracia indígena. Una democracia anunciada a través de un gobernante civil, poeta y pacifista, elegido por el pueblo que conduce a una doble victoria: contra la tiranía y el militarismo.

Finalmente, se inicia esta antología poética con la reproducción del manuscrito —perteneciente al Banco Central de Nicaragua— de un poema inédito de Darío, «Huitzilopochtli». Lamentablemente, la grafía confusa de dos palabras ha impedido una transcripción completa y correcta. La que hemos realizado —Helena Ramos y yo— coloca entre corchetes e interrogaciones las palabras aproximadas. Con su título ya indicado y firma de Rubén Darío, es la siguiente:

*Géstanse raros, agónicos
[¿rostros?] de ángeles mórbidos,
atávicos amaneceres, y más
tristes vésperos, acechan a
humanas razas, herencias
del original pecado.*

*Limpias de culpas, en cambio,
de abuelos pretéritos, las [¿mágicas?]
almas, desfilan al peso de rancios
blasones, lavando con llantos,
la grávida senda, que lleva
al ocaso, a la estirpe azteca,
de Huitzilopoch-tli.*

Más (sic) no todo es triste,

*ni mazas en ristre,
por que (sic) allá en Tenoch,
en verde nopal,
un águila roe,
las sierpes entrañas,
señalando el sitio,
de su fundación, mientras
llega el día, que perfilan
sombras, en sacras banderas
la celeste lucha...
de cósmicas eras!!*

Huitzilopxtli —dios azteca de la guerra— llamó mucho la atención de Darío en sus últimos años. Basta citar su famoso cuento con ese título publicado en *La Nación* el 5 de junio de 1914 y la referencia a él en su «Ode à la France», para el quinto centenario del Comité France-Amérique, 25 de junio de 1914, y publicada en *Mundial Magazine* (agosto del mismo año) con una traducción española e ilustraciones de Basté. Su autor la incluyó en *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914) bajo el título de «France-Amérique». La alusión a la deidad mesoamericana dice: *Là-bas, dans l'épouvante et l'injure et la haine, / les chasseurs de la mort ont sonné l'hallali, / et de nouveau soufflant sa venimeuse haleine / on croirait voir la bouche d'Huitzilopxtli*, es decir, literalmente en español: *Allá, en el horror y la injuria y el odio / los cazadores de la muerte han tratado el «halali» / y soplando otra vez su venenoso aliento / se creería ver la boca de Huitzilopxtli.*

En cuanto a la fecha de redacción del poema inédito transcrito debe ubicarse hacia 1914.

LA EXCELENTE E IMPRESCINDIBLE EDICIÓN DE LOS RAROS DE GÜNTHER SCHMIGALLE

Carmen Ruiz Barrionuevo
Universidad de Salamanca

AL ABORDAR la obra de Rubén Darío, muy en especial la prosa, todos los que la manejamos con frecuencia advertimos las dificultades que presentan las ediciones, empezando por las obras completas y siguiendo por las ediciones aisladas. Así como la poesía encontró pronto en el trabajo de Ernesto Mejía Sánchez, un especialista preocupado por fijar las lecturas de los poemas, no ha sucedido lo mismo con la prosa, y no solo porque sea menos leída, sino porque también presenta más dificultades de acceso y de ediciones, si excluimos los cuentos que aparecen en *Azul...* Pensemos incluso en la cantidad de textos que todavía sabemos que se encuentran dispersos en periódicos y de los cuales el mismo crítico, Günther Schmigalle, que ha sacado a la luz esta edición de *Los Raros* ha realizado un importante volumen. La interrupción, que yo sepa, hace unos años, de la edición de las obras de Darío que iban a publicarse en Círculo de Lectores da prueba también de las dificultades. Solo llegó a salir la poesía. Y eso que siempre se pensó que un trabajo así tendría que ser ocupación de un equipo de especialistas, como se había proyectado en este caso, pero en la realización de un trabajo de esta magnitud incide también la falta de presupuesto institucional en estos tiempos de crisis.

La prolongada e insistente labor de Günther Schmigalle, el autor de la edición crítica de *Los Raros* a la que vamos a referirnos, tiene ya amplia trayectoria en el ámbito dariano. Schmigalle dio comienzo su trabajo con las ediciones críticas, introducción y notas de las compilaciones de *La caravana pasa*, apareciendo el *Libro primero* en 2000, y luego el *Libro tercero* (2001), *Libros cuarto y quinto* (2004) y el *Libro segundo* (2005), con lo que se completó la serie. Después aparecieron las *Crónicas desconocidas* (2006) y ahora *Los Raros* (2015). Todas las ediciones se realizan en coedi-

ción con la Academia Nicaragüense de la Lengua en Managua y Edition Tranvia, Verlag Walter Frey en Berlín.

Que el proyecto era de gran magnitud, lo manifestó el propio crítico al presentar las *Crónicas desconocidas* donde explicaba que el punto de partida del proyecto «Las crónicas desconocidas de Rubén Darío» fue la edición crítica de *La caravana pasa* que estaba realizando desde el año 2000 con el apoyo de la Academia Nicaragüense de la Lengua. Fue en el desarrollo de esa investigación cuando al buscar la versión original de las crónicas de *La caravana pasa*, se encontró «con dos sorpresas». La primera que en *La Nación* de Buenos Aires se encuentran todavía muchas crónicas de Darío que nunca se publicaron en ningún libro y la segunda sorpresa era la convicción de que las crónicas de Rubén Darío podrían tener lectores en esta época nuestra, no eran textos fosilizados en el tiempo. Schmigalle hablaba de «la persistente resonancia actual de estas páginas» y anunciaba la publicación de «cincuenta y tres de ellas que vieron la luz en el gran diario bonaerense entre los años 1901-1906». Y de nuevo, como en los trabajos que había sacado anteriormente, indicaba que «*El propósito de nuestra edición crítica y anotada es, por un lado, ofrecer un texto fiel y exacto de las mismas, y, por el otro, facilitar una lectura profunda de estos textos, por medio de la identificación de las citas, alusiones, referencias y contenidos sumergidos que son como las garras del león dariano*» (<http://istmo.denison.edu/n08/articulos/dario.html>).

Propuesta crítica

A fines del año pasado, 2015, apareció su investigación sobre *Los Raros: Rubén Darío, Los Raros*, Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle, estudio preliminar Jorge Eduardo Arellano, Berlín, Edition Tranvía /Verlag Walter Frey, 2015, 454 pp. De nuevo, el autor la plantea como una edición crítica, consciente de que, aunque se ha reimpresso varias veces basándose en la 2ª edición que se consideraba definitiva, «*el texto ha quedado más o menos corrupto durante el proceso ya que cada editor reproducía fielmente los errores tipográficos introducidos por el anterior, agregaba los suyos propios, o incluso los corregía de acuerdo a sus preferencias personales y el 'sentido común'*». En esa situación al autor del trabajo

le ha parecido lo mejor «y más interesante e incluso necesario volver a los textos originales, y acercarnos en la medida de lo posible a lo que Darío escribió realmente» (p. 9), por lo que se decide a volver a las crónicas que generaron y originaron el libro, es decir, a los textos tal y como fueron publicados en el soporte de periódico: «Por eso, los textos que presentamos, y el orden en que los presentamos, corresponden a los artículos periodísticos o ‘crónicas’, tal y como se publicaron inicialmente en la prensa de la época. Casi todos, con solo dos excepciones, vieron la luz en La Nación de Buenos Aires, entre el 20 de agosto de 1893 (crónica sobre Georges d’Espèrès) y el 18 de abril de 1901 (crónica sobre Paul Adam)» (p. 9).

Hasta aquí la propuesta crítica entra dentro de la lógica más rigurosa, sin embargo a continuación manifiesta lo siguiente: «El orden en que los presentamos [los artículos] corresponde a su orden cronológico de publicación. Mantenemos los títulos periodísticos originales, lo cual permite entre otras cosas, determinar cuándo y de qué manera la serie llamada «Los Raros», precursor del libro, surgió de la mente de Darío». Tal proceder resulta de una coherencia muy evidente ya que acude a la primera versión de cada texto en la imposibilidad de acceder a los manuscritos de Darío que no se conservan. Se sobreentiende aquí la intencionalidad del autor, lo que Schmigalle hubiera deseado, en esa y en anteriores ediciones, es realizar una crítica genética contando con las versiones surgidas de la pluma del poeta. Pero ese proyecto es imposible. El rigor del crítico le lleva a matizar respecto al origen de los textos y establecer una excepción: En el caso del artículo dedicado al conde de Lautréamont no tuvo acceso a la publicación, pues se publicó en otros dos periódicos diferentes, y en este caso elige el texto de la primera edición. En nota, en el lugar oportuno se indica que no se ha visto el artículo original que fue publicado, según parece, en *La Razón* de Montevideo y según Barcia en *Argentina*, el periódico de Alberto Ghirardo. Esta sería la excepción frente al resto de las crónicas.

Aparato crítico riguroso

El aparato crítico es riguroso, se indica que se corrigen los textos en francés, inglés y latín que aparecen con errores en todas

las ediciones, y también los nombres propios y las erratas evidentes. Todos sabemos del gran descuido de las grafías en todos los libros y publicaciones de la época, y no solo de Darío. Los que manejamos primeras ediciones de esos años y posteriores sabemos del descuido con que los propios escritores reflejaban los nombres propios en general y muy especialmente de los autores extranjeros. Estamos entonces ante una verdadera edición crítica pues «En el aparato crítico se identifican las variantes significativas entre la versión periodística de *La Nación*, y las versiones en volumen de los años 1896, 1905 y 1994». Ello, nos dice el autor de la edición, permite ver los cambios del texto «sobre todo cuando Darío, al preparar la segunda edición 'definitiva' de 1905, trata de hacer su texto más accesible, quitarle su carácter periodístico, limar algunas asperezas, moderar algunos excesos de entusiasmo o de rechazo». Si recordamos, en el prólogo a la segunda edición Darío evaluaba el contenido razonando el paso del tiempo:

Hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención. En la evolución natural de mi pensamiento, el fondo ha quedado siempre el mismo. Confesaré, no obstante, que me he acercado a algunos de mis ídolos de antaño y he reconocido más de un engaño de mi manera de percibir.

Restan la misma pasión de arte, el mismo reconocimiento de las jerarquías intelectuales, el mismo desdén de lo vulgar y la misma religión de belleza. Pero, una razón autumnal ha sucedido a las explosiones de la primavera.

El aparato crítico entonces, persigue volver al texto depurado y también a ofrecernos con seguridad la autoría del poeta nicaragüense, pues incluso una edición más reciente, como la de *Los Raros* de Buenos Aires en 1994, presenta eliminado gran parte de la semblanza de Édouard Dubus. La pretensión es ofrecer ahora un texto con garantías de fidelidad al origen y también un texto completo de cada una de las crónicas. Pero como esta es una edición crítica y anotada, como se proponen ser las buenas ediciones críticas, se completa el trabajo, como no podía ser menos, con numerosas notas al pie en las que se identifica: 1) La fuente utilizada y los datos del origen de la primera versión de cada crónica.

Como ya hemos dicho, se trata, en su mayoría, de *La Nación* de Buenos Aires. 2) El cotejo de las lecturas de los textos de las ediciones que han aparecido hasta ahora y que se han considerado definitivas, la primera de 1896, la segunda de 1905, y la edición de Buenos Aires de 1994, aunque se prescinde de la versión de las *Obras Completas* de Darío, tal vez porque refleja la segunda edición. En este apartado es fundamental observar las variantes significativas del texto. 3) Se anotan las fuentes principales de las citas y referencias que aparecen en el texto y que responden a las lecturas de Darío. 4) Se señalan otras fuentes, referencias y alusiones de orden cultural o geográfico. 5) Se examinan las ideas y opiniones expresadas por Darío a la luz del estado actual de las investigaciones acerca de los autores, con lo que podemos ver la actualidad de sus valoraciones. 6) Y por último se retoman y se discuten las interpretaciones realizadas por otros investigadores, sobre todo teniendo en cuenta los estudios que han intentado aclarar en los años trascurridos el autor que se presenta en cada caso.

Orden distinto al de Darío

El apartado bibliográfico que completa el libro y que adjunta Günther Schmigalle no aspira a incluir todos los estudios referentes a Darío, sino que pone el énfasis en los pocos trabajos acerca de *Los Raros* y en los libros usados por Darío que se han ido destacado previamente en las notas.

Cosa importante, yo diría que decisiva, tal y como lo explica el crítico en su prólogo, es el orden de esta edición. La edición de Günther Schmigalle presenta los dos prólogos como en toda buena edición crítica, el de la primera edición de 1896, y el de la segunda de 1905. A partir de ahí aparecen las semblanzas dedicadas a Georges d'Espèrance, Jean Moreas, Augusto de Armas, Edgar Allan Poe, Max Nordau, Théodore Hannon, Léon Bloy, Jean Richepin, Auguste Villiers de l'Isle-Adam, Laurent Taillade, Fra Doménico Cavalca, Leconte de Lisle, El conde de Lautréamont, Rachilde, José Martí, Édouard Dubus, Paul Verlaine, Henrik Ibsen, Eugenio de Castro, Camille Mauclair y Paul Adam.

Sin discutir la fidelidad del texto entregado porque la edición

es rigurosa, el problema es que el orden de las crónicas es muy distinto al que Rubén Darío eligió en las dos ediciones que publicó en vida. Enumeremos el índice de la segunda edición (1905): «El arte en silencio» [Camille Mauclair], Edgar Allan Poe, Leconte de Lisle, Paul Verlaine, El conde Matías Augusto de Villiers de L'Isle Adam, León Bloy, Jean Richepin, Jean Moreas, Rachilde, George D' Esparbès, Augusto de Armas, Laurent Tailhade, Fra Doménico Cavalca, Eduardo Dubus, Teodoro Hannon, El conde de Lautréamont, Paul Adam, Max Nordau, Ibsen, José Martí, Eugenio de Castro. El propio Darío anunciaba en el prólogo a la segunda edición que añadía las semblanzas de Mauclair y de Paul Adam.

La pregunta es si el orden de los textos es aleatorio y si no existió ninguna intencionalidad a la hora de reflejarlo en libro por parte de Darío. Creo que es muy posible que la respuesta sea que *Los Raros* tiene un orden y que debemos respetarlo a la hora de fijar el texto. Un dato importante es que situó al comienzo de la segunda edición, la crónica dedicada a Camille Mauclair con el título de «El arte en silencio» sin aclarar el nombre del autor comentado, así que podemos pensar que este texto marcaba la pauta del libro, por lo menos de la segunda edición que debió considerar definitiva. Sin embargo el trabajo de Schmigalle, a pesar de no considerar esta posibilidad, me parece muy necesario y un primer paso definitivo para lograr ese texto que nos acerque a la lectura fijada de *Los Raros*. Entiendo sin embargo, otra cosa importante y es el puesto que ocupa este trabajo en esa imposible jerarquía de textos que nos hubiera proporcionado, de existir manuscritos, una edición genética. Sería entonces una versión imprescindible, y también lo es ahora, al ser la primera voluntad de Darío en cuando a la escritura en sí, pero no en cuanto a la cadena de textos y al orden que estableció al publicarlo. Para subsanar este problema, nada decisivo a mi ver, mi impresión es que la obra no hubiera debido elegir como título Rubén Darío, *Los Raros*, sino otro título, algo así como *Los Raros*, Crónicas de *La Nación*, pero supongo que luego colisionaríamos con el tema del marketing y los lectores no avisados se quedarían con dudas ante un texto que es y no es *Los Raros*. De todos modos tal y como aparece no lleva a ningún tipo de

confusión porque es una edición que caerá normalmente en manos de especialistas y estos no dejarán de encontrarle más ventajas que inconvenientes.

La crónica sobre José Martí

Por razones prácticas, de conocimiento y de accesibilidad voy a comentar un poco la edición de la crónica de Martí, es decir, la titulada «José Martí» (pp. 308-327) que apareció en *La Nación* el 1 de junio de 1895. Este comentario puede servir de paradigma para el resto de las crónicas.

Quizá un estudioso especializado en Darío hubiera agradecido una distinción entre las notas que se refieren a variantes y las que se refieren al contenido, ya que al estar todas juntas se solapan entre los comentarios varios que los textos suscitan, pero es un problema menor. Lo importante es que las variantes están bien anotadas y las que encuentra respecto al texto no son excesivas en todas las crónicas, lo mismo sucede en esta dedicada a Martí. Aunque alguna es bastante significativa. La primera variante respecto al texto compilado en libro es que el título cambia: «En América: José Martí» es el título que elige para la primera edición, tal vez para resaltar la importancia del cubano para todo el continente. Otras variantes resultan nimias: el «Niágara de Castelar» aparece en el libro como «Niágara castelariano»; también sustituye «nuestra raza» por «en nuestras repúblicas»; más adelante, sustituye «en paraje» por «en lugares»; o «tenía que vivir, tenía que comer», se sustituye por «tenía que vivir, tenía que trabajar» (317); se eliminan frases en algún caso por exigencias del contexto: «En ese tiempo escribió Martí el autógrafo que hoy publica LA NACIÓN» (320). Sin embargo es significativa la lectura de esta frase que aparece en el periódico: «aquel hombre que aborreció el mal y el dolo» que se sustituye en las ediciones por «el dolor», lo cual hace ininteligible la frase y ello es prueba de la corrupción del texto.

Las notas al pie rodean al texto de comentarios evocadores y el rastreo es muy eficaz por parte de Schmigalle, como el que cita a Manuel Pedro González, en *Indagaciones martianas*, aunque lo hace a través de Augier. Se agradecen citas de textos que aunque pueden ser muy

conocidos son siempre significativos: «*no hay en toda la ingente obra en prosa de Rubén un lamento más sincero, más tierno y angustiado, que ese canto de amor y muerte*» dice Manuel Pedro González, destacando la veneración que le profesaba y el carácter de obituario que tiene el escrito de Darío pues Martí había muerto en 19 de mayo de 1895. Es importante también la cita directa de la obra de Ángel Augier, *Cuba en Darío y Darío en Cuba*, y cómo nos recuerda que Darío y Martí se conocieron personalmente el 24 de mayo de 1893 en un mitin en el Hardman Hall de Nueva York. A continuación añade los críticos que han comentado la relación entre ambos poetas, empezando por Juan Ramón Jiménez, siguiendo por Henríquez Ureña, Osvaldo Bazil y los ya citados.

Las frecuentes alusiones de Darío a autores franceses, cuya grafía debe a veces mejorarse, son anotadas con minuciosidad, así la referencia a Leconte de Lisle, la alusión a Tannhäuser de Wagner, a Jan van Ruysbroeck, a Víctor Hugo, a Paul Bourget. Se agradecen las alusiones históricas a autores y hechos de España y Cuba, como puede ser la referencia a Guillermon Moncada, el héroe independentista cubano, o a Arsenio Martínez Campos el militar español, a José de la Luz y Caballero, a José Joaquín Palma del que se ofrece una pequeña biografía, así como de Antonio Zambrana y Vázquez; de Tomás Estrada Palma el presidente cubano, u otros cubanos como José María Izaguirre, Francisco Sellén, Antonio Sellén. Casos en los que le es muy valioso el libro de Augier.

Al estudioso que lee el texto, y también al lector interesado, le es de vital importancia que anote las imágenes que evoca Darío, tal vez de memoria, y que proceden de ensayos de Martí. Se comprueba que todos ellos aparecen reseñados en las páginas 318 y 319 del libro de Schmigalle. No los enumero en su totalidad porque excede la lectura de este trabajo. Ello es significativo para cualquier lector, porque, como sospechábamos, Rubén Darío había leído con detalle y gran interés a Martí, y mucho más porque estas crónicas habían sido difundidas por *La Nación* de Buenos Aires: Cito algunas que se leyeron en la época, «El general Grant»: «Los ingenieros del puente de Brooklyn. Roehling padre e hijo»; «Gran exposición de ganado»; «Primavera»; «Agosto norteamericano»; «Nueva York bajo la nieve» y «El poeta Walt Whitman». Pero también se ve que ha seguido las diferentes cartas martianas relacionadas con la Conferencia Panamericana, alude a *Ismaelillo*, a

Versos sencillos, y al poema «Los zapaticos de rosa», con lo que había tenido conocimiento de la revista martiana para niños *La Edad de Oro* (321). Esta enumeración le lleva al crítico a dar cuenta de la discusión que existió acerca del conocimiento que Darío tenía de la poesía de Martí (p. 325). Y podemos advertir que sabía cosas importantes, por ejemplo de la existencia de un legado martiano que custodiaba su discípulo y albacea Gonzalo de Quesada y Aróstegui (326). En este sentido, las alusiones y las notas que el crítico Schmigalle desvela nos hacen ver con más claridad el conocimiento que tenía Darío de la obra y de la personalidad de Martí. En algún caso no anota alguna alusión, por lo demás evidente, la glosa que hace el nicaragüense al poema conocido como «Los héroes» («y me habla del sueño en que viera a los héroes: las manos de piedra, los ojos de piedra, los labios de piedra, las barbas de piedra, la espada de piedra» 327), como es sabido, Juan Ramón Jiménez dijo en su día que este poema de los *Versos sencillos* era uno de los mejores poemas del idioma. Sin embargo anota con precisión los cuatro versos que se citan, también de *Versos sencillos*: «Yo quiero cuando me muera, / Sin patria, pero sin amo, / Tener en mi losa un ramo / De flores y una bandera».

Otras referencias, otros autores

Todo este aparato se completa con otras referencias, otros autores, como la que hace del argentino, Paul Groussac (318) o la curiosa comparación que establece con dos diamantes famosos, el regente y el ko-hinoor; la frase completa es la siguiente: «En aquellas kilométricas epístolas, si apartáis una que otra rara ramazón sin flor o fruto, hallaréis en el fondo, en lo macizo del terreno, regentes y ko-hinoores» (317). Una frase sobre la que conviene reflexionar porque precediendo al elogio final de la semblanza, hay una crítica por parte de Rubén Darío al estilo de raíz clásica barroquizante del poeta cubano. Y el caso es que como ha demostrado Raimundo Lida en sus últimos años Darío entendió y hasta adoptó algunos de estos procedimientos martianos.

En resumen, no queda ninguna duda de que nos encontramos con una edición excelente, imprescindible diría yo, para cuantos de aquí en adelante quieran acercarse a la obra en prosa de Darío.

MANUSCRITOS ORIGINALES DE RUBÉN DARÍO

Héctor Vargas

PARA CONTRIBUIR a un inventario básico de los manuscritos originales de Rubén Darío —tarea aún pendiente— elaboro la lista adjunta, en la que refiero los existentes en seis países desde hace más de 60 años. Pero faltan otros muchos.

En Estados Unidos

I. En la Biblioteca del Congreso, Washington, se encuentran 27 de los originales de *Cantos de vida y esperanza* (1905), donados por Juan Ramón Jiménez —a quien los obsequió Darío por cuidar la edición— en 1949. Se reprodujeron en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* (núm. 127, febrero, 1971) y los analizaron en un libro ocho catedráticas argentinas, encabezadas por I. Rossi de Fiori (Salta, 1993).

II. En la *Hispanic Society of America*, New York, se halla el original manuscrito de «Pax» (1915), el último gran poema de Rubén. Este se lo regaló a Salomón de la Selva, quien a su vez lo donaría el mismo año a Mr. Archer M. Huntington, fundador de la *Hispanic Society of America*. El norteamericano Theodore S. Beardsley realizó un análisis de ese poema, reproducido en *Estudios sobre Rubén Darío* (México, 1968).

III. Otro manuscrito en Estados Unidos, pero no en versos, sino en prosa, es el capítulo I de la tercera parte de la novela de Darío, *El oro de Mallorca* (1913); consta de 19 páginas escritas de puño y letra de su autor. Puede consultarse en la Sección de Raros de la Biblioteca de la Universidad de Illinois. Fue reproducido y estudiado por el investigador norteamericano Iván Schulman. (Véase *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, Managua, Biblioteca del BCN, núm. 124, julio-septiembre, 2004).

IV. Una carta autógrafa en inglés, dirigida por Darío al poeta

británico Charles Algernon Swinburne (1837-1909), fechada en Buenos Aires el 9 de febrero de 1897. La reproduce y estudia el catedrático español José María Martínez en su colección de ensayos *Rubén Darío. Addenda* (2000). Se conserva en el Harry Humanities Research Center de la Universidad de Texas, Austin.

V. Manuscritos de dos poemas: uno incompleto («Epístola»), otro muy breve («Venecia»), y ambos inéditos, fueron descubiertos en 1999 por el bibliotecario David Shitesel en Widemer, Harvard University (Boston), paleografiados y difundidos por Julio Valle Castillo en *Nuevo Amanecer Cultural* (15 de enero, 2000).

VI. Manuscritos de catorce cartas de Darío a su amigo el uruguayo Julio Piquet. Fueron adquiridas por el Boeckman Center for Iberian and Latin American Studies de la University of Southern California y publicadas seis de ellas, facsimilarmente, en *Cartas desconocidas de Rubén Darío* (tres ediciones: 2000, 2002 y 2004), introducción, selección y notas de Jorge Eduardo Arellano.

En España

VII. En el Seminario-Archivo Rubén Darío de la Universidad Complutense, Madrid, se conservan (dentro de la carpeta 6) manuscritos originales de unos 10 poemas completos (entre ellos el «Poema del otoño», «Del trópico», «Desde la Pampa») y otros incompletos. Estos fondos (que suman 4,514 piezas e incluyen cartas manuscritas de Darío y respuestas de sus destinatarios, su correspondencia diplomática, fotografías, tarjetas de visitas, recibos, etc.) proceden de los papeles que dejó a su compañera Francisca Sánchez. Existe un inventario impreso de esas piezas: *Catálogo-Archivo Rubén Darío*, elaborado por Rosario M. Villacastín (1987). Muchas de esas piezas han sido reproducidas en sus respectivas obras por los españoles Dictino Álvarez y Antonio Oliver Belmás.

VIII. En la Real Academia Española, Madrid, existe el manuscrito original de «Canción de otoño en primavera» («Juventud, divino tesoro...»). Fue cedido a la RAE por el doctor Gregorio Marañón (1887-1960), a quien se lo había obsequiado Juan Ramón Jiménez.

IX. Manuscritos de tres poemas inéditos (uno de ellos esotérico: «La Serpiente»). Los custodia el primogénito del diplomático cubano que vivió casi siempre en España: Manuel Serafín Pichardo (1863-1937). Fueron transcritos y publicados por el dariísta español Luis Sáinz de Medrano.

En Chile

X. En el Archivo del Escritor, de la Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, existen manuscritos de poemas importantes de Darío, especialmente el «Canto a la Argentina», escrito a lápiz, que consta de 1,001 versos. Con las restantes piezas (cartas a y de Darío) se microfilmaron. Günther Schigalle en Alemania y el IHCA en Managua guardan las películas de ese fondo, donado por el amigo y editor de Darío, Alberto Ghirardo, a principios de los años 40 del siglo XX. Jorge Eduardo Arellano posee facsímil del «Canto a la Argentina» (es decir, de su original).

XI. Entre otros manuscritos en manos privadas (como el de un poema inédito que posee el empresario Ricardo Claro), los descendientes de Isolina Valín de Charpentier poseen el de otro poema desconocido —fechado en Valparaíso, 8 de agosto, 1888—, publicado en la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas, 1967).

En Argentina

XII. El manuscrito de «Marcha triunfal» —de cuatro páginas, obsequiado en 1921 por el doctor Prudencio Plaza a la señorita Luisa Pichardo Mateah— lo atesora el Museo de la Sociedad Argentina de Escritores en Buenos Aires. Lo ha reproducido y estudiado el dariísta argentino, en un folleto, Pedro Luis Barcia.

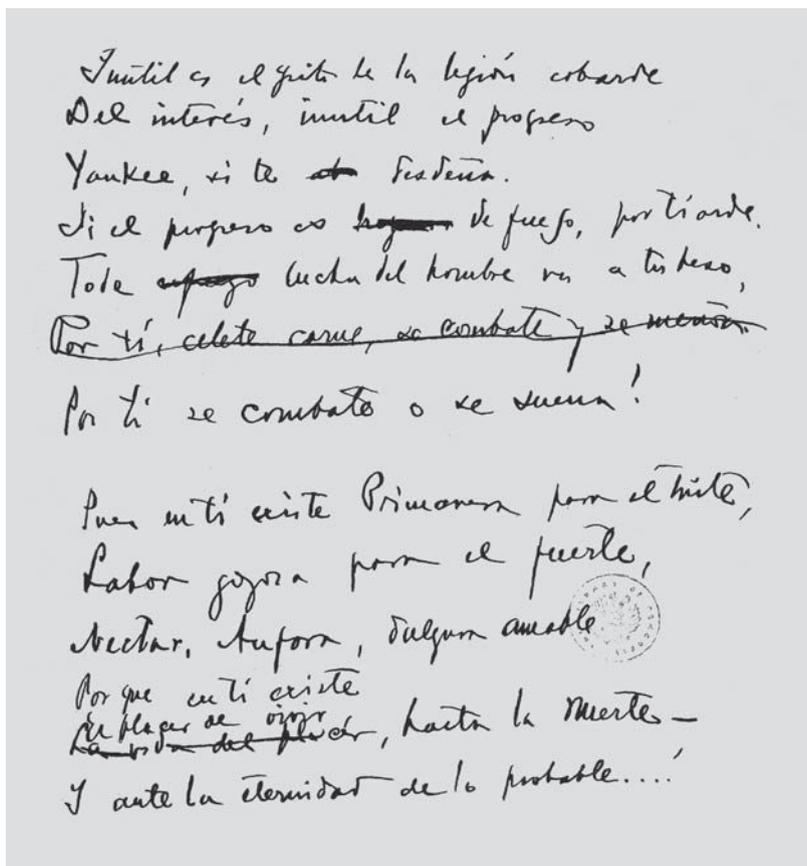
En Ecuador

XIII. Carlos Rodríguez, ex diplomático ecuatoriano en Nicaragua, posee el manuscrito original del poema de álbum «A Rosita Sotomayor», reproducido facsimilarmente en su libro *Ecuador y Nicaragua: vínculos histórico-culturales* (2002, p. 119). El poemita data de París, 1902. Fue escrito en el álbum de la señorita Sotomayor. El hijo de este, Alfredo Baquerizo Sotomayor, aún lo conserva.

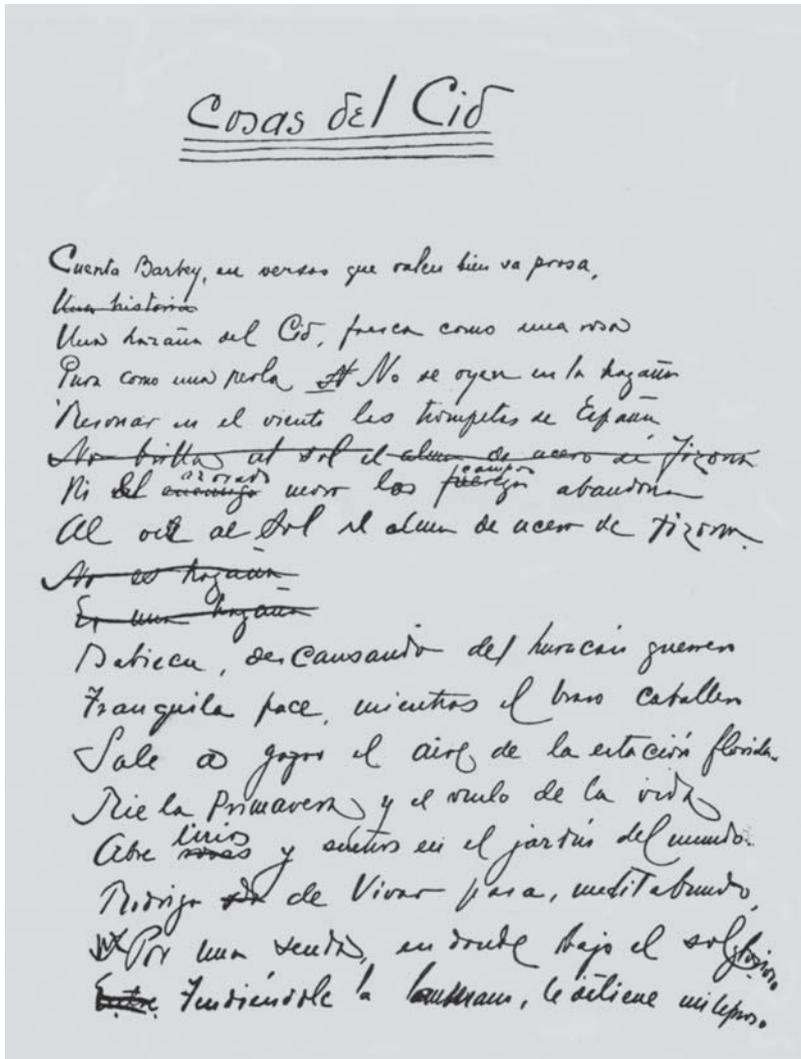
En Nicaragua

XIV. En el Museo y Archivo Rubén Darío de León se localizan, al menos, una decena de manuscritos originales. Uno de los primeros recibidos en donación fue «La profecía de Horacio (Al amigo Dr. Ramírez)», de 1885. Otros se insertan en los álbumes de Josefa Dubón y Margarita Debayle. Dos corresponden a cartas (una dirigida por Darío a Juan de Dios Vanegas, la otra a Francisco Buitrago Díaz). El Museo y Archivo con el CIRA editaron 15 Nuevos poemas inéditos (junio, 2004), paleografiados por Jorge Eduardo Arellano, dos de ellos difundidos anteriormente en *La Prensa Literaria* del 12 de abril de 1997. Uno de ellos se tomó del reverso de una fotografía de Darío y de J. M. Pacheco, autografiado y datado por su autor en San Salvador-noviembre 1ro de 1889 y fue obsequiado—su fotocopia—por el salvadoreño Carlos Cañas-Dinarte. Otros proceden, al parecer, de una maleta dejada por Darío en Guatemala a un conductor de automóvil, cuya hija los vendió al extinto Banco de América a finales de los años setenta.

Don José Jirón Terán (1916-2004) recibió una docena de manuscritos—algunos de *Prosas profanas*—procedentes de esa maleta. Por lo demás, cuatro o cinco bancos privados y más de veinte coleccionistas poseen manuscritos, borradores, segundas versiones, copias a posteriori, etc. de poemas de Darío, algunos no incorporados a sus *Poesías completas*.



Últimas dos estrofas de «Carnes, celeste carne de la mujer», poema de Cantos de vida y esperanza.



Primera página del manuscrito de «Cosas del Cid» (1899), poema incorporado por Darío a la segunda edición de *Prosas profanas* (1901).

Lola, la buena jardinera y hortelana
 Para el Amado encuentra en su huerto ^{la miel}
 Y le ofrece la rosa, el lirio y la manzana
 Y riega con agua de su amor el laurel
 Y así el aedea loco del amor de la lira
 Y del amor de amar a la mas adorada
 Por ella canta, sueña, y se encanta y delira
 Con un bajel de luz a la vela en la rada

Como ella esta en su corazon va su presencia
 Animando el brotar de lises interiores
 Y de rosas que estan suprimiendo la ausencia
 Por milagro sutil de las magicas flores

Y eco y perfume son una sola armonia
 Para el alma de principe que para esta sola
 Quiere el ruiseñor de noche y la alondra ^{en el} ^{señal}
 Le juntan cielo y tierra con este nombre. Lola
 También dan

Manuscrito en el álbum de la esposa de Santiago Argüello, datado en Barcelona, 1914.

JORNADAS RUBENDARIANAS EN LIMA, JAPÓN Y MADRID

Jorge Eduardo Arellano

I

ORIGINAL E intensa fue la jornada rubendariana que auspició el gobierno de Nicaragua a través de su embajada en el Perú. Del 3 al 6 de febrero, concebida e impulsada por la diplomática de lujo que es Marcela Pérez Silva, glorificó a Rubén Darío en el primer centenario de su fallecimiento de la mejor manera posible.

Inició la conmemoración el miércoles 3 con un homenaje a Darío en el Congreso de la República, inaugurado por su presidente Luis Iberico Núñez, en el que participamos el poeta peruano Daniel Arturo Corcuera y yo. El primero leyendo el ensayo «La amistad de Rubén Darío y José Santos Chocano: afinidades y distancias»; y el segundo —precedido de las palabras del congresista anfitrión Manuel Dammert Ego Aguirre y de la embajadora Pérez Silva— trazando un esbozo comprimido, pero suficientemente ejemplificado de las motivaciones básicas de la poética rubendariana y de su dimensión transatlántica. De esta manera se apreciaron tanto los comunes elementos modernistas del Cisne y el Cóndor como sus diferentes niveles creadores.

Pero la parte más aplaudida y vibrante del evento correspondió al estreno mundial del disco compacto «Darío nuestro», once poemas del gran poeta en ritmos peruanos (huaynos, landós, tonderos, toriles, marineras y lamentos negros, entre otros), musicalizados por Juan Luis Dammert (9), Ricardo Villanueva (1) y Marcela Pérez Silva (1). He aquí sus intérpretes: un solo varón (Piero Bustos) y siete mujeres, todas admirables: Patricia Saravia, Miryam Quiñones, Marcela Pérez Silva, Magali Luque, Luz María Carriquiry, Sylvia Falcón y Rosita Guzmán.

Los poemas darianos escogidos fueron: «Sonatina», «Para la

misma», «Nicaragua», «Que el amor no admite cuerdas reflexiones», «Amo, amas», «Lo fatal», «Versos de otoño», «Canción a Angélica Palma», «Sinfonía en gris mayor», «A Francisca» y «A Margarita Debayle», cuyas músicas estuvieron a cargo de Kike Espinoza (guitarras, bajo, teclados), Ricardo Villanueva (guitarras), Juan Córdoba (piano), Edgard Marchand (piano), Magali Luque (cellos), Néstor Benítez (flauta), Henry Campos (cajón, congas, efectos) y Carlos Mederos (cajón). El disco fue grabado en Lima, entre el 16 de febrero de 2013 y el 20 de enero de 2016 en los estudios de Kike Espinoza. A su vez, el texto impreso fue diseñado por Lucía Arellano e ilustrado por Rosamar Corcuera, siendo su productora general Marcela Pérez Silva.

El jueves 4 la incansable embajadora colocó una ofrenda floral ante el monumento de Darío ubicado en el parque Ramón Castilla, distrito de Lince, con la presencia de diplomáticos, autoridades e intelectuales. Mas no pude acompañarla por atender a la misma hora una de las tres entrevistas televisivas, faena publicitaria que abarcó además otras dos: con Eduardo Santana para *Diario Uno* y con Enrique Planas para *El Comercio*.

El viernes 5 abrió sus puertas la Casa-museo Ricardo Palma para acoger tres intervenciones: «Ricardo Palma y Rubén Darío», por el presidente del inmueble Alberto Varillas; «Darío: la perfección formal», por el poeta Marco Martos; y «Martí y Darío: paralelo histórico-literario», por el suscrito. En ellas, respectivamente, se destacaron la amistad ejemplar, la maestría estilística y la trascendencia moderna del nicaragüense máximo. Por cierto, al final del evento la embajada repartió entre los asistentes mi conferencia, impresa e ilustrada por el retrato de Darío pintado por el artista peruano Bruno Portugal.

Precisamente, el sábado 6 —día culminante de la jornada—, ese óleo presidió, con el conocido de Róger Pérez de la Rocha, la exposición del centenario «Darío: nicaragüense y universal», organizada por y en la sede diplomática de Nicaragua en la calle Paul Beaudiez 471, distrito de San Isidro. No solo paneles, con textos biográficos y fotos de Darío, constituyeron esta muestra. También una réplica del traje diplomático del bardo —confeccionado en su patria natal—, fotocopias de las cartas autógrafas de

Ricardo Palma a Darío y el manuscrito original de este a la hija de aquel Angélica Palma, escrito el 1 de octubre de 1892, más el original de la tesis dariana del bachillerato de humanidades de Mario Vargas Llosa, defendida en 1958. Hasta el 6 de marzo permanecería abierta dicha exposición.

Otras intervenciones más complementaron esta excelente muestra: «La tesis dariana de Mario Vargas Llosa», por Américo Mudarra Montoya; «*Cantos de vida y esperanza*: gloriosa culminación de una obra capital», por Winston Orrillo; «Rubén Darío: padre de la modernidad poética», por Ricardo González Vigil; y «Darío, el diplomático», por el suscrito, quien agradece el total apoyo de la Presidencia de la República para asistir como dariísta a esa histórica conmemoración en Lima.

II

DEL 22 al 30 de mayo estuve en Japón, donde impartí dos conferencias sobre Rubén Darío. La primera —leída en el Instituto Cervantes de Tokio el jueves 26— tuvo de título «Rubén Darío transatlántico (Aproximación esencial a su obra)». Con ella cerré el simposio organizado por dicho Instituto y la Embajada de Nicaragua, mejor dicho, por esa pareja ideal que conforman los profesionales e intelectuales Saúl Arana y Ana Patricia Elvir. A ellos, y a la Fundación Japón, les debo mi segundo viaje (el anterior tuvo lugar en octubre 2002) a la tierra del Sol Naciente.

Palabras de Antonio Gil, director del Cervantes en Tokio, iniciaron el simposio, seguidas por las del Embajador Arana, quien además leyó el mensaje desde Nairobi del dariano y diplomático japonés Naohito Watabane. Nuestro gran amigo Naohito vivió en Nicaragua casi diez años, quedando seducido por la revelación poética del cosmos que es nuestro país; experiencia que le facilitó traducir al japonés dos obras de Darío: *Azul...* y *El viaje a Nicaragua e Intermexzo tropical*. «Con su vigorosa imaginación —observó Watanabe—, Darío incorporó lo exótico del Japón al modernismo hispanoamericano, trascendiendo el tiempo y el espacio, dado que su comprensión de la cultural, filosofía, literatura, historia e idiosincrasia japonesas eran muy profundas».

Antonio Gil intervino de nuevo leyendo, con su distintivo acento castellano, el celeberrimo apólogo «A Margarita Debye», ya traducido al japonés por Kazuko Hirokawa con ilustraciones de la argentina Muriel Frega. En seguida, Carlos Marzal —laureado poeta español, establecido en Valencia— disertó sobre «Rubén Darío y la poesía moderna en España», nuestra cónsul en Japón la doctora Elvir leyó el soneto alejandrino de la segunda edición de *Azul...*: «Walt Whitman» y el hispanista japonés Norio Shimizu desarrolló el tema: «Rubén Darío y las fuentes japonesas a la luz del marco modernista». A continuación, el embajador de Chile Patricio Torres declamó —no sin antes explicar su contexto histórico— otro soneto alejandrino procedente de la segunda edición de *Azul...*: «Caupolicán»; y la profesora japonesa Enma Mishida analizó «Autumal», llegando a la conclusión de que consiste en un poema gráfico.

Como afirmé, fui el último en tomar la palabra, pero mi exposición resultó la más extensa. «Es un portento» calificó a su autor el director del Instituto Cervantes. «Usted tiene pasión y estilo» le expresó el embajador de Argentina. Las motivaciones básicas de la poesía dariana —visión del arte y concepción de la poesía, angustia existencial, erotismo trascendente, sincretismo religioso y dimensión sociopolítica— fueron ejemplificados con la lectura de oportunos poemas representativos. Además, se puntualizaron las etapas fundamentales del nicaragüense universalista: la americana (1880-1898) y la europea (1898-1916); su conciencia cosmopolita, su vasta obra en prosa —viajera y crítica—, su papel de iniciador del cuento moderno en Hispanoamérica, su credo ideológico sustentado en la latinidad, su liderazgo transatlántico del modernismo y su categoría de padre de la poesía moderna en lengua española, entre otros aspectos fundamentales.

«Ni torremarfilista, ni esteta apolítico —reiteré—, sino un pensador progresista, un cantor de nuestra América, un hombre acosado por los problemas del planeta y la existencia, fue nuestro Rubén Darío, cuyo inmenso corpus literario es irreductible a cualquier interpretación excluyente y admite múltiples lecturas críticas». Con un repertorio de preguntas a los cuatro ponentes y acertadas respuestas de los mismos, concluyó el simposio, siguiendo un brindis ofrecido por la

Embajada de Nicaragua, profuso de bocadillos a la japonesa y variedad de bebidas, presidiendo nuestro Ron Flor de Caña *twelve years old*.

Mi segunda conferencia —leída el 27 de mayo en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto— la inicié con un «buenas tardes a todos» en japonés (*minasan konnichiwa*). Más de doscientos alumnos escucharon atentos —y algunos atónitos— la conferencia titulada: «El orientalismo nipón en Darío y Gómez Carrillo». Yoko Kawaguchi fue la excelente traductora. Al finalizar, cinco estudiantes hicieron preguntas, entre ellas: la de donde radicaba la alusión de Darío al erotismo de las japonesas. «En los pies» fue la contestación.

Para mí fue muy satisfactorio este segundo evento, durante el cual recibimos las finas atenciones del personal de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto, cuyo presidente, también cónsul honorario de Nicaragua en la misma ciudad, profesor Yoshikayu Morita, invitó a la delegación nicaragüense a una cena memorable. Sin duda, los promotores del simposio y de la conferencia homenajearon brillantemente a Rubén Darío a los cien años de su desaparición física, contribuyendo a difundir su significación histórico-literaria en el ámbito japonés. Arigato Gozaimazhita.

III

INVITADO POR la doctora Rocío Oviedo Pérez de Tudela, representé a Nicaragua en el Duodécimo Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos (AE-ELH): «Un universo de universos / Rubén Darío en su centenario (1867-1916)», celebrado del 12 al 15 de septiembre en la Universidad Complutense de Madrid, mi alma mater.

No presenté ponencia, pero tuve a mi cargo la conferencia de clausura, «Rubén Darío, españolista mayor», precedido de la exposición «Rubén Darío: una historia en fragmentos de papel», preparada en y por la Biblioteca Histórica de la Complutense (Noviciado, 3). Ambos eventos tuvieron lugar el 15 y, por obvias razones, no daré cuenta de ellos.

Solo quiero registrar la mayoría de los contenidos de esa convocatoria de alta calidad académica, y sin precedentes en España, que abarcó 110 ponencias e intervenciones plenarios. He aquí sus temas: Darío y Francia, su iniciación, Darío y su poética, su biografía, autoficción y modernismo; Darío y sus precursores, Darío para niños, las mujeres modernistas (entre ellas la uruguaya Delmira Agustini y su vinculación con Darío); Darío y la pintura, Darío y la música, sus ensayos y cuentos; las revistas del modernismo (sobre todo *Mundial* y *Elegancias*). Darío y el teatro, la modernidad del modernismo, sus ecos caribeños y el archivo dariano de la Complutense, por citar los más relevantes.

Hubo homenajes, como el dedicado al hispanista italiano Giuseppe Bellini (1926-2016), estudioso de Darío que visitó Nicaragua en 1967; encuentros de escritores y lecturas de poemas. En la sesión inaugural en el Salón de Actos del Edificio D de la Facultad de Filología participaron seis personalidades: Darío Villanueva, director de la Real Academia Española; Carlos Andrada, rector de la Universidad Complutense y Natalia Quant, encargada de negocios de la Embajada de Nicaragua en España; Eugenio Luján, decano de la Facultad de Filología; Vicente Carrera, presidente de la AEELH y Rocío Oviedo, directora del Congreso.

Entre otras publicaciones, fue presentada por la misma Rocío y Claudio Pérez Miguez en Casa de América la edición facsimilar del *Cuaderno de hule* [negro], pieza suprema del Archivo rubendariano que contiene parcialmente el manuscrito del «Poema de otoño». Pero escaso fue su tiraje y prohibitivo el precio de cada ejemplar. Otro libro, esta vez anunciado, correspondió al del mexicano Alberto Paredes, ya en prensa del Fondo de Cultura Económico; se titula *Rubén Darío: retrato del poeta como joven cuentista* y uno de sus capítulos había sido leído en el Encuentro Rubendariano de diciembre, 2015, organizado en Managua por la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua (AGHN).

Por mi parte, hice llegar ejemplares a la organización de cinco obras confeccionadas este año en Nicaragua: *Antología poética* de Rubén Darío, con estudio preliminar del suscrito (Biblioteca del BCN), *Rubén Darío y la condición humana* (JEA-Editor) de Pablo

Kraudy, *Páginas cervantinas* del mismo Darío y Martín de Riquer, con otro estudio preliminar del suscrito, mi *Memoria del Congreso Internacional Dariano 2015* (AGHN) con 21 ensayos críticos — todos inéditos— e *Indagaciones rubendarianas* (Corte Suprema de Justicia): 20 textos también míos que, según la prologuista doctora Alba Luz Ramos Vanegas, «constituyen tanto un excelente repertorio como una comprensión a fondo de la vida y, sobre todo, de la obra de nuestro mayor héroe civil». Además, obsequié le primer número de la *Revista Nicaragüense de Cultura* (BCN, octubre, 2015) a la Biblioteca Histórica de la Complutense, en vista de que divulga un artículo bien documentado sobre la historia del archivo dariano.

A pocos colegas saludé en este excepcional congreso de Madrid, por ejemplo al chileno Guinor Rojo (mi profesor de la Universidad de Santiago) y a los españoles Antonio Llorente (uno de los jurados de mi tesis doctoral defendida en 1986) y Alfonso García Morales (el gran andaluz y juanramonista). A la argentina Beatriz Colombi (colaboradora del *Repertorio dariano* de la Academia Nicaragüense de la Lengua) y a la sabia de Salamanca Carmen Ruíz Barrionuevo (tutora de la tesis doctoral de María Augusta Montealegre). También asistí a la presentación del último número de la revista *Guaraguo*, dirigida en Barcelona por el creador e intelectual ecuatoriano Mario Campaña, donde figura una extensa colaboración de MAM sobre el citado De la Selva y su itinerario y testimonio de guerra.

Finalmente, agradezco a nuestra representación diplomática en España por su apoyo al Congreso y a mi persona; en concreto a Natalia Quant y a Violeta Chamorro; y al personal del Colegio Mayor Guadalupe, mi hogar madrileño.

XI.
Español de
Nicaragua



Róger Matus Lazo

EL HABLA NICA: CAMBIO, RENOVACIÓN Y POLISEMIA

Róger Matus Lazo

EL LENGUAJE —como la vida misma— está constantemente haciéndose y rehaciéndose en un proceso dinámico de renovación y cambio. Eugenio Coseriu, en sus *Principios de semántica estructural*, nos recuerda que una lengua no es algo ya hecho, un producto estático y acabado, sino un conjunto de «modos de hacer». Y es que los hablantes, en su enfrentamiento con la realidad cotidiana, requieren a veces designar objetos, hechos, etc. Es decir, «realidades» que necesitan ser designadas porque son nuevas, o porque se han ido matizando de nuevas significaciones. De modo que no solo la creación de nuevas cosas da lugar a nuevas palabras, sino también el surgimiento de nuevas necesidades expresivas entre los hablantes, quienes colorean las mismas palabras existentes en la lengua con matices generalmente cargados de afectividad, que es —como afirma Vicente García de Diego en sus *lecciones de lingüística española*— «creadora y rectora del lenguaje y de la vida».

Afirma el padre Félix Restrepo, en su obra sobre *Semántica general*, que las palabras representan las cosas y expresan fundamentalmente ideas y sentimientos. Y como las cosas y las ideas y sentimientos están siempre en continuo cambio, las palabras deben seguir, por una parte, este movimiento, y por otra, tender a expresarlo con mayor precisión.

Propósito del cambio

Las palabras, entonces, cambian porque cambian las cosas. Unas veces, porque desaparecen algunas cosas, como trajes de guerreros, instrumentos de labranza, etc. Ballesta, por ejemplo, es un arma antigua, y el paso fugaz del anglicismo «beeper» ni siquiera entró al diccionario, como lo logró el *fax* y el verbo *faxear*. Otras,

porque aparecen cosas nuevas, como la informática, que ha originado anglicismos asentados en el idioma como el sustantivo *chat* y el verbo *chatear*.

Con frecuencia, las cosas cambian de forma, como la antigua lámpara que ha dado paso a diversos tipos (fluorescentes, lámparas solares, etc.), para los cuales se crean palabras que los designen. O el caso de los lentes de contacto, pieza transparente que se aplica directamente en la retina, en sustitución de los tradicionales anteojos.

A veces, se crean las palabras para designar nuevos conceptos, como la química, que sustituyó a la alquimia, o la astronomía, que reemplazó como ciencia a la antigua astrología. Con frecuencia, la intervención de los sentimientos (amor, odio, ironía, etc.) obliga al cambio de significado de las palabras: bestial, brutal, monstruoso pueden matizarse de significaciones afectivas.

Los cambios que experimenta una lengua tienen como propósito fundamental lograr una comunicación cada vez más dinámica, rápida y eficaz. Pero, sobre todo, apta para la expresión — como nos recuerda Bally—, es decir, «*capaz de traducir en toda su intensidad y delicadeza las emociones, los sentimientos, los deseos, todas las formas intuitivas y personales del pensamiento*». En síntesis, una lengua que sea «*capaz de satisfacer no sólo las necesidades de la colectividad, sino también las de los individuos*».

Dubois, en su *Diccionario de lingüística*, afirma que el cambio que experimenta un término es «la característica más importante del lenguaje». Y el nicaragüense, como sabemos, es un gran creador de palabras y expresiones urgido siempre de nuevos significados, y un especialista en resemantizar vocablos y ampliar los sentidos para ajustar matices y recrear posibilidades expresivas. Un recurso lógico y utilísimo en la lengua como instrumento de comunicación en toda la extensión del dominio lingüístico, y un procedimiento eficaz para su enriquecimiento y desarrollo.

La creación léxica y los recursos lingüísticos

El proceso de creación léxica puede efectuarse por diferentes recursos lingüísticos. Citemos algunos.

1) Adopta una palabra totalmente formada, procedente de la ciencia u otra fuente: *maceta* (cabeza, cara); *mariposa* (homosexual); *pipa* (barriga abultada); *reloj* (corazón humano); *vanidad* (administración de la mujer para embellecerse el rostro); *mezquino* (verruga); *lija* (aguardiente); *galgo* (comelón).

2) Añade afijos, ya sean prefijos o sufijos, utilizando la raíz de una palabra ya existente en el idioma: *mama* > *mamado* (ebrio); *clavo* > *claveado* (con problemas); *problema* > *emproblegado* (con problemas); *menudo* > *menudencia* (víscera); *cabro* > *cabrón* > *encabronado* (perdidamente enamorado); *chaqueta* > *enchaquetado* (con chaqueta); *caliche* > *encalichar* (introducir rellenos en los enladrillados); *candil* > *encandilarse* (enfadarse); *dormir* > *dormición* (somniaolencia); *jocote* > *jocoteado* (que molesta o enfada mucho); *lento* > *lentearse* (tardarse en hacer algo o no tener la iniciativa para hacerlo); *paquete* > *paqueteado* (vestido elegantemente); *vara* > *varejón* > *varejonazo* (golpe dado con el varejón o azote); *nube* > *nubazón*; *hambre* > *hambreado* (hambriento); *coño* > *encoñado* (perdidamente enamorado); *polvo* > *polvera* (cama).

3) Emplea una variante dialectal: *muchacho* > *muchachero* (dado a relacionarse y entretenerse con los niños o jóvenes); *maluco* > *maluquencia* (quebrantamiento de la salud); *malmar* > *malmatón* (golpe); *pachanga* > *pachanguero* (fiestero); *guaca* > *desenguaracar* (sacar algo oculto o escondido); *dundo* > *adundar* (atontar); *breque* > *embrecado* (frenado); *pupusa* > *pupusear* (defecar). A veces, se emplea la misma voz con una ligera variante, bien sea agregándole un sonido en el interior de la palabra, como *nubazón* > *nublazón* (cubierto de nubes), o bien anteponiéndole una partícula: *jambado* > *ajambado* (tonto); *coto* > *chincoto* (manco); *chimbo* > *cachimbo* (cantidad considerable de cosas). Rara vez altera los sonidos de la misma palabra: *cachipil* > *chiquipil* (gran cantidad de cosas).

4) Cambia el prefijo: *agarrotar* > *engarrotar*; *escalfar* > *descalfar*).

5) Antepone una preposición: *recostar* > *arrecostar*; *remolinar* > *arremolinar*; *listar* > *enlistar*.

6) Forma, con el sufijo cada sustantivos y adjetivos derivados

de otros sustantivos (nalga, por ejemplo) o de verbos (nalguear, por ejemplo): *nalgada* > *nalgueada*; *cheque* > *chequeada*; *chachete* > *cacheteada*, etc.

7) Altera la estructura de una palabra existente en nuestro idioma agregándole o quitándole sonidos: *tembleque* > *tembeleque*; *destornillador* > *desatomillador*; *taburete* > *taurete*, etc.

8) Forma abreviaciones, generalmente por supresión de sílabas al final de la palabra, como producto de la economía del lenguaje. Es usual entre los jóvenes: *bacanal* > *bacán*; por favor > *porfa*; cumpleaños > *cumple*; información > *info*; suplemento > *suple*, *marihuana* > *mari*, etc.

9) Construye por composición, como resultado de la compactación de conceptos: *pata de breque* > *patebreque*, *cola de gallo* > *colegallo*; *cola de mico* > *colemico*; *cola de pato* > *colepato*, *leche de burra* > *lecheburra*, *lengua de trapo* > *lengüetrapo*, *alma de mierda* > *almemierda*, etc.

La polisemia

La polisemia es un fenómeno semántico fundamental del habla humana. El vocablo nos viene del griego: *poli*, mucho y *sema* significado. Consiste en que un significante (cabeza, por ejemplo) tiene varios significados: a) parte superior del cuerpo, b) principio o parte extrema de una cosa, c) origen o comienzo de algo, d) persona, e) res, 1) capital, etc. O las diferentes acepciones que «alucín» tiene en el habla nicaragüense: a) alocado, con poca cordura): *Mi novia es alucín*; b) muy alegre, de buen humor: *A todo mundo le gusta platicar con Chelolo, porque es un tipo alucín*; c) dicho de una persona, que está drogada: *Ese tipo parece que está alucín*; d) dicho de una persona, adicta a las drogas.

En realidad, una palabra es casi siempre polisémica. El vocablo, por diversas razones, ha llegado a tener distintos significados, que no son más que las diversas acepciones del mismo vocablo. Por ejemplo, la palabra *clave* nos viene del latín y significa llave. En nuestro idioma, podemos encontrar usos contextúales fácilmente comprensibles: 1) La *clave* de la caja fuerte (significa la combinación que permite abrir y cerrar la caja); 2) La *clave* del

problema (significa que permite solucionar y entender el problema, o sea, la llave que abre el problema para buscar la solución); 3) La clave del mensaje (significa el código de signos convenidos para la transmisión o interpretación del mensaje secreto o privado). Fíjese que en todos estos casos, la palabra «clave» significa la «llave» que «abre» o cierra» algo real o figuradamente.

El fenómeno de la polisemia afecta significativamente a la economía del lenguaje, pues si una palabra no tuviese varias acepciones o significados, el hablante tendría que retener un número verdaderamente agobiador de vocablos, para poderse comunicar.

Del verbo agarrar se han formado, en el habla nicaragüense, las siguientes frases: 1) *agarrar de encargo* (acosar, fastidiar a alguien con insistentes bromas o reclamos): Voy a cambiar de trabajo, porque el jefe ya me agarró de encargo; 2) *agarrarle feo* (asumir comportamiento diferente del acostumbrado): Apenas se pica le agarra feo; 3) *agarrar fuera de base* (sorprender): Por distraído me agarraron fuera de base; 4) *agarrar movido* (sorprender): Si te vas de tu puesto te van a agarrar movido; 5) *agarrarla con alguien* (tratar con antipatía o mala voluntad a alguien): No soporto al supervisor, ya la agarró conmigo; 6) *agarrarle la movida* (sorprenderlo, descubrirle sus planes): A las cuentas tenía rayado el cuadro y le agarraron la movida; 7) y hasta el sustantivo *agarrón* (pelea, disputa verbal): En el agarrón, por nada pierde un ojo.

A veces, el hablante emplea términos polisémicos genéricos, como cuando el niño del campo llama *carro* a todo transporte movido por medio de ruedas: camión, camioneta, motocicleta, bicicleta, etc.; o el niño de la ciudad denomina *pájaro* a todo ser volador: zopilote, garza, golondrina, gorrión, chocoyo. Este uso, en general, refleja pobreza léxica y poca expresividad y precisión significativa.

Pero el empleo consciente de la polisemia demuestra conocimiento y riqueza de las posibilidades expresivas del potencial idiomático. Veamos un ejemplo del habla nicaragüense. *Chicharronear* es un verbo intransitivo con tres acepciones: a) cortar o romper una relación amorosa, de amistad, de trabajo, etc.: Por boludo lo *chicharronearon* en la empresa; b) vencer o rendir al contrario: En

el primer asalto, el contrincante lo *chicharroneó*, y c) eliminar, dar muerte, asesinar: Los secuestradores *chicharronearon* al plagiado y después cobraron el rescate.

Veamos estas dos palabras polisémicas del habla nicaragüense: *chochada* y *pon pon*.

Chochada:

1. Sust. Insignificancia, nadería. Ej.: «No te preocupes por eso, niña, que no ves que es una *chochada*».

2. Sust. Asunto, cuestión. Ej.: «Y al fin, ¿cómo se resolvió la *chochada* aquella?».

3. Sust. Objeto cualquiera de mucho valor e importancia. Ej.: «Cuidado arruinas esa *chochada*, que es cara».

4. Sust. Objeto de poco valor. Ej.: «¿Por esa *chochada* vieja te pones a llorar? Toma, yo te la voy a pagar».

Pon-pon:

1. Sust. Terminación de un cuento o narración. Ej.: «Y *pon-pon*, este cuento se acabó».

2. Sust. Voz que, acompañada de un gesto característico, se emplea para indicar que no se posee lo que otro busca o desea. Ej.: «Mira, *chiquito*, *pon-pon*, no tengo nada».

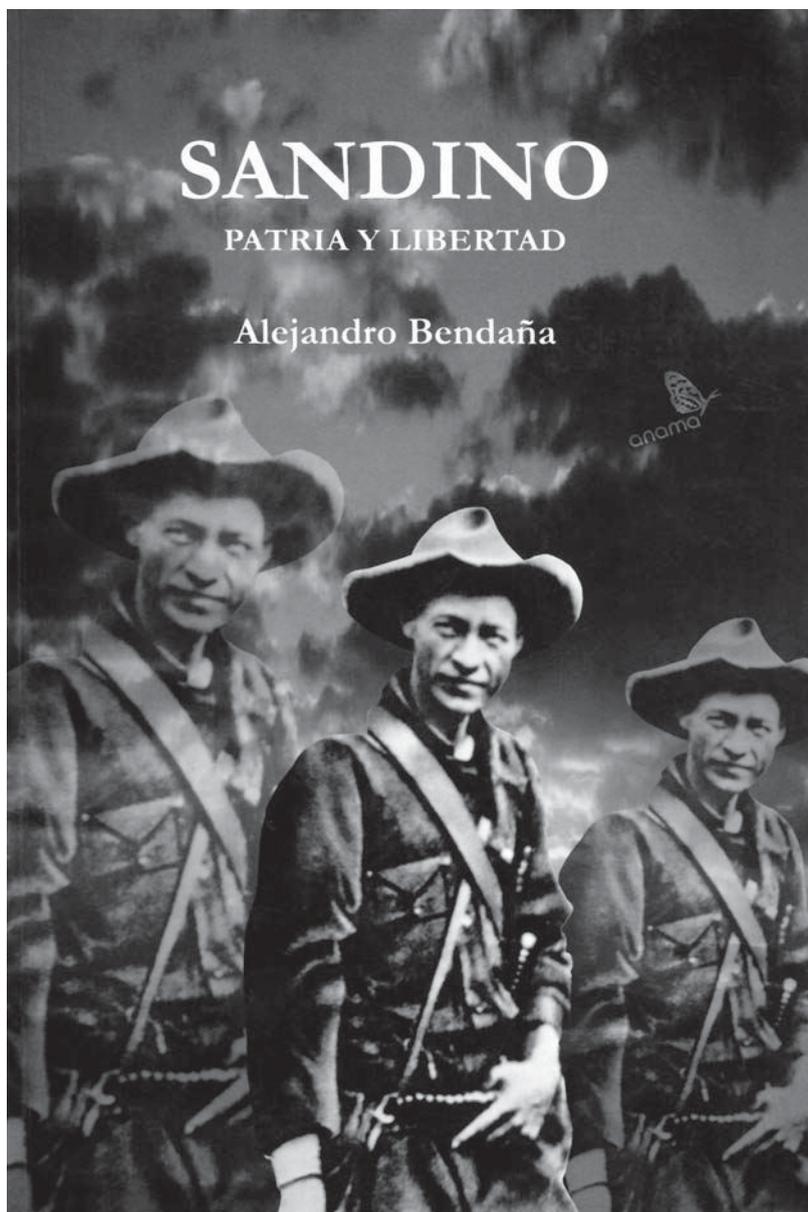
3. Sust. Voz onomatopéyica empleada para referirse al servicio higiénico común en el campo, consistente en una especie de caseta con las condiciones adecuadas para orinar y evacuar el vientre. Ej.: «El *pon-pon* se construye afuerita de la casa para que no se sienta el tufo».

4. Sust. Onomatopeya empleada para imitar el sonido que produce el cohete al explotar en el aire. Ej.: «Prendieron el cohete y ay nomás *pon-pon* reventó en el propio fundillo del artillero».

Por eso, nos advierte de nuevo Eugenio Coseriu en *El hombre j su lenguaje*: «El español —como toda lengua— no debe entenderse simplemente como un sistema ya hecho y estático de significados y expresiones: es también, e incluso en primer lugar, un sistema dinámico para seguir produciendo significados y expresiones».

XII.

Reseñas y notas



SANDINO Y SUS CONTRADICCIONES IDEOLÓGICAS EN MÉXICO

(COMENTARIOS AL LIBRO DE ALEJANDRO BENDAÑA)

Onofre Guevara López

UNA PECULIARIDAD del libro de Alejandro Bendaña es no constituir una versión más de las hazañas patrióticas de Augusto Calderón Sandino, en contra del invasor extranjero. Con su investigación, penetra en el oleoso reino de las ideas políticas y sus contradicciones, en donde Sandino nutrió su pensamiento para construir su visión sobre la lucha anti-imperialista en Nicaragua y en América Latina.

La estancia y actividad laboral de Sandino en México, investigadas por Bendaña, resaltan su condición de proletario, y no la de un «artesano, como se dice en este país», según se autodefinió el héroe. Fue un proletario, como lo es todo trabajador que vende su fuerza de trabajo bajo las leyes del sistema capitalista, un desposeído, distinto al artesano de cualquier época y lugar, dueño de sus herramientas y del producto de su trabajo. Carlos Fonseca Amador, le llamó «guerrillero proletario», y «obrero de origen campesino».

Con el libro de Alejandro nos aclaramos sobre ese asunto: Sandino fue proletario en la industria petrolera y minera, un obrero industrial, no un obrero artesano; este adjetivo no correspondía a su verdadera condición social, pues él era un pequeño comerciante. De su condición proletaria le nacieron a Sandino sus convicciones de clase, aunque no llegara a desarrollar una conciencia de clase, según la interpretación marxista del concepto.

Esta afirmación parece ortodoxa, pero no es, pues lo digo en razón de que los avatares ideológicos en los que Sandino se vio inmerso durante su permanencia en el México de los años veinte, se lo impidieron. Y porque se puede ser un proletario, y no adquirir de forma automática una conciencia de clase plena, y actuar en consecuencia.

Ese no es un fenómeno individual. Eso les sucede a los trabajadores de todo el mundo, quienes se incorporan a la lucha contra la injusticia social por ser sus víctimas, pero pueden no llegar a tener conciencia clara acerca del origen de esa injusticia, de cómo funcionan las leyes económicas y sociales que la hacen posible ni cómo ponerle fin a ese sistema social. De acuerdo con los clásicos del marxismo, en ese estado los trabajadores son parte de una «clase en sí, pero no de una clase para sí». Recordemos que hay sindicatos cuyos líderes no orientan la lucha más allá de las conquistas laborales inmediatas y hasta se convierten en defensores del sistema.

Sandino no fue defensor del capitalismo, ni cosa parecida, pero sus concepciones políticas y su proyecto social no iban dirigidos a cambiar las estructuras del sistema social imperante. Su ideal era tener una patria libre, independiente y por ello era anti imperialista; progresista, democrático y anti oligárquico, y en materia de reivindicación social, lo más avanzado que concibió fue el proyecto de las cooperativas campesinas para después que lograra la expulsión de las tropas extranjeras.

En torno a Sandino y su movimiento hubo distorsiones. Mientras el imperialismo y sus portavoces lo acusaban de comunista, los de la Tercera Internacional Comunista le restaron importancia porque no tenía un partido con programa socialista, y los comunistas mexicanos degeneraron en críticas y calumnias en su contra. Pero si Sandino hubiese tenido un partido con un programa socialista y pensado en imponerlo en las condiciones de atraso absoluto de la sociedad nicaragüense de entonces, más que un infantilismo, hubiese sido una aberración política.

Con el libro de Alejandro, podemos imaginar cuán complejas, caóticas y enmarañadas fueron las contradicciones entre las corrientes ideológicas en el México donde a Sandino le tocó vivir, las que iban desde el anarcosindicalismo, hasta el estalinismo, pasando por el trotskismo, el aprismo y el espiritismo. Toda una atrofiante marea ideológica, donde el marxismo de Marx —si se puede decir así—, tenía expresiones caricaturescas en la mayoría de los partidos comunistas de la Tercera Internacional. Incluso, el

fenómeno de un marxismo sin Marx, comenzó en la URSS, con la muerte de Lenin y la ascensión de Stalin.

Cuando digo que Sandino no adquirió una auténtica conciencia de clase en el sentido marxista, de ninguna manera debe interpretarse como un menosprecio a su pensamiento. Cabe recordar que «no se concibe por separado el yo de su entorno», y a tono con esta filosofía, es obligado reconocer que el movimiento sandinista sufrió —igual que el movimiento obrero—, las limitaciones de su entorno histórico. Ese entorno histórico fue el sistema heredado del colonialismo español, prevaleciente en Nicaragua desde 1821, hasta principios del siglo XX, cuando la invasión norteamericana vino con su recién adquirido carácter imperialista, y nuestro país, aún no había salido de su etapa precapitalista.

Recordemos que Sandino vivió solo por un muy corto tiempo bajo la explotación imperialista petrolera en México y otro tiempo, aún más corto, lo vivió en Nicaragua en una explotación minera. En México conoció un imperialismo en desarrollo y en Nicaragua lo conoció como enclave semi colonial en las minas de oro y las compañías madereras norteamericanas. Aquellas circunstancias afectaron a Sandino, a la sociedad y en particular a los trabajadores.

Prevalcía una contradicción histórica: al mismo tiempo que se crearon las condiciones para las luchas sociales, esas mismas condiciones limitaban su desarrollo. En Sandino esas limitaciones se reflejaron en su lucha guerrillera exclusivamente campesina, y en los trabajadores urbanos se reflejaron en su pobre organización sindical. Además, no hubo unidad entre ambos movimientos: a Sandino le faltó el apoyo franco y decidido del sindicalismo urbano, y no todos sus líderes comprendieron la trascendencia de la lucha de Sandino.

Esas circunstancias de la realidad nicaragüense de entre los años 1927 y 1934, no han sido bien estudiadas, pero se ha llegado al colmo de acusar de «somocista» a todo el movimiento obrero de esa época por no haber apoyado la guerrilla de Sandino. Esa es falsificación histórica por ignorancia y por mala intención.

No se ha comprendido que un recién nacido movimiento sindical, apenas estaba dejando atrás el mutualismo, la más elemental forma de organización, no podía constituirse en apoyo fundamental de la lucha guerrillera de Sandino.

Sin embargo, en la V Conferencia del Trabajo en Washington, 1927, los delegados de la Federación Obrera Nicaragüense denunciaron el bombardeo aéreo contra Ocotal y condenaron la intervención militar norteamericana. En 1928, del recién nacido movimiento sindical surgieron quienes organizaron un grupo político que proclamó públicamente su oposición a la farsa electoral montada por la intervención extranjera, y a favor de la lucha sandinista.

En 1931, en plena lucha guerrillera sandinista, y el movimiento obrero en crecimiento, se organizó el Partido Trabajador Nicaragüense (PTN), que tampoco fue ajeno a las acciones guerrilleras, aunque tan solo fuera a través de proclamas públicas. Y en ese momento histórico, ocurrió un hecho perjudicial para toda expresión patriótica: Sandino fue asesinado. Después vinieron las agresiones al movimiento obrero de parte del emergente dictador y asesino del héroe, Anastasio Somoza García. Así como sectores oligárquicos justificaron ese crimen e impusieron el silencio sobre Sandino, los medios silenciaron la represión contra la clase obrera, víctimas de los mismos intereses imperialistas.

Somoza García también utilizó el soborno, el halago y la confusión ideológica contra el Partido Trabajador, con lo cual influyó en la frustración del único encuentro físico que se intentó efectuar entre el general Sandino y una delegación del PTN, en días anteriores a su asesinato. Cinco años después, el PTN se disolvió, víctima de las contradicciones internas alimentadas por Somoza, utilizando a sus agentes políticos. Pero Somoza no pudo convencer a todos sus dirigentes ni logró matar la idea de llegar a tener una organización partidaria independiente, igual que no pudo impedir el renacimiento de la lucha sandinista con el FSLN.

El resto de esta historia es conocido, aunque no siempre bien interpretado, menos ahora, cuando se produce la paradoja más escandalosa: mientras se utiliza el nombre de Sandino —quien

nunca quiso ser presidente ni deseó un palmo de tierra para su sepultura—, algunos hacen todo para no abandonar el poder y se enriquecen a la sombra del Estado.

[Managua, 18/02/2016]



Onofre Guevara

LA AUTOBIOGRAFÍA DE ROBERTO ÍNCER BARQUERO (1933-2014)

JEA

MARISA PEREIRA viuda de Íncer y Noel Lacayo Barreto, con la supervisión de Mario Urtecho, editaron la *Autobiografía* de Roberto Íncer Barquero, financiada por la Fundación Ortiz-Gurdián y Banpro / Grupo Promérica. ¿Su objetivo? Reconocer el lugar que su autor ocupa, brillante e indiscutiblemente, en la historia económica contemporánea de Nicaragua. O, con más precisión, entre el 12 de agosto de 1969 y el 19 de julio de 1979 cuando ejerció la presidencia del Banco Central, siendo el tercero y el de mayor duración de todos los 18 que han desempeñado tan importante cargo público, nacional e internacional.

Un libro propiciado por el amor conyugal

Se trata del memorial de su paso por la institución y sus logros, de su trayectoria profesional y de sus vivencias en Boaco, León y Managua. De una obra escrita por el doctor Íncer Barquero en sus últimos años de Washington y que, propiciada por el amor conyugal, se publica al año y medio de su fallecimiento, como un justo homenaje póstumo.

Beneficiarios académicos

Yo quiero sumarme a este homenaje por mi amistad con los Íncer Barquero —especialmente con Jaime y Armando— y, desde luego, por ser uno de los numerosos beneficiarios académicos de la política cultural del BCN, durante la administración de Roberto Íncer, a quien siempre admiré por sus evidentes méritos intelectuales. No en vano recibí a finales de 1972 fundamental financiamiento para graduarme de documentalista en Madrid e iniciar el doctorado en Filología Hispánica en la Universidad Complutense y en 1978 para permanecer seis meses en Washing-

ton, estudiando en la Universidad de Georgetown e investigando en la Biblioteca del Congreso.

Otro beneficiario del excelente programa de capacitación impulsado por Íncer Barquero —el cual seleccionó a 210 nicaragüenses para estudiar en las mejores universidades de Estados Unidos, Europa, Israel, Australia y América Latina— fue el economista Mario J. Flores, autor de uno de los tres prólogos de este libro. Él da testimonio de la singular personalidad de Roberto Íncer Barquero y del privilegio de haberlo conocido. Al mismo tiempo, señala que los índices macroeconómicos alcanzados mientras el doctor Íncer estuvo al mando del BCN no han sido superados hasta hoy.

Educado para presidente del BCN

Precisamente, el autor de este libro da cuenta de ello, ofreciendo un detallado recuento de los primeros años del Banco Central de Nicaragua —el último de los establecidos en Centroamérica tras el de Honduras, fundado en 1950— y de su labor como presidente del mismo, correspondiendo a la época de oro de la institución. Además, se remonta a su Boaco natal y a su educación recibida en el Colegio Rubén Darío y en el Instituto Pedagógico (1946-1951), rindiendo su examen final de bachiller en el Instituto Miguel de Cervantes; y en la Universidad Nacional de Nicaragua, León, siendo el primer graduado de la promoción de abogados 1951-1956.

Tras ejercer su profesión, fue escogido por el rector de la UNAN, Mariano Fiallos Gil, como candidato del programa de becas del Banco Nacional para la preparación de los cuadros técnicos del futuro Banco Central de Nicaragua. Así, por su credencial académico —y no por favoritismo político, ni por conexiones familiares—, el joven boaqueño partió con destino a los Estados Unidos, primero a tomar cursos de inglés en American University, Washington, y luego a la Universidad de Michigan, en Ann Harbor; de regreso en la capital estadounidense, continuó un curso básico de economía —tres semestres— en la Universidad George Washington, pasando a la Universidad de Yale para seguir cursos de postgrado y obtener el título de máster en Economía durante el

año académico 1959-1960. Todo dentro de la precariedad del becario.

En junio de 1960 Roberto Íncer fue llamado por el Departamento de Emisión del Banco Nacional para incorporarse al futuro personal del BCN que se fundaría ese año. «*Muchas veces pienso que tal vez un segundo año en Yale —dejó anotado— me hubieran hecho mejor economista, pero sí sé con seguridad, que el primer año de trabajo en el Banco Central me preparó para ser mejor presidente de esa institución*». Y de esta manera ocupó esa responsabilidad a sus 36 años, tras cursar otro postgrado en la *London School of Economics*, becado por el gobierno británico durante el año académico 1963-1964, además de recibir una complementaria beca del BCN con goce de sueldo completo. Por eso el doctor Íncer afirmaba que él había sido educado para presidir el BCN.

Asimismo evoca en sus memorias que, con su solicitud a la embajada británica, remitió un escrito donde exponía conocimientos sobre las aportaciones de Inglaterra al Derecho Constitucional moderno, la contribución de economistas ingleses al desarrollo de la teoría económica, el papel del Banco de Inglaterra en la creación de los instrumentos en el manejo monetario, y su interés de seguir de cerca el debate sobre el ingreso de Inglaterra al Mercado Común Europeo.

También a los profesores les dedica muchas páginas. Imposible referirnos a todos ellos. Basta decir que entre ellos figuraron James Tobin, premio nobel de Economía; Robert Triffin, arquitecto de la reforma del sistema monetario internacional; y Bela Balassa, pionero en los estudios modernos de integración económica.

Labor cultural

Yo prefiero destacar los programas culturales financiados con las ganancias del BCN producto de una administración proba y eficiente; a saber: la conversión de la Biblioteca en centro hegemónico y especializado con la adquisición sistemática de la bibliografía nacional y la publicación de su *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación* (que todavía persiste, alcanzando has-

ta abril de este año 170 números desde julio de 1974); el apoyo a la educación superior, en concreto a la UNAN, UCA, INCAE e INTECNA; el aporte a las actividades celebratorias del 450 aniversario de la ciudad de Granada, especialmente la restauración del Castillo San Pablo, o reducto-batería colonial en las Isletas; la creación de la Pinacoteca, o colección de pinturas patrimoniales desde el siglo XVIII hasta nuestros días y la del Herbario Nacional; el programa revitalizador de las artesanías en San Juan de Oriente y —nada menos— la transformación del área del Volcán Masaya en Parque Nacional. En efecto: desde su propuesta como modelo de una reunión centroamericana sobre manejo de recursos naturales y culturales en San José, Costa Rica (diciembre, 1974) hasta su inauguración (enero, 1979), el BCN financió la compra de los terrenos, la construcción de la carretera y el Centro de Visitantes.

Habría que agregar otras iniciativas no menos importantes: la organización del Centro Cultural en la Colonia Dambach, el financiamiento de la Orquesta Sinfónica de Nicaragua, la instalación de la biblioteca en la sucursal del BCN en León, la repatriación de documentos de Europa ejecutada por Manuel Ignacio Pérez Alonso y Carlos Molina Argüello (los de la *Monumenta Centroamericae Historicae*), el estudio de los volcanes por el geólogo francés arraigado en el país Alain Creusot-Eon, las investigaciones paleontológicas de Jorge Espinosa Estrada y las arqueológicas de Richard Magnus y otros estadounidenses, más las ediciones de libros significativos sobre Nicaragua.

Ediciones de libros

Aludo a obras de carácter científico, tesis de economía y aportes historiográficos y artísticos. Entre ellos, resulta imprescindible recordar *Anfibios de Nicaragua* (1972) de Jaime Villa, la traducción al español de la clásica obra decimonónica del británico Thomas Belt: *El naturalista de Nicaragua* (1976), ilustrada con fotografías de Franco Peñalba e *Imágenes de Occidente* (1977), editado con motivo de la inauguración del edificio del BCN en León, con textos y fotografías de los citados; la tesis académica de Ernesto Fernández Holmann para optar al grado de doctor en economía en la Universidad de Harvard: *Política monetaria, esta-*

bilidad financiera y desarrollo económico en Centroamérica (1970); *Investigations of the ichthyofauna of Nicaraguan Lakes* (1976), compiladas por el estadounidense Thomas B. Thorson; *Piedras vivas* (1977) del italiano René Furletti y del español-nicaragüense Joaquín Matilló Vila: un panorama de nuestra estatuaria prehispánica y de otras expresiones como el jade; *Artículos históricos* (1978), de Alejandro Montiel Argüello; y *Catálogo de dulces típicos de Nicaragua* (1978).

No quiero concluir mi presentación sin elogiar las entrañables y poemáticas evocaciones de Armando Íncer, hermano mayor del autor de este libro, ni sin referir la pasión beisbolera de Roberto, que le condujo en sus periódicas conferencias de prensa a explicar las coyunturas económicas del país en términos del deporte rey; incluso se haya presente en sus memorias al escribir que muchas situaciones suyas eran como tomar turno al bate en el cierre del último inning, con tres embasados y perdiendo su equipo el partido 3 a 0.

Autodefinición

En relación a su personalidad, Roberto Íncer Barquero se autodefinió con tres frases del general francés Charles de Gaulle: «*Soy demasiado inteligente para caer en la rutina, demasiado ambicioso para aceptar la mediocridad y demasiado orgulloso para recurrir al servilismo*».

En fin, a él le correspondió ser el gran iniciador del mecenazgo cultural del BCN porque creía que sin cultura, sin el fortalecimiento de la identidad de nuestro pueblo, no hay desarrollo. Al respecto, no debe olvidarse que el hombre —biológica y antropológicamente inacabado— pasa del vientre de la madre al vientre de la cultura. El hombre posee demasiadas apetencias que la economía de mercado, ni ninguna otra, puede satisfacer.

CUATRO NUEVAS PUBLICACIONES

JEA

DURANTE LAS primeras semanas de este año [2016] han aparecido cuatro nuevas publicaciones que vale la pena reseñar. *Memoria poética / 112 poetas, 47 países* del undécimo Festival Internacional de Poesía de Granada, Nicaragua, 2015 (307 p.) es el título de la primera, coordinada por Francisco de Asís Fernández, Gloria Gabuardi, Bayardo Martínez Saravia y Andrea Margarita Vanegas. Como de costumbre, el mayor número de poetas incluidos lo ostenta Nicaragua: 29. El volumen incluye los textos leídos en la mesa redonda sobre el poeta homenajeado Enrique Fernández Morales (1918-1982); cinco fueron sus autores: Jorge Eduardo Arellano, Luis Rocha, Julio Valle-Castillo, Conny Palacios y Erick Blandón. Además, publica las intervenciones de Blanca Castellón (Nicaragua), Susana Reyes (El Salvador), Eyra Harbar (Panamá), Martha Cecilia Ruíz (Nicaragua) y Magda Zavala (Costa Rica) en otra mesa redonda: «Equidad de género en la poesía de mujeres en Nicaragua con una visión desde Centroamérica».

Antología poética de Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985), a quien se la ha dedicado el duodécimo festival, es la publicación siguiente. Constando de 184 páginas, fue escogida, prologada y ordenada cronológicamente por Julio Valle-Castillo, discípulo predilecto del autor. El cuidado de la edición y los textos de la solapa y de la contracubierta corrieron a cargo del suscrito. De hecho, contiene una amplia muestra de la significativa obra poética —en verso y prosa— de Mejía Sánchez. En otras palabras, confirma a un muságeta perteneciente a la estirpe de quienes se han asomado, sin miedo y con honradez, a las zonas más turbias de la conciencia, para extraer de sus aguas ondulantes y tenebrosas, el testimonio de una honda revelación. Más aun: guiado por el afán de penetrar con lucidez en los enigmas del mundo, no intenta establecer la tranquilidad de una verdad oficial y oficiosa, consagrada o establecida. Su motivación es otra: el ejercicio supremo de la inteligencia,

para constituirse en un poeta auténtico, original e intenso. Vivo y vigente.

Las otras dos obras son de mi autoría. Una se concentra en la primera mitad del siglo XIX: *El canario granadino / Juan Iribarren (1827-1864)*: poeta de la Guerra Nacional antifilibustera (82 p.); y la otra en el siglo XX: *Tacho Somoza y su poder (1933-1956)*, un volumen de 198 páginas. La primera consiste en una monografía sobre la vida y obra de una relevante figura histórica y literaria del siglo antepasado: el criollo de origen gallego, el ya citado Iribarren (Masaya, 8 de septiembre, 1827-Granada, 25 de enero, 1864). En ella, recurriendo a fuentes manuscritas e impresas, se reelabora la primera versión de un trabajo publicado en 1966 —¡hace 50 años!—, donde estudio su voz poética: la más genuina y perdurable del romanticismo nicaragüense, expresada en elegías, emotivas confesiones filiales y amorosas, cantos épicos y composiciones laudatorias y festivas.

Veinticuatro textos en verso y uno en prosa (la oración fúnebre en memoria del héroe de la guerra nacional Fernando Chamorro) se rescatan. Ellos acreditan a Iribarren como un autor muy lejos de ser desdeñable hoy día, dado su apasionado vigor poético y su fibra patriótica frente al filibusterismo esclavista. Al respecto, el poeta reconoce y proclama en su composición más conocida, «Contra los filibusteros»: *Ignorantes seremos y pobres, / pero nunca colonos ni esclavos, / Libres somos, y altivos y bravos, / por la patria sabremos morir, / para sentenciar: Guerra a muerte a esos viles ingratos / Guerra al yankee de robos sediento. / Que reciba un severo escarmiento / su perfidia, su horrible traición.*

En cuanto a la segunda obra, tiendo a un objetivo balance de la acción integral del sujeto (Anastasio Somoza García: 1896-1956) que protagonizó «una historia de éxito». Así denomina William Krehm, autor del libro *Democracias y tiranías en el Caribe*, el control que sobre Nicaragua ejerció Somoza García durante los años 30, 40 y 50 del siglo pasado. Por lo tanto, no ofrece el laudatorio juicio del partidario, ni la ofensa visceral del agraviado, sino la visión ecuánime de un investigador que aporta una nueva lectura sobre un poder impactante a lo largo de 23 años, sustentado en fuentes primarias (22 documentos impresos y 28 publicaciones

periódicas) aparte de las más autorizadas fuentes secundarias (76 libros y folletos, más 38 artículos y ensayos). Consecuentemente, no se encontrará en estas páginas la intención panegírica, ni la reducción caricaturesca, sino la apoliticidad de la inteligencia para estudiar a Somoza García dentro del contexto de su tiempo.

JEA

JORGE EDUARDO ARELLANO

EL CANARIO GRANADINO

**JUAN IRIBARREN (1827-1864):
POETA DE LA GUERRA NACIONAL
ANTIFILIBUSTERA**



Managua, Nicaragua
Noviembre, 2015

PEDRO XAVIER SOLÍS Y EL ENSAYO

JEA

NO EL coyuntural artículo político, ni la vacua reiteración en «la crisis de nuestro tiempo», atrae la pluma del ensayista Pedro Xavier Solís (Managua, 1963), uno de los pocos escritores de su generación dotados para el género. Así lo demostró en el breviario *Emboscadas* (1994) y en la puntual biografía de su abuelo: *Pablo Antonio Cuadra / Itinerario* (1996). Hoy lo revela en otro breviario, maduro de pensamiento y más sugerente: *Devenires* (Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2016). O sea: opiniones sobre la realidad entendida como procesos o cambios.

Por algo Alberto Bernal Ramírez, de la Pontificia Universidad Javeriana, de Bogotá, afirma que este libro de 212 páginas contiene mucho de reflexión significativa. Y este es su principal mérito. En cuanto a que «los lectores lo van a aprovechar», lo dudo. Por desgracia, no se ha formado aun en Nicaragua un público lector capaz de compartir las auténticas preocupaciones universales de Pedro Xavier y de admirar su lucidez crítica.

Inscrito en la tradición iniciada por Montaigne, fundador del ensayo como pieza literaria, Pedro Xavier asimila autores de varias épocas para sustentar sus premisas. Enumeraré algunos antiguos y modernos: a los clásicos griegos Platón, Solón, Tucídides; a los padres de la Iglesia: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Basilio Magno; y a los pontífices de nuestros días: Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco y su encíclica *Laudato sí'*. Pero también inciden en sus ideas escritores anglosajones y alemanes: Daniel Bell, Richard Halliburton, Edgar Hall, Albin Toffer, Ronald Lippit, Marlis Steinert, Christoph Turcke y Günther Anders. Recurriendo a ellos, sin olvidarnos de la impronta intelectual de su abuelo y del italiano Romano Guardini, Pedro Xavier replantea aspectos sobre La Creación y el hombre con suficiente conocimiento y soltura expresiva.

Estos temas le llaman la atención: ceguera y sexualidad, filosofía de la comida y la bebida, lenguaje y pensamiento, escritura en la antigüedad y hoy, arte en el Tíbet y creencia del Dalai Lama, autor de esta definición: «*La compasión es la médula del ser humano*». Amén del séptimo arte, del descubrimiento y la conquista de América, de la dimensión filosófica del cacique Nicaragua y del habla mestiza, de Santo Tomás Moro y su ejemplo de intelectual, concluyendo Pedro Xavier, tras discurrir sobre los intelectuales y el poder: «*Los intelectuales se alienan cuando subrogan su propia autonomía, cuando ahogan la voz de la conciencia, cuando se desca-minan del ejemplo de Tomás Moro*».

Tanto a los siglos XVIII y XIX —mejor dicho a la revolución e independencia en Francia, España y sus colonias— como a las tesis y antítesis de los siglos XIX y XX, Pedro Xavier dedica otras reflexiones originales. La más certera es su balance de la revolución sandinista: «*Aunque se maldijo la riqueza capitalista —acotó—, los comandantes de la revolución se convirtieron en una nueva clase hegemónica: las restricciones generales nunca se aplicaron a la nomenclatura política*». Luego diserta sobre el genoma humano, el aborto y la eutanasia, la muerte de Dios, la cultura del descarte y la nueva edad marcada por una globalización nunca vista. De ahí que recomiende «*cuidarnos de un pernicioso relativismo —que en muchos contextos actuales tiene una raíz totalitaria y de un pernicioso absolutismo— con su ramificación terrorista*».

Para él, este fenómeno deviene de la intolerancia, uno de los problemas mundiales que están a la vista y a la cual define como el desconocimiento de la dignidad del otro, «*y que llega incluso al fanatismo homicida de las organizaciones terroristas como Al Qaeda y Estado Islámico (ISIS)*». Pedro Xavier, pues, está muy lejos de ser un nefelibata, mucho menos un retrógrado. Él es un pensador anuente a señalar e interpretar los conflictos y cambios que han transformado a la sociedad y al hombre.

Cristiano, y más aun católico renovado, concibe y pondera la democracia, siguiendo a Maritain, como máximo régimen social de justicia e igualdad: «*La tarea de la democracia moderna —puntualiza— debe consistir en armonizar la capacidad de competencia en*

los mercados, la libertad política y la cohesión social mediante un régimen de derecho, manteniendo una solícita atención hacia el ciudadano, especialmente en el momento mismo de la necesidad». También postula las soberanías de las familias, la solidaridad del vecindario y el poder del municipio. Pero la convicción que más lo representa no es otra que esta: «La fe alcanza donde la ideología no llega y nutre donde la razón se vuelve árida».



Pedro Xavier Solís

UNA TESIS DOCTORAL SOBRE LAS VANGUARDIAS NICARAGÜENSES

JEA

EL 2 febrero de 2016 la poeta, traductora y editora María Augusta Montealegre Denueda defendió en la Facultad de Filología, Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana, de la Universidad de Salamanca, su tesis doctoral: *Ideas estéticas y políticas de las vanguardias en Nicaragua (1918-1933) / Salomón de la Selva y el Autodenominado Movimiento Nicaragüense de Vanguardia*. Cuarentinueve de cincuenta puntos fue su calificación, mereciendo el *cum laude*.

Dirigida por la catedrática salmantina y estudiosa de las letras hispánicas Carmen Ruíz Barrionuevo, la tesis debe editarse para ser apreciada por su intrínseco valor: un lúcido aporte al conocimiento del vanguardismo fundacional de Salomón y una nueva crítica a fondo del conservadurismo político de la vanguardia granadina, gestada entre 1931 y 1933, sin desconocer la autora de la tesis sus antecedentes. Por ejemplo, el principal de ellos —la «Oda a Rubén Darío» (1927) de José Coronel Urtecho— es sometido a un examen descuartizador, como lo expuso recientemente en un congreso internacional sobre Rubén Darío.

Utilizando la herramienta del materialismo filosófico de Jesús G. Maestro, y recurriendo a una vasta bibliografía —sobre todo en alemán e inglés—, Montealegre Denueda reubica a Salomón, de manera clara y definitiva, en el canon de vanguardia en Nicaragua y revalora, más negativa que positivamente, al autollamado movimiento de vanguardia, surgido en Granada. Al mismo tiempo, se apropia del concepto de *lo uno* (lo local) y de *lo diverso* (lo global) —expuesto por el español Claudio Guillén, especializado en Literatura Comparada— para llevar a cabo su cometido.

No cabe en estas líneas resumir todos los capítulos de esta tesis, plena de erudición actualizada. Así, no se le escapa a la autora

ningún estudio o antología sobre las vanguardias hispanoamericanas (Foster, Jitrik, Osorio, Szabolscsi, Verani, Videla, entre otros) y, en concreto, sobre Don Sal y la vanguardia nicaragüense (Arellano, Bellini, Bolaños-Salvatierra, Colón, Chiriboga, Fernández Vélchez, por citar seis autores). Basta destacar dos hechos, señalados por la tesis: 1) que los vanguardistas granadinos (junto a Ernesto Cardenal) inauguraron la historiografía literaria «*como proyecto cultural y político encaminado a la construcción de una identidad nacional*»; y 2) que ubicaron a Salomón como precursor, no como fundador de la vanguardia. Ella rechaza el membrete de «los tres grandes» (Pallais, Cortés y De la Selva), pero puntualiza que el suscrito desde 1977 separó a Don Sal, otorgándole su lugar correcto como *el inmenso solitario* y primer poeta moderno de Mesoamérica. Igualmente, no olvida que Pablo Antonio Cuadra rectificó su posición crítica ante el autor de *El soldado desconocido* (1922) valorando este poemario en 1985 como «el primer libro de vanguardia de la poesía nicaragüense».

También la egresada de Salamanca recuerda que De la Selva había sido reivindicado, tempranamente, por el canon vanguardista internacional. En efecto, ya en 1925 figuraron poemas de *El soldado desconocido* en el *Índice de la nueva poesía americana* (Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones El Inca), compilada por el peruano Alberto Hidalgo: primer recuento selectivo de la eclosión vanguardista en Hispanoamérica; en *Laurel / Antología de la poesía moderna en lengua española* (México, Séneca, 1941) de Xavier Villaurrutia y otros que reconocen en De la Selva al principal gestor del coloquialismo poético; en *An Anthology of Contemporary Latin American Poetry* (1942) de Dudley Fitts; en la *Poesía hispanoamericana contemporánea* (1944) de Antonio Acevedo Escobedo; en la *Antología Caballo de Fuego* (Buenos Aires, 1952) y en la *Antología de poesía hispanoamericana* (Madrid, Aguilar, 1958) de Julio Caillet Bois.

Para María Augusta, Salomón de la Selva es el primer poeta latinoamericano que publica un poemario en inglés durante el siglo XX: *Tropical Town and Other Poems* (1918). Con esta obra, el poeta nicaragüense se legitima, ingresa al mercado literario anglosajón y establece un puente entre dos culturas como mani-

festación extrema de transculturización; además, de acuerdo con David A. Colón (2012), «realiza una traducción radical de su imaginario de inmigrante hispano en el lenguaje tradicional, conservador, del verso inglés. El acto de haberlo hecho, su efecto y su legado constituye un evento de vanguardia». Más aún: la nueva doctora —siguiendo a Silvio Sirias— reitera que *Tropical Town...* —aun siendo evocación, traducción y transculturización— pertenece a la herencia literaria hispana dentro de los Estados Unidos, «ya que constituye el texto fundacional de lo que posteriormente se conocería como *Latino Writers*».

Pero el análisis de *El soldado desconocido*, texto fundacional de la vanguardia, ocupa mayor extensión en esta tesis doctoral que viene a enriquecer la bibliografía de las materias abordadas.



Salomón de la Selva

LA DEMOCRACIA PENDIENTE DE ALFREDO CÉSAR AGUIRRE

JEA

AL ASUMIR cuatro políticos relevantes la escritura del yo, estaban lejos de la grave edad, o sea de la gravedad senil y ejercían la plenitud de sus facultades mentales. Ellos, en su momento oportuno, rindieron cuenta de sus aportes respectivos a la historia de Nicaragua de las últimas décadas y trazaron su visión personal de la misma. En concreto, aludo a Moisés Hassan, José Rizo Castellón, Humberto Ortega Saavedra (HOS) y Antonio Lacayo Oyanguren. En otras palabras: al disidente efeselenista, al vicario liberal, al estratega de la insurrección triunfante y al poder detrás del trono de doña Violeta.

Ahora, con su libro *Democracia pendiente* (enero, 2015), se incorpora a esa lista de próceres vivos o tigres de la Malasia (depende de la identidad política de cada quien) el más joven de todos: Alfredo César Aguirre (Granada, 24 de abril de 1951), quien casi a los 64 años ha reconstruido su trayectoria política. No se trata, pues, de unas memorias íntimas, ni de una autobiografía, sino de la síntesis de los acontecimientos que marcaron la vida de los nicaragüenses desde 1979 hasta hoy. Es decir, durante 35 años o más, pues César Aguirre se había incorporado a la lucha insurreccional en 1977.

A lo largo de las 276 páginas de su recuento no aflora el yo con desmesura, sino equilibradamente. Su protagonismo es moderado, fiel a los hechos en que tomó parte como empresario progresista y, a partir de julio del 79, ejerciendo cargos importantes. Entre ellos ministro-secretario de la Junta de Gobierno, presidente del Banco Central y negociador de la deuda externa, asesor del Banco Central de Costa Rica por la ONU, fundador del Bloque Opositor del Sur (BOS), director de la Resistencia Nicaragüense (RN) y firmante del Acuerdo de Paz de Sapoá, coordinador de la

campana de doña Violeta, diputado por la UNO y presidente de la Asamblea Nacional. Luego, como empresario de bienes raíces, presidió la Cámara de Urbanizadores (CADUR) y actualmente encabeza la cúpula del partido conservador, fiel también a sus raíces familiares y granadinas. No en vano uno de sus 16 tatarabuelos fue Dionisio Chamorro Alfaro, hermano del prócer conservador Fruto y fundador de la rama familiar de «Los Nichos». Y uno de sus 4 abuelos fue el gran pionero de la medicina y cirugía Juan José Martínez (1868-1960)

Democracia pendiente es un libro que invita a leerse y no solo por la prosa casi de bitácora, sencilla y precisa, de su autor. También por la coherencia conceptual y periodización y simplificado de sus seis apartados: I. Derrocamiento de Somoza y Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (1979-1982); II. Radicalización de la revolución y guerra de resistencia (1882-1988); III. La Paz de Sapoá y las elecciones anticipadas (1988-1990); IV. Restablecimiento de la democracia (1990-1996); V. El pacto Alemán-Ortega y la división del liberalismo (1997-2006) y VI. El regreso del FSLN al poder (2007-2014). Además, supera la perspectiva unilateral al incluir once testimonios de protagonistas representativos de tendencias políticas diversas: Moisés Hassan, Joaquín Cuadra Lacayo, René Herrera Zúñiga, Luis Sánchez Sancho, Cairo Manuel López, Oscar Sobalvarro (comandante Rubén), Agustín Jarquín, Dora María Téllez, Carlos Hurtado, Rafael Solís y Edwin Castro.

Escrito en la edad senatorial (de los 60 a los 70 años), *Democracia pendiente* carece de rencor; tiende, más bien, a reconocer los méritos de los adversarios del autor y establece, a la postre, un llamado a la concordia. Pero César Aguirre no oculta su posición democrática o antidictatorial, ni su rechazo a posiciones militares, ni su capacidad negociadora. Y refuta las calumnias que en los momentos críticos le prodigaron. Al mismo tiempo, aprovecha para reproducir fotografías suyas con grandes personalidades.

He aquí un libro balanceado, destinado sobre todo a la juventud, para que ella misma deduzca las lecciones que debe aprender.

EL GÜEGÜENSE EN MASAYA Y SU RESTAURACIÓN

JEA

EL SÁBADO 3 de septiembre asistí, en la Casa de Cultura Alejandro Vega Matus, de Masaya —con la máster Ligia Madrigal Mendieta, tesorera de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua—, para presenciar un ensayo de la comedia-bailete *El Güegüense*, de la cual Ligia es madrina y vocera honoraria. Coordinado por el folclorólogo Enrique López Rodríguez desde 2011, el espectáculo callejero vale la pena. No solo impresiona el rico y brillante vestuario, sino su fidelidad a la trama barroca de la farsa indohispana del siglo XVIII, especialmente a los parlamentos de la más conocida versión en su español original: la transcrita en 1874 —fusionando dos manuscritos— por el americanista alemán Carl Hermann Berendt (1817-1878).

Como se sabe, el poseedor de ambos manuscritos era el primer lingüista nicaragüense Juan Eligio de la Rocha (1815-1873), fallecido un año antes que Berendt realizara su transcripción. Además de esta versión, el grupo de la Mayordomía de El Güegüense en Masaya no desconoce la otra versión en español y con un personaje más —el Arriero—, copiada en el Hotel Ascárate, de la misma ciudad de Masaya, por otro americanista alemán Walter Lehmann (1878-1939). Entre el 13 y el 18 de diciembre de 1908 tuvo lugar esa transcripción de otro original manuscrito de *El Güegüense*, datado el 29 de junio de 1867 y propiedad de Ramón Zúñiga. Igualmente, dicho grupo (cuyos miembros se reconocen como MAYGÜEMAS) tienen en muy alta estima el hecho de que Lehmann haya sido testigo en el barrio de Monimbó de una representación completa de la obra maestra del teatro folclórico de Mesoamérica.

Otros datos precedentes toman en cuenta los MAYGÜEMAS de Masaya: los testimonios del escritor nicaragüense Enri-

que Guzmán en 1892 y del médico estadounidense, radicado en el país, Earl Flint. Si el primero vio escenificarse *El Güegüense* en 1867, el segundo registró en 1883 que la costumbre de su montaje había sido abandonada debido a las ruinas económicas de sus mayordomos o mayordomas. «Y probablemente —concluía— no resurgirá, al menos en su antiguo esplendor».

De ahí que los MAYGÜEMAS, sustentados en la cohesión comunitaria que caracteriza a los habitantes de la capital del folclore del Pacífico nicaragüense, se hayan comprometido a restaurar la tradición de las representaciones de *El Güegüense*. Así ellos, con esta pieza de arte total, han vuelto a engalantar las fiestas de la patrona titular Nuestra Señora de La Asunción cada 15 de agosto y las del patrono popular San Jerónimo cada 30 de septiembre. «*El Güegüense* —anotaron en un programa— regresó a Masaya y ha permanecido durante todo el año educando, compartiendo su parlamento original en las calles, en los atrios, en los encuentros danzarios y en los colegios».

Por esta labor cultural identitaria, la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua decidió reconocer la creatividad y el entusiasmo colectivos de la Mayordomía que promueve *El Güegüense* en Masaya. Labor que merece, sin duda, el apoyo de instituciones locales y nacionales. Otro sí: agradezco a la misma Mayordomía el nombramiento de padrino honorario de sus actividades. No en vano el suscrito ha acumulado, desde su *Panorama de la literatura nicaragüense* (1966), una constante, extensa y puntual bibliografía sobre *El Güegüense*. Tres ediciones de su versión de 1984 se publicaron en México (con un tiraje de veintiséis mil ejemplares), Estados Unidos y España. En Nicaragua, su edición en dos tomos (1985) reproduce el manuscrito de Walter Lehmann, rescatado y estudiado por él en Alemania (1981).

Su versión de 1999, adaptada escénicamente por César Paz, se estrenó el 26 de diciembre de ese año y fue comprendida y disfrutada a lo largo del año 2000 por unos cien mil espectadores, sobre todo estudiantes de secundaria. Ese mismo año las Ediciones Distribuidora Cultural publicó esta versión con una tiraje de cuatro mil quinientos ejemplares.

El suscrito, además, organizó el Coloquio Nacional sobre *El Güegüense* (enero, 1992) y ha preparado números monográficos sobre la obra en el *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación* y en la revista *Lengua*. Participó también en el Coloquio Internacional «El discurso colonial: la construcción de una diferencia americana» en la Universidad de Montreal (noviembre, 1999), en el diplomado de la UAM (julio-agosto, 2006) y en el Coloquio-Debate del Instituto Nicaragüense de Cultura (mayo, 2008). Finalmente, se han editado todos sus aportes en *El Güegüense o el gran embustero* (Managua, INC, 2009 e INCH el mismo año).



Teatro Nacional

Instituto Nicaragüense de Cultura



PLAZA MAYOR DE LA CULTURA

PRESENTAN:



EL GÜEGÜENSE

ARTE TOTAL

Un elenco de actores,
bailarines y La Orquesta
Nacional de Nicaragua

LA GRAN PRODUCCION 1999!

Versión de **JORGE EDUARDO ARELLANO**

Musicalización: PABLO BUITRAGO, diseño de escenografía
y vestuario: DONALDO AGUIRRE,
coreografía: ALEJANDRO CUADRA, realización
de vestuario: MARTHA MONTENEGRO, asesor
literario: JORGE EDUARDO ARELLANO, producción
general: RUTH MATILDE CASTILLO

Dirección artística: CESAR PAZ, Dirección General: LIC. CLEMENTE GUIDO MARTINEZ,
LIC. SUSAN DE AGUERRI.

UNA PRODUCCION DEL INSTITUTO NICARAGÜENSE DE CULTURA
Y EL TEATRO NACIONAL RUBEN DARIO.

Elenco: EDGARD SARRIA, SALOMON MORALES, XAVIER ESPINOZA, LUIS HAROLD ABURTO
GUILLERMO MADRIGAL, MARIANO NUÑEZ, ULISES PEREZ.

SALA MAYOR
LUNES 6 DE DICIEMBRE 7:30 P.M.
(GRAN ESTRENO CON BRINDIS DE HONOR)
JUEVES 9 DE DICIEMBRE · 7:00 P.M.

BIBLIOGRAFÍA NICARAGÜENSE: 100 TÍTULOS DE 2016

Héctor Vargas

I

- XI Festival Internacional de Poesía de Granada, Nicaragua, 2015.* Memoria poética. 112 poetas / 47 países. En homenaje al poeta, dramaturgo y artista plástico Enrique Fernández Morales y en memoria de la poeta costarricense Eunice Odio. Managua, Festival Internacional de Poesía de Granada, 2016. 307 p., il. [Incluye textos de la mesa redonda sobre el poeta homenajeado, escritos por Jorge Eduardo Arellano, Luis Rocha, Julio Valle-Castillo, Conny Palacios y Erick Blandón].
- Antología de la crónica modernista.* Selección, introducción y notas de Jorge Alberto Pérez. Managua, Distribuidora Cultural, 2016. 270 p.
- ANTONIO, Margarita [et al]. *99 palabras de mujer.* Marianela Corriols, editora. Managua, Anide, 2016. 108 p., il. col. [Cuentos].
- ARCE ROSALES, Mauricio José. *Así lo escribió la vida.* Managua, Edición personal, 2016. 90 p. [Autobiografía].
- ARELLANO, Jorge Eduardo: *Martí y Darío: paralelo histórico literario.* [Cubierta: retrato de Rubén Darío, por Bruno Portuguez]. Lima, Casa Museo Ricardo Palma, Embajada de Nicaragua en el Perú, 5 de febrero, 2016. 16 p.
- ARELLANO, Jorge Eduardo: *Tacho Somoza y su poder (1933-1956).* Managua, JEA-Editor, 2016. 197 p., il.
- El autor y su obra.* Homenaje a don Guillermo Rothschild Tablada. Managua, Ediciones del Festival Internacional de Poesía de Granada, 2016. (v. 44). [Contiene trabajos

de Erick Aguirre, Jorge Eduardo Arellano, Wilfredo Espinoza Lazo y Anastasio Lovo].

AUTORES VARIOS: *Mas es mía el alba de oro*. Memoria del Encuentro Internacional: *Rubén Darío en el centenario de su muerte*, organizado por la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua y la Asamblea Nacional en Managua, del 1ro al 4 de diciembre de 2015. Edición de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, Asamblea Nacional, 2016. 368 p. [Contiene 21 ponencias inéditas de 20 autores sobre la vida y obra de R.D].

Azul & blanco: 90 momentos que unieron a Nicaragua. Concepto y edición de Gabriel Traversari. Managua, edición personal, 2016. 215 p., il., col.

BALTODANO REYES, Hilda María: *Leyendas granadinas en sitios históricos*. [Presentación: Jorge Eduardo Arellano. Texto en la contratapa: Francisco Arellano Oviedo]. Managua, Pavsa, marzo de 2016. 99 p., il.

BELLMONTIEL, Claudia: *Gerónimo Ramírez Ramírez y sus más de mil descendientes*. Managua, Amerrisque, 2016. 19 p., il.

BELLO, Magda: *Memorias dispersas* [texto de la contratapa: Jorge Eduardo Arellano]. Managua, Sociedad Nicaragüense de Jóvenes Escritores, 2016. 61 [3] p. [Poemas].

BENDAÑA, Alejandro: *Sandino / Patria y Libertad*. Managua, anamá Ediciones, 2016. 472 [95] p.

BLANDÓN GUEVARA, Erick: *Rubén Darío: un cisne entre gaviilanes*. San José, Costa Rica, Uruk Editores, 2016. 283 p.

BONILLA LÓPEZ, Douglas José: *Sandino, luz del FSLN*. Managua, Edición personal, 2016. 478 p., il.

BRAVO, Gerson: *Aprende a ser triunfador: 14 mensajes, motivacionales para ti*. León, Edición personal, 2016. 130 p.

CALDERÓN, J. de la J.: *Una vida breve*. Managua, Pavsa, 2016.

96 p. [Cuentos].

CASANOVA FUERTES, Marcos Antonio: *Fal vs Galil. Escenas desconocidas de la guerra (1977-1979)*. Managua, edición personal, 2016. 354 [2] p., il.

DARÍO, Rubén: *A. de Gilbert*. Biografía de Pedro Balmaceda. [Prólogo de Carlos Ossandón]. Santiago de Chile, Ediciones Biblioteca Nacional, 2016. 158 p.

DARÍO, Rubén: *Cantos de vida y esperanza, Los Cisnes y Otros poemas*. Managua, Ediciones Centro Especializado de Documentación, Investigación e Información Judicial, febrero de 2016. 95 [1] p.

DARÍO, Rubén: *Crónicas de arte argentino: paseos por el Salón del Ateneo en Buenos Aires*. Edición, prólogo y notas de Rodrigo Caresani. Managua, Dinámica Editorial, 2016. 388 p., il.

DARÍO, Rubén: *The Princess & the Star* (A Margarita Debayle). Traducción de Rolando Téllez. Managua, edición personal, 2016. 27 p.

DARÍO, Rubén: *Del símbolo a la realidad. Obra selecta*. [Prosas profanas y otros poemas, *Cantos de vida y esperanza, Tierras Solares*]. Madrid, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, febrero, 2016. 407 p. [Contiene estudios preliminares de Sergio Ramírez, José Emilio Pacheco (mexicano), Pere Gimferrer (catalán), Julio Ortega (peruano), Julio Valle-Castillo, Jorge Eduardo Arellano, Noel Rivas Bravo, Pablo Antonio Cuadra, José Luis Vega (puertorriqueño), José Carlos Rovira (español) y Pedro Luis Barcia (argentino)].

DARÍO, Rubén: *Escritos sobre su vida y obra*. Managua, Asamblea Nacional, 2016. 168 p. [Contiene: *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* e *Historia de mis libros*].

DARÍO, Rubén: *La caravana pasa*. Managua, Editorial Amerrisque, 2016. 156 p. [Reproducción de la primera edi-

ción: París, Garnier Hermanos, 1902, sin presentación ni nota alguna].

ESCOBAR BARBA, Edgard: *Dos motetes*. Cuentos, fábulas y fabelillas. Managua, Ediciones Pensar, 2016. 77 p.

ESCOBAR FORNOS, Iván: *Manual de derecho procesal civil*. Managua, Senicsa, 2016. 388 p.

FUNDACIÓN ORTIZ GURDIÁN: *Bienal de Nicaragua*. 11 de febrero-14 de mayo, 2016. Managua, Banpro Grupo Promérica, 2016 [26] p., il., col.

GONZÁLEZ SERRANO, Javier: *Al otro lado y otros cuentos*. Managua, Dinámica Editorial, 2016. 120 p.

ICAZA MENESES, Karla: *El poder del amor*. Mi experiencia con el cáncer de seno. Managua, edición personal, 2016. 138 p.

ÍNCER BARQUERO, Roberto: *Autobiografía*. [Presentación: Marisa Pereira de Íncer; prólogo: Mario J. Flores; semblanza: Guillermo A. Rivera; «Hermano mío y yo tu hermano»: Armando Íncer Barquero]. Managua, Fundación Ortiz-Gurdián, Banpro / Grupo Promérica, 2016. 288 p., il.

LACAYO VANEGAS, Agustín: *Mi tierra: istmo de encanto*. Prosa. Rivas, edición personal, 2016. 131 [8] p., il.

MCRENATO, Ternet: *Anastasio Somoza García: el hijo de p... preferido de los americanos*. Managua, Amerisque, 2016. 248 p.

MAPES, Erwin K.: *La influencia francesa en la obra de Darío*. [Traducción de Fidel Coloma]. Managua, Amerisque, 2016. 200 p.

MATUS LAZO, Róger: *Curso actualizado de ortografía fundamental*. [Texto en la contratapa: Jorge Eduardo Arellano]. Managua, Matus Lazo Ediciones, 2016. 303 p.

MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto: *Antología poética*. Selección y prólogo de Julio Valle-Castillo. Corrección de pruebas y

texto de la contratapa: Jorge Eduardo Arellano. Managua, Festival Internacional de poesía de Granada, 2016. 183 p.

MENESES, Vidaluz: *Balada para Adelina*. Memorias. Managua, anamá Ediciones, 2016. 268 p., il.

La Prensa. Nicaragua: *90 protagonistas de la historia de Nicaragua en nueve decenios de La Prensa. 1926-2016*. Managua, La Prensa, 2016. 220 p., il.

RAMÍREZ, Noel: *Reflexiones para la alta dirección empresarial*. Managua, Hispamer, 2016. 202 p.

RODRÍGUEZ ANIDO, Julio y Nydia Castillo Pérez: *Tiempos de caos*. Managua, Pavsá, 2016. 106 p. (Ensayo).

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Marlene: *Ensayos hispanoamericanos*. Managua, UNAN-Managua, Facultad Regional Multidisciplinaria (Farem), Estelí, enero de 2016. 135 p.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Felipe: *Cronología viviente de Rubén Darío*. Managua, Única, 2016. 427 p.

SOLÍS, Pedro Xavier: *Devenires*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2016. 2012 p. [Ensayos].

SOTELO AVILÉS, Melvin: *El poder de servir*. Managua, edición personal, 2016. 448 p. [Biografía del doctor Ramiro Sacasa Guerrero].

TÜNNERMAN BERNHEIM, Carlos: *Apuntes sobre la vida y obra de Rubén Darío*. Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, enero, 2016. 57 p.

VANEGAS, Juan de Dios: *Rubén visto por Juan de Dios Vanegas*. [Compilación de José Jirón Terán]. Managua, Asamblea Nacional, 2016. 211 p.

WHITE, Steven F.: *Rubén Darío y Salomón de la Selva: ecos de la muerte y la guerra*. León, Promotora Cultural Leonesa, 2016. 203 [7] p., il. (v. 5).

ZAMORA COREA, Rodolfo: *La montaña de los hombres solos*.

Managua, Sociedad Nicaragüense de Jóvenes Escritores, 2016. 85 p. [Poemas].

ZUBCENTENO, Mónica: *Somoza en Paraguay*. Vida y muerte de un dictador. Managua, Hispamer, 2016. 254 p.

ZAMBRANA FONSECA, Luis Armando: *Rubén Darío todo humanidad todo corazón (en defensa de su vida)*. Managua, Aldilá editor, 2016. 184 p.

II

ALCALDÍA DE MANAGUA: *Los indios flecheros matagalpas / Héroes de la Batalla de San Jacinto*. Managua, Alcaldía de Managua, 2016, 75 p. [Contiene trabajos de Clemente Guido Martínez, Eddy Kühl Aráuz y Ramiro García Vázquez con Lucía Watson Jiménez].

ARELLANO, Jorge Eduardo: *Indagaciones rubendarianas*. Managua, Centro Especializado de Documentación, Investigación e Información Judicial (CEDIJ), 2016, 308 p.

ARGÑAL BÁEZ, Javier: *Horacio Nelson / La expedición a Nicaragua*. Managua, Pedro Alfonso Morales y Eunice Shade editores, 2016, 208 p., il.

AUTORES VARIOS: *Antología de la poesía norteamericana*. Compilación y traducción: José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal. México, D.F., Siglo veintiuno editores, 2016, 387 p.

AUTORES VARIOS: *Jornada cultural Darío e Hispanoamérica*. Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, Asamblea Nacional, 2016, 318 p. (Contiene trabajos de Jorge Eduardo Arellano, Carlos Tünnermann Bernheim, Marvin Saballos Ramírez, Nydia Palacios Vivas, Julio Valle-Castillo, Erick Aguirre Aragón, Gilberto Bergman Padilla, Luis Armando Zambrana Fonseca, Francisco Arellano Oviedo, Gloria Espinoza de Tercero, Pablo Kraudy, Francisco Javier Bautista Lara y Margarita López Miranda).

AUTORES VARIOS: *Poesía de Nicaragua*. (en idioma bangla).

Editado y traducido: por Aminur Raham. Dhaka, Bangladesh, Adorn Books, 2016, 133 p. [Cuarentisiete poemas en inglés y bangla de doce poetas: Rubén Darío, Claribel Alegría, Ernesto Cardenal, Omar d'León, Vidaluz Meneses, Francisco de Asís Fernández, Gloria Gabuardi, Jorge Eduardo Arellano, Gioconda Belli, Anastasio Lovo, Blanca Castellón y Santiago Molina Roths Schuh].

BANCO CENTRAL DE NICARAGUA: *Catálogo dariano*. Homenaje a Rubén Darío en el Centenario de su Muerte (1916-2016). Managua, BCN, 2016, 31 p. il., col.

CABRALES, Julio: *El autor y su obra*. Homenaje a Julio Cabrales. Managua, Festival Internacional de Poesía de Granada, 2016, 36 p., il. (v. 45) [Contiene trabajos de Francisco de Asís Fernández, Julio Valle-Castillo, Erick Aguirre Aragón y Edwin Yllescas, más poemas del homenajeado].

CALDERÓN, Esthela: *Las manos que matan*. León, Promotora Cultural Leonesa, 2016, 67 p. [Poemas].

CASTRO RODRÍGUEZ, Edwin: *¿Y si no regresara?* Poemas. Managua, Aldilá Editor, 2016, 151 [I] p.

CORONEL KAUTZ, Ricardo: *El espíritu de mis padres*. Managua, Ediciones Graphic Print, 2016, 261 p.

DARÍO, Rubén: *Cuaderno de hule*. Texto introductorio: Rocío Oviedo. Madrid, Del Centro Editores, 2016. 2 tomos.

DARÍO, Rubén: *España contemporánea*. Edición, introducción y notas de Noel Rivas Bravo. Pórtico de Elena Poniatowska. Nota a la edición mexicana por Manuel Polaino Orts. México, D.F., Editorial Flores, 2016. 447 p.

DARÍO, Rubén y Martín de Riquer: *Páginas cervantinas*. Introducción y recopilación de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Asamblea Nacional y Embajada de España en Nicaragua, 2016. 122 p.

- FERNÁNDEZ, Francisco de Asís: *La invención de las constelaciones*. Edición bilingüe Español / Inglés. Traducido por Stacey Alba Skar Hawhins. Managua, Hispamer, 2016. 163 p. [Poemas].
- GÁMEZ MONTENEGRO, Bayardo, comp.: *Rubén Darío en las artes plásticas*. Managua, Editorial Amerrisque, 2016.
- GARCÍA CHAVARRIA, Julio: *Nicaragua / Mi voz y mi pensamiento para vos*. [Poemas]. Managua, Edición personal, 2016. 134 p. (Incluye textos de siete poetas invitados: cinco mujeres y dos varones).
- GONZÁLEZ, Marta Leonor. *Palomas equilibristas*. Managua, 400 Elefantes, 2016, 48 p. [Poemas].
- GUIDO MARTÍNEZ, Clemente: *El maíz en la cultura ancestral de Nicaragua*. Managua, Alcaldía de Managua, 2016, 24 p.
- GUIDO MARTÍNEZ, Clemente: *Debate epistolar en sextetos entre Ochomogo y Silvestre (1811-1813). / La política criolla pre-independentista en Nicaragua*. Managua, Alcaldía de Managua, 2016, 44 p.
- HOOKER KAIM, Stephen Dexter: *El ocaso de un Pueblo / Sunset Bluefields*. Managua, Edición personal, 2016, 128 p.
- JARQUÍN, Edmundo et al: *El régimen de Ortega. ¿Una nueva dictadura familiar en el continente?*. Managua, Pavs, 2016. 265 p.
- JIMÉNEZ, Félix: *Pobres por los pobres*. Las Comunidades Eclesiales de Base de la Parroquia de San Pablo Apóstol. (1966-2016). Managua, Editarte, 2016, 414 p.
- KRAUDY MEDINA, Pablo: *Rubén Darío y la condición humana*. Managua, JEA-Editor, 2016, 221 p.
- LLOPESA, Ricardo: *Versos que cambiaron la poesía*. Valencia, España, Instituto de Estudios Modernistas, 2016, 152 p. (Sobre los poemas de *Azul...*, 1888 y 1890).
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Gilberto: *Etimología greco-latina-Médica Básica*. Managua, Edición personal, 2016, 473 p.

- MIDENCE, Carlos: *Sandinismo y Revolución*. Resistencia, liberación, justicia y cambio en las luchas de nuestros pueblos. Managua, Editorial Universitaria Tutecotzimí, 2016, 711 p.
- MONTEALEGRE DENUEDA, María Augusta: *Ideas estéticas y políticas de las vanguardias en Nicaragua (1919-1933)*. Tomo I: Salomón de la Selva. Managua, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, 2016, 567 p.
- MORALES CARAZO, Jaime: *Reconciliación y alianza*. Camino a la unidad y desarrollo. La experiencia nicaragüense. Managua, Asamblea Nacional, 2016, 59 p.
- MORALES FONSECA, Beltrán: *El autor y su obra*. Homenaje a Beltrán Morales Fonseca. Managua, Festival Internacional de Poesía de Granada, 2016, 39 p., il (v. 46) [Contiene trabajos de Francisco de Asís Fernández y Erick Blandón, más poemas del homenajeado].
- NICARAGUA. Asamblea Nacional: *Para que no se olvide / La masacre de Jiloá*. Managua, Asamblea Nacional, 2016, 49 p., il.
- NORORI GUTIÉRREZ, Róger: *Sandino en Managua*. Managua, Alcaldía de Managua, 2016, 129 p.
- PALACIOS VIVAS, Nydia: *¡Poetas! ¡Pararrayos celestes!*. Ocho estudios sobre Rubén Darío. Managua, 400 Elefantes, 2016, 150 p.
- PAREDES, Lucía, comp.: *Lucha, Amor y Vida*. Managua, Anamá Ediciones, 2016, 11 p., col. (Historias personales de víctimas de cáncer).
- PORTA BERMÚDEZ, Álvaro: *Somoza / Cuenta regresiva*. Permanencia en Paraguay según testigos presenciales. Managua, Edición personal, 2016, 405 p.
- PÉREZ, Roberto Carlos: *Alrededor de la medianoche y otros relatos de vértigo en la historia*. (2ª ed.). Brimfield, Massachusetts, Casasola Editores, 2016, 124 [1] p.
- RIVERA MONTEALEGRE, Flavio, comp.: *Rubén Darío y la*

crítica. Tomo III. Miami, Florida, USA; Movimiento Cultural Nicaragüense, 2016, 469 p., il. (Contiene, sin fuentes ni índice, trabajos de Antonio Marasso, Guillermo de Torre, Max Henríquez Ureña y Enrique Anderson Imbert).

ROSALES SOLÍS, María Auxiliadora y Zobeyda Catalina Zamora Úbeda: *DICA / Diccionario de centroamericanismos*. Managua, CILL (Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias), 2016, 486 p.

SANDOVAL ARANDA, Mario: *Pensamiento poético*. Prólogo de Carlos Tünnermann Bernheim. Managua, Edición personal, abril, 2016, 64 p. (Poemas).

TERÁN, Petronila: *Brújula Familiar del Alimento*. (2ª ed.). Managua, Edición personal, 2016, 286 p.

TIJERINO MANTILLA, Edgar: *Yo, Vago*. Managua, Producciones Doble Play, 2016, 340 p. (Autobiografía).

URIARTE, Iván: *La escritura y sus huellas: la poética del palimpsesto en la obra de Rubén Darío*. Managua, Editorial Tutecozimí de la UNAN-Managua, 2016, 157 p.

URTECHO, Álvaro: *El autor y su obra*. Homenaje a Álvaro Urtecho. Managua, Ediciones del Festival Internacional de Poesía de Granada, 2016, 43 p., il. (v. 47). [Contiene ensayos de Jorge Eduardo Arellano, Iván Uriarte, Noel Rivas Bravo, Erick Aguirre y Dagoberto Avendaño].

VÉLEZ ASTACIO, Hugo J.: *Historias de nuestra historia*. (Ensayos históricos sobre personajes de la historia). Managua, Editorial Amerrisque, 2016, 140 p.

VÉLEZ ASTACIO, Hugo J.: *Hugo Astacio Cabrera ante la historia*. Managua, Editorial Amerrisque, 2016, 138 p., il.

VÉLEZ ASTACIO, Hugo J.: *Rubén Darío: Escritos sobre el prócer cultural de la lengua hispana*. Managua, Editorial Amerrisque, 2016, 120 p., il.

EL CLAMOR INTEGRAL DE UN LÍDER COSTEÑO

JEA

EN SU reciente libro sobre el Caribe nicaragüense, uno de sus líderes e intelectuales más representativos —Stephen Dexter Hooker Kain— nos recuerda que su región constituye otra realidad geográfica, histórica, cultural y humana, distante y distinta del Pacífico (o *interior*) de Nicaragua. O sea que en el territorio nacional existen dos naciones, las cuales no deberían seguir siendo antagónicas como en el pasado.

Desde el siglo XVI nuestro Caribe comenzó a vincularse al colonialismo europeo y al tráfico de esclavos, disputándose su territorio posteriormente por el imperio español y el inglés. Al fin se impuso el protectorado británico que instaló una monarquía misquita. En 1860, por medio de un acuerdo, Inglaterra reconoció la soberanía de Nicaragua sobre la zona, surgiendo la Reserva Mosquita, incorporada militarmente en 1894. Para entonces ya operaba la presencia comercial y geopolítica de los Estados Unidos. Tras la explotación de los recursos naturales durante el siglo XX y el conflicto armado de los años 80, surgió el proceso de la autonomía regional que culminó con la aprobación del Estatuto de Autonomía por la Asamblea Nacional el 30 de octubre de 1987 (*Gaceta*, núm. 238, Ley 28), creando la RAAN y la RAAS.

Desde entonces —sostiene Hooker Kain en su libro/alegato *El ocaso de un Pueblo/Sunset Bluefields*—, la Costa Caribe posee autonomía por derecho, pero no de hecho. «*La autonomía —puntualiza— se dio en el contexto de la revolución, pero no ha funcionado*». O, más bien, no ha sido administrada plenamente por los costeños. No pocas razones explicita el intelectual nativo de Laguna de Perlas, autor de otro libro precedente sobre su aporte, como combatiente revolucionario, a la insurrección popular en 1979 y en el inmediato desarrollo político de la Costa.

Para él, esta región multiétnica y plurilingüe ha sido siempre

mal vista por los «Españoles del Pacífico» (beneficiarios de sus impuestos) y explotada en sus recursos naturales por las empresas extranjeras. «*Tres presidentes neoliberales —señala—, hicieron descender nuestros índices económicos al fondo del pozo e hicieron ascender nuestros índices sociales hasta las nubes*». Pero la deprimente realidad actual es el eje principal de este libro-denuncia que abarca no solo el exterminio del medio ambiente, sino el de los pobladores indígenas. «*Comunidades enteras —afirma— están siendo desplazadas de sus hogares, de su medio de sobrevivencia*».

«*No hay economía —añade— y la poca producción está distorsionada. Solo le queda a la gran mayoría de los costeños el camino de la emigración. La economía se mantiene gracias a las remesas familiares y a los miles de costeños embarcados. En toda la Costa Atlántica (a Hooker Kain no le entusiasma el adjetivo Caribe, que la gente identifica con los afrodescendientes) solo hay unas cinco o seis empresas, o instituciones privadas, con una flotilla de treinta o más personas trabajando. El Estado es el mayor empleador de los más de medio millón de habitantes...*». Y agrega que de las plantas pesqueras solo han quedado los cascarones. Y hasta se han anulado los impuestos pesqueros en la región. Solo los cayucos artesanales pagan en sus respectivos municipios.

Pero los representantes de Managua «*tienen todo el poder en sus manos de todos los quehaceres de los costeños*». «A saber: salud, educación, deporte, infraestructura, inversiones productivas, turísticas; energía, agua potable, agua desechada y hasta basura». Y concluye: «*a las autoridades de la región solo le ha tocado desempeñar el triste papel de operadores del gobierno central*».

¿Y qué solución propone Hooker Kain? Para comenzar: que las elecciones regionales se lleven a cabo no a través de los partidos políticos, sino «*única y exclusivamente por medio de la suscripción popular*». Posibilidad que se ve muy remota, pero que constituye —al parecer— un anhelo colectivo de casi todos los costeños.

Muy lejos de ser un independentista belicoso, como le han llamado, Hooker Kain es un costeño consciente que clama por el bienestar de su pueblo; un estudioso de la realidad social, económica, política y cultural de su región; un ciudadano nicaragüense,

pero claramente definido: «orgullosos de donde viene (o sea de sus raíces) y preocupados para donde vamos».

Para terminar, el autor de *El ocaso de mi pueblo* trae a colación una pregunta que le hicieron al presidente Ortega con motivo de su fuerte alianza con los empresarios: «*¿Qué pasa con la Costa donde no hay empresarios?*». Y Hooker Kain informa lo que contestó el mandatario: «*¡Allí tienen la autonomía!*».



Niños afrodescendientes en Bluefields (1939)

LAS INDAGACIONES RUBENDARIANAS DE JEA

Erick Aguirre Aragón

BAJO EL sello editorial del Poder Judicial de Nicaragua, Jorge Eduardo Arellano ha publicado el libro *Indagaciones rubendarianas* (2016), una selección de estudios y ensayos relativamente breves acerca de la obra literaria y la proyección humana del clásico escritor nicaragüense. Al leerlos, he tenido la impresión de que son los más recientes entre su extensísimo acervo de textos e investigaciones dedicadas a Rubén Darío, cuya enumeración completa en este artículo implicaría quedarme sin espacio.

El libro está dividido en cinco capítulos. En el primero aborda el conocido paralelo histórico-literario eventualmente establecido entre la figura de Darío y la del prócer cubano José Martí. Entre el eco de otros autores que así lo reconocen y lo califican, Arellano llama a Martí superhombre suicida, y aunque reconoce las dimensiones de su obra literaria lo sitúa en la proyección de su vida que más peso tiene ante la historia: la del político consagrado a la «religión del patriotismo».

Respondiendo a cierta tendencia a deprimir la figura de Darío frente a la del cubano, Arellano muestra la obvia desproporción que en el plano estrictamente literario existe entre ambos: revela no solo a un Darío poéticamente más prolijo, sino más profundo, con una obra probablemente más transformadora y emancipadora, tanto en verso como en prosa. El siguiente texto es un exhaustivo análisis de las influencias en Darío de los grandes autores franceses del siglo XIX, y de su entusiasmo (en una atmósfera prebélica) por la Francia misma, con todo lo que para América y Europa eso habría de significar.

Luego sigue un examen del contexto y de lo que implicó para la historia de la literatura la publicación de *Azul...* y su condición emblemática; un examen concentrado sin embargo en la primera edición, que vio luz en la Tipografía Excelsior de Valparaíso, Chile,

en julio de 1888, y obviando por circunscripción temática las siguientes ediciones ampliadas, tanto la guatemalteca (1890) como la argentina (1905).

Como el primero de los tres libros cumbres del modernismo (junto a *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*), Arellano subraya la pionera trascendencia internacional de *Azul...*, así como el origen chileno de muchos de sus textos, que patentizan su condición de «luchador por la vida». Finalmente, examina su contexto histórico y su contenido, en el que, pese a que predomina un ambiente de ensueño, con temas y motivos mitológicos, sobresalen textos realistas en los que se denuncia la injusticia social, y cuyos ejes temáticos redundan en la condición y la naturaleza del artista en la sociedad burguesa.

Se incluye también un ensayo sobre Darío y sus raíces mestizas, que discurre con detalle y propiedad bibliográfica acerca del descubrimiento, exploración y constante redescubrimiento integral del propio Darío respecto a su más entrañable origen cultural, es decir, su identidad mestiza o indoafroiberoamericana, como diría Carlos Fuentes. Le sigue un ensayo más concentrado en «la negritud», no tanto del propio Darío como parte de su autointerpretación identitaria, sino como una constante inquietud indagatoria, eventualmente oscilante y aparentemente contradictoria, frente a las crisis de alteridad que han suscitado las diferencias raciales en la historia de la humanidad.

Después vienen dos textos importantes. Uno breve sobre las incursiones de Darío y el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo en los temas y atmósferas orientales, especialmente del Japón, y otro más amplio y esclarecedor acerca de los constantes abordajes y alusiones darianas a la vida y obra de Miguel de Cervantes. Luego tres semblanzas biográficas, una de ellas detenida minuciosamente en la influencia inicial, desde su infancia, de los jesuitas, así como en su fructífera prolongación a lo largo de su vida; algo que Darío mismo no dejaría de reconocer y aludir en muchos textos, como lo documenta su autor en este ensayo.

El último capítulo contiene cuatro ensayos: uno acerca de la relación de Darío con el poeta español Antonio Machado; otro

que completa una lista de bibliografías generales rubendarianas y viene precedido de un texto de importancia más histórica sobre la variable, aunque coherente, actitud de Darío ante los Estados Unidos; y el primero del capítulo que inútilmente me tienta ahora a detenerme en digresiones acerca del novelista que supuestamente intentó y ciertamente no pudo ser Rubén Darío.

Pero antes se destaca el capítulo para mí más interesante: los análisis de poemas darianos. Arellano aborda seis: «A Margarita Debayle», «Marcha triunfal», cuyas circunstancias revalora examinando sus estancias argentinas, y que aunque lejano en tiempo de factura está emparentado con el postrero «Canto a la Argentina»; «A Roosevelt» y «Salutación al águila», que analiza en combo, y «Lo fatal». Sobre este último poema extraordinario habré de detenerme en un próximo artículo sobre un reciente libro de Ricardo Llopesa, quien también examina con minuciosidad los versos darianos que cambiaron la poesía.

